Seres y Lugares en los que usted no cree

(Claves para un enigma)

Autores: *Jesús Callejo-Carlos Canales*
Ilustraciones: *Manuel Díez Pernia*

Jesús Callejo & Carlos Canales

Seres y lugares en los que usted no cree

(Claves para un enigma)

Seres y Lugares en los que usted no cree

(Claves para un enigma)

Autores: Jesús Callejo-Carlos Canales
Ilustraciones: Manuel Díez Pernia

o hay obra sin prólogo

Resulta un poco embarazoso confesar que al cabo de cuarenta años de investigación y estudio, el mejor consejo que puedo dar a las personas es que sean un poco más cariñosas entre sí.

***Aldous Huxley**, en una de sus últimas conferencias*

El encuentro

a muchacha aceleró el paso. Hacía varias horas que había subido al monte a buscar leña y aunque cansada y agotada por el calor y el peso de la madera con la que cargaba, su intuición le decía que tenía que regresar a casa lo antes posible. Con frecuencia los vecinos del pueblo le aconsejaban que no fuese tanto al bosque sola, pues no era el lugar adecuado para una chiquilla tan linda. Pero ella no le tenía miedo a los lobos, aunque sabía muy bien que el invierno anterior, cuando las montañas y los valles estaban cubiertos de nieve, el hambre les llevó hasta las proximidades del pueblo. Por otra parte, apenas quedaban ya osos y los jabalíes eran acosados permanentemente por los cazadores en sus continuas batidas. No, el miedo se lo producía el ruido o, más exactamente, su ausencia.

Conocía muy bien el bosque y le gustaba desde niña. Cuando todavía era una cría se escapaba en cuanto podía y jugaba a esconderse entre los árboles próximos a su casa. Por las noches, junto a la chimenea, escuchaba con atención los cuentos y leyendas que su madre le contaba acerca de los seres mágicos que habitaban en la foresta: el pícaro y escurridizo tentirujo, el glotón y juguetón trasgo o las hermosas y bondadosas anjanas, que provistas de una picaya mágica con una estrella en la punta, podían convertir cualquier sueño en realidad. Pero hacía ya años de eso y, desde que sus padres murieron, dejándole solo un establo y una alacena vacíos, la vida había sido muy dura con ella. Trabajaba de sol a sol en la granja, en el establo y en la casa y el fruto de tanto esfuerzo apenas si le daba lo justo para vivir. Es cierto que desde el fallecimiento de sus padres, los vecinos y, en general, las buenas gentes de Carmona, se habían portado con ella con dulzura y cariño, pero, a fin de cuentas, eran malos tiempos para todos y bastante tenía cada familia con sacar a sus propios hijos adelante.

Estaba atardeciendo y los últimos rayos del sol se filtraban entre las copas de los árboles. La sensación que le producía el silencio le preocupaba. Normalmente el bosque era un hervidero de animales, de ruidos y de movimiento, pero en ese

momento no se oía nada, como si todos los habitantes del bosque hubiesen decidido callarse al instante y la paz más absoluta se hubiese instalado en el lugar. Sólo se sentía el viento que arrullaba las ramas de los árboles. De pronto, las ráfagas de aire se incrementaron, las hojas de los árboles empezaron a caer, como en el otoño, al tiempo que el aire se inundaba de una encantadora fragancia a espliego, a tomillo y a lavanda. La niña comenzó a tener miedo, más, si cabe, cuando una extraña luz apareció entre los troncos de los nogales que tenía apenas unos metros por delante. Al instante, sintió la voz. Era algo absolutamente inusual, algo que no había sentido nunca. La voz parecía instalada dentro de su cabeza y, por alguna razón, el miedo se desvaneció. La voz le decía que no tenía nada que temer.

La luz era cada vez más intensa, cambiaba de color, del blanco al azul y de éste al verde, pero siempre en tonos muy claros. Finalmente, la luz se detuvo frente a ella, resplandecía como el sol, era lo más increíble que había visto nunca y de pronto comenzó a ver tras ella la figura de una mujer. Al principio no podía apreciarla bien, era muy pequeña y parecía revolotear a su alrededor, luego, poco a poco, fue adquiriendo una forma más definida y pudo contemplarla con claridad. Era extraña, de piel morena, con largos y brillantes cabellos color de luna y con unos ojos verdes rasgados que le conferían el aspecto inhumano de un gato. A pesar de tan extraña apariencia, la voz que le hablaba desde su interior la tranquilizaba y en apenas unos segundos, la extraña dama blanca se transformó en la mujer más hermosa que la niña había visto, tan bella que no era capaz de expresar palabra alguna, quedando fascinada de las trenzas que chispeaban como las estrellas en la noche. Por lo demás todo era fantástico, el vestido blanco envuelto en luz, las hebillas de los zapatos de un metal que no pudo identificar y su rostro hermoso, con unos ojos que ahora eran de igual color que las aguas de los ríos y una maravillosa cabellera rubia que le caía por la espalda.

Estaba la niña petrificada por la visión cuando reparó en la estrella que relampagueaba en la punta del cayado de la dama y supo quién o qué era. Esta, se le acercó. Tras secarle el sudor de la cara, le dio un beso en la frente y le señaló un nogal mustio y seco que había a su lado. La muchachita entendió que quería que le acompañase y, hechizada como estaba, así lo hizo. Al llegar al nogal no sintió nada especial, sólo que entraba de repente en un lugar asombroso inundado de luz y, sin llegar a darse cuenta, desapareció del bosque, no dejando más rastro que un montón de leña en el suelo.

La muchacha había entrado en el País de la Hadas, la dama era una anjana y

era una de las últimas veces, que sepamos, que un ser humano había contactado con una de las hadas de Cantabria, en un día a finales del siglo XIX. La narración de la mozuca, cuando años después regresó a Carmona, sin que para ella hubiese pasado el tiempo, se configuró como el principal testimonio que tenemos de lo que nos espera si, algún día, cruzamos al otro lado del espejo… (Continuará en página 147).

El mundo invisible

Uno de los objetivos que nos proponemos demostrar en esta obra —el más importante— es que fenómenos aparentemente dispares y heterogéneos tienen mucho que ver entre sí. Sólo si los estudiamos desde una perspectiva amplia, llegaremos a entender en parte el enigma que tiene lugar cuando algunos humanos contactan con otras manifestaciones inteligentes de vida y no visibles.

Los diversos fenómenos que se aprecian en los temas místicos y religiosos, donde intervienen entidades espirituales variadas (monjes, beatos, santos, ángeles, vírgenes, el mismo Jesucristo…), como en los temas del folklore y las tradiciones de todo el mundo (elfos, hadas, duendes, enanos del bosque, bolas luminosas…), como los casos ufológicos que tanto abundan desde la segunda mitad de este siglo, (e incluso los fenómenos espiritistas y parapsicológicos) presentan coincidencias demasiado numerosas como para no ser tenidas en cuenta. Además, en todos ellos hay un componente psíquico importante (a algunas personas que han tenido estas experiencias les cambia la vida profundamente y otras la pierden) con una proyección de secuelas externas y físicas que los convierten en asuntos dignos de una investigación contrastada, analizando todos estos fenómenos desde una perspectiva conjunta. Tal vez, el hecho de que hasta ahora cada investigador se haya especializado en una parcela concreta, ha impedido sacar conclusiones válidas para entender toda la complejidad del vasto fenómeno que tenemos entre manos y que tanta polvareda está levantado desde siglos en diversos ámbitos del conocimiento humano.

Existen una serie de evidentes paralelismos entre estos tres campos de investigación (religioso, folclórico y ufológico) que nos hace sospechar que determinados acontecimientos desconcertantes están aunados para conseguir unos mismos efectos. Alrededor de la casuística investigada en cualquiera de estos campos se escuchan ruidos parecidos, se ven luces extrañas o bolas de energía, el tiempo se distorsiona, la persona afectada se considera elegida, se sufren alucinaciones, los mensajes son similares, etc.

Además, siguiendo con esta perspectiva global, se aprecia que detrás de toda esta casuística o episodios no convencionales parece estar latiendo una

«Inteligencia-Origen» de donde provienen estas manifestaciones y que controla a las mismas de manera metódica, como si se pretendiera elaborar una especie de psicodrama cósmico destinado a modificar nuestras conciencias de forma lenta y paulatina o como si se estuvieran colocando las piezas de un gigantesco *puzzle* en tiempos y lugares concretos, cuya figura completa todavía somos incapaces de observar. A lo largo de la obra iremos viendo ejemplos donde se interrelacionan estas materias de estudio y donde se vislumbra la actuación de estas entidades inteligentes, tanto dentro como fuera de nuestro campo visual.

Si acudimos a los textos y a las doctrinas de la Tradición Sagrada, divulgada por cabalistas, iniciados, videntes y esoteristas de todo cuño, nos encontramos que dentro del otro lado del espejo, del «más allá» o del llamado «Mundo Astral» (que otros denominan *mundo del deseo*) existen una serie de extraños habitantes que lo pueblan. En él nos podemos encontrar con todo tipo de fauna y flora astral, siempre invisible a nuestros ojos físicos pero no a nuestra visión etérica —o «Segunda Visión» que diría el reverendo Kirk de Aberfoyle— y que están interactuando permanentemente en nuestro mundo tridimensional.

Estas tradiciones esotéricas insisten en que, fuera de los límites de nuestro plano tangible y existencial, existe otro mundo o mundos invisibles para nosotros, pero que albergan formas de vida inimaginables. Tanto la negación de vida en otros mundos visibles (y no sólo nos referimos a planetas dentro o fuera de nuestro Sistema Solar) como la simplificación en la que a veces caemos a la hora de abordar su estudio, es la expresión de nuestro voluntario desconocimiento, despiste y ceguera en estas materias. Tendemos a atribuir alegremente cuantas manifestaciones nos llegan sobre tal fenómeno a un determinado origen, con exclusión de otros. No nos damos cuenta de que, tal vez, todo forme parte de un mismo juego: todos los seres que se presentan ante nosotros evidentemente no son lo mismo, pero posiblemente sí tienen un mismo origen. Una especie de Juego Cósmico, elaborado por no se sabe quién y que se manifiesta bajo distintas ópticas.

Por esta razón, no es de extrañar que algunos autores intenten explicar estas incursiones sobrenaturales en nuestra vida cotidiana como pertenecientes a alucinaciones individuales o colectivas. Otros, en cambio, prefieren atribuir estas experiencias a entidades fantasmales, otros a seres espirituales y otros ponen su punto de mira en los seres luciferinos o demoníacos. Por ejemplo, hoy en día está de moda atribuir manifestaciones de vida no humana exclusivamente a los extraterrestres que vienen a este mundo a bordo de sus naves interplanetarias. Pero estamos convencidos de que las cosas no son tan sencillas. Pensamos que todo lo

que nos rodea forma parte de un Todo. Que lo queramos o no, estamos relacionados con nuestro entorno. Por tal motivo, intentamos acercarnos a estos fenómenos con una mente lo más abierta posible y con un moderado escepticismo, sin por ello cerrar la puerta a otras realidades. Ya que «algo» o «alguien» —desde un plano de consciencia invisible e inteligente— está jugando con todos nosotros a un juego del que desconocemos las reglas, juguemos al menos con la mayor dignidad e inteligencia. En este libro tratamos de dar una serie de pautas e indicios para reconocer parte de estas intrusiones que realizan, desde hace siglos, algunos entes o seres de mundos paralelos o adimensionales.

Un dato que no conviene desechar es que prácticamente todos los pueblos, culturas y religiones creen en la existencia de un mundo invisible que, a veces, suele recibir el nombre de «mundo primordial», el cual se remonta a la misma creación del universo; lo que diferencia a unas culturas de otras es lo que respecta a la ubicación del mismo: unos dicen que este mundo está alrededor de nosotros, otros que está en lo alto y otros en un lugar apartado e inalcanzable. En este mundo invisible habita el dios principal rodeado de una cohorte de divinidades menores (diosas y dioses que forman parte de todas las mitologías) además de las almas de los fallecidos y otras entidades, todas ellas denominadas genéricamente como «los invisibles».

Algunos de estos dioses menores simbolizan y representan a elementos y fenómenos naturales: agua, fuego, lluvia, tierra, rayo, etc. lo que no quiere decir que estos seres no tengan necesidades y pasiones al igual que los humanos, por eso ríen, lloran, se casan, comen, mueren… Todas estas culturas coinciden en afirmar que los *invisibles* pueden actuar y entrometerse en el mundo visible de los humanos, siempre que se den las condiciones necesarias para ello.

Los antropólogos han llamado «animismo» a la creencia de que todos los elementos de la naturaleza están vivos: una piedra, un trozo ce madera, una nube, la llama de un fuego… todo está vivo, porque consideran que cada árbol, cada montaña o cada río tiene un alma o un espíritu que se manifiesta ante los hombres emitiendo un determinado tipo de vibración o energía. La clave está en conocer el secreto que nos permita sintonizar con ellos.

Realmente estamos rodeados de muchos planos superpuestos unos a otros, invisibles para un ser humano corriente y moliente. Planos en gran parte desconocidos incluso para los que más se han dedicado a su estudio; planos que están rebosantes de manifestaciones de vida y de múltiples formas de energías,

entre las cuales podemos señalar los siguientes:

Extraterrestres que nos visitan de planetas cercanos o lejanos al nuestro.

Intraterrestres o habitantes de los mundos internos y subterráneos.

Entidades demoníacas, luciféricas y religiosas.

Seres humanos recién fallecidos que no acaban de despedirse de este plano, también llamados «desencarnados» o «fantasmas».

Formas de pensamiento que flotan en el éter procedentes del aura planetaria (el llamado «inconsciente colectivo» de Jung)

Formas de pensamiento, agregados psíquicos (égregor) y todo tipo de construcciones imaginativas y fantasiosas del individuo (tulpas).

Dobles, réplicas o doppelgängers de sujetos terrestres

Fauna tanto etérica como astral.

Miembros de las logias Blancas y Negras del planeta Tierra u otros planetas.

Devas y entidades angélicas de diferentes rangos.

Seres elementales, espíritus de la naturaleza o «entidades del folklore».

Las características que comparten todas estas entidades, según autores como Hilary Evans, serían:

No son reales, en el sentido aceptado del término, ya que desafían las leyes físicas.

Por el contrario, sí son reales, vívidas y trascendentales para el sujeto perceptor de las mismas.

A veces, estas entidades trasmiten información y datos de los que el perceptor no dispone.

Se muestran con una actitud inteligente y autónoma, en cuanto a sus manifestaciones y movimientos.

Reflejan a menudo estereotipos culturales, como lo son los seres extraterrestres o las apariciones de mujeres de blanco.

Se suelen aparecer a personas que se hallan en un estado especial de consciencia (bien sea a niños, a personas que están pasando una enfermedad, un trauma, por ingestión de drogas alucinógenas, por estar en un estado hipnogónico, en ayuno…)

Todos estos planos están de alguna manera interconectados. Estudiar por separado cada uno de ellos y sacar conclusiones ignorando los demás sería uno más de los muchos callejones sin salida a los que estamos abocados quienes estudiamos estos temas. En esta obra tan sólo nos acercaremos a unos pocos personajes y lugares de este complejo mundo invisible y arañaremos superficialmente algunos jirones de la trascendencia y magia de los que están compuestos.

Titiriteros y camuflaje

Trataremos de abordar de forma unitaria una serie de sucesos que forman parte de nuestras leyendas y tradiciones, hechos que han pasado de boca en boca de padres a hijos durante generaciones enriqueciéndose con todo tipo de adornos, sin perder su contenido profundo, que es el que nos permite saber que, hoy en día, esos mismos sucesos narrados en los cuentos y leyendas se siguen produciendo bajo una imagen distinta, pero con un fondo sospechosamente idéntico. Damos el nombre genérico de *titiriteros* a todas aquellas fuerzas o entidades que al parecer controlan el juego en el cual participamos todos como fichas, pero sin derecho a tirar los dados.

Dentro del extraño juego al que estamos sometidos desde tiempo inmemorial hay dos aspectos importantes a tener en cuenta.

El primero lo constituyen las formas mediante las cuales las extrañas entidades que nos visitan actúan sobre nuestro mundo, provocando al hacerlo sucesos tan anómalos que ninguna investigación científica ha conseguido hasta hoy probarlos como ciertos. Estos hechos, que se producen a un ritmo constante desde siempre y en todo nuestro planeta, han constituido la base de nuestras creencias ocultas y supersticiosas, pero también de gran parte de las ideas que nos acompañan en nuestras religiones sobre el mal y el demonio. Muchas de las variadas formas mediante las que seres desconocidos o misteriosos penetran en nuestro mundo parecen depender de ciertas condiciones: llegan cuando la tormenta estalla, cuando surge la luna llena, en un día determinado (San juan o Día de Difuntos) o cuando el relámpago rasga el cielo. Lo hacen en grupo o individualmente y surgen del aire, el mar, los ríos, el cielo o las flores, envueltos en luz o al amparo de las sombras, pero en todos los casos cuando menos lo esperamos. Esas variadas fórmulas de penetración, las agrupamos básicamente en dos grupos, las «puertas inducidas» y las «áreas de incursión».

El segundo aspecto lo constituyen todos los trucos y artimañas que los titiriteros usan para que no seamos capaces de obtener conclusiones lógicas y de esa forma producirnos un estado de confusión o de engaño, alterando y transformando nuestra manera de pensar y percibir las cosas. A este modo sutil de

proceder lo denominamos «camuflaje».

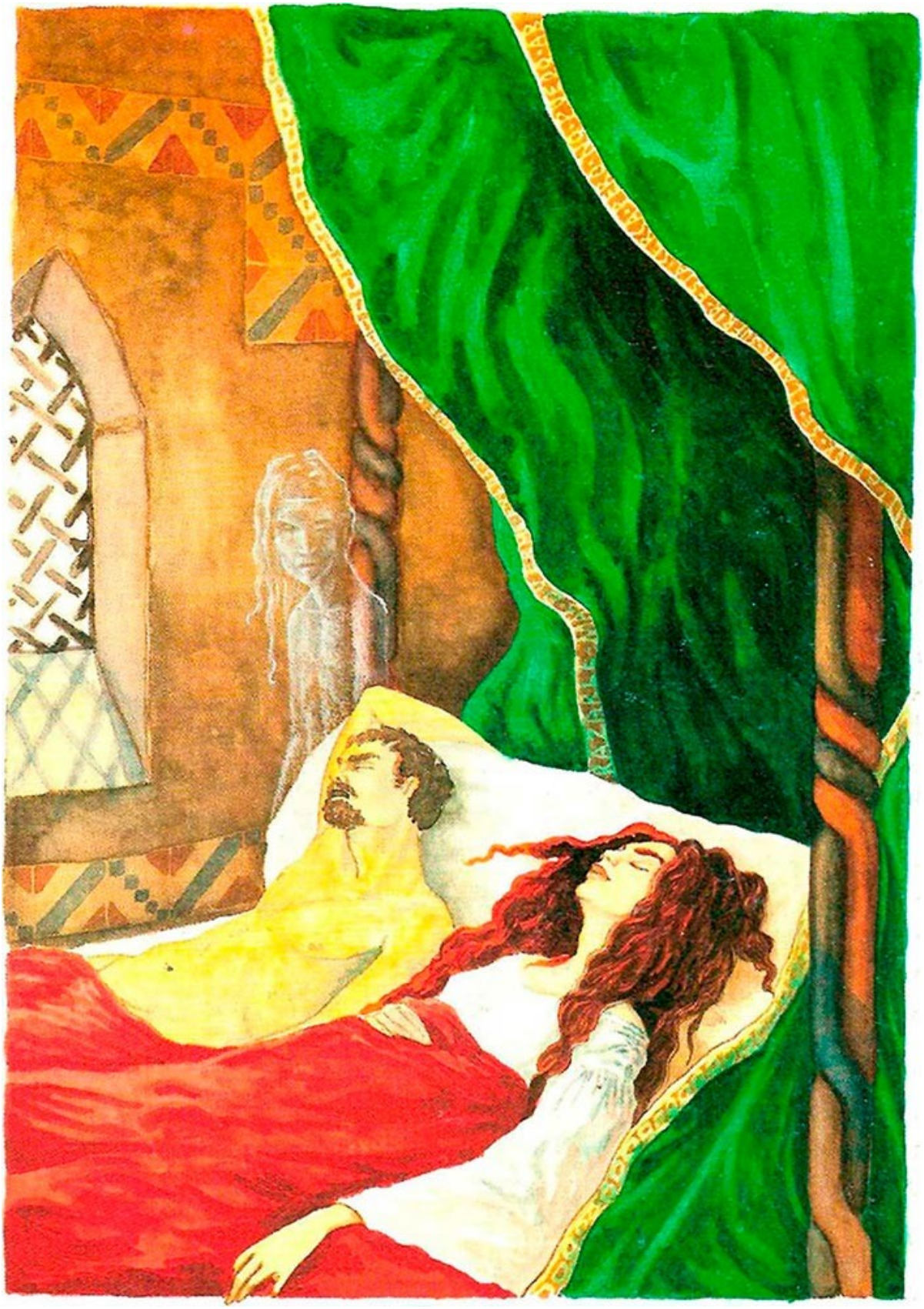
El poder llegar a descubrir las vías de entrada y las pautas de acción de todos los seres mágicos y misteriosos que habitan en el astral, en una dimensión paralela e invisible, o en el interior y exterior de nuestro planeta, sería uno de los «descubrimientos del siglo» y permitiría dar un paso de gigante en la comprensión del «juego» al que parece que estamos sometidos. Pero para lograr una visión completa y global, sería preciso descubrir algunos de los *modus operandis* de las «entidades de las sombras» y las razones de su necesidad «imperiosa» de ocultar sus actos, lo que no es sencillo, pues las alucinaciones inducidas a los observadores de cada acción, hacen sumamente difícil seguir las huellas que dejan, dado que en ocasiones es mucho más importante lo que se callan que lo que dicen y lo secundario o superficial que lo aparentemente fundamental.

Los medios de ocultamiento son realmente formidables y algunos son de tan alta sofisticación que le dejan a uno perplejo, ya que conocen a la perfección las debilidades humanas. Un ejemplo tipo para comprender esto lo tenemos en los sueños. Está comprobado que todos soñamos cada noche. Cuando lo hacemos, aquellas escenas que vemos, los personajes con los que hablamos o los lugares que visitamos son para nosotros totalmente reales, hasta el punto que pueden darnos sobresaltos o placer. Pero cuando despertamos ocurre un singular fenómeno: o no recordamos nada de lo soñado (incluso algunos niegan tener sueños) o lo vamos olvidando poco a poco. A veces, cuando el sueño nos ha impresionado vivamente, lo recordamos con bastante nitidez, pero si no lo escribimos rápidamente o lo contamos varias veces, tendemos a distorsionar y adulterar el relato original. ¿Por qué?, sencillamente porque así funciona el mecanismo de nuestra mente.

El caso de los «visitantes nocturnos de dormitorio» es uno de los más logrados. En la cultura occidental hay ejemplos por doquier de la presencia en los dormitorios de entidades extrañas, en variadas formas, aunque últimamente en la de hombrecillos macrocéfalos que, tras paralizar a los durmientes, los llevan a un lugar lejano, lleno de luz, en el que la víctima se ve sometida a todo tipo de prácticas de aparente contenido sexual. Denominados íncubos y súcubos en la Edad Media y visitantes nocturnos hoy, su acción genera una alucinación en la víctima, que está a punto de dormirse o de despertar. La agresión se produce en un momento en el que el agredido no es capaz de distinguir bien la realidad de la ficción (estados hipnogónicos). Cuando despierta, no suele recordar nada de lo sucedido, hasta que pasado un tiempo empieza a tener visiones o sueños muy impactantes relacionados con lo que le hicieron. El camuflaje es perfecto, los entes

visitantes hacen que el ser humano agredido recuerde el hecho como un sueño y de esa forma, cuando lo rememora, atribuye lo ocurrido a una fantasía o a una pesadilla. Casi todos los visitantes nocturnos de dormitorio siguen este sistema, incluyendo a los *efialtes* o duendes-vampiro, que al parecer absorben la energía vital de los durmientes sentándose en su pecho y provocándoles pesadillas y sensación de ahogo y angustia (lo que les ha dado su nombre en algunas regiones españolas, como el «pesadiello» asturiano).

El camuflaje más habitual consiste en que la persona que observa al ser sobrenatural le confiera una identidad en función de sus ideas personales o creencias, lo que hace que la investigación posterior no tenga nada claro qué fenómeno se ha producido con exactitud. Este será distinto según la percepción subjetiva del observador humano. El ejemplo más claro lo tenemos en algunas entidades de carácter femenino que, al aparecer ante nosotros en unas condiciones objetivas a las que más adelante haremos referencia, son consideradas hadas, extraterrestres, entidades fantasmales o la Virgen María, según las creencias del testigo. Hay un interesante caso ufológico ocurrido al matrimonio Peter y Francés que en la noche de mayo de 1974, en Sudáfrica, vieron un OVNI y a sus ocupantes. Cuando los investigadores preguntaron a Peter qué aspecto ofrecían los seres que vio, respondió que «tenían el aspecto que uno quería que tuviesen», cambiando de forma al ritmo de sus propios pensamientos.



Se ha puesto de moda un fenómeno conocido desde antiguo: los visitantes de dormitorio. Los seres humanos no conocemos el mundo tan bien como creemos. A menudo, por la noche, recibimos visitas inesperadas de entidades que nos observan desde un lugar cercano, pero inaccesible.

Para entender este complejo fenómeno de lo que el testigo cree presenciar cuando está delante de uno de estos seres o de estas experiencias alucinantes, convendría exponer dos aspectos que interactúan en el mismo.

Todo lo que ocurre en la vivencia del testigo es aparentemente surrealista, como si formase parte de un sueño, pero, a diferencia de lo que ocurre en éstos, la experiencia deja profundas huellas físicas. Además el sujeto principal, que es quien después narra lo ocurrido, suele estar acompañado, es decir, tiene testigos. No es un sueño, pues no vive él sólo el suceso.

A diferencia del caso de los «visitantes nocturnos», los encuentros con otros seres sobrenaturales se rigen por un desarrollo de la experiencia en el exterior, pero en un sitio delimitado con cierta precisión (una cueva, una gruta, el interior de una montaña), lugares en los que se producen unos hechos imposibles, que no pueden ser explicados racionalmente. Esta aparente imposibilidad de que sea real lo que el testigo está viendo y sintiendo, condiciona notablemente su voluntad para contar lo que ha ocurrido cuando vuelva a su pueblo u hogar, pues piensa, con lógica, que nadie va a creer algo que no puede suceder. Ante un hecho real (por ejemplo, ir a la búsqueda de un tesoro en una cueva), el sujeto o sujetos protagonistas, en algún momento de su aventura, sufren una alucinación que los conduce a un mundo extraño poblado de seres mágicos, de comportamientos absurdos y raros, cuyas conductas siguen, sin embargo, una especie de guión, como si fueran muñecos de guiñol o marionetas que representan un papel concreto, normalmente —para el caso que hemos puesto— proteger el tesoro de cualquier visitante poco deseado o poco preparado espiritualmente.

Ahora bien, si todo parece un sueño y si se tiene en cuenta la teoría que acabamos de exponer ¿qué es lo que se pretende?, ¿por qué todo parece deliberadamente extraño y surrealista? Creemos que no exageramos si afirmamos

que en muchos de los encuentros con estas entidades da la impresión de que se trata de una prueba a superar, bien de madurez bien de iniciación, de la cual quien sale airoso será más sabio y probablemente más rico. Hay gentes que aseguran haber visto a hadas, duendes, fantasmas y extraterrestres, que han visto a la Virgen o a un monstruo con dientes de vampiro y todos ellos tienen algo en común; estaban perfectamente despiertos y cuerdos el día en que, de súbito, se sintieron especialmente «elegidos» para tener una aparición, vieron algo que cambió su forma de pensar para siempre. Hasta hoy, el ser humano ha sido incapaz de dar una respuesta adecuada a este fenómeno que hace aparecer ante nuestros ojos cosas imposibles, pero intrínsecamente reales.

Grietas y ventanas entre los mundos

Los seres desconocidos no actúan en nuestro mundo con plena libertad. Parece que se someten a ciertos límites que varían según su particular naturaleza. Entre los *elementales* hay algunos, como los genios del aire y del viento, (en la tradición española serían los ventolines, nuberos, tronantes, etc), que están totalmente unidos a los fenómenos atmosféricos y por lo tanto no pueden intervenir en nuestros asuntos si no es al amparo de los elementos de la Naturaleza que les dan cobertura. Otros son de vida efímera y sólo se manifiestan en ocasiones singulares, hasta el punto que nunca más se vuelve a saber de ellos. John Keel los llama *imposibles*, pues pura y simplemente los testigos que dicen verlos describen algo que a todas luces no existe, pero que deja huellas, como sucedió el año 1966 con el «hombre polilla» (o *Mothman*) de Virginia Occidental. Hace años, algunos de estos casos impresionaron tanto a las gentes que se convirtieron en un mito popular. Un ejemplo en España lo constituirían los «caballucos del diablo» de Cantabria, especie de libélulas gigantes y babosas que aterraban a los hombres con sus bramidos la noche de San Juan.

Todos estos seres, no sólo elementales, sino también una amplia variedad de horripilantes monstruos, necesitan de estas áreas de incursión y no son del todo reales, en tanto que su vida o penetración en nuestro mundo apenas dura un día, una noche, una semana o un mes. Son entidades parafísicas, que pueden presentar cualquier aspecto, pero de absoluta realidad mientras existen. Entran en nuestro mundo cuando algún tipo de condición, por nosotros desconocida, se lo permite y son, con mucho, la principal causa del engaño al que estamos sometidos, ya que su absurda existencia constituye su principal camuflaje, no dejando más huella que los alucinados testimonios de la gente que los llegaron a ver, con apreciaciones tan subjetivas que pronto son calificados como locos de atar.

En otras ocasiones, los seres mágicos no dependen para penetrar en nuestro mundo de unas condiciones favorables que generen un área de incursión, sino que interpenetran nuestra realidad mediante la utilización de *puertas inducidas* de doble sentido. Se trata, en este caso, de lugares dotados de alguna desconocida cualidad magnética o telúrica que en ocasiones «abre» una entrada hacia otra realidad.

Existe un caso actual que ha hecho correr bastante tinta y que ha producido todo tipo de reacciones y consecuencias. Nos referimos a los famosos círculos de los campos de cereal al sur de Inglaterra, así como en otras partes del mundo. A medida que se iban exponiendo hipótesis y explicaciones (remolinos de viento, vórtices de plasma, etc) los círculos se iban haciendo mucho más complejos, como si una determinada inteligencia quisiera «epatar» y desmontar cualquier teoría que sobre ellos se formulase. En 1991 se creyó encontrar por fin una explicación plausible a este misterio atribuyéndoselo a la broma de dos jubilados llamados Bower y Chorley que durante trece años se dedicaron a pasar sus ratos libres «construyendo» círculos. Esta era una explicación que satisfacía sólo a los que no creían en la realidad de estas figuras y a los que conocían la noticia superficialmente, desde fuera. Aquellos que tenían datos de primera mano y que los investigaron en profundidad se consideraron insultados.

Jacques Vallée manifestó sus sospechas a la revista norteamericana *Magical Blend* de que detrás de los círculos y de los patrones geométricos que aparecían en los campos, existía una intrusión de ciertos poderes o entidades que están probando nuevas armas de energía para llevar a cabo una manipulación de las actitudes de las sociedades del mundo. Por supuesto, estos círculos siguieron apareciendo a pesar de estar el caso oficialmente cerrado a partir de 1991. En el verano de 1995, figuras similares a las de Gran Bretaña han aparecido al norte de Noruega.

Sin entrar en detalles, diremos que un experto en geomancia y arquitectura sagrada como es John Mitchell, comentó, a modo de resumen, que siempre están los dogmáticos que saben que los círculos de grano están causados por vórtices de viento, efectos de los insecticidas, señales de los hermanos del espacio, por los espíritus de la tierra o por las almas de los muertos. De todas formas, la mayoría de la gente será feliz con el misterio mientras disfrute de su belleza. En conclusión, creemos que estamos ante un fenómeno que asombra y que no permite su clasificación (ni los ufólogos han podido reconducirlo a su terreno, pues lo más que han visto son luces pero no naves), lo que nos hace suponer que es un aspecto más de los instrumentos aprovechando el lugar y el tiempo que utilizan estas «energías inteligentes» para dar certeros aldabonazos a las mentes adormiladas de nuestro mundo.

Jacques Vallée comenta que el denominado País de los Elfos constituye una especie de universo paralelo que coexiste con el nuestro. Sólo se hace visible y tangible a personas escogidas y las «puertas» que conducen a él son puntos

tangenciales, conocidos únicamente por los elfos. Esto en cierto modo es análogo a la teoría de la cuarta dimensión.

Los astrofísicos están de acuerdo en que nuestro Universo es el resultado de la vibración de pequeñas cuerdas, infrapartículas que se desenvuelven en diez dimensiones. Según ellos, nuestro mundo sólo puede tener consistencia si existen diez dimensiones, nueve espaciales y una temporal. Seis de ellas se encuentran a nuestro alrededor, pero son impenetrables con la tecnología de que disponemos. Se extienden por espacios que no podemos ver. Si algún día los seres humanos llegamos a dominar todas estas dimensiones, podremos crear exóticas formas en la materia. Como de hecho estas formas se manifiestan en nuestro mundo y el ser humano aún no es capaz de crearlas ¿quién las crea entonces?

Sabemos, por ejemplo, que los duendes domésticos y parte de los duendes vampirizantes construyen sus guaridas invisibles a los ojos humanos en los ángulos de las habitaciones que se convierten de este modo en «ventanas». Esto es un hecho general para otras entidades, pues todos precisan de un «medio de conexión». Los aficionados al cine podrán recordar la película «Poltergeist», donde el enlace es un canal sin sintonizar de un televisor, que se convierte en la puerta de acceso desde el más allá para unos seres fantasmales (teleplastias). En todo el mundo parecen existir ciertas regiones donde la actividad de los OVNIs alcanza una máxima frecuencia y estas zonas se denominan en el argot ufológico «ventanas».

Don Juan explica a Castaneda que existe una zona de lo consciente por la que el hombre puede acceder a los abismos de lo desconocido. Esta «grieta entre los mundos» se produce donde el espíritu limita con la materia. Los indígenas de Gabón, en África le llaman «ngwel» o lugar donde no cuenta el tiempo ni el espacio. Los zulús, en cambio, le llaman «la puerta de la distancia».

Las leyendas sobre seres sobrenaturales son casi siempre muy especiales. Asentadas en la memoria colectiva desde la más oscura noche de los tiempos, constituyen un verdadero muestrario del sentir colectivo de una cultura y reflejan una de las formas en las que nuestros antepasados intentaron dar una respuesta acorde a su forma de pensar sobre muchos hechos que sucedían a su alrededor y a los que sus ingenuas mentes no podían dar respuesta. Pero, no se engañen, la imagen actual de los «creyentes» en extraterrestres o en apariciones milagrosas, no es muy diferente de las creencias de los hombres medievales temerosos de las acciones de los demonios o de los muertos. Elementales, razas míticas o especies

desconocidas, surgían y desaparecían, alimentando los mitos y las novelas de la época, como si actuasen por oleadas, destacando la de finales del siglo XVI y principios del XVII, donde la presencia de fuerzas poderosas ajenas al mundo de los hombres se llegó a considerar una cosa habitual.

La actual ufología nos da una idea casi perfecta de la amplitud y complejidad del fenómeno que nos trae a todos de cabeza. Piensen por un momento cómo podría ser el aspecto físico de un extraterrestre y da igual que lo imaginen en forma de insecto gigante con seis brazos, de enano verde, de monstruo de tres metros de alto o de reptil cabezón. Es casi seguro que en algún lugar del mundo alguien, dentro de los millares de testigos de apariciones de «extraterrestres», ha visto uno parecido. El patético y ridículo escenario creado por decenas de ufólogos de los años cincuenta y sesenta clasificando los encuentros en «la tercera fase», según el aspecto de los humanoides de turno, es similar al de los científicos «serios» intentando demostrar que lo visto por el testigo era un globo sonda, una farola, un perro vagabundo o el reflejo de la luna llena.

Por lo general, los testigos hablan de lo que ellos vieron realmente. ¿Sufrieron, por tanto, una alucinación?, ¿hay miles de testigos de encuentros con seres «imposibles» que se equivocan? Pensamos honestamente que no. Es posible que, en efecto, todos los testigos sufriesen alucinaciones o proyecciones psíquicas, pero por suerte dejan huellas físicas. Hoy en día nadie ve hadas, duendes o gnomos, pero ven extraterrestres, ángeles y apariciones marianas. Un análisis detallado, del tipo de los que investigadores como Jacques Vallée o Bertrand Mehéust han llevado a cabo de los mitos del folklore y la tradición de Europa Occidental lleva a la conclusión inequívoca de que, en casi la práctica totalidad de los casos, los sucesos que hoy nos parecen anómalos existen desde siempre, pero con una imagen distinta.

El ser humano, con el paso del tiempo, evoluciona y cambia. El *fenómeno* y quienes lo provocan, cambia con nosotros, se adapta a nuestra mente, a nuestra forma de ser y de pensar y lo hace, a nuestro juicio, pura y simplemente porque, aunque resulte extraño, nos necesita. Muchas de estas entidades, por razones aún no del todo conocidas, viven de nosotros, buscan nuestra energía vital, nuestra sangre, nuestra alma o vaya usted a saber qué, pero no pueden abandonarnos y ahí creemos que reside, curiosamente, su debilidad.

En las dos partes del libro que nos proponemos abordar, intentaremos ver algunos de estos seres o entidades que se manifiestan bajo los más variados

aspectos, nombraremos algunos de sus lugares mágicos e inaccesibles, señalaremos áreas de incursión y puertas de entrada y salida a sus mundos, así cono los camuflajes que utilizan en su «representación teatral» para despistarnos mejor y, en la medida que ello sea posible, facilitaremos algunas de las claves para entender el complejo misterio que rodea y que siempre rodeará a estos temas.

Parte primera: SERES

Dejen de mirar los libros y contemplen los amaneceres, el cielo estrellado, el rocío depositado en las flores, el vuelo armónico de las aves. Cierren los libros y abran el corazón, entonces todo será diferente.

Relatos Amautas

1

Sobre la Gente Menuda

El Pueblo vive en el interior de las montañas en hermosos castillos y posee numerosas ramificaciones en otros países, especialmente en Irlanda (…) Viajan mucho y pueden aparecer en París, Marsella, Nápoles, Génova, Turín o Dublín, como personas corrientes y hasta en grupos. Sienten especial predilección por España y el sur de Francia y la Europa Meridional.

Walter Wentz, según uno de sus informantes

El origen de la gente menuda

La Gente Menuda está considerada como una civilización paralela que ha vivido desde siempre en la Tierra, incluso antes de que el hombre existiera como tal. Según las leyendas de cada país, se les ha llamado con nombres tan sonoros como el Buen Pueblo, la Buena Gente, la Gente Desmemoriada o, sencillamente, Espíritus de la Naturaleza. Por nuestra parte, utilizaremos términos como Gente Menuda (aunque no siempre se manifiestan ante los humanos como seres de pequeña estatura) y «elementales» (seres que habitan en los cuatro elementos conocidos de la naturaleza). La diversidad de sus miembros es tan amplia como lo puede ser la raza humana o el reino animal y vegetal. Algo, sin embargo, tienen en común con nosotros: sus costumbres y actividades son muy similares a las nuestras. Nacen, viven, comen, juegan y mueren como lo hace nuestra humanidad. Su forma «física», al menos la que voluntariamente quieren adoptar ante nuestros ojos, es la antropomorfa (teniendo en cuenta que la sustancia de la que están compuestos sus cuerpos es más sutil que la humana) y tienen unos comportamientos bastante paradójicos desde el punto de vista de un humano. A pesar de que no son inmortales, viven muchísimos años (de cuatrocientos para arriba) y, por lo general, les gusta la música, la danza y la diversión sin límites. Sus oficios no están muy alejados de los nuestros: herreros, tejedores, hilanderos, constructores, etc.

El «Pueblo», no es como nosotros. Desde su morfología hasta su alma es diferente. Sus rostros no humanos han cautivado la imaginación de los hombres desde remotos tiempos. Figuras extrañas, enigmáticas e inquietantes que, en ocasiones, parecen esculpidas en sueños.

Respecto a los variados y esperpénticos seres que se puede uno encontrar en esa nebulosa zona que denominamos astral, hemos visto que estarían los espíritus de la naturaleza, tanto masculinos como femeninos, considerados como entidades energéticas muy poco evolucionadas, las cuales constituyen una categoría de vida que aún no ha alcanzado la autoconciencia. No tienen actividad por sí mismos sino a través de otros seres más evolucionados y complejos (los devas), que se sirven de ellos para realizar una acción concreta o crear determinadas experiencias. A juicio de los teósofos, la función general de estos seres es absorber «prana» o energía vital de su mundo espiritual o astral y distribuirla entre el mundo físico. De esta manera hay especies que ayudan al desarrollo del reino mineral, vegetal y animal.

A muchos folkloristas no les importa tanto si las hadas, los gnomos o los duendes existen realmente cuanto que si las personas que hablan de ellos creen de verdad en su existencia. Por lo tanto, se han afanado en buscar el origen de estas creencias en cada país. Cuando esto se ha descubierto, el siguiente objetivo del investigador es descubrir la base en la que se funda dicha creencia y para eso se han propuesto varias explicaciones sobre el origen de esta raza de seres invisibles.

Una de las mejor argumentadas es la que identifica a la Gente Menuda con los muertos. El inglés Lewis Spencer da una explicación creíble de esta teoría aportando para ello abundantes pruebas extraídas de la tradición. Según Kirk se creía que los *knowes* feéricos situados junto a los cementerios eran lugares en los que habitaban las almas de los muertos mientras esperaban reunirse con sus cuerpos en el día del juicio. El pequeño tamaño de las hadas lo explican razonablemente por la idea primitiva de que el alma era como una réplica exacta pero en miniatura del hombre mismo, la cual emergía de la boca de su propietario durante el sueño o el estado de inconsciencia. Si esta réplica no podía regresar, entonces el hombre moría. Este es un antiguo concepto de lo que ahora denominamos viaje astral y cordón de plata. En España, la teoría de que la Gente Menuda son en realidad personas muertas, cuyas almas se manifiestan ante los hombres para realizar determinadas actividades, ha sido defendida por el asturiano Constantino Cabal: y así, en los pueblos del Norte, los juzgan almas en pena que vivieron sin rienda en este mundo y están ahora condenadas a peregrinar por él, y muertos son también, para Cabal, los enanos, los duendes, los gnomos, las parcas, los diaños… De las hadas decía que también eran muertos (es decir, almas en pena) que hacían que apareciesen los frutos y que se abriesen las flores y que brotaran las fuentes. Algunos pueblos creen que son las almas de los antiguos

druidas o niños muertos sin haber recibido el bautismo. Los *domovois* (los duendes de Rusia) son considerados almas de los antepasados, muertos de la familia, a los que se deja alimentos y rescoldos en la chimenea para que puedan calentarse. De ellos se dice también que cuando alguien de la casa va a morir, se lamenta, gruñe y empieza a llorar. Algo parecido se dice del hada Melusina y de las *Banshees*, que se dejaban ver y se lamentaban cuando algún miembro de la casa iba a morir. Lo cierto es que esta teoría no se pude desechar pues muchos de los comportamientos de algunos elementales parecen obedecer a estas premisas.

Otra teoría bastante difundida y aceptada sostiene que la Gente Menuda son dioses o espíritus elementales de la naturaleza que han sufrido un proceso de decadencia a lo largo de los siglos. De ostentar un gran poder en la antigüedad (son muy anteriores al hombre) han pasado a ser entidades de menor rango, circunscritas a áreas muy concretas de la naturaleza: montañas, ríos, fuentes, cuevas… Los espíritus acuáticos y de los árboles también podrían ser referidos a este origen. Al llegar el hombre primitivo, estos seres se hicieron invisibles gracias a su magia, por temor a ser aniquilados, y desde otra dimensión ejercieron su influencia y su poder sobre los humanos. Los fundamentos psicológicos de los cuentos populares proporcionan algunos indicios valiosos a los folkloristas sobre esta hipótesis.

Otra, no menos importante, defiende que las creencias feéricas se basaban en el recuerdo de una raza más primitiva y poderosa de seres diminutos obligada a esconderse, ante el avance de los invasores en sus tierras. David Mac Ritchie es uno de los que defiende que estas gentes se ocultaban en cuevas o marismas. Esto es cierto en lo que respecta a algunos grupos feéricos como los *Daoine Sidh* o los *Fir Bolg* (que serían descendientes de las razas originales de irlandeses que fueron relegados al submundo y a los túmulos) y los *Sleigh Beggey* o *Mooinier Veggey* (que eran los primeros habitantes originarios de la isla de Man, anteriores a los gigantes) y tal vez a los *Tylwyth Teg* galeses. En Norteamérica se cuentan varios casos de esta raza de enanos escondida bajo tierra.

Una cuarta hipótesis les hace proceder de algunos de los ángeles caídos que no fueron lo suficientemente buenos ni malos como para salvarse o para condenarse. Serían una especie de demonios de baja categoría expulsados de la gloria que vagan por una especie de «tierra intermedia», los cuales se divierten asustando y asombrando a los seres humanos. De ellos se dice que, precisamente por su condición y su origen, no son cristianos y que pertenecen al culto pagano por esencia. En muchas leyendas se Ies conjura enseñándoles elementos cristianos

(una cruz, agua bendita) o invocando el nombre de Dios, de Jesús o de la Virgen. Odian el tañido de las campanas de las Iglesias. Algunos de ellos aceptaban excepcionalmente el bautizo, porque al hacerlo tienen que renegar de su abolengo pagano y de todos los atributos que ello conllevaba. Buscaban los viernes para hacer sus maldades (porque, en viernes es cuando murió Jesucristo). Incluso en el aspecto físico de algunos personajes de la Gente Menuda se notan rasgos demoníacos: rabo, cuernos de color rojo, mirada hostil, etc. Los teólogos siempre advirtieron a sus fieles sobre el peligro de estas presencias (íncubos y súcubos) y, por extensión, de todas las entidades del más allá que no fueran ángeles.

En conjunto, podemos decir que no sería juicioso comprometerse con una sola teoría sobre los orígenes de este tipo de creencias, sino que lo más probable es que todas ellas sean como hebras de una misma cuerda fuertemente trenzada y así lo iremos comprobando a lo largo de este libro.

La moral de los juegos

Los espíritus de la naturaleza no tienen una clara valoración moral o ética pues puede asegurarse que no son categóricamente buenos ni malos, aunque sí existen realidades «buenas» o «malas», creadas por nosotros con su energía, y sí nos pueden beneficiar o perjudicar en función de nuestra interacción con ellos.

Las tres regiones inferiores del mundo Astral (de las siete que existen, según ciertas teorías) suelen ser el habitáculo de los *elementales* que más gustan de manifestarse ante los humanos y aquellos que son utilizados en prácticas de magia negra. El mago o persona que conoce estas prácticas y ritos puede invocarlos y manejarlos a su antojo para un fin determinado, relacionado, por lo general, con bienes materiales o con la salud de una tercera persona.

Sin embargo, en las regiones superiores se encuentran otro tipo de elementales que pueden, asimismo, ser utilizados para crear armonía, belleza, sanaciones, etc., ya que su estado vibratorio es muy superior al de sus congéneres y, por lo tanto, con sentimientos más puros. El humano que los invoca tiene que estar en ese mismo nivel evolutivo y vibratorio, sabiendo que si se pone en contacto con ellos, y éstos acuden a su llamada, podría hacer auténticos prodigios gracias a su mediación. Son seres muy próximos a los devas (de los que hablaremos más adelante), deseosos de poder ayudarnos en nuestra evolución espiritual. Cuando se habla de la Gente Menuda tenemos que estar especialmente receptivos a las sorpresas, pues, por regla general, no son lo que parecen ser y mucho menos la imagen que de ellos nos han transmitido los edulcorados cuentos de hadas.

Según Robert Kirk, los que él llama los *subterráneos*, tienen controversias, dudas, disputas, enemistades y formaciones de partidos. «Transgreden y cometen actos de injusticia y pecan —afirma— al robar nodrizas para sus niños y por ese otro tipo de rapto que consiste en llevarse a nuestros hijos… En lo referente a la blasfemia y ebriedad —acaba diciendo— no se observa que se hallen sujetos a dichas irregularidades tanto como a la envidia, al despecho, a la hipocresía, a la mentira o al disimulo». Cabría añadir una más, cual es la venganza y las maldiciones que profieren contra alguien cuando son molestados.

En la psicología de un elemental, partiendo de esta base, se dan varias características tales como las siguientes:

Imponen la prohibición de que un humano revele el origen de las riquezas o el poder que han obtenido gracias a ellos.

No les gusta ser espiados por los humanos mientras realizan sus actividades.

No les gusta que se les regale ropa, pero sí comida (aunque no toda clase de alimento) y de ello hablaremos un poco más adelante.

Si se les hace alguna clase de daño, suelen ser muy vengativos.

En cambio, si se les ayuda y están en deuda con un humano, le suelen devolver el favor centuplicado, en bienes materiales sobre todo.

Los elementales que interactúan con mayor frecuencia en nuestro mundo físico son precisamente, como ya dijimos, los que se hallan situados en las tres regiones inferiores del Mundo Astral. A algunas de estas entidades les presta mucho y les agrada sobremanera hacerse pasar por seres extraterrestres (sobre todo aquellos que están vinculados al elemento tierra y al fuego) y, otras veces, por ambiguas apariciones marianas (los seres femeninos vinculados a los árboles y a las fuentes). También les encanta producir fenómenos como los que la Parasicología moderna llama «Poltergeist» (no vamos a entrar ahora en el por qué lo hacen, aunque hay un claro componente lúdico en su conducta) e intervenir en sesiones espiritistas, comportándose como lo hacen en las «casas encantadas», es decir, tirando sillas y mesas, produciendo golpes y ruidos variados, echar agua a los asistentes, apagar y encender luces, etc. (estos fenómenos son producidos, entre otras entidades, por «duendes traviesos» y por almas en pena).

La filosofía Rosacruz, tratando de dar una explicación a esta última clase de fenómenos, afirma que se debe a que algunos elementales aprovechan los cascarones vacíos dejados por un espíritu humano que ya ha muerto (dejando en la tierra su cuerpo denso y su cuerpo vital, abandonando luego su *cuerpo de deseos* que es lo que forma el «cascarón astral» vacío) y no lo necesita para su evolución, por eso en reuniones espiritistas o de «ouija» logran despistar a los allí reunidos, aprovechando información que aún contiene ese cascarón para que sus respuestas sean verosímiles.

Para el teósofo Leadbeater, son alguna clase de sílfides las que se presentan

en estas sesiones, produciendo golpes, ruidos y luces, dispuestos a contestar todo tipo de preguntas, no para engañar o dañar, sino por el placer que experimentan en servir de mensajeras y verse adoradas y reverenciadas. Como moradores del mundo astral, conocen los deseos y sentimientos de los presentes, de modo que pueden leer en sus mentes todo cuanto piensan, excepto las ideas abstractas, lo que no quiere decir, repetimos, que los elementales de la naturaleza sean las únicas entidades que actúan en estas sesiones espiritistas.

Dejando a un lado a esta particular familia de espíritus incordiantes, lo más normal es que los espíritus de la naturaleza se diviertan animando formas mentales de varias clases, por ejemplo con las creadas por un novelista humano que en plena ebullición intelectual imagina sucesos, desenlaces, personajes, acontecimientos… entonces estos «espíritus», motivados por la excitación del momento, desarrollan ellos mismos la acción, de modo que el novelista presiente que sus personajes inspirados tienen voluntad propia, teniendo la clara sensación de que se le han ido de las manos. Si esto es así, imagínese el lector que las musas no sólo eran entes mitológicos, sino realmente las inspiradoras de grandes creaciones. Este sería uno de los aspectos de su camuflaje: hacer creer que son los propios humanos quienes toman la iniciativa en ciertos asuntos.

Los duendes, hadas y gnomos son muy aficionados a la buena vida. Algunos beben, comen, juegan, fuman, cantan y bailan desafortunadamente. Sus preocupaciones son menores a las de un ser humano debido a su falta de individualidad en las acciones que cometen.

Hoy día se sabe que las *ondas de forma* que emiten algunos objetos, e incluso pensamientos y sentimientos, nos afectan de manera directa precisamente por ser energías de carácter muy sutil que, a nivel inconsciente la mayoría de las veces, están determinando una conducta concreta, positiva o negativa, en nosotros. De igual manera, algunas de estas formas atraen a estos seres sobrenaturales particularmente, pero no a todos las mismas. Así, por ejemplo, a los gnomos y duendes les atraen increíblemente los ángulos, los triángulos y demás figuras geométricas (el lugar por donde penetran algunos duendes en las casas es por las esquinas); sin embargo, a las hadas les atraen los círculos y juegan con los remolinos que forma el viento o con las ondas que provocan las gotas de lluvia al caer sobre el agua.

La comida élfica

Existen diversos relatos que hablan de la comida de las hadas y muchos inciden en que cuecen pastelitos deliciosos y que a menudo piden a los humanos que les presten grano o harina de avena, devolviendo siempre lo prestado a veces en doble cantidad.

El Reverendo Kirk, en su obra *La Comunidad Secreta*, aporta una nueva variante a este tema, al señalar que su alimento lo obtienen al practicar una forma determinada de «vampirismo». Escribe que un «Heluo», o sea, el que es un gran comilón, tiene como asistente a un elfo voraz, llamado *geirt coimitheth* (el comensal adjunto o el que se come juntamente la mitad):

«*Quien se nutre del fundamento y quintaesencia de lo que toma el hombre, manteniéndose, a pesar de su voraz apetito, tan magro como la garza o el halcón. Podría pensarse sin embargo, que llevan esta substancia a otra parte, puesto que estos habitantes subterráneos comen muy poco en sus moradas, siendo su alimento escrupulosamente preparado y servido por afables niños que parecen muñecos encantados (…) También traspasan con sus armas a las vacas y a otros animales, de los que, inusualmente, se dice que han sido alcanzados por los elfos y (si mueren) estos subterráneos se llevan su substancia más pura, esto es, sus componentes aéreos y etéreos, para nutrirse de ellos, pues la materia más espirituosa prolonga sus vidas, como se dice de los licores y del agua de vida…*».

Por lo general, los subterráneos, las hadas y demás Gente Menuda —sigue diciendo Kirk— «se alimentan de quintaesencias y esencias etéreas: sus hijos se nutren sólo de la substancia y el espíritu de la leche de mujer, que llega hasta ellos de manera no natural (del mismo modo en que el aire y el aceite penetran en nuestros cuerpos) para hacerse vigorosos y lozanos. Y este rápido modo de tomar un alimento puro (sin las usuales digestiones) mediante una transfusión del mismo, transpirándolo a través de los poros hacia las venas, arterias y vasos del cuerpo, no resulta más absurdo que el que acontece con el niño, quien es alimentado por el ombligo antes de nacer…».

Para muchos estudiosos posteriores a Robert Kirk, no hay duda de que se

alimentan de las excrecencias aúricas de las resinas de los árboles y de sus perfumes, absorbiendo sus emanaciones con deleite, por lo que suelen aceptar gustosos obsequios altamente perfumados. Sabiendo estos datos, no nos debe extrañar que algunas nuevas terapias vibracionales fundamentadas en les elixires y esencias florales (del doctor Bach y de Andreas Korte), así como de las «tinturas madres», basen todo su poder energético en la sustancia primordial de cada flor y de cada planta.

Lejos del tópico, lo que parece cierto es que entre sus alimentos también figuran sustancias más groseras y materiales como la leche, el queso, los dulces e incluso la carne, con las únicas excepciones, que sepamos, de los huevos, el pescado y la sal. No se les puede considerar vegetarianos en sentido estricto, aunque siempre hayamos pensado que así era. Un método muy empleado en Escocia para conseguir que los elfos devolvieran a un niño humano que había sido previamente robado, era acudir —según Hartland— a lugares donde se escuchen suspiros o susurros o en zonas donde haya piedras circulares y depositar allí, junto al niño elfo sustituido, pan, mantequilla, leche, queso, huevos y pollos, es decir, unos cuantos de sus alimentos favoritos. De estos raptos y su finalidad hablaremos en su momento.

Un irlandés muy conocedor de las costumbres del «Buen Pueblo», dijo al investigador norteamericano Walter Wentz que «ellos nunca prueban nada que tenga sal, sino que únicamente comen carne fresca y beben agua pura».

Existen algunos mitos alrededor de sus hábitos alimentarios que no tienen desperdicio, en concreto de sus famosas tortas de pan. A saber:

Cuando alguna persona raptada por ellos prueba su comida, sea sólida o líquida, ya no puede regresar al mundo de los seres humanos por eso —aquel que está avisado— se cuida muy mucho de caer en esa tentación.

El folklore bretón asocia a las «Fées» (hadas) o Korrigans (hadas bretonas) con una raza de seres llamados *fions* (dentro de la familia de los enanos) y cuentan de ellos que una vez que sus vacas negras asolaron el campo de trigo de una mujer, hicieron un pacto: ellos se ocuparían de que nunca le faltaran tortas de trigo negro a condición de que les guardase el secreto, el cual, por lo visto, no estuvo muy bien guardado, de lo contrario no hubiéramos conocido este dato.

En una casa de las cercanías de Eagle River, en Wisconsin (USA), Joe

Simonton vio en abril de 1961 a un OVNI y a tres pequeños humanoides de 1,50 metros aproximadamente de altura, con pelo negro y trajes ajustados rematados con un cuello de cisne. Él les ofreció agua fresca y ellos le dieron a cambio tres tortas de pan moreno perforadas con pequeños orificios y con sabor ligeramente a cartón, pues carecían de sal. Tortas que previamente habían freído en una «parrilla que no despedía llamas». Aunque nos referiremos a ello más adelante, que quede constancia de que el mundo de los supuestos extraterrestres y el mundo de la Gente Menuda no están tan alejados. La similitud que se da en ambos fenómenos (incluida la carencia de sal) es, cuanto menos, sospechosa. En España contamos con el caso de Jaime Bordas Biey, exmeteorólogo, que en junio de 1951 vio a un individuo de más de dos metros en la zona del macizo del Canigó, donde confluyen tantas narraciones extrañas que tal vez sea una de esas «puertas» a las que hemos hecho referencia. Este extraño personaje de «otro mundo» le confesó: «Yo me alimento exclusivamente de pan y leche».

Relacionada con la mágica piedra cuadrada y blanca de Ben Bulben, en el condado de Sligo, refiere Butler Yeats una deliciosa historia acaecida a finales del siglo pasado. Una mujer fue secuestrada cuando paseaba por el jardín con su marido, y llevada al interior del mundo de las hadas de esa región (que son las que custodian la piedra de Ben Bulben). La mujer tuvo que abandonar a su hijo que todavía era un bebe. Aquella «gente sencilla» la tuvo allí retenida durante siete años terrestres, y entonces la mujer, sintiendo añoranza por su hijo, que ya no era tan niño, decidió verle a toda costa utilizando para ello ciertas artimañas que le hicieron llegar hasta Glasgow y allí se apareció a su hijo. Le contó que vivía «bajo el hechizo de los duendes», aunque era muy feliz y disponía de los más sabrosos manjares. El joven relató posteriormente a sus amigos que su madre le había ofrecido algunos de estos alimentos, sobre todo frutos de la tierra, muy olorosos y agradables a la vista, pero rechazó la comida porque comprendió enseguida que su madre intentaba hechizarlo o encantarlo para llevarle con ella al País Borroso.

¿Sabían que un espíritu de la naturaleza, sobre todo los pertenecientes al elemento tierra (duendes, enanos, gnomos…) además de ser sumamente escurridizos e invisibles, pueden ser capturados con un procedimiento tan pueril como ofrecerles comida? Y así es si hemos de creer algunas de las tradiciones que nos han llegado. Y no sólo poniendo como cebo su comida favorita (leche, miel…) sino también tabaco, pues algunos de ellos —como los gnomos— son muy aficionados a fumar en pipa, si bien es verdad que se trata de un tabaco muy especial que contiene hachisch. Con las hadas, sin embargo, nunca se podrían utilizar estos sistemas sino otros que luego veremos.

Un mundo lleno de contradicciones

Si alguno de nuestros lectores conociera los mecanismos para adentrarse en el mundo de la Gente Menuda (en la segunda parte de este libro damos algunos consejos prácticos para lograr tal fin) comprobaría que a cada paso y en cada rincón, hay una sorpresa, agradable o desagradable, según el estado de ánimo del visitante y de los seres que encuentre a medida que avanza, siendo estas continuas sorpresas, paradojas y contradicciones las que hacen tan interesante su mundo para los humanos. «Nada es lo que parece», podría ser el lema aplicable en el mundo de las hadas, lo mismo que pasaba en el *País de las Maravillas* de la Alicia de Lewis Carroll. Estamos hablando de límites y contornos muy difusos que la ciencia humana no sólo desconoce sino que incluso niega su existencia. A pesar de todo, nos hemos aventurado a mostrar unas cuantas de estas contradicciones —de las muchas que poseen— y que, de alguna manera, singularizan a los pequeños habitantes de estos extraños mundos paralelos a los nuestros.

Se dice que odian la sal; sin embargo las sirenas y «mermaids» viven y disfrutan en el mar y el océano.

Odian el hierro (como los follets o los korred), pero algunos de sus miembros se dedican a profesiones vinculadas directamente a este metal, como son los enanos herreros.

Sienten aversión a las iglesias y a los campanarios; no obstante algunos elfos (como los «Church grims» ingleses o los «Kirknwaki» finlandeses) hacen sus casas en las torres del campanario o bajo los altares.

No pueden soportar la luz del sol, lo que no impide que algunos espíritus femeninos de la naturaleza se dejen ver en pleno día.

Por regla general, suelen medir en torno al medio metro de altura, aunque algunos elementales son verdaderos gigantes y otros, en cambio, son microscópicos.

Se dice que son astutos y poderosos, si bien a los duendes domésticos es

muy frecuente engañarles con todo tipo de tretas infantiles (como desparramar el cereal por el suelo).

Nunca se separan de su gorro, que siempre llevan puesto, pero los espíritus femeninos de la naturaleza acostumbran a lucir una melena rubia ondeada por el viento y algunos espíritus de las nubes no siempre van cubiertos.

Cuando dan un consejo hay que seguirlo al pie de la letra por extraño, absurdo o imposible que parezca, aunque algunos de estos consejos o recomendaciones hay que interpretarlos al revés.

Podemos encontrar alguna respuesta a estos comportamientos si sabemos que en Escocia dividen a la Gente Menuda en dos grupos: Corte de los Buenos o Benditos (Seelie Court) y Corte de los Malos o Malditos (Unseelie Court). Los primeros surcan los países bendiciendo los campos, ayudando todo lo posible a la gente y sin que les asuste el tañido de las campanas, el hierro o el símbolo de la cruz. Por el contrario, los seres de la Corte Malvada tienen conductas menos benéficas para los seres humanos y pueden ser engañados, burlados y conjurados con los métodos antes citados.

Tras las huella de los duendes

Los duendes son seres dotados de inteligencia y sensibilidad y, por lo tanto, pueden llegar a coger odio a una familia o, por el contrario, desarrollar una cierta simpatía o afecto hacia la misma, hasta el punto que la pueden seguir de un lugar a otro. Este carácter ambivalente del duende —y de otros seres mágicos— es una constante en todas las historias en las que intervienen: son leales con la casa que escogen e incluso aman, en el sentido que ellos lo entiendan, a sus miembros, pagando sus atenciones y sus ofrendas con todos los obsequios y beneficios que un duende puede dispensar (entre los que se encuentran el famoso «oro de los duendes» que se convierte en carbón a la más mínima transgresión del tabú impuesto). En cambio, si se les llega a maltratar verbal o físicamente, o se atenta contra su medio ambiente o entorno ecológico (recordemos que son espíritus asociados a la Naturaleza) se pueden convertir en seres vengativos y procurarán hacer la vida imposible a la familia agresora.

Los duendes, alegres, traviesos y juguetones, pero también volubles, peligrosos y agresivos, han causado desde siempre una profunda impresión a los hombres de todas las épocas, por lo que su rastro todavía es hoy fácil de seguir, si sabemos dónde y cuándo buscar.

Los duendes están estrechamente relacionados con los fantasmas y con las almas en pena (pues ambos son habitantes del astral). En aquellas zonas donde no existe una clara creencia popular en duendes, follets o trasgos, se atribuye a las almas de los antepasados ya muertos los ruidos nocturnos del hogar y los fenómenos anómalos que se produzcan (como ocurre, por ejemplo, en la comarca catalana del Pallars o en algunos pueblos de Vizcaya).

Al estar compuestos de materia más sutil que física, permanecen por lo general en la invisibilidad y cuando desean manifestarse a un ser humano lo suelen hacer en horas que no hay luz solar y en su aspecto habitual: un hombrecito grotesco, vestido a la usanza de la época en que se deja ver y de una altura que oscila entre los veinte centímetros y el metro y medio. La transformación de estes seres en otras variadas formas, sobre todo de animales, es algo característico del mundo del que proceden, debido a la materia etérea de la que están compuestos. En nuestro mundo material todas las formas son estables y no suelen cambiar con facilidad, pero en el «mundo astral» o «mundo de los deseos» es muy distinto porque, según afirman casi todas las doctrinas herméticas, allí las formas cambian a voluntad de la vida que las anima y los «elementales» en general, como habitantes de ese plano, poseen esta facultad aunque suelen inclinarse siempre por algunas muy concretas y predeterminadas. Debido a estas circunstancias, es difícil clasificar a estos pequeños seres, principalmente porque en ocasiones es casi imposible rastrearlos y mucho menos distinguirlos de otro tipo de manifestaciones (como las apariciones fantasmales) y, sobre todo, porque su recuerdo se ha ido perdiendo de manera paulatina en muchas zonas y regiones del mundo.

A pesar de todo, existe una variedad increíble de duendes, aunque su número ha disminuido, toda vez que también a ellos les afecta el progreso de los hombres. En lugares alejados de las ciudades todavía es posible encontrarlos y, sobre todo, sentirlos, incordiando a los pobres campesinos que tienen la desgracia de que su casa les resulte atractiva. Con todo, los duendes se han adaptado al mundo moderno de muy desigual forma. Algunos se han transformado o disfrazado de personajes en los cuales los seres humanos actuales estén dispuestos a creer. Hay tres grupos claramente diferenciados.

La familia de los «Duendes Domésticos» es la más extensa y la mejor repartida por toda la geografía del mundo. Viven en el interior o en los alrededores de las casas humanas, donde se manifiestan preferentemente de noche, momento en el que aprovechan para jugar y divertirse. Algunos pueden llegar incluso a colaborar con los hombres y es frecuente que, además de traviesos, puedan ser muy molestos. En España, serían los trasgos de la cornisa cantábrica, los *follets* del litoral mediterráneo y los *duendes* propiamente dichos, que actúan siempre en la oscuridad o por la noche, huyendo del sol, prefiriendo la luz de la luna o de los pequeños candiles. Sobre todo cometen sus fechorías amparados en su invisibilidad norma que rompen pocas veces, pero las suficientes para que nos hayan llegado algunos datos fragmentarios sobre su aspecto físico.

Reseñable es también el matiz diferenciador existente entre trasgos, duendes y follets ya que, a pesar de pertenecer a la misma familia, forman grupos separados. Los primeros —los trasgos— prefieren escoger casas más campestres y rurales, habitando en desvanes o cuadras a diferencia de los duendes que son mucho más finos y gregarios. Los trasgos tienen varias similitudes físicas: negros de pelaje, ojos oscuros, provistos de rabo, con pequeños cuernos, agujero en una de sus manos, a veces cojos… Los duendes, en cambio, poseen una anatomía más armónica y les gusta habitar, o al menos manifestarse, en hogares más refinados, con más nivel de desarrollo y, muchas veces, ubicados en ciudades o villas muy pobladas. Los duendes suelen ser más inteligentes que sus parientes los trasgos, no tienen agujero en la mano, no cojean y visten ropas más llamativas, de época y lujosas, siendo sus bromas, por el contrario, mucho más crueles. El follet catalán, levantino, francés e italiano participa de las cualidades de unos y otros. Por un lado, sí tienen agujero en la mano y por consiguiente se les conjura como a los trasgos, pero, por otro, siguen a los dueños de la casa, como hacen preferentemente los duendes. Los follets han sido tradicionalmente vinculados a las construcciones megalíticas y a los antros subterráneos. Estarían a medio camino entre los trasgos y los gnomos, en cuanto a sus comportamientos y actitudes (algo similar a los que ocurre con los «diablos burlones»).

Dentro de la gran familia de Duendes Domésticos que existen en España, estarían representantes tan genuinos como los Trastolillos cántabros, los Xas gallegos, los Sumicios asturianos, los Martinicos manchegos, los Donyets levantinos, los Frailecillos extremeños, los Etxajaunak vascos, los Menos aragoneses, los Barruguets baleares, los Trasgos leoneses, los Familiares canarios o los denominados «duendes protectores de niños»: Cuines, Meniñeiros y Ratones Coloraos.

La segunda familia la componen los «Duendes Familiares», con aspecto de diablillos. Son llamados también *familiares* y están ligados no a una casa sino a una persona (que indefectiblemente suele ser un mago, un brujo o un hechicero) a la que ayudan, convirtiéndose ésta en su dueño. Como tal, puede venderlos, trasmitirlos en herencia o cederlos. Respecto al tamaño que adoptan, son extremadamente pequeños, ya que caben varios de ellos en un acerico o alfiletero. En Europa prácticamente han desaparecido a medida que la brujería tradicional se ha ido relegando, para ocupar otras esferas y practicar otros rituales.

Como miembros destacados de esta familia habría que citar, tan sólo en España, a Dimonis-Boiets (Mallorca), Fameliars (Ibiza), Maridillos (Navarra),

Mamur o Prakagorris (Euskadi), Enemiguillos (Castilla), Mengues (Cantabria), Maneirós o Minairons (Cataluña), Diablillos (Galicia), Pautos (Asturias), Espíritus Familiares (Canarias), Cermeños (Andalucía), etc.

Los «Duendes Dañinos de Dormitorio» son una extraña familia de duendes individualistas y aparentemente agresivos, que, según ciertos indicios, viven de absorber la energía vital a los seres humanos y de tener contactos carnales con ellos, provocando pesadillas y enfermedades a los que eligen como víctimas. Actúan generalmente en casas solitarias donde construyen sus guaridas y su presencia, por fortuna, es menos abrumadora que la de los Domésticos, pudiendo adoptar formas muy variadas: grandes manos peludas, perros negros, enanos… Habría dos subcategorías dentro de este grupo para entender mejor su complejidad. Por una lado, los «duendes vampirizantes» o *efialtes*, entre los que estarían los Tardos, los Ingumas, las Pesantas, las Manonas o los Pesadiellos y, por otro lado, los «duendes lascivos» o *íncubos*, seres de aspecto masculino con evidentes inclinaciones libidinosas y que dieron mucho que hablar a nuestros teólogos medievales.

Métodos para conseguir un ser sobrenatural

El alquimista suizo Paracelso vislumbró la posibilidad de poder crear seres aparentemente de la nada y que fueran serviciales para su creador. Otros se decidieron a comenzar tamaña tarea y crear homúnculos o seres virtualmente engendrados de la nada o de una específica materia prima de la que, según algunas crónicas, adquirieron vida. Los investigadores Alexandra David-Neel y Nicolás Roerich ya hablaban de ciertos prodigios realizados por lamas iniciados del Tibet que llegan a ser capaces de materializar literalmente ciertos pensamientos en forma de objetos o de seres aparentemente humanos y reales. Se referían a los «Tulkus» (o proyecciones de objetos) y de los «Tulpas» (o proyecciones de seres humanos). Carlos Castaneda también menciona en sus obras la posibilidad de crear servidores, aparentemente humanos, con el solo poder de la mente.

La tradición ocultista y cabalista da cuenta de poderes semejantes en ciertos hombres, como el rabino Eleazar de Worms al que la tradición hassídica atribuye la creación del primer «golem» (especie de Frankenstein, confeccionado con barro) en el siglo XIII.

Circunscribiéndonos a España, cuya mitología es menos conocida, se pueden encontrar métodos para elaborar o crear un ser sobrenatural. La forma de conseguir un «espíritu familiar» es muy variada. Decíamos que pueden ser «fabricados», capturados recibidos como regalo o donación, comprados e incluso invocados mediante determinados rituales secretos, razón por la cual están muy vinculados históricamente a la brujería y a la hechicería. Según la tradición, existen varias formas de conseguir uno de estos «familiares», pero dos son las más usuales: buscándolos o creándolos.

En la noche víspera de San Juan o en esta misma noche mágica del solsticio de verano (una de las fechas propicias para que se produzcan aperturas de las «puertas») algunos intrépidos los buscan cuidadosamente debajo de los helechos. Así ocurre en Cantabria o en el País Vasco. En Cataluña y Baleares su procedencia es más curiosa, pues en las dos zonas se «fabrican» de una extraña hierba.

En Ibiza se puede cazar un *fameliá* si buscamos debajo de un puente concreto

(que no es otro que el «Pont del Dimoni», en Santa Eularia del Riu) una pequeña hierba cuya vida dura apenas unos segundos y la metemos rápidamente dentro de una botella negra. En Cataluña conseguiremos un *maneirós* si entramos en el interior de una gruta de difícil acceso y recogemos la semilla de una extraña planta llamada «maneironera» Joan Amades dice que no se ha podido aclarar si la semilla que grana de la hierba son ya los mismos seres microscópicos o bien el germen de una nueva planta que sembrada produce a estos hombres minúsculos.

A pesar de todo lo dicho, existen muy pocas tradiciones donde alguien pueda alardear ante sus amigos de haber ingeniado un método para capturar a un «elemental» auténtico. En Asturias se habla de un raro procedimiento para atrapar nada menos que a un *hada*, el cual está relacionado con una superstición llamada «cum Diana equitare», según nos transmite Menéndez Pidal en su obra *Romania*. El sistema en cuestión consiste en dejar por la noche (preferentemente la de San Juan) un caballo ensillado en las proximidades donde se supone que vive una xana, en cuya silla de montar se habrá colocado previamente un ingenioso sistema de lazos que hará que la xana quede trabada por los pies en el momento justo de intentar cabalgar sobre el animal.

Este método intenta aprovecharse de una debilidad de las xanas: les divierte galopar montadas sobre caballos en las noches de luna llena. Ni que decir tiene, que este sistema no funcionaría nunca por dos razones principales: primero, porque se pueden hacer invisibles a voluntad y al instante desaparecer de allí y segundo, porque cualquier método violento utilizado contra ellas se vuelve inmediatamente contra el osado humano que lo realiza. Como norma general, cualquier intromisión en su vida o en su mundo sin su previo consentimiento, suele traer funestas consecuencias y las leyendas están rebosantes de datos sobre esta cuestión.

Por si todo eso fracasa y no hay forma de capturar a un elemental, existen métodos para tener más poder sobre ellos. Uno de los cuales, tal vez el más poderoso, es conocer su auténtico nombre, aunque para conseguirlo se deba correr un riesgo tremendo, puesto que estos seres castigan duramente la intromisión en su intimidad. Otro sistema es apropiarse de objetos feéricos, como los gorros rojos de los elfos escandinavos o de los trasgos españoles, así como conseguir el peine de oro de una sirena o de una «dama del agua». Si el caco es hábil a la hora de conseguir estos objetos, podrá pedirles cualquier clase de deseo como si tuviera la lámpara de Aladino en sus manos. Si, por el contrario, es un patán y no logra su objetivo, pronto se verá ciego, cojo, pobre o algo peor.

De todas formas, el sistema más utilizado ha sido el de los conjuros de los magos a base de invocaciones concretas en días señalados. En manuscritos de los siglos XVI y XVII se encuentran tanto las fórmulas como los logros obtenidos de elementales (mejor dicho, *diablillos familiares*) encerrados en una botella o en un anillo, aunque este tipo de injerencias entre los dos mundos no es muy recomendable ni para profanos ni para avezados expertos.

Elfos de la luz y de la oscuridad

Existe una interesante teoría que vincula a la Gente Menuda con la capacidad de los hombres para verlos, que deriva de la antigua mitología nórdica sobre los seres mágicos. Esta los dividía en «elfos de la luz» y «elfos de la oscuridad». La doctora Nancy Arrowsmith decidió emplear esta clasificación para distinguir a los diversos tipos de elementales añadiendo la variante de «elfos de la penumbra», grupo en el que sitúa a la mayoría de los que aparecen en su libro *Guía de campo de las hadas y demás elfos*. Si bien no es muy aprovechable como sistema de catalogación de la Gente Menuda, sin embargo, es interesante para determinar lo que llamamos entorno, esto es, el envoltorio que rodea a los elfos y que determina la capacidad de los seres humanos para verlos o apreciar con detalle sus formas y colores. Este entorno depende de una especie de «aura» que tienen los elementales cuando se manifiestan fuera de su plano astral y que varía, tal vez, en función de su poder o energía. Según esta teoría, los colores de los espíritus de la naturaleza vendrían señalados en nuestro mundo por su mayor o menor «densidad» y por su sujeción a nuestras leyes físico-temporales. Los tres grupos serían, por consiguiente, los siguientes:

Elfos de la Luz. Son poderosos y con capacidad para alterar el medio en el que viven. Se manifiestan en el aire, el viento y las nubes. Vinculados a las fuerzas más poderosas de la Naturaleza tienen poder sobre las tormentas, el rayo y la tempestad. Son difíciles de ver, pues sus formas son vaporosas y frecuentemente indeterminadas, siendo sus cuerpos informes y cuasitransparentes. Viven miles de años, viajan a través de cualquier dimensión y sus colores son siempre muy claros, con tendencia al blanco. Veamos el ejemplo de los **ventolines**, elementales del folklore de Cantabria y Asturias, que son, según Manuel Llano, pequeños seres voladores de cuerpos sin forma determinada, con alas traslúcidas de color verdoso y con brillantes ojos blancos, que vuelan por las costas del Cantábrico en enjambres, mezclándose con las nubes de la puesta del sol, de las que surgen repentinamente para ayudar a los buenos marineros que tienen problemas.

Es un campo poco estudiado; pero así como cu nuestro mundo existen distintas razas humanas con su color de piel respectivo; en el mundo de la Gente Menuda existen pueblos y razas con distintas «auras» de mayor o menor luminosidad que les hacen dividirse en familias y grupos muy diferenciados.

Elfos de la Penumbra. Son el grupo más numeroso, ya que contiene a los duendes, con todas sus variedades, así como a la mayoría de los espíritus de la Naturaleza, incluyendo a las hadas que sólo en ocasiones se acercan mucho al primer grupo. Los elementales de la penumbra suelen usar ropas de tonos apagados y que no llamen demasiado la atención, llegando en algunos casos a extremos de identidad con el paisaje, alcanzando altos grados de camuflaje con el terreno. En cualquier caso, este hecho debe relacionarse con el escaso poder que tienen en nuestro mundo en comparación con los seres de la luz, ya que en parte, se rigen por nuestras leyes físicas y temporales, sobre el espacio y el lugar, lo que les vincula necesariamente a un sitio determinado, ya sea una casa, un bosque, una cueva, una fuente o una flor. Siguiendo con la mitología cántabra veremos el ejemplo del **tentirujo**. Este enigmático ser, perteneciente a la pequeña variedad de los trasgos, es difícil de ver. Los tentirujos, como los demás duendes de los neblinosos bosques de las cuencas del Saja y el Besalla, presentan a los ojos de los hombres un color rojizo, ya que se visten con cortezas de aliso, consiguiendo un notable mimetismo. Ello les posibilita moverse con rapidez y sólo son visibles en ocasiones, camuflándose cuando pueden ser vistos en las ramas de los árboles. En los casos del **trenti** y el **musgosu**, la asimilación al color del terreno en el que se mueven es casi total. Ambos están cubiertos completamente de hojas y ramas, lo que les confiere un cierto aspecto de «hombres-planta», siendo casi imposible su localización, hasta el punto de que nadie ha sido capaz de determinar el color de su piel.

Elfos de la Oscuridad. Serían unos seres antiguos y sombríos que se esconden siempre en el interior de la tierra. Aislados y antaño poderosos, fueron, hace miles de años, enemigos de los hombres a quienes, en cualquier caso, no veían con simpatía. No son muy numerosos en Europa y sus colores reflejan a la perfección su «entorno»: grises, ocres, marrones o verdes apagados. El ejemplo más conocido en Europa es el de los enanos y los gnomos, que viven en la oscuridad del interior de la Tierra, cumpliendo el destino de su Alma Grupal: velar por las riquezas del planeta y custodiar sus tesoros. Para ello, trabajan constantemente horadando peñas y montañas, excavando túneles y oscuras galerías. Ariscos y huraños, sus ropas de minero son oscuras, y su piel adquiere tintes amarillentos, verdosos o marrones.

2

Espíritus femeninos de la Naturaleza

—¿Ha visto usted alguna vez el funeral de un hada? —preguntó William Blake a una dama que estaba sentada a su lado.

—¡Nunca, señor!

—Pues yo sí, pero no antes de ayer por la noche.

Allan Cunningham, Lives of Eminent British Painters

Hay de todo como en botica

on evidente desacierto, la investigadora Nancy Arrowsmith, en su obra *Guía de campo de las hadas y demás elfos*, hablando del problema de la irregularidad de distribución geográfica de estos seres, decía que en Irlanda tienen reseñados más cuentos populares per cápita que en cualquier otro país europeo (lo que no ponemos en duda), pero acto seguido escribe lo siguiente: «mientras que los relatos españoles son tan escuetos que es difícil encontrar referencias». Y, sencillamente, no incluyó en su obra a ningún duende ni hada ni genio masculino que tuviera que ver con España, salvo a los follets y de pasada. Defecto común, no sólo en ese libro, sino en cuantos se escriben sobre este tema en Europa.

Si nos atenemos a las diversas fuentes que hemos consultado, muy posiblemente las «hadas puras», de las que apenas existen leyendas, no serían las hadas cuya imagen clásica tenemos en mente, representadas como pequeños seres desnudos, a veces con alas, semejantes a bellísimas mujeres, con una varita mágica coronada con una estrellita en la mano. La «otra» imagen que existe sobre ellas, la idea esotérica que nos han transmitido videntes o personas que por una razón u otra han tenido contacto con ellas y, por consiguiente, las han podido «ver» con un cuerpo astral o etérico, las describen como si fueran llamaradas o relámpagos de luz y color. Estaríamos en presencia de las auténticas hadas, como emanaciones de energía, etéreas y volátiles, sin una forma predefinida, inalcanzables para un simple mortal, sin deformar por la imaginación de las gentes que rápidamente las asimila a conceptos, modelos y profesiones cotidianas: hilanderas, tejedoras, constructoras, hechiceras, etc.

Se ha repetido que los humanos sólo pueden ver a las hadas entre dos parpadeos de un ojo, pero unas cuantas pueden utilizar su poder mágico llamado «glamour» (derivado de la antigua palabra escocesa *glamerye*), que funciona tan sólo con el poder de la mente (sin necesidad de tener varitas mágicas), y así permitir que los mortales las vean.

Gracias a que de vez en cuando se dejan ver y sentir en nuestro mundo, nos han llegado algunos datos precisos que nos permiten sacar tímidas conclusiones, como que una de sus actividades favoritas es divertirse al *máximo* a la más *mínima* oportunidad (una especie de **carpe diem**) y así nos lo hace saber uno de los comunicantes de Walter Wentz:

Sí, las hadas existen y aquí las he visto bailar con frecuencia. La hierba nunca crece a gran altura en los bordes del anillo, pues sólo la más fina y corta crece en este lugar. En el centro, hay un círculo de setas de las hadas, en las que éstas toman asiento.

De todas las clasificaciones que se pueden elaborar sobre esta numerosa familia, escogemos la que posiblemente sea la más clarificadora Aquella que divide a estos seres en Hadas Terrestres (viviendo por encima y por debajo de la tierra) y en Hadas Acuáticas (de agua salada y agua dulce). A su vez se distribuyen en cuatro grupos fundamentales, a saber:

Hadas de los mares (sirenas)

Hadas de los ríos y cuevas (lamias)

Hadas de las fuentes (las antiguas ninfas: damas del agua)

Hadas de los bosques (las antiguas dianas: xanas, anjanas, janas…).

A las que habría que añadir un quinto grupo, no menos importante, el cual participa de todas ellas, que sería el de las «hadas encantadas». En todo caso, la variedad existente en España es muy similar a la de otros países y a poco que rasquemos en la superficie de nuestros mitos y tradiciones encontraremos mouras gallegas, xanas asturianas, anjanas cántabras, donas d'aigua catalanas, moras murcianas, encantadas castellanas, janas leonesas, lamias vascas, moricas aragonesas, damas blancas isleñas, sirenas, ijanas, hilanderas, lavanderas, hechiceras… en definitiva, espíritus femeninos de la naturaleza, con sus correspondencias exactas en otras latitudes de la geografía mundial.

Las hadas pueden entender el lenguaje de los animales, el sentimiento de los árboles, la vitalidad estática de las flores. Son parte de la esencia de Gaia y su vida no se concibe separada de la infinita riqueza de nuestra biosfera.

Especial atención merecen las denominadas *encantadas* que son, principalmente, mujeres nacidas de padres humanos que, por una maldición, una promesa, un comportamiento indecoroso con sus semejantes o cualquier otra oscura razón, son raptadas y llevadas al «País de las Hadas», pasando a convertirse automáticamente en una de ellas: poseedoras de un alma mortal, invisibles e inmateriales, con las mismas virtudes, habilidades y poderes que caracterizan a las hadas. Su misión principal suele ser custodiar los tesoros de estos seres sobrenaturales. Eso sí, siempre tienen la posibilidad —aunque remota— de ser

algún día desencantadas o liberadas por un ser humano, algo que anhelan continuamente. El mortal que lo logre podrá, a cambio, obtener las riquezas que custodia e incluso su propia persona en matrimonio. Pasaría así a convertirse de nuevo en una mujer humana, con un alma inmortal, que, por naturaleza, les corresponde (a diferencia de las «hadas del agua» que aunque se casen con un ser humano no por eso dejan de ser hadas).

Muchas veces las mujeres encantadas suelen estar vigiladas por bestias fabulosas (basiliscos, dragones o cuélebres) que además de ayudar en la custodia de riquezas, evitan que un tercero consiga el deseado desencantamiento de sus protegidas, como ocurre con las *ayalgas* asturianas, las *encantades* catalanas y las *mouras* gallegas, utilizando cada una de ellas distintas argucias para conseguir sus objetivos. Las *ayalgas*, por ejemplo, aprovechan el adormecimiento del cuélebre para provocar el acercamiento de los hombres a sus moradas. Si algún mortal consigue tocarlas con la verde rama de un sauce podrán al fin liberarse.

Por último, por referirnos tan sólo a una de las muchas leyendas que sobre encantamientos de hadas abundan en la mitología y folklore de toda Europa, hablaremos de una que hemos encontrado en tierras casi manchegas, en concreto en la Sierra de Alcaraz, por los alrededores del pueblo de Riopar, que consideramos característica de otras que son más abundantes en tierras de Galicia o de Asturias.

En este caso, el origen del encantamiento está en la maldición proferida por una madre que no quería que su hija saliera con un mozo del pueblo y cada vez que la desobedecía la encerraba en casa, hasta que de tanto burla burlando, citándose con el novio a sus espaldas, la madre, en un momento de incontrolable arrebato, manifestó en alto sus deseos y la condenó a vivir toda su vida en una cueva, quedando encantada en ese preciso momento. La condición era que no podía salir de ese lugar hasta que algún mortal se enamorase, no de ella, sino de su peineta y si lo conseguía quedaba así, por arte de magia —y nunca mejor dicho— desencantada.

Ella mostraba, a quien pasase por allí una especie de tienda con varios objetos: si cogía la peineta se desencantaría, y se casaría con él, pero si cogía el peine, el poder del encantamiento duraría mucho más tiempo. Está claro que previamente a esta estratégica elección habría que saber cómo era el aspecto físico de la mujer encantada y cómo el del campesino o pastor de turno, porque sí escogía la peineta… El final de todas estas leyendas suele ser muy parecido. Acaba

eligiendo el objeto equivocado y la moza sigue penando por toda una eternidad.

Características comunes

Es frecuente encontrar a personas que cuando leen algunos de los aspectos o características que tienen los duendes, los gnomos o las hadas, se sorprenden de que no correspondan a la imagen típica que tenían de ellos cuando leían los llamados cuentos de hadas. De alguna manera, se desmitifica un mito. Y esto es así porque cuando el folklore narrativo pasa a convertirse en forma y estilo literario, se acaba degradando. El cuento de hadas que se basa en una tradición feérica determinada pierde gran parte de la sustancia de estas tradiciones centenarias, ya que al ser libros destinados para niños, se eliminaron deliberadamente de su contenido aquellos aspectos que pudieran «herir la sensibilidad» del infante y sencillamente suprimieron cualquier referencia escabrosa o engorrosa —que sí estaba en la leyenda original— en aras de dulcificar y moralizar su temática. Sólo a partir del siglo XIX, cuando los cuentos de hadas habían empezado a liberarse de la tendencia dieciochesca inclinada hacia el moralismo y la alegoría, encontramos personajes más grotescos (como los enanos deformes) y argumentos más complejos (algunos cargados con ciertos tintes eróticos).

En las narraciones originales se habla de unos usos y costumbres que adoptan prácticamente todos estos espíritus femeninos de la naturaleza, tanto si son hadas encantadas como hadas de agua, dándose unas pautas muy similares, algunas de las cuales se incluyeron en los cuentos de hadas y otras no. Se verá que las referencias al oro —nunca a la plata— son numerosas y generalmente en sentido metafórico.

Por lo que se refiere a su aspecto físico, en numerosas leyendas se las describe en el acto de peinar con un peine de oro sus largos cabellos que suelen ser rubios o pelirrojos, de un gran brillo y belleza. Con menos frecuencia se dice que son negros e incluso blancos. Tienen una voz sumamente cautivadora.

Por lo que respecta a sus costumbres, se ocupan en lavar madejas de lana cuyos hilos parecen ser de oro e hilan dichas madejas con una rueca de oro. Cuidan ganado, sobre todo toros y vacas, así como gallinas y pollos que, al menos, tienen un aspecto áureo. Les gusta danzar en corro, agarradas de la mano y dándose la espalda.

A pesar de que muchos consideran que las hadas viven en las flores, la verdad es que se las suele encontrar en la entrada de una cueva, en la orilla de un río o dentro de una fuente. También se dice que poseen suntuosos palacios de oro y pedrería, tanto subacuáticos como subterráneos.

Algunas hadas se dedican a prácticas execrables, desde nuestro punto de vista humano, como robar o secuestrar a niños y jóvenes humanos, cambiándolos, a veces, por réplicas exactas *Changelings* o dobles. Aunque no es frecuente, dada su versatilidad, se suelen transformar en animales o en personas de sexo masculino.

En muchas ocasiones, no son descritas como seres de aspecto bello en su totalidad. Se presentan en forma aparentemente humana, si bien con alguna deformidad que no siempre pueden ocultar: largos pechos *Ijanas de Aras*, de Cantabria, pies de cabra o de oca (*Lamias* vasco-navarras o *Glaistig* de las Highlands), colas de pescado (*Sirenas* del mundo entero), espaldas huecas (*Elles* escandinavas), con una cola de vaca (*Huldres* de Noruega), cojean al bailar (*Henkies* de las islas Shetland)…

El presentar estas características no significa que las cumplan todas y cada una de ellas, sino que son comportamientos y aspectos arquetípicos, constantes y muy genéricos de lo que estos seres femeninos pueden llegar a ser y a hacer en un momento determinado.

Etimología del hada

Está comúnmente aceptado que el nombre castellano de «hada» proviene del latín «fatum» (destino, fatalidad). En catalán y en gallego se ha conservado la «f» inicial, siendo llamadas fadas, mientras que en castellano, como en muchas palabras que en latín empiezan con f, se cambió ésta por una h, y así tenemos la palabra hada, lo que indica la creencia de que una hada es un ser sobrenatural que puede influir en el destino de los mortales, con la clarividencia de los hechos futuros.

Por otra parte, en los países de lengua inglesa, dan el nombre de *Fairy* (fairies en plural) a un hada, pero en realidad ese nombre proviene a la vez del francés Fée, de donde ha derivado el adjetivo, más o menos genérico, de feérico, refiriéndose al mundo de la Gente Menuda.

En cuanto a otras posibles explicaciones, las palabras Anjana y Xana algunos autores las quieren hacer derivar del término «jana», que en castellano medieval era sinónimo de «Hechicera». Asimismo, en Cerdeña y Toscana, «Giana» significa «Hada», palabra derivada a su vez de la latina «Aquana», ninfa de las aguas. En el Algarve portugués existe una voz que corresponde a *Ja* o *Jans* aplicado a ciertas hadas hilanderas nocturnas, concluyéndose que todas estas etimologías tienen una raíz común. Pero uno de los debates mayores era saber si nuestras hadas provienen de las antiguas *dianas*.

Para el estudioso asturiano Juan Ibero, aludiendo al poeta Varrón que da el nombre de Jana a Diana, no cree que sea posible que etimológicamente Xana y Diana tengan relación inmediata pues xana es síncope de xuana, nombre bable de Juana. Diana —sigue diciendo— deriva del sánscrito día y de su derivado griego *dian* (divino). En la Asturias latinizada, las xanas eran conocidas por el nombre de «encantadas de San Juan», por ser la víspera de la fiesta de este santo cuando principalmente se manifestaban a los humanos, siendo llamadas más tarde Xuanas, Xanas, Inxanas o Injanas. Por otra parte, debido a que en Asturias no hay ningún río importante con el nombre de xana (a diferencia de fuentes, cuevas, picos…) revela la escasa antigüedad de esta tradición, por lo que Juan Ibero cree que su mito, en realidad, deriva de Nara, un genio del agua en los tiempos remotos, cuyas

huellas sí quedaron patentes en la toponimia y en la mitología asturiana (ríos Nalón, Navia, Narcea, Noroa…), llegando a la conclusión de que en los tiempos anteriores a las civilizaciones semitas y grecolatinas, la xana astur se llamó *Nala* o *Nara*.

Nuestra brutalidad desalmada arrasó los bosques, secó las fuentes y contaminó los ríos. A las hadas apenas las encontramos entre nosotros. Se fueron tristes y desoladas y sólo se aprecian fugazmente, como un destello de luz entre las hojas de los árboles o en el espacio que duran dos parpadeos de un ojo.

En la mitología irlandesa, que pasa por ser la mitología celta más antigua que hoy se conoce, también aparece una diosa Dana (de los Tuatha de Danann irlandeses), con carácter de madre de los dioses y diosa de la fertilidad de la Tierra. A este respecto, es interesante la opinión de Julio Mangas: «Si el nombre *Xana* pudo tener un origen celta, el mito actual dista mucho del carácter primitivo de la diosa *Dana*, aunque su vinculación con cuevas, tradicionales lugares de culto en la antigüedad, le siga atribuyendo un rasgo de verosimilitud. Difícilmente se puede buscar un origen itálico-romano para una región como Asturias y menos dado el carácter de la diosa romana Diana, conocida en Hispania. Todo hace pensar que un mito probablemente celta está detrás de las xanas. Un mito, desligado de unas prácticas rituales y de un cuerpo de sacerdotes (magos o expertos) que lo conozcan y velen por su pureza, tiende a deformarse. El mito actual sobre las xanas puede ser una deformación lejana de un antiguo mito celta, un impreciso recuerdo de una antigua divinidad femenina que era conocida en Asturias en la época en que existía la práctica social del matrilinealismo». ¿Tal vez la diosa Nara a la que nos hemos referido anteriormente?

Modestamente nos apuntamos a esta hipótesis, por cuanto en Asturias tan sólo se ha encontrado una referencia a la diosa Diana en un ara dedicada a esta divinidad, tan característica para los romanos. Es una clara muestra de que el culto a Diana no debió extenderse entre los habitantes del territorio astur y no sólo porque no hayan aparecido suficientes documentos epigráficos que lo acrediten, sino también porque la caza no fue nunca uno de los deportes predilectos de los astures. Además, la única lápida que menciona a Diana fue consagrada por un ciudadano romano asentado en la «Legio VII» y no por un astur. Por consiguiente, la evolución semántica que ha desembocado en la identificación entre la diosa romana Diana y hada no es tan evidente y se pueden aportar datos en los cuales se aprecia un origen anterior.

Son, por lo tanto, tres las corrientes básicas en este tema: por un lado, las que hacen derivar al hada de las Dianas romanas. Por otro, las que entroncan su origen con las Janas. Para Menéndez Pidal —en *Romania* (1900)— ambos supuestos son el mismo, ya que Janus fue un tiempo sinónimo de Dianus, luego tendrían razón tanto los que hacen derivar el término hada de Jana como los que dicen que deriva de Diana. La última corriente es la que encuentra su etimología en una diosa de las aguas muy anterior, tal vez celta. Finalmente, Murguía en su *Historia de Galicia* (1901) relacionó el término xana con «Gan», que en lengua celta significaba «blanco». Xana sería, pues, idéntico a «blanca», siendo estas entidades femeninas una especie de «damas blancas».

La actual filología cree encontrar el origen de Diana en un antiguo término indoeuropeo, que en el idioma sánscrito ha quedado como Deva («Brillante»), palabra que en otros idiomas derivó en Deus. Esta raíz semántica y esta idea (dios luminoso) aparece en la evolución de Dious, Diovis, Jovis, Jove, Júpiter, etc. Con la diosa Diana pasaría algo parecido: Jana-Dana-Diana-Hada-Xana-Anjana…

Parcas, Ninfas, Lamias y Dianas

Ahondando en la protohistoria mitológica, se descubren unos datos sorprendentes que definen a estos seres como celosos de su territorio y batalladores al límite.

Si bien es verdad que a todos los seres femeninos de la naturaleza les hemos denominado genéricamente como hadas, también lo es que sus orígenes son distintos. Al parecer fueron tres las figuras mitológicas que en la antigüedad dieron cualidades al hada europea: la Ninfa de las fuentes, la Lamia de los ríos y la Diana de los bosques. Estos tres mitos se fundieron paulatinamente en uno solo, dando lugar al hada de la mitología actual. Según Constantino Cabal, estas tres entidades en un tiempo convivieron juntas, pero al rodar de los siglos las Dianas oscurecieron a las Lamias y a las Ninfas. De ahí que actualmente se oiga en España y en otros países europeos hablar de forma mayoritaria de las Dianas-Hadas, muy poco de las Lamias y absolutamente nada de las Ninfas, a pesar de que las tres han dejado visibles huellas en nuestro folklore. A decir verdad, no se oye hablar de ninfas porque estas han pasado a denominarse «damas del agua» y otras variantes locales.

Si nos hacemos eco de algunas tradiciones europeas, clarificadoras en este punto, dicen que las hadas están consideradas como una comunidad internacional de seres casi inmortales, originarios de Italia, donde se Ies llamaba *fatae*. Su función original, al parecer, era presentarse en las casas donde había nacido un niño y otorgarle diversos dones (belleza, buen carácter, bondad…). Cuando la civilización romana se extendió a otros países, las *fatae* siguieron a los romanos y se establecieron en los mismos territorios. En Francia, el nombre *fatae* se convirtió en fée. Cuando los romanos invadieron Britania (Inglaterra) y Gales, las *Fée* les acompañaron y también se instalaron allí. En Irlanda, donde esta invasión no fue efectiva, siguieron conservando sus mitos celtas. A lo largo de los siglos, el nombre se britanizó en *fays*, que los campesinos ingleses acabaron transformando en *fairies* (hadas). Como hemos dicho, estas hadas se establecieron en Inglaterra poco después de la ocupación romana, pero pronto chocaron con los habitantes originales: los pixies, goblins y otras criaturas del suelo y subsuelo, que lucharon en una gran batalla y acabaron expulsando a las hadas al este del río Pedder.

Según esta misma tradición, las hadas nunca lograron establecerse definitivamente en Grecia, porque las ninfas y driades (hadas de los árboles) las expulsaron de sus territorios, pero se extendieron hacia el este, desde los emplazamientos romanos de Oriente Medio, hasta muchas partes de Asia. Durante los últimos cuatro siglos han acompañado a los emigrantes europeos a Norteamérica. Australia y otras partes el Nuevo Mundo y este aspecto lo veremos con algún detalle en el apéndice de la obra.

Las lamias constituyen un fenómeno curioso en su relación con las hadas, ya que en este caso la situación se complica al ser las lamias las que adoptan elementos propios de las hadas, como el peine, y no al contrario. Además, ha de tenerse en cuenta que las lamias se encuentran extremadamente relacionadas con otros espíritus del elemento tierra y no del agua, sobre todo en Francia y otros lugares de Europa. Señala el folklorista asturiano Aurelio de Llano que en tiempos remotos —difíciles de precisar— hubo cierto enfrentamiento entre el grupo de las lamias y el grupo de las hadas, triunfando las primeras en todos aquellos lugares en los que las hadas perdían poder, como fue en Euskadi y Navarra.

Al final las dianas, lamias y ninfas fueron consideradas por los cristianos como «demonios expulsados de la gloria» y al quedar solas las dianas en el imperio que antes abarcaban los otros dos mitos, se produjo un fenómeno de fagocitosis y su nombre los abarcó. En vez de significar, como hasta entonces, seres de las selvas y los bosques, pasó también a significar (y por lo tanto a asimilarse), seres de los ríos y de las fuentes, convirtiéndose las dianas, de forma genérica, en los «demonios hembras», teniendo su contraposición masculina en los dianos, es decir, los «demonios machos» (sátiros, faunos, gnomos, silvanos, diaños, etc). Las dianas adoptaron casi todas las costumbres de las ninfas (menos vivir permanentemente en el agua) y de las lamias, y este hecho se fue transmitiendo en leyendas que aún perduran en el inconsciente colectivo de los pueblos, a saber: el pelo rubio, la voz sugerente y perniciosamente cautivadora, la labor de hilar, la vestimenta, las danzas, el contacto con los humanos, el robo de los niños, etc.

Constantino Cabal también veía una asimilación entre parcas, ninfas y dianas, pues todas ellas poseían la misma rueca para hilar y podían dañar al hombre con sus profecías y maldiciones.

Es inevitable recordar a las «parcas» de la mitología romana, que suponen la transposición latina de las Moiras griegas, también llamadas «tria fata» (sabiendo que *fata* significa destino). El carácter de hadas parece evidente por varias razones,

entre ellas que, según antiguas tradiciones bretonas, al nacer un niño se ponen tres cubiertos encima de la mesa rebosante de comida, pero en una habitación alejada a la del bebé, a fin de que las parcas se vuelvan propicias y favorezcan con sus dones al recién nacido, como ocurría en el cuento de *La bella durmiente*. Las Parcas hilaban lana blanca para una vida feliz y prolongada y lana negra para una vida corta y desgraciada. Cuando la vida de un hombre llegaba al último período, hilaban siempre lana negra. Es posible —como comenta José María Iribarren— que las expresiones «tener la suerte negra» o «el hado negro» aludan al hilo de lana negra de las Parcas en relación con el destino de una persona.

Las referencias a las hadas hilanderas en la mitología española son continuas. Se las ve hilando con ruecas de oro y en las fuentes aparecen hilos que, devanándolos constituyen una forma eficaz de desencantar a un hada, hilos que nunca se deben cortar —como el de las Parcas— pues no es que muera repentinamente alguien, sino que el encanto se desvanece y el humano que creía tener algún tesoro entre sus manos, se encuentra que tiene polvo o aire, e incluso se arriesga a que le echen una terrible maldición o a perder la vida.

Uno de los poemas de John Milton (1608-1674) nos habla de las hadas que aparecen como las Nornas o Parcas en el momento del nacimiento de un niño (no como las hadas de Perrault que lo hacen en el bautizo):

Que la buena suerte le favorezca, hijo;

pues en tu nacimiento

las damas feéricas danzaron

en la chimenea.

Tu niñera adormecida

ha jurado que las vislumbró

cuando entraban brincando

en la habitación en que dormías.

Y, cantando dulcemente

alrededor de tu lecho,

derramaron todas sus bendiciones

sobre tu cabeza dormida.

Cuando las hadas se dejan fotografiar

La primera vez en la que hay constancia fotográfica de estos presuntos espíritus de la naturaleza ocurrió en la Inglaterra de 1918.

En diciembre de 1920, la revista londinense *Strand Magazine* publicó estas fotografías donde se vislumbran con cierta claridad un grupo de supuestas hadas y gnomos, tomadas por dos jóvenes en un jardín del pueblo de Cottingley, cerca de Bradford (Yorkshire). Fotografías que hizo analizar *Sir* Arthur Conan Doyle (el autor de las *Aventuras de Sherlock Homes* y célebre estudioso del espiritismo) a los mejores fotógrafos de Inglaterra, asegurando, al final de su investigación, que estaba dispuesto a arriesgar su reputación profesional, que era bastante. Según él, las fotografías eran exposiciones simples, sin trucajes, y que las figuras que allí aparecían se habían movido durante la exposición, que fue instantánea. Llevó, asimismo, los negativos a las oficinas de la Compañía Kodak y sus expertos afirmaron que, con los medios de que ellos disponían, los clisés parecían haber sido retocados por un falsificador muy hábil, aunque no se atrevieron a decir que todo fuera fruto de un trucaje.

Hagamos un poco de historia. Las polémicas fotos fueron tomadas en el verano de 1918 por Elsie Wright cuando contaba 16 años y en una de ellas se ve a su prima Frances, de 11 años, sentada sobre la hierba y rodeada por un grupo de hadas aladas danzarinas. En la otra foto se aprecia a Elsie con un pequeño gnomo al lado. Nadie más los veía, salvo ellas, y eso ocurría desde que eran muy pequeñas. Todo el asunto salió a la luz pública por razones ajenas a su voluntad, precisión que conviene señalar para descartar, en su móvil, cualquier tipo de protagonismo por parte de las niñas.

Cuando la prensa propagó esta historia de las fotos, hubo un efecto «bola de nieve», ya que muchos otros niños se atrevieron públicamente a declarar que también ellos habían jugado alguna vez con hadas y gnomos.

Por supuesto, surgieron muchos detractores de la existencia de las hadas, así que tanto Edward Gardner, uno de los líderes de la Sociedad de Teosofía de Bradford, como Conan Doyle plantearon la posibilidad de tomar nuevas fotografías

y así se hizo. En agosto de 1921 prestaron a Frances y a Elsie una nueva cámara con una veintena de placas en las que previamente se habían puesto marcas secretas que impedían cualquier truco o sustitución. Empezaba de nuevo la «caza de hadas» para demostrar irrefutablemente su existencia.

Polli Wright, la madre de Francés, escribió una carta al impaciente Gardner que en Londres esperaba ansioso las placas y las noticias. Decía en su misiva:

«El tiempo estuvo nublado y brumoso toda la mañana y no pudieron tomar fotos hasta la tarde, cuando se disipó la niebla y salió el sol. Así que las dejé y fui a tomar el té con mi hermana. Cuando volví quedé bastante desilusionada: sólo habían podido fotografiar a dos hadas».

En total, pudieron tomar tres fotografías donde se veían borrosamente otros espíritus de la naturaleza, difíciles de identificar.

En 1922, Conan Doyle publicó su libro *The Corning of the fairies* (*El retorno de las hadas*) donde relata la investigación de estos fenómenos y otros casos de apariciones de seres sobrenaturales, declarando contundentemente en uno de sus párrafos:

«No intentaré afirmar que la prueba sea tan arrolladora como en el caso de los fenómenos espiritualistas… pero entran en el contexto de la parasicología y, aunque trataremos de encontrar más pruebas, las que ya existen bastan para demostrar esta verdad: la gente menuda existe».

El asunto adquirió tal grado de popularidad que se organizaron excursiones a Cottingley y se solicitó al clarividente Geoffrey Hodson que se trasladara a este pueblo para que confirmara si él podía «ver» también a las «bellas damitas del arroyo» como se las dio por llamar y, efectivamente, llegó a afirmar que había visto, a nivel astral, a una de ellas.

Muy posteriormente, en los años 1966 y 1976, Elsie, ya abuela, aceptó ser entrevistada por la BBC sosteniendo aún que las fotografías eran auténticas y que en ningún caso ella inventó o trucó nada.

Ondina y otros linajes feéricos

En el prefacio de la *Saga de Hrolf*, el historiador danés Torfeo, del siglo XVII, recoge el testimonio que sobre las hadas tenía el erudito islandés Einard Gusmond: «Estoy convencido —escribía— de que existen realmente y de que son criaturas de Dios; se casan como nosotros y tienen hijos de ambos sexos: tenemos prueba de ello en lo que sabemos acerca de los amores que tuvieron algunas de sus mujeres con simples mortales».

Así como Melusina propone en matrimonio a Raimondín para conseguir unos fines propios que no son otros que escapar de su encantamiento, Ondina, por su parte, lo hace para ganar un alma inmortal como los humanos.

Las ondinas serían las ninfas o hadas de los lagos, las cuales representaban, siempre según la mitología de los países escandinavos, los peligros que entrañaban las aguas. Corresponderían a las Náyades griegas, (de *naides*: las que nadan), aunque aquí consideradas como protectoras de las artes y los manantiales.

Es el alquimista suizo Paracelso quien en el siglo XV, a través de su *Tratado sobre los espíritus elementales*, recoge la leyenda de la ninfa Ondina, hija de un Príncipe de las aguas. Básicamente, el relato dice que, cuando era muy pequeña, su padre la cambia por la hija de un pescador, a fin de que pudiera adquirir un alma. La receta mágica para que tal cosa pudiera suceder, pasaba por casarse con un ser humano y conseguir así la inmortalidad, siempre y cuando no tomara a otra mujer por esposa. De lo contrario, moriría al tercer día.

Al escritor alemán Federico de la Motte Fouqué le atrajo esta historia de manera especial y escribió un hermoso cuento con ese mismo título, *Ondina*, publicado en 1812 y dándole un matiz más literario, casi cercano a un culebrón sudamericano y sino juzguen ustedes. Ondina conoce al joven Príncipe Huldbrand en la cabaña de su padre adoptivo junto al mar, en el lindero de un bosque encantado. Se enamora y se casa con él, abandonando su morada del lago y a su familia. La Reina del Lago da su consentimiento para que se celebre la boda, con una única condición: su matrimonio sería dichoso mientras el Príncipe le fuera fiel.

Juntos van al castillo de Ringstettah, donde viven felices durante un tiempo, en su mayor plenitud amorosa. Con los años, Huldbrand —humano él— se enamora de la hermosa Bernalda, quien resulta ser la hija del pescador —la otra victima del «cambiazo» que se produjo cuando era niña—, Ondina al fin comprende que no ha tenido suerte en la elección de su príncipe azul, pues lamentablemente se cerciora de que su esposo le ha sido infiel. La bella ninfa, deshecha en llanto, regresa al lago con los suyos, pero el Príncipe, que en el fondo seguía amando a su mujer, se arrepintió rápidamente de su aventura amorosa con Bernalda y llamó con desesperación a Ondina desde la orilla del lago. Al oír aquellas súplicas, su mujer, siempre con el permiso de la Reina del Lago, surgió de entre las aguas y le advirtió al Príncipe que a partir del aquel instante ella iba a representar un riesgo mortal para él. El Príncipe, no obstante, juró que jamás se separaría de ella y ésta entonces lo atrajo hacia sí, penetrando poco a poco en las profundas aguas del lago hasta ahogarse, desapareciendo los dos bajo un remolino.

No siempre acaba así. En otra versión, su esposa le quita la vida con un apasionado beso y luego se transforma en fuente junto a su tumba.

El cuento del Barón de la Motte-Fouqué se convierte en libreto de ópera al que pone música E.T.A. Hoffmann, que por aquella época era un célebre escritor de cuentos fantásticos, pintor y compositor, todo a la vez. En las anotaciones de su «Diario», Hoffmann menciona su arduo trabajo en la composición de esta ópera y nos cuenta cómo le visita la ninfa Ondina cada día para inspirarle:

«Con Ondina llevo una vida espléndida. Me visita todas las mañanas y me trae —Dios sabe de dónde las sacará— las flores más bellas y toda clase de piedras preciosas, nos sentamos y jugamos como niños».

Hoffmann —que acabó sus últimos años bastante «grillado»— se tomó muy en serio esta leyenda hasta el punto que estuvo cuatro años componiendo su música que al fin pudo ver representada en el Teatro de Berlín, en 1816, siendo recompensado su trabajo con un rotundo éxito, pero sólo durante 16 representaciones, pues al decimoséptimo día la historia trágica de Ondina parece ser que contagió al Teatro, el cual acabó incendiándose de forma aparatosa e inexplicable.

Ondina fue el título de un célebre cuento del barón De la Motte-Fouqué y de una ópera de Hoffmann. Ambos se inspiraron en la leyenda de las ondinas, bellas ninfas de agua dulce que en ocasiones traen de cabeza a algún «mortal», el cual perdidamente enamorado de ellas acaba teniendo un accidente «mortal».

La leyenda de Ondina, así como la de Melusina, tiene distintos ecos en las genealogías de algunos linajes europeos, que estaban ávidos de emparentare con algún ser sobrenatural. Prieto Lasa ha elaborado una detallada tesis doctoral sobre las llamadas «tradiciones melusinianas», publicadas por la facultad de filología de la Universidad Complutense. Entre ellas menciona a la extraña antepasada de los condes de Flandes. Se dice que instado por sus barones a tomar esposa, Balduino de Flandes no encuentra a ninguna mujer de su mismo rango, llegando a rechazar, incluso, la mano de la hija del rey de Francia. Su arrogancia, lamentada por todos, recibirá enseguida un castigo.

La persecución, en el bosque de Noyon, de un gran jabalí negro le aleja de los suyos. Tras alcanzar al animal y abatirlo, ve venir a una doncella que cabalgaba sola sobre un palafrén negro. La joven dice ser hija de un rey de Oriente del que ha huido, por pretender desposarla contra su voluntad, para ofrecer su mano al más poderoso príncipe de la Cristiandad, Balduino de Flandes. El vanidoso conde, tras intentar averiguar detalles sobre el origen de la desconocida, —que ella desea mantener oculto— acepta el compromiso, previo al matrimonio, de no preguntarle jamás por el nombre de su padre.

El caballero se desposa con la dama, con gran disgusto de sus barones, y tiene de ella dos vástagos: Juan y Margarita (los hijos de Balduino IX de Flandes). La naturaleza diabólica de la condesa se manifiesta en que, a pesar de acudir a misa, siempre abandona la iglesia antes de la elevación de la sagrada hostia; además, incita a su esposo a imponer pesados impuestos a sus súbditos.

Un viejo ermitaño, invitado a la mesa de los condes, inspira tal terror a la dama que ésta desea marchar pero el conde la retiene. El religioso la conjura en nombre de Dios y ella, antes de desaparecer, confiesa ser un demonio con la apariencia de la hija de un rey de Oriente que estaba muerta: el Señor había

querido castigar de esta forma el orgullo del conde.

Linajes de este estilo, y sólo referidos a España, se cuentan: el Primer y el Cuarto Señor de Vizcaya, los Miranda de Navarra y los Mariño de Galicia. La relación es extensa y no queremos cansar al lector.

Como hemos visto, existen numerosos testimonios de estos «casorios» en toda las tradiciones populares. Un irlandés y Premio Nobel de Literatura, W.B. Yeats, dentro de su obra *El crepúsculo celta*, bajo el título de *Los incansables* (1893) escribió la historia de una adolescente que fue elegida de entre los mortales para casarse con un príncipe «sidhe» o habitante del País de las Hadas. El matrimonio con el príncipe feérico duró 700 años, al cabo de los cuales el sidhe murió, pero la joven, que ya era una sidhe como ellos, volvió a contraer matrimonio… y así hasta siete veces. «Por fin un día el cura de una parroquia fue a visitarla y le dijo que era un escándalo para toda la vecindad con sus siete maridos y su larga vida». O sea, que la acusó de promiscuidad y de ser «un poco ligera de cascos», lo cual rompe una vez más la imagen estereotipada que tenemos de las hadas.

Todos estos datos nos indican que el matrimonio concertado entre una mujer sobrenatural y una persona humana ha sido recogido profusamente en numerosas leyendas de todo el mundo (incluida España) y que no es un fenómeno tan inusual como podríamos pensar en un primer momento. Exponemos un relato referido a un hada de singular belleza que vivía en una gruta de Rizzanese (Córcega) desde la que bajaba a lavar a un próximo arroyo. Un día que ella estaba poniendo a secar sus ropas al sol, pasó uno de los Poli, de Olmiccia di Tellano, que pensó que si él lograba asirla por sus cabellos, la haría su esposa. Así lo hizo y ella le dijo que le daría sus tesoros si la dejaba libre; pero el caballero replicó que sólo quería hacerla su esposa. Ella aceptó con la condición de que nunca mirase su espalda desnuda, porque desaparecería en el acto. Accedió y vivieron felices, teniendo tres hermosos hijos.

Un día el esposo se preguntó por qué poderosa razón no podía ver la espalda desnuda de su propia mujer y, estando ella dormida, la curiosidad pudo con él. Al fin descubrió su secreto que el relato no desvela pero creemos que sería ni más ni menos que su espalda era hueca. Ella se despertó, diciendo que había acarreado su desgracia, pues tenía que partir definitivamente. Fuera de sí, su esposo iba con frecuencia a la cueva de Rizzanese, por ver si su mujer había vuelto allí, pero nada más volvió a saberse de ella.

El escocés Reverendo Kirk, también tocó este tema en su obra *La Comunidad Secreta* (considerado como el tratado más amplio y documentado del folklore del período en que vivió). Kirk es mucho más rotundo en sus afirmaciones cuando escribe:

«En nuestra Escocia existen numerosas y bellas criaturas que pertenecen a ese orden aéreo y que frecuentemente celebran encuentros con jóvenes lascivas bajo la forma de súcubos o de alegres amantes y rameras, que reciben el nombre de "Leannain Sith" o espíritus familiares».

A pesar de que sale del ámbito europeo, algunas narraciones mencionan a unas extrañas ninfas cuyo nombre parece un auténtico trabalenguas, las «zazavavindrano», originarias de la isla de Madagascar. Aquí el papel se invierte; es la ninfa la que a veces rapta a un hombre y se casa con él, pasando a vivir juntos dentro del agua y su matrimonio es feliz mientras no vulnere el consabido tabú, que en esta ocasión consiste en que el marido no debe mencionar verbalmente a la sal. El final de estas leyendas es el que cabía esperar: el humano pronuncia la palabra y el matrimonio se deshace.

Mención aparte merecen las «damas del agua» británicas, por ser las mejor estudiadas y en las que se pueden diferenciar varios grupos. Las más famosas serian las Gwrageld Annwn, pues son las hadas galesas de los lagos que, alguna que otra vez, se aprovechan de sus poderes para capturar a algún mortal y hacer de él su marido, como ocurrió con el joven pastor que apacentaba su ganado junto a un pequeño lago próximo a las Montañas Negras. El tabú impuesto en esta oportunidad fue que nunca debería golpearla tres veces sin motivo justificado, tabú que, por supuesto, violó con las consecuencias que uno se puede imaginar.

El aspecto cromático de las hadas

La variedad cromática en el mundo de la Gente Menuda es un aspecto tan importante como poco estudiado. Y esto no obedece a la mera casualidad sino a un patrón de comportamiento y de localización geográfica muy específico. El lector estará acostumbrado a leer expresiones como ésta: el gorro del gnomo era de color rojo, las sirenas eran de un azul intenso, el color de la piel de algunos enanos es verde, las hadas vestían con una capa amarilla. Es decir, el colorido abunda en demasía en el País de las Hadas y esto es lo primero que suele llamar la atención a aquel que se adentra en este maravilloso y fantástico mundo.

Todos los especialistas que han escrito e incluso han visto a este tipo de seres del astral (como Beltrán Anglada, Charles Leadbeater o Geoffrey Hodson) coinciden en afirmar que las hadas, presentan, sobre todo en su aspecto físico, diversos colores propios, que distinguen claramente unas especies de otras, así como se distinguen las aves por el cromatismo de su plumaje. Al igual que ellas, las hadas de más vivos y brillantes colores, tanto en su piel como en su vestimenta, prefieren vivir en los trópicos del planeta Tierra.

El español Vicente Beltrán Anglada cree que existe un increíble número de tonos cromáticos, sólo respecto a las hadas de las flores, ya que es muy numerosa la lista de especies florales en el reino vegetal. En todos los lugares donde abundan las flores, los árboles frutales y las hierbas aromáticas hay —según su expresión— «hadas pintando las flores». Leadbeater, por su parte, afirma que en Inglaterra es más común la variedad verde-esmeralda que ha podido ver, asimismo, en Francia y Bélgica, en el estado norteamericano de Masachusetts y en las orillas del Niágara. Otras variedades adoptan colores blancos y negros, o el color azul celeste como ocurre en Australia, etc.

Una curiosa variedad de pigmentación parecida al bronce bruñido, habita en la vecindad de los volcanes activos, pues los únicos parajes donde han sido vistas —según él— son en las estribaciones del Vesubio, del Etna y otros volcanes. Recordemos que en España, una variedad de las lamias vascas vistas en Vera de Bidasoa (Navarra) son descritas como mujeres de tipo corriente pero con la piel del color del cobre.

La diversidad cromática no se produce tan sólo por países, sino por zonas concretas como pueden ser las comarcas o las regiones. Algunas de ellas pueden estar habitadas por distintas clases de espíritus de la naturaleza en un área relativamente pequeña. Así por ejemplo, los gnomos de color verde esmeralda son comunes en Bélgica y, sin embargo, a 160 kilómetros de distancia, en Holanda, apenas se ve alguno, proliferando en cambio los de la variedad de color púrpura oscuro (datos todos estos suministrados por Leadbeater y tomados de sus observaciones personales).

Los colores que más abundan en este reino élfico —de acuerdo a los datos facilitados por diversos testigos— son el rojo, el amarillo y el azul, curiosamente los tres colores primarios en óptica, sin olvidar el verde que utilizan bastante dada su asimilación a la naturaleza.

Si hacemos una pequeña interpretación simbólica de cada uno de ellos nos encontraremos con una serie de datos significativos a la hora de acercarnos, desde otro punto de vista, a la complejidad de estos seres. El color rojo representa la pasión, es el primer color en la escala de los chakras o psicobiogeneradores que todo ser humano tiene alineados a lo largo de su columna vertebral y el correspondiente al color rojizo está ubicado en el sexo. Prendas de este color, a veces con tonalidades muy vivas, suelen llevar los duendes y los gnomos (su gorro, sus calzones, su chaqueta y casacas…), todos ellos pertenecientes al elemento tierra. Su instinto es el de ser muy juguetones y pasionales, aunque a veces son virulentos y agresivos. Es conocida la afición de algunas de estas entidades por el sexo, acudiendo a los dormitorios para tener contactos carnales o realizar experimentos genéticos. En los castillos existentes entre Escocia e Inglaterra, cuentan que viven los «Gorros Rojos» (Redcaps) una de las más perversas criaturas mágicas, cuyo mayor deleite consiste en teñir su gorro de un rojo brillante con la sangre de algún viajero incauto que tratara de cobijarse en alguna torre del castillo donde él estuviera.

Katharine Briggs hace suya una distinción peculiar de las hadas que realizó el Premio Nobel W.B. Yeats: hadas agrupadas y hadas solitarias. Explica que es una distinción que vale para todas las Islas Británicas y, de hecho, para todos los lugares donde se cree en ellas. Las «hadas solitarias» visten chaquetas rojas y se consideran, por regla general, seres malignos u ominosos, con algunas excepciones.

El amarillo es el color de la eternidad, como el oro es el metal de la eternidad y todos estos seres están rodeados de este precioso metal (madejas, hilos, bolos,

polluelos, ruecas, peines…). En el Islam, el amarillo dorado significa «sabio», mientras que el amarillo pálido «traición». Es frecuente ver adornos en el ropaje de la Gente Menuda con este color y tal vez con este simbolismo. Cipriano Agüero describía a las *lavanderas* asturianas como «viejas vestidas con amarillo ropaje».

El color o mejor dicho las vibraciones que emiten los distintos colores son utilizadas —y sabiamente manejadas— por los espíritus de la naturaleza tanto para su vestuario como para denotar sus actitudes y comportamientos frente a los humanos. Tal vez conocer el simbolismo de los respectivos colores nos ayude a comprender estas actitudes.

El color verde, en cambio, está asociado al mundo de la naturaleza, de las ninfas y de otros seres mágicos similares. Es el color de la vida y la fecundidad, porque es el natural de las hierbas y plantas cuando están en su pleno vigor. Es un color mágico pues tradicionalmente se le ha asociado a la esperanza y al «camino del corazón». Representa al cuarto chakra (localizado precisamente en el corazón). Verde es el color del Islam, de la iluminación, del equilibrio. Existen en el mundo de los elementales varios casos de seres que adoptan y prefieren este color verdoso, como los «niños verdes de Suffolk», *Sir Gawain y el Caballero Verde* (poema anónimo del siglo XIV), el Musgoso y el Trenti de nuestra mitología cántabra, el color de los ojos de las xanas asturianas y de las «damas del agua» en general.

El azul simboliza las aguas, sean éstas de agua dulce o marinas. Por lo tanto, todos los seres asociados a este elemento acuático (como sirenas, ninfas y similares) quedan identificados con este color. Pero también hay espíritus del elemento tierra que se visten con prendas de este color, aunque son menos frecuentes. Veamos también algunos ejemplos.

El «calzón azul», que era un diablillo inofensivo que hacía sus travesuras en la casa de un zapatero de las colinas de Blackdown, en Somerset o el «gorro azul», que era un duende minero afable del norte de Inglaterra.

Los llamados «Hombres azules de Minch», fantasmas de marineros muertos, solían vagar por el estrecho que hay entre Shiant Island y Long Island. Hacían naufragar a los barcos que pasaban por esta zona si antes el capitán no los vencía hablabando con ellos en verso. Se les llamaba así porque tenían tatuajes de este color.

Una clasificación extendida sobre las hadas sería la que añade diversos colores a sus cualidades morales (damas verdes, damas blancas, damas negras), equivalentes a las denominaciones de los caballeros medievales y por idéntica causa. Es una clasificación que no nos convence pues adolece de varios defectos.

No obstante, la presentamos a modo de curiosidad:

Damas verdes: Representan a las fuerzas o poderes benéficos de la naturaleza, aunque son versátiles. Su carácter, desde el punto de vista humano, puede ser bueno o malo. Llevan vestidos lujosos de color verde y tienen debilidad por las joyas y las riquezas.

Damas blancas: Existe un grupo o familia de hadas que en Europa se denominan así y viven, sobre todo, en Alemania y países limítrofes, donde se las llama «Weisse Frauen». Estas hadas pertenecen, dentro de su ciclo evolutivo, a una comunidad selecta de seres femeninos que representan las virtudes e ideales más puros, apareciéndose a hombres cuya espiritualidad les hace estar en planos vibratorios afines a los de ellas. Visten túnicas o ropajes de seda blanca, ayudan a la gente, hacen crecer el trigo con mayor vitalidad, convierten la paja en oro, son seres sumamente bondadosos y compasivos y se comunican telepáticamente entre ellas y entre los hombres con los que contactan. Tienen el máximo poder y representan la virtud y lo sublime. Intervienen directamente en la vida de la gente en los momentos de desgracia ayudando positivamente como, por ejemplo, el hada de Blancanieves. Se dice que se las ve en muy raras ocasiones y sólo las personas nacidas en domingo. En España la presencia de estas Damas Blancas poco tiene que ver con lo aquí comentado y sí con algunas apariciones espectrales o fantasmales de Cataluña y Baleares.

Damas Negras o **Viejas Damas**: Son muy caseras y suelen tomar la figura de una abuela bondadosa que da sabios consejos a los viandantes. El color de sus ropajes suele ser el ocre, el marrón o bien colores rojos o verdes, pero muy apagados.

3

Sobre Devas y entidades angélicas

—¿No te parece que el bosque mismo nos ha llamado? ¿No crees que estaba pidiendo ayuda psíquicamente a gritos y que los devas arbóreos y los espíritus de las plantas y los guías de animales salvajes han combinado un centenar de coincidencias para que vengamos a luchar por ellos?

—Eso es muy poético —respondió ella— y probablemente es cierto.

Richard Bach: Puente al infinito (1984).

Espíritus superiores

entro del término genérico «espíritus de la naturaleza», que abarca una gran jerarquía de vida, habría que simplificar y establecer una clara diferenciación. Por un lado, estarían los «Espíritus Superiores de la Naturaleza» que serían los que comúnmente se llaman devas o entidades angélicas y luminosas, deseosas de ponerse en contacto con los seres humanos y ayudarles. Y por otro lado, estarían los «Espíritus Inferiores de la Naturaleza» o elementales, los cuales están bajo la jurisdicción directa de estas entidades dévicas. Estos últimos, son seres individuales menores que forman un reino distinto al de los devas y, por supuesto, diferente al de los humanos.

Habría que empezar definiendo lo que se entiende por un *deva*, palabra hindú que significa «el que brilla», aunque, al parecer, en sánscrito original deriva de «seres celestiales», por lo que a veces se les hace asimilables a ángeles. De forma general, son considerados personificaciones de la inteligencia creativa, que mueven y transmutan la materia y la energía de la que están compuestas todas las cosas. La palabra «deva» al menos contiene tres significados, según en qué contexto se utilice: entre los mazdeistas, entre los celtas o entre las Escuelas de Antiguos Misterios.

Dentro de la religión de Zoroastro o Zarathustra (siglo VII a. C.), los devas eran unos espíritus malignos gobernados por Arhiman o Señor de las Tinieblas. Si nos remitimos a los dioses de origen celta, Deva era la diosa protectora de las fuentes y de los ríos. En España existen suficientes teónimos que indican claramente esta presencia divina en la antigüedad. En el Principado de Asturias encontramos tres ríos Devas (en Gijón. Cangas de Onís y Ribadedeva), así como una pequeña isla, una población y un pico de 423 metros de altura en el monte de la Olla con este mismo nombre y en Pontevedra también existen dos ríos con la palabra Deva (en Touzosas y en Pontedeva). En la provincia de Guipúzcoa tenemos un río Deva, que pasa por Deba y desemboca en la ría de Deva.

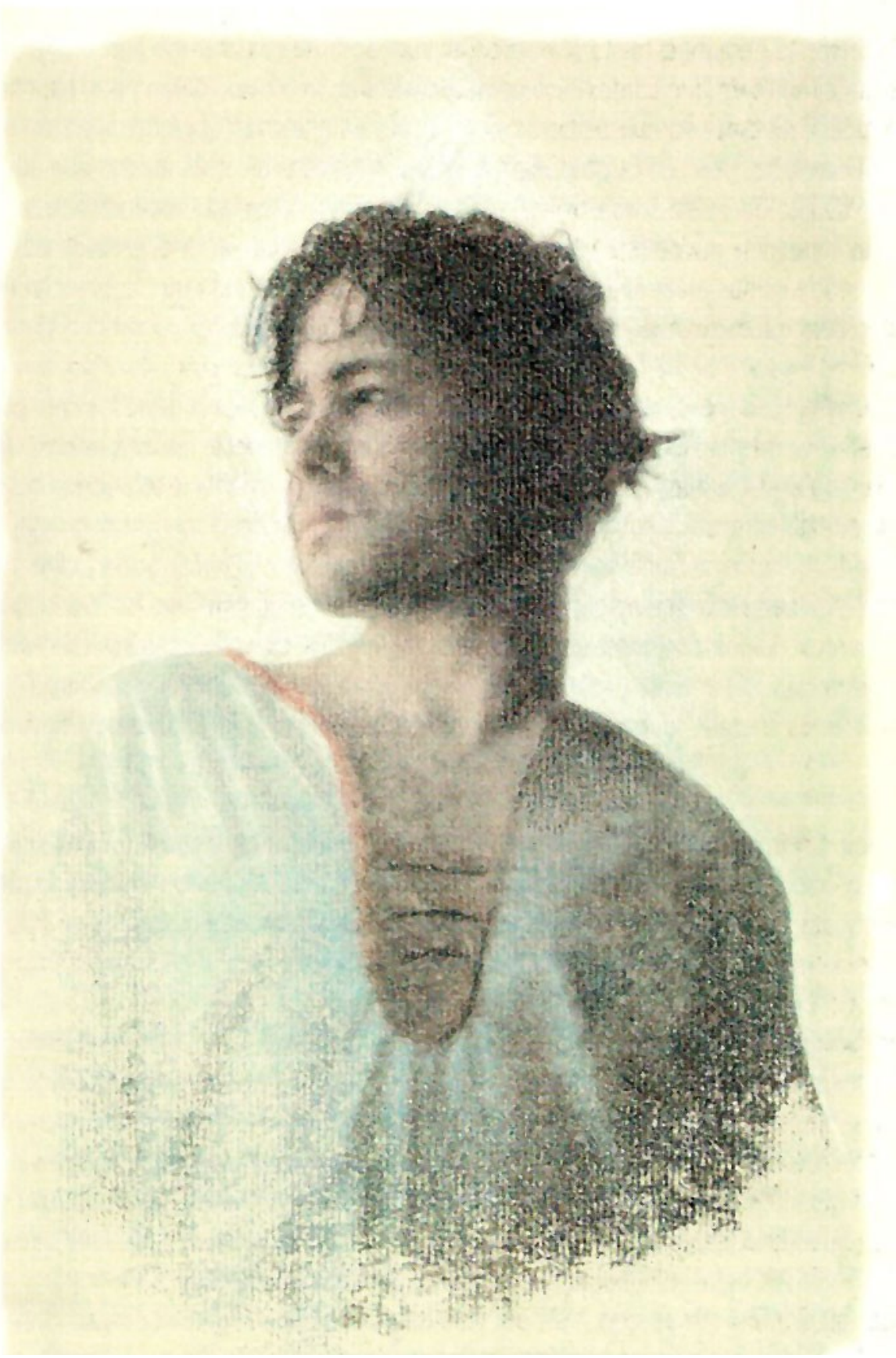
Por nuestra parte, nos referiremos a estas entidades tal como han sido estudiadas por teósofos, antropósofos y ocultistas en general: como una jerarquía de espíritus elevados de la naturaleza que contribuyen con sus acciones a la armonía del Universo, aunque últimamente se les suele asociar a aquellos entes divinos que estimulan el crecimiento de las plantas y del mundo vegetal, lo que significa identificar a una parte con el todo.

Los devas son formas de energía, espíritus que suelen adoptar diferentes aspectos físicos tales como nubes, lluvia, árboles, vegetales, incluso personas… lo que no quiere decir que, por ejemplo, cada uno de ellos represente al espíritu de una planta o de un árbol en particular. Su grandeza radica en que representan, más bien, al espíritu luminoso y superior de la especie. Si nos circunscribimos al ser del castaño, éste contiene en su consciencia el plan arquetípico de todos los árboles de la especie del castaño del mundo y velan por su bienestar.

Los devas serían —y así lo admiten los especialistas— los constructores de nuestro planeta (aparte de otros) pues gobiernan lo que podríamos llamar el «reino de las energías» y las transmutan a estructuras cada vez más complejas y físicas, incluso a estructuras emocionales y mentales, hasta convertirlas en materia.

Tanto unos como otros —devas y elementales— trabajan dentro y para el Absoluto, Gran Hacedor o Dios, entendiendo estos términos como guste a cada cual, y su deseo más ferviente es cooperar con el hombre en su tarea de cuidar y defender la Tierra, lo que ha sido verdaderamente difícil hasta ahora, pues durante generaciones el hombre los ha temido y los ha ignorado sistemáticamente y hasta ha negado su existencia.

Por el contrario, la raza de seres *elementales* es mucho más «humana» que la de los devas. Están en un nivel inferior de evolución, más en consonancia con los gustos y las frecuencias vibratorias humanas, hasta el punto que si el hombre comete una agresión contra la Naturaleza, tanto en el sentido físico como emocional, los devas, como entidades angélicas y superiores que son, simplemente se apartan y no muestran aparente aversión u oposición a este acto, pero, en cambio, los «elementales» (en las diversas formas que adoptan: faunos, hadas, duendes…) son más proclives al enojo y al enfado ostensible con el ser humano y pueden manifestar este profundo desagrado adoptando diferentes actitudes: provocando algunas enfermedades, haciendo llover o granizar para que la cosecha no sea tan fructífera, promoviendo terremotos, ciclones, incendios, etc.



Las entidades angélicas o devas han tenido contactos con la raza humana desde la noche de los tiempos. Sus colaboraciones, contactos y consejos no han sido tan esporádicos como muchos pueden creer. Bajo distintas formas y disfraces, se han manifestado a hombres eminentes de la ciencia y de la literatura, así como a personas sencillas.

Tanto unos como otros, no son perceptibles físicamente sino para aquellos que pueden desarrollar la facultad de «verlos» y experimentarlos, si bien esto en un principio puede parecer sumamente difícil. Dorothy MacLean afirma que en realidad cualquiera de nosotros puede hablar con los ángeles. «El hecho de que yo —nos dice— con mis flaquezas y percepciones meramente humanas, haya aprendido a hacerlo, significa que el camino está abierto a quienquiera que se proponga modificar ortodoxias y explorar su mundo de una forma nueva». La pintora murciana Magdalena Puche, dice que cualquiera puede contactar con presencias energéticas: «yo nunca las he llegado a ver con los ojos del cuerpo, pero sí con los de la mente. Todos las podemos captar y cada uno, con su creatividad, les da forma».

Diversos autores, como Geoffrey Hodson, Rudolf Steiner, Charles Leadbeater o Beltrán Anglada, han asegurado mantener contacto con los devas. Todos ellos apuntan a que existe una vasta y rica jerarquía de seres suprafísicos que actúan como agentes de Dios, dirigiendo las leyes y los procesos de la Naturaleza, tanto en este planeta como en otros.

Ni los devas ni los elementales están limitados por la forma, pero con una diferencia significativa entre unos y otros. Mientras en los devas su forma cambia a medida que se mueven, por lo que se puede decir que son amorfos al carecer de formas fijas, los elementales, en cambio, sí tienen una forma predefinida, aunque la pueden alterar a su antojo bajo distintos aspectos —serían consiguientemente multiformes— pudiendo ser observados con más facilidad que a los devas por algunas personas, sobre todo niños. A los elementales se les suele ver vistiendo ropas tradicionales según la época y el lugar donde se manifiesten. Al no ser perceptibles por nuestra vista normal, cuando desean comunicarse con los humanos adquieren voluntariamente una forma más densa, notoria y, a veces, espectacular.

El sistema que emplean para comunicarse, sobre todo los devas, es el telepático. De los elementales hay constancia en el folklore de todo el mundo que a veces hablan con el idioma del lugar y otras de manera telepática, sin mover sus labios. Bastantes testimonios coinciden en afirmar que se oye una especie de zumbido, rumor o silbido.

Respecto al sexo, los devas parecen carecer del mismo (la discusión sobre el sexo de los ángeles no es de ahora), aunque adoptan características masculinas o femeninas según sea el elemento en que se desenvuelven. Sin embargo, los elementales sí poseen un sexo definido, sobre todo en las categorías más bajas, porque en otras más elevadas, como las hadas o sílfides, hay indicios de que pueden aparecer ante los humanos en forma femenina (que es lo más común) o en aspecto masculino y animalesco.

Igualmente, entre los devas existen jerarquías. Los devas superiores serían los espíritus de todos los planetas, y en un nivel inferior, estarían los Devas Constructores de la Naturaleza, vinculados a los cinco Reinos o niveles: mineral, vegetal, animal, humano y superhumano. Los Devas del Reino Vegetal, por ejemplo, serían los espíritus o arquetipos de todas las especies de plantas y árboles. En ocasiones pueden colaborar con el hombre para conseguir mejores cosechas, frutas de mejor tamaño y sabor, etc. Habitan nuestro planeta desde mucho antes que el hombre fuera creado. Formaron la vida planetaria, moldeando vehículos cada vez mejores y precisos para una mejor canalización de la expresión de la consciencia. Han sido y son instrumentos activos de la Divinidad.

Íntimos colaboradores de los Devas de la Naturaleza serían las hadas, los duendes, los enanos del bosque… y resto de Gente Menuda, cuyo papel principal —y cósmico— sería el estar encargados de desarrollar las formas individuales de las plantas y otras especies, utilizando para ello el modelo proporcionado previamente por los Devas de la Naturaleza. Las hadas, por ejemplo, estarían encargadas —entre otras funciones— de colorear las flores, perfumar las hierbas y sazonar los frutos.

Por último, nos parece oportuno precisar que los seres humanos estamos pensando casi siempre en términos de categorías limitadas, cerradas y opuestas (bueno, malo; negro, blanco; pasado, futuro; etc) y tanto devas como elementales se resisten a cualquier intento de organizarlos y clasificarlos, lo cual es lógico cuando se habla y se escribe de unos seres cuya propia naturaleza etérea, difusa y cambiante obliga a modificar constantemente los criterios o conclusiones obtenidas

con cada nuevo dato que nos llega sobre ellos. Lo fácil es etiquetarlos a todos como miembros de una cierta cadena de vida que se prolonga por los distintos mundos astrales e invisibles, que iría de los pequeños seres del folklore de todos los países (los elementales) hasta los seres angelicales (los devas), a través de una larga jerarquía que se nos hace difícil imaginar, pero si algo hemos aprendido es a no dogmatizar o enjaular en nuestro conocimiento limitado a criaturas que escapan muchas veces de todo entendimiento racional, aunque potencialmente la raza humana sea por derecho propio ilimitada.

La Comunidad de Findhorn

Decíamos que estas entidades dévicas estaban deseosas de ponerse en contacto con los humanos para colaborar con ellos. Pues bien, este hecho al parecer ocurrió no hace mucho. Es ya célebre la experiencia agrícola que tuvieron tres personas en la denominada «Comunidad de Findhorn», también llamada «ciudad planetaria», en el año 1962 y siguientes, ubicada en la costa norte escocesa. Lograron comunicarse con los devas y cooperar con ellos durante bastantes años. Findhorn fue fundado por los esposos Eileen y Peter Caddy, así como por Dorothy MacLean y ninguno de ellos tenía inicialmente intención de establecer una comunidad de estas características, pero al encontrarse sin trabajo y sin una perspectiva clara de futuro, pasaron a vivir juntos en una caravana, en un pequeño pueblo de pescadores. Los Caddy empezaron a trabajar el huerto para obtener algunos alimentos, sin grandes resultados, algo que era predecible de antemano pues se asentaron en la desolada bahía de Moray, donde el terreno era un erial azotado continuamente por el viento. Ante tal perspectiva, se dedicaban a prácticas de meditación en sus ratos libres y un buen día MacLean recibió mentalmente un extraño mensaje de un supuesto ángel que le comunicaba algo relacionado con las fuerzas de la naturaleza y sus espíritus, con los cuales debían sintonizar y armonizar.

En una de esas comunicaciones estos seres se identificaron: «Nosotros, criaturas del mundo de los devas, hemos sido contactados y reconocidos por vosotros. Eso nos ha proporcionado las manos y los pies que, de otro modo, no tendríamos». En otro de los muchos mensajes telepáticos que tuvo Dorothy, un deva le aseguró que se podía sintonizar con los espíritus de la naturaleza, así como con sus espíritus superiores, expresándolo de la siguiente manera:

«La iniciativa para esta comunicación debe provenir de los humanos, nosotros siempre estamos aquí. Aquellos de ustedes que nos alcanzan, sienten el toque de la belleza, la verdad, el asombro, y hasta una sensación de vuelta al hogar. Así sabrán que han ingresado en nuestra realidad y desearán regresar a ella. Experimentarán una expansión del espíritu, y se verán renovados. Nosotros también nos renovamos, porque durante mucho tiempo ha habido una separación entre nuestros reinos, para detrimento de ambos».

Reconoce, no obstante, que nunca les llegaron a ver físicamente pero les sentían como si fueran campos o patrones de energía.

Cuando sus huertos y jardines prosperaron de forma espectacular, convirtiéndose en auténticos vergeles y, sobre todo, cuando empezaron a hablar públicamente de sus experiencias con estos seres, así como sobre la existencia y la asistencia de los ángeles o devas en su vida cotidiana, se empezaron a congregar gentes interesadas y afines a las mismas ideas. La Comunidad (ahora Fundación) llegó a tener unas 300 personas a principios de los años setenta. A cualquiera que quisiera oírles, aseguraban que todo el milagro se debía a que trabajaron duramente, a sus pensamientos positivos y a la comunicación con las fuerzas arquetípicas de cada especie vegetal, que les informaba puntualmente sobre la forma en que cada planta quería ser tratada. Actualmente la Fundación Findhorn posee unos 140 residentes, ofreciendo programas de desarrollo espiritual durante todo el año.

Dorothy MacLean abandonó Findhorn en 1973. Años más tarde publicó *To heard the Angels Sing* (traducido en Argentina con el título de *Comunicación con los Ángeles y los Devas*), en el cual transcribe las comunicaciones recibidas con estos seres. En una de ellas le dijeron:

«Comienza por pensar en los espíritus de la Naturaleza, los espíritus superiores, luminosos, y armonízate con ellos. Eso será tan inusitado que atraerá tu interés. Se sentirán sumamente gozosos de que haya algunos miembros de la raza humana ansiosos por recibir su ayuda. Este es el primer paso».

MacLean se preguntaba cómo podría armonizarse con seres sobre los cuales nada sabía. Seres que no parecían ser ni las hadas de la literatura infantil ni criaturas míticas. Al final comprendió que cada uno de ellos era el luminoso ser de la especie. Llegó a la conclusión de que eran algún tipo de ángeles, que prefirió llamar devas. Se da cuenta que estos espíritus naturales superiores están por encima de los espíritus elementales (los cuales están bajo sus ordenes), sobre todo cuando conoce a un extraño personaje llamado Ogilvie Crombie en 1966. Él veía y se comunicaba con pequeños seres tales como faunos, hadas, duendes y el dios Pan. Gracias a él supo que muchas prácticas de horticultura, consideradas normales por los actuales jardineros y agricultores, inhiben el desarrollo correcto

de la naturaleza. Esto también lo supo Rudolf Steiner cuando propuso su «agricultura biológica».

Analizando muy someramente las características de los ángeles o devas por los datos que aporta MacLean y otros autores, podemos decir que éstos:

Tienen una sensación de levedad, en el sentido de estar libres y sin cargas, al no estar encerrados en cuerpos físicos.

Son seres con grandes poderes. Pueden saber lo que está pensando una persona y disponen de inmediato de todo cuanto necesitan saber para llevar a cabo su labor, como regular los sistemas naturales y ser agentes de los patrones de la creación.

Los devas son una fuente constante de alegría y exaltación. Hacen que su trabajo sea un juego, un puro deleite y no manifiestan ninguna hostilidad por actitudes negativas de los hombres.

Un grupo muy especializado de Devas del Aire, de gran evolución espiritual, serían los que Vicente Beltrán Anglada denomina «Los Ángeles Guardianes de la Humanidad», asegurando, de acuerdo con la tradición religiosa y mística, que cada ser humano, sea cual fuere su estado evolutivo, tiene su particular Angel guardián o Deva protector. Dorothy MacLean se ha dedicado últimamente a comunicarse con los ángeles que velan por las ciudades y las naciones y sobre todo con los devas que trabajan en la evolución de los seres humanos, cuya tarea es más ardua que aquellos que trabajan con el reino de la naturaleza.

Charles Leadbeater toca el espinoso tema de las uniones sexuales de algunas de estas entidades con seres humanos: «la normal línea de progreso del espíritu de la naturaleza es lograr la individualidad por el trato con un deva», de esta manera se separaría de su Alma-Grupo. Pero hay individuos que se desvían de esta norma general:

«Los casos anormales son aquéllos en que en vez de poner la sílfide su afecto en un deva lo pone en un ser humano… cuando ocurre y el amor es lo bastante intenso para conducir a la individualización, desvía al espíritu de la naturaleza de su peculiar línea de evolución y lo trae a la humana, de modo que el ego reencarna como hombre y no como deva… Al encarnar un espíritu así en forma humana, resulta de un extraño carácter, afectuoso y emocional, pero caprichoso, primitivo en ciertos aspectos y sin el más leve

sentimiento de responsabilidad».

Ángeles en la actualidad

La idea cristiana medieval de que cada individuo nace con un ángel de la guarda asignado, el cual permanece junto a su hombro derecho y constituye la voz de la conciencia, no sólo no ha decaído sino que ha sido revitalizada últimamente por los ocultistas y esoteristas de la Nueva Era.

Aparte de la experiencia de Findhorn, cada vez son más los que creen que se puede comunicar con los ángeles y devas, bien por iniciativa de estas entidades (que es lo menos frecuente) o bien por iniciativa propia, utilizando diversos procedimientos y rituales que se detallan con todo lujo de detalles en libros cada vez más numerosos y más accesibles al público en general.

Esta creencia en el contacto con entidades angélicas no es de ahora. Proviene, en parte, del Antiguo Testamento y otros libros sagrados y, en parte, de un grimorio del siglo XV, titulado *La magia sagrada* o *El libro de Abramelín el Mago* que fue hallado en la Biblioteca del Arsenal de París y traducido al inglés por el mago y ocultista Victoriano MacGregor Mathers. El manuscrito en cuestión describe una extraña ceremonia que permite a aquellos que la practiquen «conocer y conversar con el ángel de la guarda», ceremonia que debe iniciarse en Pascua y requiere seis meses para completarla. Aleister Crowley, el más conocido mago del siglo XX, afirmó que él consiguió establecer contacto con su ángel de la guarda en una fecha posterior.

En el siglo XVI se sabe que los magos John Dee y Edward Kelly trataron de comunicarse y, al parecer, lo consiguieron, con ángeles a través de un espejo mágico y con un extraño lenguaje que ellos llamaron «enoquiano». John Dee también fue promotor de una sorprendente iniciativa que dirigió a la Reina de Inglaterra y que veremos en la segunda parte del libro.

Emmanuel Swedenborg, fue un verdadero sabio de su época (el siglo XVIII). Conocía nueve idiomas, era un experto en minería y desarrolló diferentes inventos y proyectos mecánicos para un submarino, una máquina volante, etc. Pudo haber sido famoso por cualquiera de estas actividades, ya que sus obras abarcaban materias tan diversas como la química, la geología, la óptica, la paleontología…,

pero cuando contaba 56 años de edad le sobrevino una metamorfosis o le llegó una especie de iluminación. A partir de entonces, empezó a tener visiones de tal envergadura que se acabó convirtiendo en un ciudadano de la tierra y de los cielos; hablaba con los hombres y con los ángeles con la misma facilidad. Aseguró que gran parte de sus últimas obras se las dictaron los ángeles y los espíritus. Plasma sus arrebatadas visiones en 25 tomos, que suponen no menos de 15 000 páginas. La importancia del personaje y la verosimilitud de su contenido, hizo que muchas personas aceptaran estas visiones de Swedenborg como naturales e incluso benefactoras para la humanidad. La poetisa Elizabeth Barret llegó a decir que, a su juicio, «la única luz que poseemos acerca de la otra vida se encuentra en la filosofía de Swedenborg». Este sueco describe las costumbres y comportamientos de los habitantes de los planetas de Mercurio, Júpiter, Saturno, Venus y la Luna con la misma facilidad que describe las virtudes de los ángeles o las propiedades de la cristalografía. Muchas de sus observaciones las suscribiría actualmente, y sin problemas, un «contactado» de los Hermanos Mayores.

Frederick Banting, el creador de la insulina, no dudó en afirmar que «seres angélicos del más allá» le proporcionaron los cauces a seguir para desarrollar este prodigioso medicamento.

Actualmente, con el movimiento de la Nueva Era, se piensa de un modo más holístico sobre este tipo de entidades angélicas. Se ha intentado desterrar el estereotipo del ángel asexuado con alas del Antiguo Testamento e incluso de la Edad Media y ahora se cree que determinadas entidades angélicas tienen a su cargo diversos países, zonas geográficas e incluso el propio planeta Tierra y que —debido a la especial y delicada época que estamos pasando— están dispuestos a ponerse en contacto con nosotros sin necesidad de seguir complicados rituales. De hecho, de hacer caso a las noticias que sobre este tema aparecen en las revistas especializadas, cada vez son más frecuentes estos encuentros en nuestro siglo, desde que en 1962 tuviera lugar la célebre experiencia de la Comunidad Findhorm con entidades dévicas. Una de las fundadoras, Eileen Caddy, separada ya del grupo, sigue publicando libros donde habla de este contacto permanente, a nivel telepático, y los mensajes recibidos de los devas («Huellas en el Camino», «La voz interior», «La voz de Dios»). Esta misma labor la realiza también otra de sus integrantes originales, Dorothy MacLean, la cual reconoció:

«Sí, hablo con ángeles, admirables seres cuyas vidas inspiran y crean todo en la Naturaleza».

Eileen Eilar Freeman, autora de dos libros sobre ángeles, asegura haber tenido encuentros con entidades angélicas durante tres años, casi a diario. Según Eileen se trata de una raza separada y paralela a la nuestra (lo cual no nos pilla en ayunas), compuesta de seres mucho más ancianos y más sabios que los humanos, con su propia jerarquía, sociedad, conciencia y voluntad. Existen en otra dimensión que nosotros solemos identificar con el cielo y las apariencias que toman dependen de la situación de la persona ante la cual se manifiesten. Hace unos 250 años —sigue diciendo— un número cada vez mayor de ángeles fueron «sembrados» en la Tierra para iniciar una relación nueva y más cercana a los humanos. Eileen lo llama «Programa Piloto» y su propósito es trabajar con los seres humanos para elevar la conciencia espiritual de la Humanidad. Esta puede ser una de las razones del por qué cada día son más numerosos los encuentros con ángeles y entidades suprafísicas, ajenas a nuestra realidad tridimensional.

España guarda una rica tradición respecto a contactos con entidades celestiales (ahí está toda la fenomenología de las apariciones marianas y las manifestaciones de santos en bastantes épocas de nuestra historia). Recientemente se ha tenido noticia del célebre caso de los *Ángeles de Paiporta*, localidad valenciana donde unos «jóvenes» se presentaron a unos vecinos diciendo que eran ángeles. Su aspecto físico era impecable y muy hermoso. Comunicaban que su intención primordial era ayudar a esta Humanidad, para lo cual dictaron uno de esos muchos libros revelados que pululan por el mundo. En esta ocasión se trataba de *El libro de las 2000 páginas* redactado a finales de 1987. Lo curioso es que tanto su apariencia física como los nombres que adoptan (Gabriel, Rafael, Anael, Uriel…) siguen siendo similares a los que aparecen en la Biblia (el encuentro de Abraham) y en la época medieval (los visitantes de Fabius Cardan, por ejemplo).

Los supuestos «ángeles» de Paiporta (que vestían con vaqueros) no se diferencian en nada de los humanos, salvo por su actitud majestuosa, su don profético y su elevada espiritualidad. Ellos se definieron a sí mismos como Virtudes de Dios o Mensajeros del Cielo. Dijeron que no tenían naves cósmicas ni un lugar material donde vivir, ya que eran energías puras con capacidad para manifestarse sobre la materia. Dejaron entrever que están en contacto —ellos, los ángeles— con colectivos de extraterrestres para llevar a cabo trabajos conjuntos en algunos sistemas planetarios, habiendo llegado «el turno» al nuestro.

Al final fueron más de 50 ángeles los que explicaron a los cuatro jóvenes de

Paiporta cosas puntuales de la creación y profecías sobre el mundo. Estos chavales dijeron que si hubieran querido engañar a la prensa «hubiera sido más fácil diciendo que los ángeles eran extraterrestres» (sic). Antonio Bennassar, autor de varios libros sobre el tema, está convencido de la realidad del fenómeno y de la autenticidad de los mensajes revelados y transmitidos por estas entidades, muchos de los cuales sólo se harán públicos dentro de cincuenta años.

Los ejemplos de este tipo se multiplican por todo el mundo. No hace mucho se ha fundado una comunidad en Meridien (New Hampshire - USA) llamada «Granja de la verde esperanza» (Green Hope Farm) cuya impulsora ha sido Malli Sheehan, con experiencia en la curación del alma individual y planetaria, ayudada precisamente por ángeles. Cada jardín de esta singular granja dicen que irradia una variedad distinta de energía curativa que penetra en la Tierra. El más famoso es el «Octavo Jardín», en forma de un ocho horizontal (el símbolo del infinito) que es capaz —según ellos— de borrar el karma y las negatividades de quien entra en contacto con él.

Jack Lawson y Fabiola Roche, en *El libro de los ángeles*, nos explican nada menos que 40 ejercicios para conectar con los mensajeros celestiales que no dudan en calificar de seres de luz. Dicen que cada uno de los ángeles está asociado a una virtud. Por su parte, H.C. Moolenburg, médico holandés que un día empezó a preguntar a sus pacientes si había visto algún ángel y de las respuestas sorprendentes que obtuvo, publicó un libro titulado *Nuestros Ángeles*, recomendándonos escuchar nuestra propia voz interior para percibir la presencia sagrada de estas entidades angélicas.

Decididamente, los ángeles y toda su corte celestial se han puesto de moda, en gran parte siguiendo las pautas culturales y comerciales que emanan de Estados Unidos, donde, según las estadísticas, siete de cada diez ciudadanos creen en ellos. Ya existe una serie de TV estrenada en este país, titulada *In search of angels*, con banda sonora pegadiza.

¿Hadas marianas?

Las entidades angélicas se pueden manifestar ante nosotros de muy diversas maneras. Lo normal, en caso de hacerlo, es que lo hagan como una presencia energética e invisible que transmite revelaciones o mensajes para una parte o para toda la Humanidad.

Para otras personas, a estas entidades «celestiales» no se las puede desligar de un estricto carácter religioso y profético. Una de sus manifestaciones serían las Apariciones Marianas que tanto han dado que hablar y escribir durante siglos. Surgen de súbito, como nacen los mitos: de las entrañas de la Tierra, en el interior de cuevas, sobre árboles centenarios. Estas Apariciones se rodean y se identifican con los elementos de una Naturaleza virgen, reconduciendo a los fieles, la mayoría de las veces, hacia una doctrina cristiana de lo más ortodoxa. En poco más de cien años se han producido más de trescientas apariciones de este tipo, de las cuales solamente la Iglesia ha reconocido una pequeña parte. En el siglo XX tan sólo cuatro han obtenido el beneplácito del Vaticano: Fátima (1917), Beauraing (1932), Banneaux (1933) y Siracusa (1953).

Creemos que para poder abordar este espinoso y polémico tema desde una perspectiva amplia, lo mejor es acudir a nuestras fuentes tradicionales y realizar muy someramente un estudio comparativo de los datos obtenidos en las llamadas «apariciones de hadas» (no cristianas) y en las «apariciones marianas» (cristianas). De esta manera, conjuntando todos estos datos, podríamos establecer algunos paralelismos y llegar a algunas pequeñas conclusiones, partiendo siempre de la base que aquellas personas que dicen ver una de estas entidades realmente están viendo algo. Veamos:

Ambas son entidades de aspecto femenino, generalmente de bella presencia y de baja estatura, que se suelen manifestar a personas sencillas del campo.

Ambas suelen aparecer rodeadas de un halo de luz y como flotando, sin que sus pies lleguen a tocar el suelo.

Ambas dan un mensaje contradictorio. Suelen ser advertencias y amenazas

de futuros desastres (profecías) y con un claro matiz didáctico-religioso.

Ambas eligen para sus apariciones lugares vinculados a la naturaleza: cuevas, arroyos y sobre todo árboles. Los árboles —siempre silvestres— que tradicionalmente son considerados como favoritos de las hadas (fresnos, pinos, robles, encinas…), son aquellos en los cuales los videntes «ven» estas apariciones marianas y en cuyo interior se suelen encontrar imágenes de Vírgenes que luego pasan a ser la patrona de tal o cual localidad.

Era frecuente venerar a estas divinidades de la naturaleza en su propio entorno; por esta razón a las driadas (que eran las hadas protectoras de los robles) se les rendía culto en su propio hábitat: el roble. En España se conocen, al menos, dos casos de imagen mariana venerada en la copa de un árbol a guisa de altar o peana. Uno en Cataluña: Nuestra Señora del Roure o del Roble, en Pruit, en la provincia de Barcelona. El otro (no reconocido por la Iglesia) en Madrid: la Virgen de los Dolores de El Escorial, venerada en la copa de un fresno.

Ambas entidades se dejan ver en unas fechas muy concretas, que suelen señalar de antemano. No todos los días son favorables para manifestarse.

Hablan muy poco y cuando lo hacen suele ser a nivel telepático, sin mover los labios y dando una gran sensación de paz. Cuando se oyen palabras, su lenguaje es similar a una especie de sonido sibilante o de zumbido de abejas.

Es frecuente que en el lugar de una aparición mariana se halle una fuente o manantial de agua o surja de improviso. A partir de ese momento, se convierte en milagrosa, capaz de sanar todo tipo de enfermedades. Lo mismo se dice en la antigüedad de las llamadas «fuentes de las ninfas».

Ambas tienen gran poder de seducción y de sugestión. Tan sólo hay que recordar la cara de arrobamiento que ponen los videntes cuando están en presencia de una aparición mariana o el mito de la voz cautivadora que se atribuye a las sirenas, por ejemplo.

Las visiones, tanto de unas como de otras, están acompañadas por manifestaciones que se podrían denominar paranormales (danza del sol, bolas luminosas que flotan en el ambiente, curaciones milagrosas…)

Estas entidades casi nunca dicen quiénes son. Dejan al vidente que lo averigüe, según sus propias concepciones religiosas y filosóficas.

A ambas entidades se Ies suele rezar y pedir diversos deseos.

Ambas suelen llevar en las manos uno o varios objetos. En Fátima llevaba una bola luminosa, similar a las apariciones de las Damas Blancas de Baleares.

Cuando en el mundo se produce una Aparición Mariana, inmediatamente surgen dos posturas contrapuestas: o se cree en ellas, admitiendo que la Virgen se ha mostrado en todo su esplendor a un vidente o se niega rotundamente todo lo concerniente a estas apariciones, tachando de lunáticos a quienes dicen verlas. Pero entre ambas existe una tercera postura…

Es importante observar que casi todas las imágenes marianas relacionadas por la tradición con vegetales, lo son de especies silvestres. Raro es el caso de que una de estas entidades se manifieste en árboles o arbustos cultivados por el hombre. El mismo fenómeno ocurre con las imágenes religiosas que se localizan cobijadas en el interior de árboles.

Joan Amades y otros grandes investigadores, han llegado a la conclusión de que en el fondo de estas advocaciones a la sagrada figura de la Virgen Madre, parecen adivinarse vestigios de concepciones, creencias y costumbres de origen muy antiguo, incluso de los albores de la humanidad. Cada montaña, cada cueva, cada fuente y cada árbol tenía su genio tutelar fuertemente arraigado, tanto que ni la acción del tiempo ni la evangelizadora del cristianismo han logrado borrar completamente sus huellas.

Lo curioso y a la vez paradójico, es que un fenómeno que la Iglesia consideró antaño como paganizante, cual era las apariciones y el culto destinado a las ninfas y otras hadas (ahí están las obras de San Martín de Dumio o del Padre Feijoo, por poner sólo dos ejemplos), ahora, con unas mismas raíces y unas parecidas características, como son las apariciones y el culto de las Vírgenes Madres, se considere altamente edificante para la fe y creencias cristianas, al menos en unas cuantas de estas apariciones marianas.

Hilary Evans, gran estudioso de estos temas, incide en uno de los aspectos antes mencionado y dice que si tomamos 57 casos bien documentados sobre apariciones marianas, comprobaríamos que en 30 de ellas la visión no se autodenomina, mientras que en los 27 restantes se identifica como la Virgen María en una forma u otra:

Soy Nuestra Señora del Rin —le dice a Josep Hoffet, en Alsacia en 1873.

Soy la virgen de los pobres —le dice a Mariette Bées, en Banneus, en 1933.

Soy la señal del Dios vivo —le dice a Bárbara Reuss, en Marienfried, en 1946.

Soy *la Inmaculada Concepción* —le dice a Bernadette en Lourdes, en 1858, sólo al final de sus visiones y a petición de ésta.

Todo parece indicar que la aparición o la visión no tiene muchas ganas de identificarse correctamente y que cuando lo hace, a requerimiento normalmente del testigo, utiliza expresiones o conceptos afines o asimilables a las creencias del

vidente de turno.

El marianólogo Tizané dice que de las siete apariciones reconocidas oficialmente por la Iglesia, la «señora» en cuestión se ha identificado como la Virgen sólo en tres de ellas.

Para que seamos conscientes de lo fácilmente manipulable que puede ser un fenómeno de estas características, tomemos como referencia las apariciones de la Virgen de Fátima. En ninguno de los documentos consultados por la investigadora lusitana Fina d'Armada en los archivos de Fátima, se hace alusión a que los niños dijeran ver a la Virgen María, ya que la «señora luminosa» nunca se identificó como tal, lo mismo que ocurrió con las apariciones de La Salette (1846). En Lourdes, una campesina de 13 años, Bernadette Soubirous, tuvo 18 visiones separadas de una entidad a la que originariamente describió como «una muchacha blanca, no más grande que yo», pero que más tarde acabó identificando con la Virgen María.

Respecto a la descripción física de la Virgen de Fátima, según las primeras declaraciones de los niños, es decir, antes de ser tergiversadas por otro tipo de intereses, hablan de una entidad de un metro y diez centímetros de estatura, cubierta por un vestido ajustado, falda cerrada y rayas transversales doradas, envuelta en un manto acolchado blanco, con la cabeza cubierta con un halo transparente, sin pelo, que no realizaba movimiento facial alguno. La entidad llevaba en sus manos una bola luminosa. La «dama brillante» emitía una especie de zumbidos, como de abejas, mientras dialogaba con los niños, estando éstos en trance.

En las *Memorias de la hermana Lucía* dice que ella y sus primos vieron un ángel con anterioridad a tener el primer contacto con la «señora», siendo en total tres los encuentros tenidos con esta entidad masculina durante el año 1916, el cual les entregó alimentos para comer (una especie de hostias) así como para beber. D'Armada cree que eso les permitió, en lo sucesivo, «ver» a la entidad femenina (como ocurre con los alimentos élficos). El supuesto ángel surgió de entre la niebla y tranquilizó a los tres niños diciendo:

No temáis. Soy el Ángel de la Paz. Rogad conmigo.

El día 28 de julio de 1917, fuera de las citas fijadas por la Señora con los tres niños (se presentaba los días 13 de cada mes, al mediodía, durante seis meses

seguidos), una niña de 12 años, Carolina Carreira, dijo haber visto a un ser de pequeña estatura, que aparentaba unos 10 años de edad y al que identificó como un ángel. Su descripción es idéntica a la que hace Lucía de la «Señora». Su testimonio fue ignorado, aunque apareció recogido en los archivos del padre Formigâo.

De hecho, la Iglesia Católica es excesivamente prudente y recelosa a la hora de tomar partido por este tipo de apariciones, porque en el fondo sabe que las apariencias externas de las mismas son muy engañosas y contradictorias.

Acudiremos tan sólo a un ejemplo de la mitología española para mostrar que tanto las hadas como aquellos que creen en ellas, rezan u oran. Manuel Llano, en *Mitos y leyendas de Cantabria*, que fue recogiendo testimonios por su tierra, hace numerosas alusiones a que las anjanas rezan «por toas las desgracias de los hombres», tanto al amanecer como cuando por la noche regresan a sus palacios. Relata que cuando un campesino había perdido una vaca, iba al monte y decía cuatro veces:

Anjanuca, anjanuca

güena y floria

lucero de alegría,

¿dónde está la mi vacuna?

Y dice que si el que la había perdido era buena persona y daba limosna a los pobres y posada al peregrino, entonces se le aparecía la anjana y le señalaba con su picaya o báculo el sendero por donde tenía que ir para encontrar la vaca. Si, por el contrario, una persona se perdía en la niebla debía recitar media docena de veces estas palabras: «Anjana blanca, ten piedad de mí. Guíame por la oscuridad y por la niebla. Líbrame de los peligros y de los malos pensamientos».

Creemos que las similitudes son bastantes evidentes, incluso si el narrador ha cargado las tintas en este aspecto marianológico, porque lo que demostraría es que no sólo para las gentes de los pueblos sino para los investigadores de estos fenómenos, al menos a nivel inconsciente, el paralelismo salta a la vista y tienden a confundir unas con otras.

Ovnis y enigmáticas presencias femeninas

¿**S**e imaginan ustedes qué es lo que podrían pensar los indios Jumaros de Nuevo México cuando a principios del siglo XVII vieron a una extraña «Dama Azul» que les predicaba la palabra de Dios? Para ellos era una mujer, vestida de azul, de rostro blanco y hermoso que les hablaba de otras realidades y de otros mundos divinos. Cuando años más tarde —en 1630— llegaron allí los evangelizadores franciscanos españoles no daban crédito a lo que oían. ¿Quien era esta entidad femenina caída del cielo? Los indios contaron a los monjes que desde hacía algunos años aparecía durante el día y les daba pormenores de la vida y enseñanza de Jesucristo. Al llegar la noche, la Dama Azul se desvanecía y nadie entre los nativos sabía dónde acudía a descansar. La vía estaba abierta para cualquier clase de especulación por muy absurda que fuera.

Sólo después de algunos años se despejó el misterio y se descubrió la verdad, aunque ésta era tan sorprendente que tampoco se podía creer a pies juntillas. Esta misteriosa Dama Azul no era otra que Sor María de Jesús de Agreda, una monja concepcionista franciscana del convento de Agreda, en Soria, España, que gracias a sus trances espirituales producía una bilocación de su cuerpo. El cuerpo de la monja se trasladaba físicamente y en toda su realidad a estas tierras de Nuevo México e incluso entregaba objetos (rosarios) a los indios. Una especie de «doble» inanimado quedaba en la celda del convento para no crear un vacío, presencia que era vista objetivamente por sus hermanas. Ella misma no sabía cómo se producían esos «saltos», pero calculó que estuvo unas quinientas veces en el nuevo continente, a pesar de rezar para que «cesaran las exteriorizaciones». Javier Sierra, en un magnífico trabajo de investigación realizado sobre la monja, cree que se trata de una mujer extraordinaria y supradimensional que de alguna manera fue teleportada a América.

Sor María de Jesús aglutina otros prodigios. Es autora de un libro revelado, *Mística Ciudad de Dios*, (cuyo contenido ha impedido su beatificación hasta el momento) y su cuerpo, al morir, ha permanecido incorrupto (como el de su madre). Estamos en presencia de un caso que gracias a que se ha podido profundizar en su misterio, ha dado lugar a ciertas respuestas y a otros muchos interrogantes. Es un misterio que ha generado nuevos misterios. Como si se tratase

de un sistema dentro de otro sistema y así continuamente, lo que da idea de la riqueza y complejidad de este fenómeno.

Espigando tan sólo en algunos de los relatos dejados por los cronistas de América, encontramos igualmente estas enigmáticas presencias femeninas tomando partido en algunos acontecimientos cruciales de las contiendas de los españoles con los indígenas. Por ejemplo, Pedro de Valdivia relata lo siguiente en carta dirigida al emperador Carlos I de España y V de Alemania, refiriéndose a un ataque de los nativos contra su fuerte, establecido en lo que hoy es tierra chilena, en el año 1541:

«Y paresce nuestro Dios quererse servir de su perpetuación para que sea culto divino en ella honrado y salga el diablo de donde ha sido venerado tanto tiempo; pues según dicen los indios naturales, que el día que vinieron sobre este nuestro fuerte, al tiempo que los de a caballo arremetieron contra ellos, cayó en medio de sus escuadrones un hombre viejo en un caballo blanco e les dixo: "Huid todos, que os matarán estos cristianos", y que fue tanto el espanto que cobraron, que dieron a huir. Dixeron más: que tres días antes, pasado el río de Biubiu para venir sobre nosotros, cayó una cometa entre ellos, un sábado a mediodía, y desde el fuerte donde estábamos la vieron muchos cristianos ir para allá con muy mayor resplandor que otras cometas salir, e que caída, salió della una señora muy hermosa, vestida también de blanco, y que les dixo: "Serví a los cristianos, y no vais contra ellos, porque son muy valientes y os matarán a todos"».

En tierras mucho más norteñas, Bernal Díaz del Castillo, el cronista de Hernán Cortés, relata en el capítulo XCIV de su *Historia verdadera de la conquista de la nueva España* cómo la aparición de una entidad femenina decide la victoria a favor de los españoles (a quienes los indios llaman «teules»):

«Y preguntó el Montezuma que, siendo ellos muchos millares de guerreros, que cómo no vencieron a tan pocos teules. Y respondieron que no aprovechaban nada sus varas y flechas y buen pelear; que nos les pudieron hacer retraer, porque una gran tecleciguata de Castilla venía delante dellos, y que aquella señora ponía a los mexicanos temor, y decía palabras a sus teules que los esforzaba; y el Montezuma entonces creyó que aquella gran señora que era Santa María y la que habíamos dicho que era nuestra abogada».

El ufólogo francés Guilbert Cornu, intentó demostrar que existe una

correlación estrecha entre las visiones de la Virgen y los avistamientos de OVNIs. Cornu toma 230 casos de visiones que se suponen ocurrieron entre 1928 y 1975 y los transporta a un gráfico, junto con estadísticas de objetos volantes no identificados durante el mismo período. De esta manera, observa que existen unos paralelismos sorprendentes. A conclusiones parecidas llegó un periódico italiano: el inicio oficial del tema OVNI en 1947 fue también el año en que hubo un acentuado surgimiento de las visiones de la virgen. Paul Thomas encuentra siete puntos de semejanza entre el «disco de luz» visto en Fátima y un OVNI: era plano y luminoso; la luz brillaba con suavidad, zigzagueaba, lanzaba destellos de luces multicolores, se precipitó hacia tierra y volvió a subir, cambiaba de tamaño, etc.

En nuestro país, uno de los «contactados» más conocidos, el catalán Luis José Grífol, ha elaborado desde 1977 toda una filosofía que pretende explicar grandes misterios de nuestro mundo gracias a las revelaciones que obtiene de estas entidades cósmicas. «Ellos (los extraterrestres) —nos dice— responden al apelativo de ángeles, superiores, intercesores, superhombres, aunque dicen ser como niños y ser los responsables de la mayoría de las supuestas apariciones marianas».

Scott Rogo, por su parte, afirma que pocas dudas caben acerca de que una parte de la actividad de los OVNIs es de la misma naturaleza que las luces vistas en las famosas apariciones marianas de Fátima, Gales, Garabandal y Zeitoun. Para Rogo todas ellas derivan de la misma fuente: proyecciones psíquicas de gran magnitud provocadas por los propios videntes, sin negar por ello que además sean realidades físicas, independientes de nuestra mente. Dice que estas criaturas y esos enigmáticos vehículos no identificados visitan de verdad nuestro planeta, pero con el poder de nuestra mente los imitamos y creamos un número cada vez mayor de ellos. Por cada OVNI que pasa por el cielo, por cada fantasma que se aparece, por cada duende que acude a una casa, hay muchos más creados por la psique humana. Posiblemente en estos términos habría que explicar la aparición que tuvo George Washington, el primer presidente de los Estados Unidos. Llegó a confesar que una bella mujer de aspecto angelical (similar, por otra parte, a las descritas por los «contactados» contemporáneos) se le presentó en forma de visión durante la campaña militar de Valley Forge y le anunció o profetizó cómo sería el futuro de las colonias británicas en Norteamérica para los siguientes doscientos años.

El escritor Robert Anton Wilson, estudioso de los fenómenos paranormales, aclara en parte este enmarañado asunto cuando escribe:

«Existan o no las hadas, las vírgenes aparecidas o los extraterrestres ocultos tras

cada matorral, el despertar revela que el universo está lleno de inteligencia invisible. Lo que ocurre es que nos resulta muy difícil aprender a contactar con esa inteligencia sin vestirla con proyectadas formas humanoides».

Claro, que también todo se podría explicar acudiendo a una de las teorías más en boga en estos momentos: «la resonancia mórfica», propuesta por el doctor Rupert Sheldrake. Su hipótesis, en líneas generales, es que la forma, el desarrollo y la conducta de un organismo biológico (y tanto los hombres como los espíritus de la naturaleza, así como cualquier otra entidad viva, lo son) están condicionados en gran parte no sólo por su herencia y su medio ambiente (como se creía hasta ahora) sino por un *campo morfogénico* que le permite comunicarse con otros organismos de su misma naturaleza. Como resultado de todo esto, la experiencia de uno de ellos es compartida o conocida por otro a nivel subconsciente y todo esto permite procesos comunes de desarrollo y de adaptación por muy separado que esté un organismo vivo del otro. Es decir, que si un hombre en Nueva Escocia ha visto a un elfo o a una entidad religiosa y ésta le ha transmitido algún tipo de conocimiento, otra persona de Nueva Guinea, separada en tiempo y en espacio, puede tener una experiencia similar en cuanto a la visión y el mensaje transmitido por la entidad. Evidentemente, esta teoría sólo explica parte de esta complicada trama, porque no aclara la procedencia última de estas visiones.

Uno de los enigmas que más tinta ha hecho correr es el de las misteriosas bolas de luz. Para algunos eran almas en pena, para otros naves extraterrestres, para los más, fenómenos atmosféricos y para los menos manifestaciones de la divinidad. Sea como fuere lo cierto es que las bolas de luz demuestran tener un comportamiento «inteligente» y parecen estar guiadas por alguien.

Reconoce Javier Sierra que «la evidencia se ha encargado a veces —pocas desafortunadamente para mi espíritu crítico— de demostrarme que tras el fenómeno del contacto se encuentra alguna escurridiza inteligencia a la que, por el momento, todavía no me atrevo a calificar».

Pensamos que existen dos aspectos inquietantes en todos estos fenómenos: que tendrían un origen común y además en ellos subyace un «efecto contagio». En la medida que más gente tenga este tipo de experiencias y visiones, más gente será receptiva a tenerlas o a admitirlas como naturales. Existiría una resonancia morfogénica que ayudaría a todos a dar un cierto «salto cuántico», para bien o para mal, en una determinada dirección (tal vez para cambiar conductas, arquetipos o jerarquía de valores). Pero todo a un cierto tiempo, como si alguien —que maneja sutilmente los hilos de este Gran Juego— no tuviera prisa en que los entresijos salgan a relucir con demasiada rapidez.

Los gerreros celestes

En el año 985, los árabes de Almanzor conquistaron la ciudad de Barcelona y ésta quedó arrasada, llevándose a Córdoba numerosos prisioneros. Borrell II, primer conde de Barcelona independiente de los carolingios, se organizó en Manresa. Con exiguas fuerzas, los nueve «homes de paratge» (o sea, caballeros) y varios campesinos, deciden volver sobre Barcelona para intentar la reconquista, cada vez más difícil. Al llegar y mirar para arriba, observaron atónitos a un hermoso guerrero que galopaba entre las nubes en un caballo blanco y que esgrimía un rayo por arma, con el cual sembró la muerte entre los moros que caían a centenares o huían presas del pánico.

Otra versión de esta leyenda dice que cuando empezó la batalla, el caballo blanco, cubierto de ropas blancas, con una cruz encarnada en el pecho y otra igual en el escudo, se convirtió en fuego y se lanzó furiosamente entre las filas de la media luna, repartiendo lanzadas a diestro y siniestro y haciendo caer a cada golpe decenas de moros.

Pero aquí no acaba la historia. Los hombres del conde Borrell II hicieron su entrada triunfal en la ciudad condal por «La puerta de Mar», situada entonces en el lugar donde hoy existe la plaza del Ángel, capitaneados por un caballero desconocido quien, a pesar de protagonizar una cruenta escabechina entre los musulmanes, llevaba su vestido blanco limpio y su escudo de lo más reluciente. Al llegar a la plaza de San Jaime, su caballo de fuego tornó en carne y hueso. Alzando el caballero su lanza hacia el cielo, hizo con ella tres veces la señal de la cruz y desapareció. Todos creyeron, al unísono, que se trataba del mismísimo San Jorge —Sant Jordi— a pesar de que nadie le conocía y que en ningún momento tan extraño personaje se identificó (lo que nos hace pensar que si esta aparición hubiera ocurrido en otras zonas de España no habrían tenido dudas en señalarlo como Santiago «Matamoros», como San Miguel o como San Magín, santos éstos últimos que tanto protegieron los intereses de Carlomagno).

Lo cierto es que Cataluña entera lo tomó por patrón y su cruz pasó a formar parte del escudo de Barcelona y de muchas otras ciudades. En el libro *Las nubes del engaño*, de Andreas Faber Kaiser, se mencionan más intervenciones de este extraño

caballero andante y celeste que defiende a toda costa a los cristianos contra los moros sin que sepamos muy bien qué espera recibir a cambio (desde luego, no bienes materiales).

Al parecer, ayudó a Jaime I el Conquistador en la conquista de Mallorca. Faltos de provisiones por la desconexión de tierra firme, hallaron solamente una cabeza de ajos que comióse el rey, para luego exclamar «El Rey Jaume I el seu exèrcit han ben dinat» (El rey Jaime y su ejército han comido bien), y dicho esto invocó la ayuda de San Jorge, el cual apareció entre la soldadesca con su caballo alado, su lanza de fuego y su túnica con la gran cruz. Venció a los moros y al poco tiempo el rey, al frente de su hueste, entró triunfalmente en Palma.

También el extraño caballero celeste —presumo San Jorge— ayudó a los alcoyanos en la defensa de su ciudad cuando los moros intentaban apoderarse nuevamente de ella. Habrían logrado su intento de reconquista a no ser por la aparición milagrosa del susodicho San Jorge, que asimismo surgió galopando por las nubes con su caballo blanco armado de poderosos y fulgurantes rayos que arrojó certeramente contra las tropas agarenas. En conmemoración de la victoria, Alcoy celebra cada año las fiestas dedicadas a San Jorge Mártir; el rito es representado por un niño montado en blanco corcel.

Durante la conquista española, tanto en Mesoamérica como en Sudamérica, hay constancia de algunos relatos donde se hace mención de un sobrenatural guerrero alado que se puso de parte de las tropas españolas. El cronista Pedro Cieza de León en *La crónica del Perú*, habla de una «figura celestial» que hacía gran daño a los incas del Cuzco. En otros relatos, en cambio, se habla de una «señora» muy hermosa vestida de blanco, a la que identificaron inmediatamente como la Virgen María y a los que nos hemos referido en el capítulo sobre las hadas marianas. Todos estos acontecimientos, y muchos más, hicieron sospechar a Faber Kaiser que en realidad la conquista de América estaba previamente «programada». ¿Por quién?

Un ejemplo significativo lo aporta Pedro de Cieza de León en el capítulo CXIX de *La crónica del Perú*:

«Cuando en el Cuzco generalmente se levantaron los indios contra los cristianos no había más de ciento y ochenta españoles de a pie y de caballo. Pues estando contra ellos Mango Inga, con más de doscientos mil indios de guerra, y durante un año entero, milagro es grande escapar de las manos de los indios; pues algunos dellos mismos afirman que

venían algunas veces, cuando andaban peleando con los españoles, que junto a ellos andaba una figura celestial que en ellos hacía gran daño, y vieron los cristianos que los indios pusieron fuego a la ciudad, la cual ardió por muchas partes, y emprendiendo en la Iglesia, que era lo que deseaban los indios ver desechos, tres veces lo encendieron y tantas se apagó de suyo».

¿Quiénes eran estos serviciales guerreros celestes que, al parecer, tanto ayudaron a las tropas españolas en sus conquistas? Se sabía de la existencia en el pasado de dioses blancos y barbados que prometieron regresar algún día, motivo que le sirvió a Cortés para ganar con más facilidad a los aztecas, pero lo que nos cuentan los cronistas no es un miedo psicológico de los indígenas sino intervenciones reales de personajes sobrenaturales que o bien les hacen advertencias para que abandonen las armas o bien contribuyen a su derrota. Es otro más de los muchos misterios que envuelven a los países sudamericanos. Pero esta intervención de guerreros celestes —y aquí está lo sorprendente— no se circunscribe solamente a siglos pasados, sino que abundan testimonios sobre ellos incluso en la Primera Guerra Mundial.

Un soldado dio cuenta de que su regimiento, perseguido por la caballería alemana y atrapado en una cantera, vio que «en toda la cima de la cantera había ángeles alineados, que fueron observados por todos los soldados, incluidos los alemanes. Estos últimos, de repente, se detuvieron, dieron media vuelta, y huyeron a toda carrera. Uno de los alemanes, que fue capturado, preguntó a sus captores quién era el oficial que, montado en el gran caballo blanco dirigía a los ingleses, pues aunque era una figura que se destacaba tanto, ninguno de ellos había podido herirlo».

A una enfermera, de nombre Phyllis Campbell, un soldado herido le contó que había visto al mismísimo San Jorge dirigiendo a los británicos en Vitry-le François. Otro herido confirmó el relato, diciendo que aparece esta extraña nube luminosa y cuando se despeja hay un hombre alto, de cabello rubio y armadura dorada, montado sobre un caballo blanco, y sosteniendo en alto su espada… antes de que se pudiera decir «a cuchillo», los alemanes habían dado media vuelta«. Los ingleses estaban seguros de que se trataba de San Jorge: ¿no lo habían visto espada en mano en todas las dificultades en que se encontraron?». Los franceses insistían en que era San Miguel, ayudado en algunos casos por Juana de Arco, combatiendo ahora a los alemanes, no a los ingleses. Phyllis Campbell efectuó sus

comprobaciones con otras enfermeras y descubrió que todas habían oído tales relatos, salvo la enfermera que se había estado ocupando de las bajas alemanas.

Los hechos fueron abundantemente confirmados. Una señora al narrar esto en una reunión social, añadió que lo encontraba difícil de creer, ante lo cual uno de los oficiales presentes le dijo solemnemente:

—*«Señora, eso ocurrió. No sea incrédula. Yo mismo lo vi».*

4

Las procesiones de muertos

—Así Dios me salve como es la Santa Compaña.

—Es —asintió el fantasma naturalmente, sin inmutarse.

—Viene hacia aquí.

—No, va fiada el mar.

Xan de Malvís volvió a sentarse. Acababa de ocurrírsele una idea.

—¿Es cierto que no hay obstáculo para ella, que sigue siempre en derechura, sobre los montes y sobre los barrancos y sobre el agua…?

—Sí.

—¿Y hasta podrá dar la vuelta al mundo?

El fantasma alzó los hombros con desdén.

—Claro que puede.

—Pues si ésos van hacia el mar —siguió intencionadamente Fendetestas— todo por ahí, siguiendo en línea recta, a donde llegará no es a otro sitio que las Américas. Por ahí se van también los vapores.

Wenceslao Fernández Flórez: El bosque animado

Apariciones fantasmales

l bilbilitano Juan Blas y Ubide publicó una colección de cuentos en el año 1909, titulada *Las caracolas*, entre los cuales incluyó uno no exento de gracia y sano escepticismo hacia todas las criaturas sobrenaturales, en concreto hacia los fantasmas. Lo más destacado de la narración es la digresión con la que inicia el cuento:

Yo no he visto fantasmas, pero según me aseguran muy formalmente personas que tampoco los han visto, el fantasma es una figura alta y blanca, que se pasea de noche por las inmediaciones de los pueblos y aún por ciertas calles de las poblaciones inferiores a 10 000 habitantes.

La primera condición del fantasma es que sea alto, cuanto más mejor, y esto se comprende desde luego: un fantasma que no levantara tres pies del suelo, podría confundirse con un perro de aguas, y cualquiera le daría un puntapié; un fantasma de la estatura regular de una persona, sería máscara más o menos fácil de reconocer, pero al fin una máscara de carnaval, o cuando más un alma en pena; pero un figurón blanco, de dos o tres metros de estatura v.g. ya reúne todas las condiciones necesarias para asustar a los chiquillos y a las mujeres, y aún para dar que pensar a los hombres más barbudos y que discutir a los menos supersticiosos.

El fantasma generalmente es blanco; yo no sé si esto consistirá en que las sábanas están más abundantes en casa de cualquier fantasma decente que las telas de luto, o en que se ha observado que el blanco sobre el fondo negro de la noche, produce mejor efecto, pero el hecho es así, según todos los autores. Se han visto sin embargo también, fantasmas negros, aunque raras veces, y fantasmas de medio luto, es decir, mitad blancos y mitad negros, estos más raros todavía; pero unos y otros pueden considerarse como excepciones, y no digo honrosa según es costumbre, porque no daría un alfiler por la honra de ningún fantasma blanco, negro, verde o colorado.

Uno dé los detalles característicos del verdadero fantasma, es decir, del fantasma «pur sang», consiste en un farolillo que suelen llevar colocado en lo más alto de su figura, o como si dijéramos encima de la cabeza. Para los que opinan que los fantasmas son almas del otro mundo, este dato del farolillo es precioso, pues servirá para convencerles de que hasta en el otro mundo hay faroleros.

Aparte de esta simpática descripción que Blas y Ubide ofrece de los fantasmas, que a nosotros nos parece genial y sumamente interesante por cuanto mucha gente lo cree así y comparte la misma opinión, existen otros autores que se han tomado más en serio este tema y han indagado en el origen de algunas creencias cuyos protagonistas son entidades fantasmales o almas en pena. Con independencia de las apariciones esporádicas e individuales de las que suelen hacer gala los espectros, en ocasiones se presentan de manera colectiva y con un fin determinado. Son las famosas procesiones de muertos que abundan en Galicia (Santa Compaña), Asturias (Hueste), Canarias (Antorchas del Time) y León (Huéspeda de ánimas). A nivel más individualizado y con menor dramatismo, existen abundantes casos de apariciones de espectros, fantasmas, ánimas o almas en pena en Cataluña, Castilla, Extremadura, Levante… Precisamente en estas tierras, las opiniones populares en torno a ellas son muy semejantes a las del escritor aragonés.

Casi todas las versiones de las provincias valencianas coinciden en afirmar que los «fantasmas» (*fantasmes o bubotas*) eran personas de carne y hueso, hombres o mujeres, envueltos en una sábana o un cobertor blanco y que se ponían una calabaza encima de la cabeza con un cirio encendido dentro. Como añadidos sonoros a toda esta parafernalia, solían llevar cadenas o campanillas sujetas a las piernas, arrastrándolas por el suelo y escondidos, a veces, en algún oscuro rincón del camino para propiciar un monumental susto al viandante despistado. Incluso era costumbre vestir así por carnaval. Es de suponer que, salvo hace bastantes años, cuando aún no había luz eléctrica en las casas y en las calles, estas fantochadas poco miedo podían dar, lo cual ha incidido que en estas tierras no existan profundas raíces ni sobre apariciones fantasmales ni sobre entidades de otro cuño, como veremos a continuación.

Por lo leído hasta el momento, se evidencia que no en todos los casos son las ánimas quienes recorren los caminos. Muchos humanos han ejercido de auténticos «fantasmas» por la vida y muchos supuestos fantasmas estaban más vivos de lo

que parecían. Estos impostores se hacían pasar por patéticas almas en pena para lograr determinados beneficios de orden material. Algo así sucedía, por ejemplo, en Tremor de Arriba (León), donde en las noches de invierno venía desde el convento del Cerezal una procesión de ánimas con capuchas puestas y velas encendidas. Llegaban hasta el pueblo, se acercaban a la casa de algún vecino fallecido recientemente y decían a sus herederos que si no cedían tal o cual finca al convento, el alma del difunto no saldría jamás del purgatorio. Por desgracia, estos chantajes debieron ser bastante frecuentes aprovechándose de la credulidad de la gente y de las supersticiones imperantes.

Para el historiador y folklorista extremeño Publio Hurtado «larvas, lémures, espectros, almas en pena… todos eran de la misma familia, con escasas variantes. Porque todos eran espíritus errantes, que ya por malos cuando animaban un cuerpo humano, ya por desatendidos en alguna ceremonia funeraria, ya por haber dejado en este mundo alguna deuda por satisfacer o alguna injusticia que reparar, se mostraban a los vivos en medio de la soledad y el silencio».

Sin querer adelantarnos a los acontecimientos, fíjese el lector en los paralelismos de las entidades que vamos a presentar con otro tipo de seres —no considerados fantasmales— que forman parte tanto de la mitología española como del resto de Europa.

La Santa Compaña (Galicia)

No nos resistimos a empezar este capítulo sin contar una jugosa anécdota que recoge Enrique Sordo en su delicioso libro *España, entre trago y bocado*, cuyo telón de fondo es la superstición relativa a la Santa Compaña. Para no perder un ápice de su sustancia no omitimos tildes ni comas:

Yo, personalmente, recordaré siempre una tarde de Vigo, acomodado en la singularísima taberna de Eligio, en la impagable compañía de aquellos grandes escritores que fueron José María Castroviejo y Álvaro Cunqueiro. Ambos poetas —que poetas eran, en verso y en prosa— comentaban cierta noche que habían visto juntos en no sé qué arruinado claustro románico, el silencioso y pavoroso paso de la Santa Compaña, procesión nocturna de ánimas en pena, según la arraigada creencia de las aldeas gallegas. A propósito de ello, Cunqueiro y Castroviejo se sumieron en una tensa controversia: según uno de ellos, aquellos mudos espectros iban cubiertos con sudarios blancos—, según el otro, vestían túnicas negras, la discusión parecía inacabable, avivada por las "cuneas" (tazas) del buen ribeiro de Eligio. Hasta que al final, uno de los dos, no recuerdo quién, halló una repentina solución al grave dilema—. "Ya sé lo que ocurre —dijo— tú los vistes vestidos de blanco porque siempre bebes vino blanco; yo, en cambio, las vi de negro, porque siempre bebo vino tinto.

Ambos dicen haber visto la Sama Compaña alguna vez, si bien no aciertan a explicar concretamente lo que es. Hablan de espíritus de fantasmas, de almas del otro mundo, de luces… En lo que todos coinciden es que siempre llevan un ataúd. Al frente de la comitiva fantasmal suele ir un espectro de mayor tamaño (la Estadea). Otros dicen que el que va delante es un ser vivo que tuvo la desgracia de encontrarse al paso de la Hueste y se ve obligado a incorporarse a ella hasta que alguien tome su relevo.

La Santa Compaña a la que se referían estos geniales escritores, suele seguir un esquema clásico: está formada por un grupo de ánimas que van en dos hileras, vestidas de blanco o envueltas en sudarios, con las manos frías y los pies descalzos. Sólo se ven por delante y no se les puede dar la espalda. Por detrás están huecas como si fueran de corteza. Van en completo silencio o tocando una campanilla.

A esta lúgubre procesión de difuntos se la ha llamado de diversas maneras: «Santa Compaña», «Hoste», «Visión», «Acompañamiento» o «Estadea» (tan sólo en Galicia), «Hueste» o «Güestia» (en Asturias), «Mesnie» u «Hoste» (en Francia). Todas ellas tienen una afición común: salen de noche en su eterno peregrinar en busca de alguien que pase a engrosar sus filas.

En realidad, cada uno de estos términos hace referencia a algún aspecto concreto. Etimológicamente, el término Hueste, al igual que sus variantes *Güestia* o *Huéspeda*, provienen del latín *hostis* y significa enemigo, porque era evidente que las huestes de ánimas eran enemigos de los vivos. Estas procesiones pueden aparecer de dos formas diferentes: en un cortejo fúnebre donde el muerto es el mismo que tiene el «honor» de verlo. Se denomina La Visión y la persona protagonista fallece a las pocas horas. La Santa Compaña, por el contrario, es una procesión de almas en pena, donde nunca falta un cojo (aseguran algunos) y cada uno de sus miembros porta una vela que el viento jamás podrá apagar al tratarse de huesos de difuntos. Al frente de esta comitiva de fantasmas acostumbra figurar un espectro de mayor tamaño, que sería la Estadea. Otros dicen que el que va delante portando una cruz es un ser que aún está vivo y que al tener la desgracia de encontrarse al paso de la hueste, se ve obligado a incorporarse a ella.

Buscando antecedentes a esta tradición, la casta sacerdotal de los celtas —los druidas— celebraban dos importantes fiestas anuales, cada seis meses. Una de ellas era la del uno de noviembre con la entrada del invierno, el *Samain*, la primera noche del Año Nuevo, durante la cual el tiempo quedaba paralizado en un mágico suspenso, momento en el que el mundo de los vivos podía comunicarse con el de los muertos. De aquí deriva nuestro día de Todos los Santos y que autores tan diversos como el teósofo Roso de Luna y el historiador Menéndez Pelayo la tengan como origen de la Santa Compaña. Tampoco deja de ser curioso que la «estantigua» o la «guestia» gallega y asturiana, tenga su doble únicamente en Normandía, Bretaña, Escocia e Irlanda, zonas todas ellas donde tuvieron predominante presencia los celtas.

En la *Historia de Galicia* de Otero Pedrayo, se hace una referencia a la *Sociedad*

del Hueso compuesta por personas vivas que no se identificaban, y que eran una especie de «fadairos» que iban sin tropezar con nadie, atravesando todas las puertas que encontraban en su camino. Llegaban de noche a la iglesia para enterrar al difunto que aún permanecía en su casa o enterraban su astral o su sombra…

El diablo no se aparece a nadie —según la tradición— antes de la una de la madrugada y esto por una sencilla regla de tres: porque la Santa Compaña sale a las doce de la noche y el diablo, curiosamente, la respeta o, a lo mejor, es que también teme encontrase con ella. A esa hora, al decir de los más devotos y creyentes, los difuntos se levantan de sus tumbas y se juntan en la iglesia, porque cada feligresía tiene su procesión formada por todos los muertos enterrados en la parroquia. Cuando están en el recinto sagrado es más fácil verlos aunque no todo el mundo tiene esa facultad.

Antonio Fraguas dice que La Compaña tiene que estar integrada, como mínimo, por cinco personas y además por los siguientes elementos: una cruz, un estandarte, un caldero para el agua bendita, un farol y una campanilla. Pero el que va delante y mantiene derecha a la procesión suele ser un vivo que lleva la cruz o la vela y si éste no se la pasa a otro ser humano, su muerte está próxima.

En una entrevista que hizo Manuel Carballal en 1991 a Fernando Magdalena, del Centro de Investigaciones Psicobiofísicas de Vigo, éste le confesó que:

«El número de casos de aparición de la Santa Compaña ha disminuido notablemente; para nosotros es debido en buena parte a la creciente iluminación y asfaltado de los caminos; para los creyentes la razón es que ahora se rezan más misas a los difuntos…».

Pero Carballal, en un extenso estudio realizado y que incluía entrevistas a varios testigos presenciales de la Compaña, tiene que admitir que, aunque en menor número, las apariciones no han desaparecido y que sea como fuere, miles de personas en toda Galicia aseguran haberla visto, aunque los gallegos del norte la llamen «Santa Compaña», los del sur «procesión de ánimas» y otros muchos «Hoste», «Hostilla», «Estantiga», «Estadea», «Antaruxada», «visión», etc.

Manuel Murguía, en su *Historia de Galicia*, habla de ella describiéndola como una procesión de almas en pena que en las sombras de la noche emprenden su infernal carrera, anunciando la muerte a aquel en cuya casa entran o arrojan una piedra a su tejado. Acaba escribiendo lo siguiente:

«Es cosa tan general, que no hay rincón en Galicia en que deje de creerse en la Compaña y sus siniestras apariciones».

Por su parte, el científico Juan Rof Carballo, nada sospechoso de supersticiosa credulidad, escribió en su obra *Mito y realidad de mi tierra*, que:

«La Santa Compaña, a la que nuestros campesinos temen encontrarse por los caminos cuando falta la luz del día, no es una fantasía de sus mentes sino algo que realmente existe y a lo que todo ser humano teme en lo más profundo».

La Hueste o Güestia (Asturias)

Asimismo, es una procesión de almas en pena, difuntos vestidos con túnicas blancas, llevando cada uno dos velas encendidas en la mano —aunque otros dicen que en lugar de cirios son huesos humanos— caminando en doble fila. Se les suele ver abandonar el atrio de una iglesia rezando y aquél que va abriendo el cortejo tocando una fúnebre campanilla.

El objetivo de la Hueste es llegar a la casa de un enfermo grave, rodearla tres veces en completo silencio y al terminar la última, lloran, apagan las velas y el enfermo muere pasando su alma a engrosar las filas de la «Hueste», apareciendo su imagen en el ataúd que portaban vacío cuatro de los espectros. La ronda suele durar siete noches y se oyen cánticos tristes.

A esta procesión algunos aldeanos la llaman de «la Buena Gente» (nombre con el que también se designa en los países anglosajones a la Gente Menuda, pertenecientes al mundo de los espíritus elementales de la Naturaleza). La razón de que sean llamados así es porque generalmente esta comitiva no está revestida del dramatismo de la «Santa Compaña» gallega y también porque, según se dice, cuando atraviesan las huertas suelen murmurar:

«Cuando nos éramos vivos

andábamos a estos figos

y ahora que somos muertos,

andamos por estos huertos.

¡Andar, andar

hasta el tueru de la figar!».

Al igual que en Galicia, en Asturias recibe diversos nombres. En Cudillero, «Guáspida», en Llanes la «Estantigua», en Cabrales la «Huóstica», y los vaqueiros de alzada la «Hostia vaqueira».

Existe un curioso relato en la localidad de Santo Adriano de Riosa en el cual se hace mención a esa cualidad especial de algunas personas de poder ver a estas entidades (como igualmente ocurre con los elementales). Un hombre de buena familia una noche va de camino a Ponderraiz con un criado suyo y de pronto le dice que se aparte porque en frente de ellos venía nada menos que la Güestia. Por más que el criado miraba para todos los lados no lograba ver nada, así que el amo le indicó que apoyase la barbilla en su hombro si quería verla. De esta manera el sirviente pudo ver tan tétrica procesión horrorizado. Este detalle es muy revelador, pues aparece también en relatos folklóricos de otras partes del mundo asociado de nuevo con la Gente Menuda.

El investigador norteamericano Hartland cuenta una historia galesa que ocurrió hacia 1825 en el valle de Neath, en la cual Rhis y Llewellyn, sirvientes en una granja, se dirigían una noche a su casa y entonces escucharon una música. Rhis se vio impelido a bailar a su compás. Cuando Llewellyn se adelantó a por los caballos, le acusaron de dar muerte a su amigo ya que este había desaparecido y no

se creían la historia que contaba. Se dirigieron por la noche al mismo lugar un grupo de personas. Llewellyn era el único que escuchaba una música melodiosa y el tañer de arpas. Cuando dijo a uno de sus acompañantes que pusiese el pie sobre el suyo, entonces la otra persona también pudo escuchar las arpas mágicas e incluso ver a una multitud de seres bailando en torno a un círculo. Tras él, todos los miembros del grupo hicieron lo mismo y escucharon la música e incluso vieron al desaparecido Rhis que seguía bailando. Cuando paso cerca de ellos, Llewellyn —desde el exterior del círculo— le cogió por las ropas, obligándole a salir del extenuante baile.

Las similitudes de este relato con algunos acontecimientos de la Santa Compaña y de la Hueste nos parecen evidentes, con la diferencia de que no existe ese aspecto morboso de las procesiones de muertos, pero por lo que se refiere al resto de los detalles habría que concluir que, al menos, la fuente o el origen de estos comportamientos y de estas entidades es muy similar sino el mismo.

Hay gente especialmente capacitada para ver estos fenómenos y se decía que las personas que hubiesen sido bautizadas con óleos de muerto tendrían esta facultad a la cual podrían renunciar bautizándose con agua limpia.

Es sabido que el encuentro con la Güestia es un mal augurio, presagiando muchas veces la muerte del que la ve, como le ocurrió al enterrador de San Martín de Salas. Este acontecimiento, según la gente del lugar, sucedió años después de la Guerra Civil española, aunque aseguran que si en la comitiva está el alma del padrino de quien la ve, éste se salva de enfermar y morir.

Aurelio de Llano narra el siguiente suceso en la zona de Caravia:

Y cuentan que cierta noche una mujer que vivía en la Tejera, oyó el sonido de una campanilla; se asomó a la ventana y vio que por la Calzada arriba caminaban en dirección al pueblo dos filas de personas con velas encendidas. Creyendo que se trataba de viaticar a algún vecino, cogió una vela y acercándose a un individuo de la comitiva se la dio para que se la encendiera, y después siguió detrás de la gente hasta la casa de un enfermo. Una vez terminada la ceremonia, la mujer regresó a su domicilio y la comitiva siguió en dirección al convento de Santiago. A la noche siguiente, la buena mujer oyó otra vez la campanilla, fue a coger la vela que había guardado en el «estoyu» del arca, y se encontró con un hueso. Salió a la calle, dirigióse al que la noche anterior le había encendido la vela, y le dijo:

¡Fantasma de la Güestia, toma este hueso y dame mi vela!

¡Maldito sea quien tanto te enseñó! —dijo el de la comitiva—, y entregó la vela a la mujer.

Concluye Aurelio de Llano diciendo: *Y es que la vela aliviaba las penas de aquella alma; por eso se había quedado con ella*.

Una de las diferencias claves respecto a la Santa Compaña gallega es que si por el camino se topan con un despistado mortal, en vez de asustarlo o pasarle una vela para que forme parte de la «Hueste», lo que hacen es darle un capón o una sonora bofetada cada uno de sus componentes, si es que le tienen a tiro, y luego le advierten:

—«*¡Anda de día que la noche es mía!*».

Esta misma expresión la utiliza la comitiva de ánimas dentro de la tradición leonesa: la huéspeda.

Merece la pena hacer un alto en el camino para explicar que esta frase recogida en leyendas asturianas y leonesas, es muy similar a una vasca que tradicionalmente dice en euskera: **eguna egunezkoarentzat; eta gaua gauezkoarentzat**, es decir, «el día para el de día y la noche para el de la noche». Con este enigmático aforismo o dicho popular, se pretende significar que la casa es el templo familiar donde el hombre, cuando llegan las horas nocturnas, se siente protegido de los espíritus que reinan sobre la Tierra. «El de día» sería el hombre, en contraposición con «el de la noche» que sería *Gaueko*: el genio de la noche o la misma noche personificada, dentro de la mitología vasca. Gaueko castiga, sobre todo, a quienes tratan de hacerse los valientes en la oscuridad de la noche, alardeando de no tener miedo.

La Huéspeda de Ánimas y la Manga (Castilla y León)

En la provincia de León, dadas sus características geográficas, abundan ciertamente las leyendas sobre apariciones de muertos, tanto a nivel individual y autónomo como a nivel colectivo, que es el aspecto que a nosotros nos interesa para este estudio. En la localidad de Burón se dice que las ánimas se aparecían durante la noche en el Puente de Torteros, pidiendo a los transeúntes dinero o alhajas a cambio de pasar por allí sin sufrir daño. Algunos testigos aseguran que tenían apariencia humana, exhibiéndose envueltos en sábanas blancas. Francisco Rua Aller y Manuel Rubio Gago prefieren denominar a estas procesiones de aparecidos como «huéspeda de ánimas». Dicen que la diferencia entre ésta y otras comitivas de ánimas, estriba en el carácter no tan marcadamente maléfico que posee, limitándose la comitiva leonesa a propiciar augurios de muerte a los caminantes que durante la noche se topan con ella o también haciendo visitas nocturnas a los enfermos de gravedad, anunciándoles su propio fallecimiento. Otra de sus características es la de ir rezando plegarias en latín o ir sermoneando a los vivos.

La tía Jesusona de Ponferrada —refiere losé Francisco Blanco— contaba una historia de cierta alma en pena que en vida fue tratante de ganados. El cura explicó a un hermano del difunto que la única forma de ayudarle a descansar en paz era que «un familiar rompiese el hábito del espíritu por detrás, ya que las almas en pena llevan siempre hábitos, pero por delante los llevan bien sujetos y no se les puede hacer nada, mientras que por detrás los llevan más sueltos y se les puede romper fácilmente». Así lo hicieron, logrando que el espectro desapareciera. Poco después murió repentinamente el hermano y dicen que fue debido a que en un momento dado debió tocar al espíritu, ya que se cree que quien tiene contacto con los espíritus de los muertos muere al poco tiempo.

En todo el Bierzo la creencia y las leyendas de ánimas proliferan, no siempre con fundamento religioso. En Sigüeya se creía que por las noches se le aparecía una procesión de ánimas a los mozos que tenían novia en un barrio diferente al suyo.

Así como las almas en pena, tanto en Galicia como Asturias y en León, suelen ser colectivas y no tiene día fijo para manifestarse, en determinadas poblaciones de Castilla y León sí lo suelen hacer en fecha señalada: la noche de

todos los Santos, motivo por el cual era costumbre tocar las campanas durante la misma con el fin de ahuyentar estas siniestras apariciones. En la provincia de Salamanca reciben el curioso nombre de *manga* y generalmente son individuales.

La tradición del pueblo salmantino de Villar de Ciervo asegura que es la última persona muerta antes de la fiesta de Todos los Santos quien elige precisamente esa noche para mostrarse a los mortales. El folklorista losé Francisco Blanco recogió una leyenda en la localidad de Pitiegua, que ilustra el por qué del nombre de «manga». Se cuenta que en esa noche tan especial fue una mujer al molino y se le cayó el costal de la mula. Estaba intentando volver a colocarlo en su lugar cuando oyó a sus espaldas una gutural voz:

—No se asuste usted.

A continuación pronunció esa misma voz una especie de letanía:

—¡Anida manga, que no hay caña! —y el costal se subió sólo a la muía. La mujer que no veía con sus ojos a nadie, volvió a escuchar la voz que le advertía:

—No vuelva usted por aquí en este día.

En Val de San Lorenzo (León) se cuenta otra versión. Un hombre fue a moler teniendo que pasar por delante del cementerio. Cuando llegó a su altura, se le cayó el costal de trigo y al ir a levantarlo salió una sombra, que era un ánima, diciéndole:

—Agarra por el cornejal y yo por esto, que soy tu padre.

El hombre horrorizado, no podía cogerlo de miedo, entonces la sombra le dijo:

—Agárrame por la manga, que no tengo carne.

En el también salmantino pueblo de Ledrada se afirma que en esta noche se

«ven» las ánimas alrededor de la iglesia, aunque reconocen que personalmente nadie las ha visto con sus propios ojos.

En localidades de la provincia de Palencia, cuando a algún difunto no se le decía alguna misa que previamente le había sido ofrecida, se aparecía ante el infractor de ese deber en forma de algún animal, como en pavo real (Calzada de los Molinos), en cabra (Bustillo del Páramo) o en forma de fuego fatuo.

Estas procesiones de muertos son mencionadas también por el escéptico Padre Feijoo, el cual, en su *Teatro Crítico*, comenta de ellas que:

«Por conclusión noto aquí, que aquella visión nocturna, que en algunos Países llaman Hueste, y quieren que sea procesión de brujas, es mera fábula, a que dieron ocasión las exhalaciones encendidas, que los Físicos llaman fuegos fatuos. El vulgo, viendo aquellas luces, y no pudiendo creer que fuese cosa natural, lo atribuyó a operación diabólica. Sobre este supuesto fabricó mil quimeras, y dio ocasión a que algunos embusteros contasen mil patrañas».

Una patraña que, a pesar de todo, resiste el paso de los años…

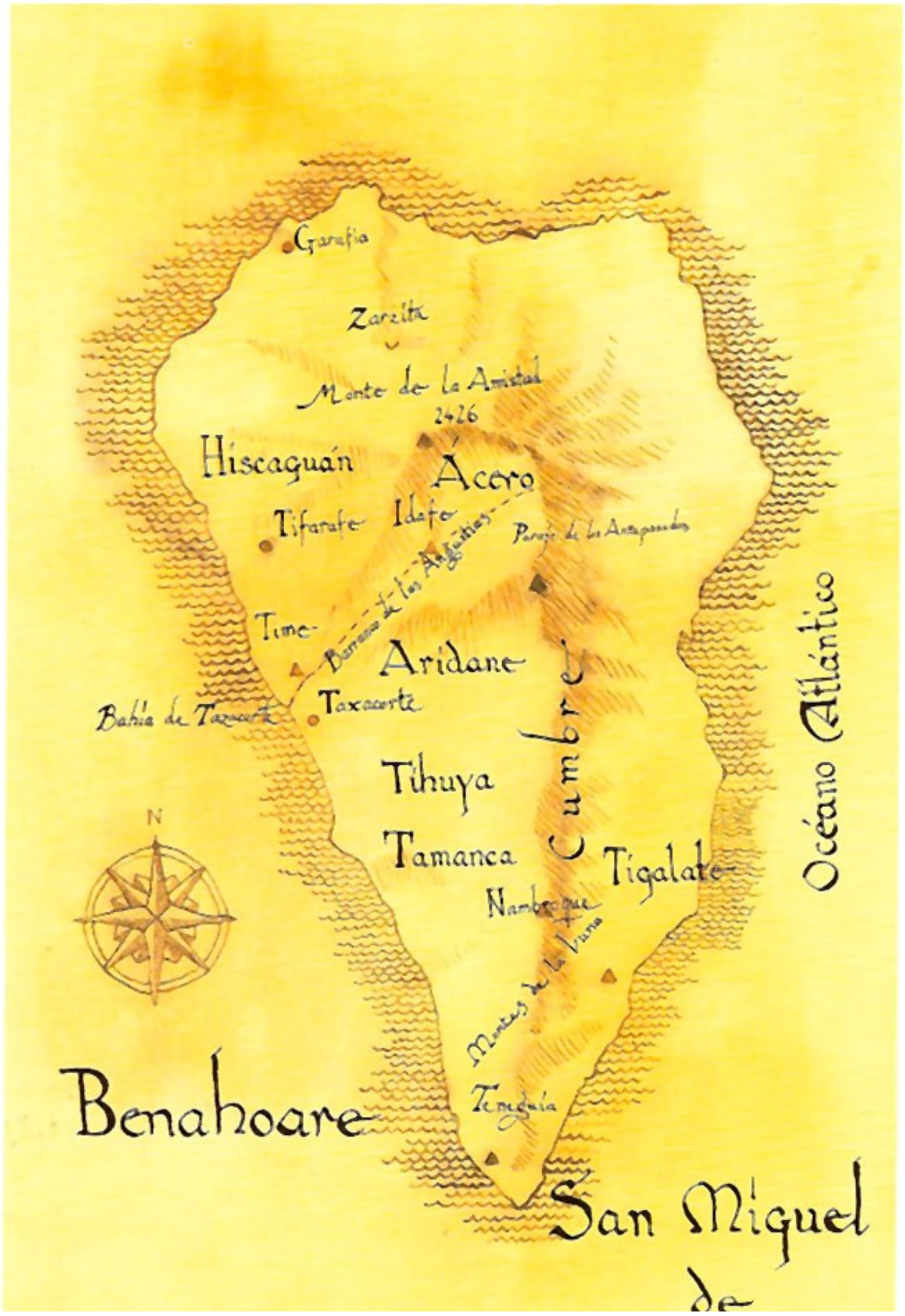
Las Antorchas del Time (La Palma)

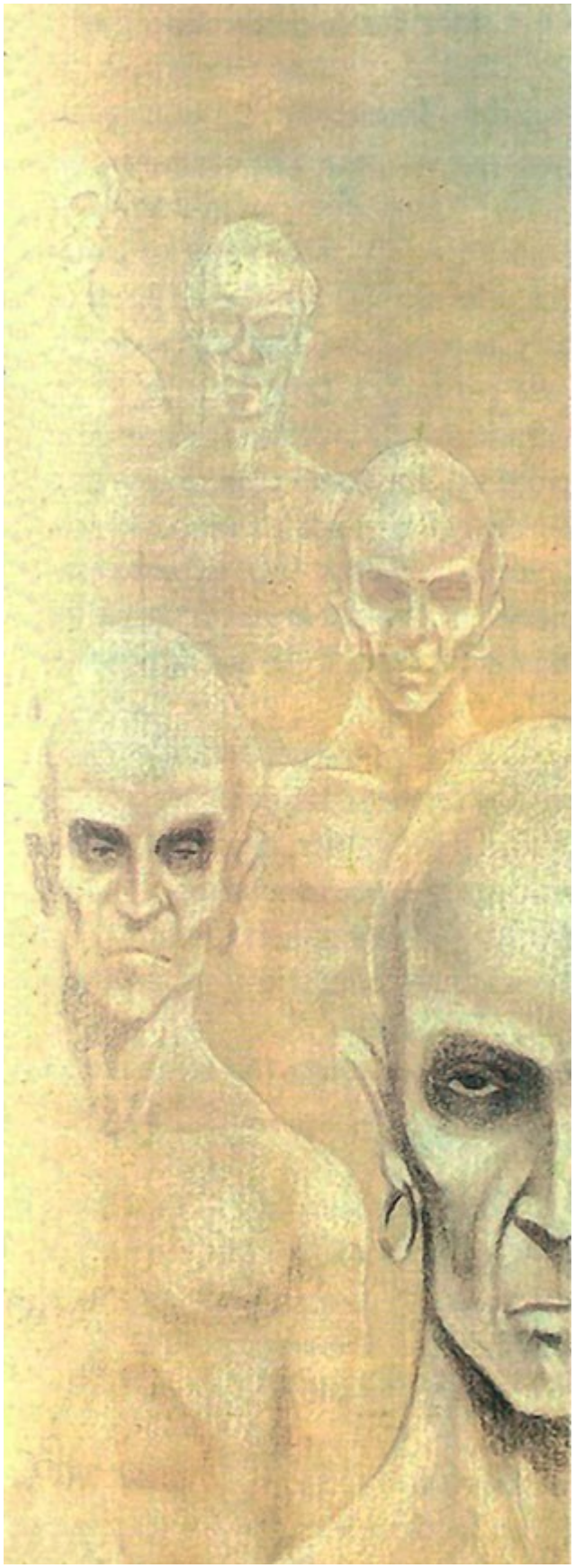
Un hecho que guarda ciertas analogías con la «luz de Mafasca», en la isla de Fuerteventura, se produce en la llamada «isla bonita», o sea, la isla de La Palma. Nos referimos a las «antorchas del Time» cuya ubicación suele ser la Caldera de Taburiente, hermosísimo paraje que hoy en día es Parque Nacional. El extraño suceso lumínico se atribuye a las almas de los guerreros muertos que lucharon al lado del valiente caudillo guanche Tanausú, rey de Acero y defensor de su tierra ante las tropas castellanas conquistadoras.

Cuenta Josefina Mújica la historia de un hombre que, aterrorizado, llamó una noche a la puerta de una tienda situada en el camino a los Llanos de Aridane, de la que había partido por la mañana buscando al dueño de una finca cercana a la Caldera de Taburiente. Cuando el dueño reconoció al forastero le preguntó qué es lo que le había ocurrido para que estuviese tan asustado, al tiempo que le dio algo de coñac para calmarle y hacerle entrar en calor.

Cuando al cabo de unos minutos se tranquilizó, explicó a los que estaban con él que se perdió junto a un hermoso barranco, al pie de un risco, hasta que se hizo de noche. Cuando intentó regresar, una visión le heló la sangre:

«*De pronto vi algo que me dejó paralizado… en una de las paredes del barranco, el risco se llenó de infinitas llamas subiendo en zigzag, vi un largo desfile de antorchas encendidas, era una inmensa fila que en el mayor silencio seguía su camino*».


Garafía
Zarzita
Monte de la Amistad
2426
Hiscaguán
Ácero
Tifarafe
Idafe
Paraje de los Antepasados
Barranco de las Angustias
Time
Aridane
Bahía de Taxacorte
Taxacorte
Tihuya
Cumbre
Tamanca
Tigalate
Nambroque
Montes de la Vuna
Teneguía
Océano Atlántico
N
Benahoare
San Miguel
de



Las llamadas «Antorchas del Time» que aparecen en el Barranco de las Angustias, en La Palma, son consideradas las almas de los guerreros del caudillo guanche Tanausú, valiente defensor de su tierra ante los ataques de las tropas castellanas.

Presa del pánico, con los cabellos erizados del espanto, intentó escapar y después de vagar asustado por el campo, acabó encontrando la tienda.

Uno de los presentes les explicó que se había tropezado con las «Antorchas del Time». Una vieja leyenda dice que son almas en pena que vagan errantes por este risco en extraña y fúnebre procesión y que aparecen de cuando en cuando en el Barranco de las Angustias, junto al risco denominado el Time. La gente del lugar cree que en realidad son las almas de los guerreros de Tanausú, aquel héroe guanche que al verse cargado de cadenas, traicionado y viendo perdido irremisiblemente a su pueblo, repitió las ancestrales palabras de:

—«*Vacaguaré*», «*vacaguaré*» *(quiero morir, quiero morir).*

Y tanto él como todos sus valientes guerreros dejaron que su vida se fuese apagando lentamente.

Métodos de protección

Para defenderse contra este eventual peligro, los vivos excesivamente curiosos u ocasionales que ven pasar a La Compaña y se quieren proteger de sus funestos efectos, tienen varios sistemas, desde los más sencillos a los más rebuscados y estrafalarios. Uno de los primeros, es que deben llevar los brazos en cruz o las manos metidas en los bolsillos u ocupadas con algo para que no pueda coger el caldero y la cruz que le ofrecen, eludiendo así esta posibilidad. También puede echarse al suelo boca abajo, aunque la Compaña le pase por encima. Otras fórmulas de protección que expone la cultura rural para estos menesteres, son la de acompañarse de un gato negro y, en caso de toparse con la macabra procesión, arrojárselo y huir, o bien trazar el círculo de Salomón en el suelo, con toda la rapidez que se pueda y a ser posible con una rama de olivo que haya sido bendecida el Domingo de Ramos. Una vez hecho este círculo, debe introducirse en él. Otros métodos menos complicados serían realizar ciertos gestos mágicos con la mano —o *madras*— como la «figa» o «los cuernos». Lo que no podemos asegurar es que realmente den resultado.

Otras veces, los componentes de la Santa Compaña invitan a un apetitoso festín y aquel que acepte quedará atrapado. Para no hacerlo debe comer el mortal de su propia comida o simular que lo hace, razón por la cual —según Pedro de Frutos— algunas madres aconsejan a sus hijos que lleven siempre pan en sus bolsos. Este es un aspecto sumamente interesante y que le empareja con algunas tradiciones feéricas relativas al peligro que supone probar alimentos ofrecidos por la Gente Menuda y de los que ya hemos hablado.

En San Juan de Beleño (Asturias) se consideraba también como un buen seguro protector el sujetarse fuertemente a una cría de vaca que fuera macho.

Otro de los remedios para librarse del acoso de estas comitivas de difuntos es que entre ellos esté el padrino o la madrina de la posible víctima. En Quilos, localidad del Bierzo, se cuenta que un pastor se durmió por la noche en el campo y las ánimas le olieron cuando pasaban. Iban a llevársele cuando se percataron que entre la huéspeda estaba la madrina del pobre pastor que lo reconoció y salvó.

De todas las maneras, por si alguno de estos sistemas «infalibles» falla en el momento menos propicio, lo mejor sería echar mano de las plegarias y jaculatorias que uno recuerde, porque ya lo dice el refrán:

Fantasmas y apariciones

huían con oraciones.

Es significativo anotar que algunos métodos de protección contra las hadas que nos han sido transmitidos por la tradición, coinciden con los ya descritos para los muertos.

Mediante símbolos sagrados, trazando un círculo en la tierra, haciendo la señal de la cruz o llevando una cruz de hierro encima se conseguía alejar a estas entidades molestas o se evitaba ser atrapadas por ellas. Asimismo, mediante oraciones o llevando consigo agua bendita. El pan y la sal también eran eficaces a modo de amuletos.

5

Seres malditos

Todas las cosas existen en lo invisible antes de que se manifiesten o realicen en lo visible; y si esto es así, las cosas invisibles son las reales, mientras que las visibles son las ilusorias, porque las invisibles son «causas» y las visibles «efectos». Las invisibles son eternas; las visibles mutables, transitorias y perecederas.

Rodolfo Waldo Trine: En armonía con el infinito (1988).

El peso de una maldición

l caso de los seres encantados o malditos es enormemente problemático, porque en él se mezclan casi todas las variantes que hemos señalado en la introducción de esta obra. Tendríamos, dentro del folklore español, dos tipos de estos seres.

El primero, lo constituyen una variedad más de los *mouros* o moros que se quedaron en los castros, guardando los tesoros que sus compañeras dejaron abandonados al retirarse a las tierras del sur. En origen, son seres humanos, que por un encantamiento o maldición —es decir, por un ritual mágico— han de permanecer en los castras, convertidos en genios maléficos y con la misión de ahuyentar a los humanos que intentan apoderarse de las riquezas que ellos custodian. Como luego veremos en el capítulo de los «Tesoros Encantados», la regla general es que estén acompañados de un dragón, hada u otros seres mágicos. Este mito, aplicado a seres femeninos, es idéntico en su naturaleza. Las mouras, las ayalgas, las atalayas y otras muchas denominaciones, sirven para identificar a muchachas humanas encantadas o «llevadas» al País de las Hadas, custodiadas por cuélebres (caso de las ayalgas asturianas, por ejemplo) o por otro tipo de dragones.

El segundo grupo lo constituyen humanos atrapados por un hechizo o maldición en algún lugar indeterminado fuera de nuestra realidad, lugar del que no pueden escapar si alguien no les levanta el hechizo. Este grupo incluye, dentro de los citados en esta obra, a los vikingos de Liendo o a los encantados catalanes, víctimas, estos últimos, de una maldición.

La diferencia entre los dos tipos de seres malditos o encantados no está en la naturaleza de su encantamiento, sino en algo totalmente externo a ellos y a su situación. En el primer grupo, todas las leyendas gallegas hablan de la existencia de testigos, de gentes que se han encontrado físicamente con seres mágicos, siendo conocidos los relatos sobre minas de oro y de alquitrán donde los buscadores del

tesoro tienen un encuentro con seres encantados, encuentro que se rige por unas pautas determinadas que casi siempre son las mismas. En el segundo caso, *la maldición* supone de inmediato un alejamiento de nuestra realidad por parte del humano o humanos encantados, enclaustrados en otra dimensión, de la que nunca podrán volver si antes la maldición no es levantada. Este ha sido un tema recurrente en varios cuentos de hadas. Aquí no es necesario el camuflaje, ya que la víctima, simplemente desaparece. La maldición encubre un secuestro.

Algo que deben saber nuestros lectores es que cuando se anda en busca de seres encantados —con o sin libro mágico debajo del brazo— se corre el peligro de quedar definitivamente encantado con ellos. Lo mismo ocurre con los seres malditos. Normalmente son seres humanos, que por alguna transgresión a la Ley Divina o por alguna maldición, pasan a adoptar esta condición que les obliga a vagar y permanecer así durante toda la eternidad, aunque hay excepciones.

La nómina de seres malditos es muy extensa y no pretendemos agotarla. Muchos son caballeros andantes y enamorados pusilánimes que pagan caras sus faltas y torpezas. En tierras catalanas se cuenta una vieja leyenda de tres caballeros que se enamoraron a la vez de una bellísima reina mora, tan bella que los hombres suspiraban al verla. Una vez seducidos, elegía a aquél que era de su gusto. Tres galanes de las casas de Aguilera, Cervera y Cabrera, totalmente subyugados por la hermosa mora y locos de celos entre ellos, llegaron a enfrentarse violentamente a golpes de espada, con grave riesgo para sus vidas, por lo que Dios —nos imaginamos que quien transcribió esta leyenda no se le ocurrió otro personaje capaz de realizar tamaño hechizo— los encantó y los convirtió en águila, ciervo y cabra respectivamente, lo que correspondía a su apellido, para que así sufriesen castigo por su torpeza e imprudencia.

A diferencia de otras historias donde intervienen este tipo de seres, aquí acaban bien parados. Ocurrió que pasado un tiempo, Cataluña se vio enfrentada a una grave amenaza; de nuevo hacen acto de presencia los guerreros islámicos de la frontera sur, que lanzaron un devastador ataque sobre sus tierras, destruyendo aldeas y arrasando los campos. Pero al atravesar los bosques en que los tres caballeros habían sido encantados, Dios tomó partido por los cristianos y Ies levantó el castigo, a ellos y a su descendencia. Pronto la tierra se vio llena de guerreros que derrotaron a las hordas invasoras.

Tiempo después, los tres caballeros contribuyeron a la reconquista en tierras catalanas de forma más que notable e incorporaron a su escudo de armas las

figuras de un águila, un ciervo y una cabra, que aún hoy están representados en sus blasones, hecho recogido en la gran obra *Heráldica Catalana* de Martín de Riquer.

Los Vikingos encantados de Liendo

En Cantabria, como en todo el norte de España, existen historias de moros encantados que todavía guardan sus tesoros debajo de algunos megalitos, montañas y castros. Al igual que ocurre en Galicia, aquí también existe confusión entre la raza mítica de los «moros», a quienes los campesinos atribuyen la construcción de cualquier obra antigua y los «moros encantados», que por hechizo o maldición están condenados a vivir como custodios de fabulosas riquezas.

Antes de contar una de vikingos, convendría situar históricamente al lector.

La primera y reconocida presencia histórica de los vikingos en España data del 844, año en el que la crónica del reino astur no puede ser más lacónica: *impetu nordomanni prima in Hispania venerunt*. Los guerreros nórdicos atacaron las costas cantábricas y atlánticas y fueron finalmente rechazados. Durante los siguientes años (hasta el año 1016 en que se produjo el ataque sobre Tuy de los noruegos del rey Olaf), las incursiones continuaron e incluso alcanzaron el Mediterráneo. Antes que ellos, las costas del norte español habían sufrido las depredaciones de otros pueblos nórdicos desde finales del siglo III (sajones y hérulos).

A finales del siglo IX, los vikingos buscaban puertos en la costa norte de la Península que les sirviesen como base intermedia en sus incursiones más al sur. Así fue como una tarde soleada, dos pastores que conducían su rebaño vieron en el horizonte el máximo símbolo del peligro, las velas cuadradas de los «drakars» daneses. Los contaron con cuidado y vieron que eran cincuenta. Llenos de pavor, bajaron hacia el valle de Liendo, bordeando el bosque de Candína. A su alrededor había un extraño silencio como si hasta las aves hubiesen huido presas del pánico hacía la Peña de Santoña. Dada la voz de alarma, los vecinos encendieron grandes hogueras para señalar el peligro, al tiempo que la Junta de Vezio dio orden de llevar los ganados a Carranza y Soba.

Dicen los historiadores que los primeros cántabros usaban un veneno elaborado con tejo. Pero, al parecer, fue boj el elemento vegetal usado para confeccionar la pócima que encantó a los terribles guerreros nórdicos en Liendo. Conocimientos tal vez heredados de los antiguos druidas, últimos ejemplos de saber primigenio de los antiguos.

El conde de Laredo aprestó sus escasas fuerzas para la defensa esperando el inevitable ataque, pero éste no se produjo. El desembarco de los guerreros escandinavos fue, contra toda lógica, pacífico. Desarmados, un grupo de vikingos apareció en la playa de Laredo como queriendo manifestar que no les guiaban intenciones agresivas. El mensaje que trasmitieron al conde, por medio de un guerrero que conocía la lengua romance, fue el siguiente:

«Tenemos los huesos molidos de tantas palizas y de tanto navegar a la intemperie, bajo esta miserable cubierta de pieles que, cuando el viento ruge, la cellisca y el agua del mar se juntan, para matar nuestros brazos y nos impiden dar un solo golpe con el remo. ¡Por Rurik, el "Gamo" que se afila los cuernos!

Volveremos para habilitar como base naval, este hermoso y tranquilo valle, de delicias lleno, y ayudaremos a los que vengan, para que sigan sus rutas marítimas al

Mediterráneo».

El conde contestó que tenían que esperar tres días, pues el duque estaba en Padiérniga y era él quien debía aceptar o rechazar la propuesta.

Cuando el duque llegó, se entabló una larga negociación, tras la cual se adoptó el acuerdo de establecer una colonia vikinga en Liendo, si bien con la condición de que los extranjeros no pudiesen usar armas en tierra, ni ocupar cargo alguno, respetando la religión cristiana y pudiendo tomar a las mujeres del valle por compañeras, fijándose la duración del acuerdo en noventa y dos años.

Durante ese tiempo, estas tierras vivieron en paz, produciéndose lentamente la fusión entre los dos pueblos. Este hecho hizo a las gentes del valle orgullosas de su ascendencia y dice Máximo Basoa que, hasta la llegada de los franceses en 1808, la mujeres del valle no contraían matrimonio con hombre natural de otros pueblos.

Este final feliz es muy sorprendente y habrá dejado a más de uno estupefacto, pues poco tiene que ver con los «seres malditos» que aquí estamos presentando. Decimos que es sorprendente porque años antes de la llegada de estos pacíficos visitantes, el valle había recibido otra visita, en esta ocasión «non grata» de auténticos y fieros vikingos, dirigidos por Witikind, que desembarcaron en las playas de Laredo. Desarmadas sus gentes, por estar la mayor parte de los jóvenes en campaña contra el moro muy al sur, fueron las heroicas mujeres las que se deshicieron de los piratas de esta curiosa manera. Primero, rindieron el pueblo y luego invitaron a los vikingos a una fiesta en la que se asarían millares de sardinas ahijadas de bonito. Los vikingos, borrachines y fanfarrones, aceptaron encantados. El vino de Rivadavia que dieron a los guerreros, lo habían mezclado con un producto tóxico obtenido de hojas de boj, para lograr un potente hechizo. Cuando lo probaron, los guerreros nórdicos quedaron paralizados, con los vasos en las manos o el pescado en la boca.

En este penoso estado, hay quien dice que los llevaron a las oquedades que había en las rocas debajo de las actuales calles del centro histórico de Laredo. Pocos de los millares de turistas que recibe la población cántabra en verano y que disfrutan de su hermosa playa, saben que debajo de donde se encuentran bastantes de los bares, en el núcleo antiguo de Laredo, a varios metros bajo la tierra, se halla todavía hoy, en una enorme gruta, un grupo de feroces guerreros vikingos,

esperando a que pase el efecto del hechizo y puedan volver a ver la luz del sol…

La negra leyenda del Comte Arnau

El Comte L'Arnau es uno de los más célebres casos de seres encantados de Cataluña. De este caballero de la nobleza, nacido en el Ripollés (posiblemente en el mismo Ripoll), y cuya leyenda ha sido popularizada masivamente por el escritor Víctor Balaguer, se cuentan varios casos a cual más lamentable y desafortunado. Uno de ellos, refiere que las escaleras que unen Sant Pere de Montgrony, la Capilla de la Virgen y la Hospedería, fueron excavados en la roca viva por orden de tan siniestro conde, el cual había prometido a sus vasallos una «mesura del blat» (una medida de trigo) por cada «mesura» de piedra que extrajeran de la montaña. Una vez concluida la gigantesca obra, el conde no cumplió su palabra, no pagando a sus obreros la cantidad prometida. En ese momento cayó sobre él toda suerte de maldiciones.

El conde no era muy amigo de cumplir lo pactado (y lo hemos visto) pero tampoco de jugar limpio en sus devaneos amorosos. Decimos esto porque se cuenta que gran parte de la maldición recaída sobre él se debió al rapto que hizo en la persona de la mismísima abadesa del convento de San Joan de les Abadesses (fundado por Wilfredo el Velloso —Guifré el Pelós—). El conde tuvo amores ilícitos con ella tras embotarla con falsas promesas de amor eterno. Cuentan que se introdujo una noche en el monasterio de San Juan y requirió de amores a la bella abadesa llamada Adelaida, mujer de extraordinaria hermosura que acabó cediendo a sus deseos. Sin embargo, una noche se arrepintió de lo que había hecho y trató de resistirse a los deseos del rijoso conde, quien no daba una por perdida. Al ver su terca oposición, la raptó y se la llevó al castillo de Parnau o Parnol, su fortaleza, situada entre Ripoll y Campdevànol.

En la oscura fortaleza, el conde llegó a convencer a la hermosa Adelaida de que le acompañase a una cacería nocturna. Salieron y —según una de las versiones de la leyenda— sus cuerpos destrozados fueron encontrados por los perros al día siguiente al amanecer. Este hecho constituyó el nacimiento de un mito, según el cual el conde y la abadesa aparecían en algunas noches de luna y se realizaban terribles cacerías, en las que él hacía sonar el cuerno de caza que llevaba en bandolera, aterrando a cualquier hombre o bestia que pudiese escuchar el lúgubre sonido.

Como la imaginación no es parca a la hora de añadir detalles en una historia tan truculenta como ésta, la leyenda casi se convierte en una obra teatral con todos los ingredientes necesarios para que algunas personas con tendencias masoquistas pasen un agradable rato. La leyenda se apresura a decir que la noche del aniversario de su muerte, acaecida el día de difuntos, el conde Arnau se levanta de su tumba para comenzar una cacería, tal y como ocurrió en aquella terrible noche en la que falleció. Durante estas cacerías nocturnas el conde no está solo pues, como salidos del fondo de la tierra, aparecen monteros y sirvientes que se agrupan junto a él. Una vez que éste da la señal de partida, todos se lanzan a una loca carrera sin destino a través de campos, sembrados y bosques, aullando, gritando y arrollando todo lo que encuentran a su paso para desgracia de los pobres campesinos que se cruzan en su camino.

La espantosa historia del Conde Arnau justifica la existencia del castigo en razón de su maldad e impiedad, de su ambición y brutalidad. Pero, a diferencia de otras leyendas, quien generó la maldición, consideró que no era suficiente pena su terrible muerte despedazado por sus propios perros, sino que le condenó, además, a sufrirla una y otra vez por toda la eternidad.

Los protagonistas de tan loca carrera espectral tienen un destino: se dirigen al castillo en ruinas del conde Arnau. Al llegar, el conde trata de comprobar que su viuda —a la que abandonó por los amores de la abadesa— aún no se ha casado. Desea también ver a sus hijas y que su caballo paste en sus tierras, a lo que la condesa se niega siempre, porque sabe bien que éste sólo se alimenta de almas condenadas, y le obliga a abandonar la casa que un día deshonró con su vil acción. Cuando abandona el castillo, el conde y su cortejo de sirvientes, así como los perros, siguen su desenfrenada y demencial carrera hasta que llegan a una cueva oscura y sombría. Allí se detienen y el conde entra en ella, pues en realidad no es sino una entrada subterránea al convento de Sant Joan de les Abadesses, que él conoce muy bien. Después de atravesar el túnel, llega al claustro y sale al exterior acompañado de la abadesa, que monta un brioso corcel negro y juntos prosiguen la cacería.

Al poco tiempo, el conde, divisa en un claro del bosque un ciervo, que al ver a los cazadores emprende una frenética huida. Sin embargo, el conde, deseoso de capturar su presa hace sonar su cuerno de caza, cuyos sonidos rasgan el viento de la noche y los perros se lanzan sobre el aterrorizado animal. Pero esta vez, los depredadores fracasarán y el ciervo logrará escapar indemne. Enfurecidos los perros, alterados y nerviosos, se lanzan sobre la pareja de cazadores que, al ver lo que ocurre, espolean sus monturas y tratan de escapar, pero no lo logran. Acosados por la jauría rabiosa y feroz, su defensa es inútil, los perros les destrozan y mutilan, arrastrando sus cuerpos por el bosque hasta depositarlos en un claro en medio de un charco formado con su propia sangre en el que los perros beben y sacian su sed.

De esta forma tan espectacular, se baja el telón y termina la horrible leyenda del conde Arnau.

El escritor Pla Cargol escribía que «los payeses de la montaña sienten un terror trágico ante esta terrible leyenda y varios de ellos, en su alucinación, dicen haber oído en algunas de estas terribles noches los ladridos de la jauría, los gritos de desesperación de las víctimas y los de terror de los servidores».

Como comprobará el lector, esta historia no es más que una adaptación de un mito mucho más antiguo en el tiempo y que, según las zonas, se llama el «cazador negro» o el «mal cazador».

Las cacerías infernales

La leyenda del cazador que en castigo de su afición desmedida se ha visto obligado a correr sin tregua por montañas, valles y mesetas acompañado de sus perros, forma parte de innumerables relatos de caza dispersos en la literatura popular de los pueblos de Europa. La tradición de una cabalgata fantástica, con leves variantes de argumento y nombres, no sólo es popular en toda la zona vasco-navarra, sino, además, en toda la parte oriental pirenaica y prepirenaica.

En las versiones de Euskadi, el cazador es, generalmente, un cura o un abad que, dejando a medio celebrar la misa (por lo general, la misa del gallo de Nochebuena), salió con sus perros tras una liebre y no ha vuelto, ni volverá jamás de tan frenética caza, y por supuesto nunca podrá terminar la misa ni alcanzar la liebre que persigue inútilmente por mundos encantados.

En Guesalibar (Barrio de Mondragón) a este cazador se le llama el «cura Martín» y dicen que era de Udala. Los canes ladran y el cura pastor silba constantemente. Son invisibles, son seres encantados, tan sólo es visible la llama que, al ladrar, lanzan los perros por su boca.

En Cortézubi creen que era cura de Mallavia y que anda por el mundo acosado por el hambre. En otros lugares llaman al cazador el «Cura Salomón» o, más pomposamente, «el rey Salomón» y en otras localidades «Juanito o Mateo el Chistulari», que aseguran que había sido cura en Elosúa.

Caro Baroja recuerda esta leyenda, puesta por escrito al menos desde 1879, y cita localizaciones vascas en Mondragón, Udala y Vera del Bidasoa, siendo el protagonista en todas ellas un cura o abad cazador condenado, a diferencia de otras tradiciones al norte de los Pirineos en las que sus protagonistas tienen variadas profesiones. No hay que olvidar que nos encontramos ante una supervivencia del mito germánico del dios Odín o Wotan, modificado en parte por influencia del cristianismo, que marchaba seguido de un cortejo de espíritus o almas de muertos.

En Cataluña, recibe también varios nombres: el «Mal Caçador», el «Gran

Caçador» o el «Caçador Negre», que en las noches de tempestad, sale de cacería con toda una serie de estruendosos ruidos que van desde los ladridos de los perros, al sonar del cuerno de caza, pasando por el relincho y galopar de los caballos, así como las blasfemias constantes del Mal Cazador y de los demonios que le sirven de séquito, asustando a los aldeanos que, temerosos, le oyen pasar acurrucados en la cama. Por estas tierras los aullidos nocturnos son llamados por los payeses «vientos del cazador».

No pensemos que es una leyenda localista, que sólo tiene versiones vascas y catalanas, ya que también, con ligeras variantes, existe en la provincia de Guadalajara (historia de «El doble fantasma»), aunque lo cierto es que se suele confundir esta tradición con otras similares como son la del «Caçador de la Lluna» que por un pecado, parecido al del Cazador Negro, fue condenado a vivir en la Luna y correr eternamente en pos de un conejo espectral. Como también se le confunde con el alma en pena del ya citado «Comte Arnau», al cual, sobre todo en el Montgrony y otros valles ripolleses, oyen pasar en las noches de tempestad, cabalgando en compañía de la sufrida monja.

La leyenda del cazador negro que está condenado a cabalgar, junto con su jauría de perros y

durante toda la eternidad, detrás de una liebre debido a un sacrilegio cometido, se encuentra localizada principalmente en Cataluña y País Vasco.

Estas leyendas catalanas y vascas tienen su correspondencia en una narración inglesa, relativa a «Herne, el cazador». Se dice que el tal Heme era el montero mayor de un rey medieval que al morir éste, no se sabe bien por qué razón, recorre el bosque de Windsor en compañía de sus infernales perros, dando alaridos y sustos a granel.

En casi todas las partes de España, desde Aragón hasta las islas, existen tradiciones de personas humanas que acabaron convertidas en piedras o condenadas a vagar sin rumbo por cometer algún pecado inconfesable. Casi siempre se suele meter en estas leyendas a personajes religiosos de la talla e importancia de Jesucristo, la Virgen o el mismo Dios, para remarcar mucho más la condena de la que son objeto (y así lo veremos en las ciudades «asolagadas»).

Una de estas leyendas dio origen a «els pastorells», pastores encantados que corren tras sus rebaños.

«Yendo cierta vez de camino el buen Jesús y San Pedro cansados y hambrientos, topáronse con unos cuantos pastores de cabras a los que suplicaron "pagant i agraint". Queriendo éstos divertirse a costa de los viandantes, les dieron en lugar de cabrito, un gato asado. Y el buen Jesús, antes de probarlo, extendió las manos sobre el gato y dijo estas palabras: "Si eres cabrito, estáte quietecito, y si eres gato, salta del plato".

Y el gato resucitado, echó a correr con toda su alma, ante el espanto de los pastores que, en justo castigo, fueron condenados a correr eternamente en carrera invisible tras sus rebaños de cabras. Son muchos los ancianos que aseguran haber oído en noches tempestuosas rumores de esquilas, balidos de cabras, aullar de perros, «ues», chasquidos de hondas y demás ruidos pertenecientes al paso de «Els Pastorells» con sus fantásticos rebaños».

Parte segunda: LUGARES

Hacia abajo y hacia el norte

está el camino del infierno.

Edda de Snorri

1

Universos multidimensionales

Estas son en verdad las ideas de todos los hombres de todas las épocas y tierras, no son ideas originales mías. Nada son si no son tan tuyas como mías, o casi nada. Si no son el acertijo y la solución del acertijo no son nada. Si no son tan próximas como distantes no son nada.

Walt Whitman: Hojas de hierba

La verdadera naturaleza de la realidad

n los últimos años se han ido elaborando diversas teorías e hipótesis de eminentes científicos de la Nueva Física y de la Astrofísica que tratan de explicar coherentemente la realidad de lo que vemos y sentimos, encuadrados, todos ellos, dentro de lo que ahora se ha dado en llamar el «nuevo paradigma». Al igual que en la metáfora de la caverna de Platón, se sabe que lo que percibimos con nuestros cinco sentidos no es necesariamente la realidad. Que existen otros niveles o esferas de conocimiento —invisibles a nuestros ojos— pero igualmente reales. Estamos pasando de concepciones como «sólo creo lo que veo» a otras como «todo es posible». Estamos, por fin, dando más importancia a la cultura del Ser que a la cultura del Tener. Son cambios, apenas imperceptibles en la mayoría de las ocasiones, pero que están condicionando nuestra capacidad de «ver» y de «enfocar» las cosas.

Dentro de la psicología, se considera que los tres planos o niveles de la consciencia humana serían la consciencia normal, que es la habitual y en la que funcionamos normalmente, en una fase cerebral entre 12 y 14 ciclos por segundo (llamado «nivel alfa» por José Silva), el subconsciente (también llamado incorrectamente inconsciente) que almacena literalmente todo lo que percibimos para bien y para mal. Y, por último, la consciencia superior. Este término ha sido inventado en los años 60 por uno de los padres de la psicología transpersonal, Abraham Maslow. Este último plano parece ser la sede de facultades psíquicas insospechadas y poco estudiadas hasta el momento. Hay varias técnicas que permiten canalizar esta consciencia superior, que es, de hecho, la parte más elevada y sublime del ser humano. De este modo, penetramos poco a poco en un campo de la consciencia extremadamente amplio, donde se llega a percibir las cosas como inmutables y eternas.

Si algo hemos aprendido es que nos queda mucho que aprender y si algún día conseguimos comprender la complejidad real de los universos que nos rodean, tanto visibles como invisibles, será gracias a nuestra modestia, admitiendo —como diría el biólogo Haldane— que son mucho más fantásticos de lo que podemos imaginar.

En todas las épocas, estudiosos y adeptos de distintas técnicas y enseñanzas espirituales han tratado de superar el universo limitado de los cinco sentidos, a sabiendas que de no ser así nuestra perspectiva global de la realidad sería la del viejo aforismo: «el árbol no deja ver el bosque». Entre estos métodos está, por supuesto, el yoga, el budismo zen, el taichí y toda clase de técnicas de meditación muy en boga en la actualidad. Todas las tradiciones, incluso las más antiguas, dan fe de individuos, hombres o mujeres, que afirman haberse realizado transcendiendo las fronteras de la consciencia humana, y entrando en contacto con la verdadera naturaleza de la realidad. Han servido de guías para que otras personas, con mejor o peor fortuna, siguieran sus pasos.

Sus experiencias reciben distintos nombres, según el autor que hable de ellas: éxtasis místico, experiencia mística, experiencia cósmica, consciencia cósmica, experiencia oceánica, transcendencia, nirvana, samadi, satori, séptimo cielo, etc. Numerosos investigadores, sabedores de su importancia, han puesto a punto todo tipo de medios, filosóficos, científicos, místicos, para alcanzar estos estados de trascendencia y estudiarlos. Algunos, como Thimoty Leary o Stanislas Grof, han utilizado drogas psicodélicas. Otros han tenido iniciaciones, como el etnólogo Carlos Castaneda, que ha recibido la enseñanza del brujo yaqui Don Juan, entre otras cosas por medio del peyote. Pero, por regla general, no es necesario recurrir a sustancias alucinógenas para llegar a trascender este universo.

Se sabe que esos estados especiales de vigilia, que tienen mucho que ver con el desarrollo de nuestro lóbulo cerebral derecho, provocan una expansión considerable de la consciencia, por eso Charles Tart, desde finales de los años 50, los ha bautizado como «estados alterados de la consciencia».

Partiendo de esta base, la compleja concepción de nuestra mente y de cómo ésta percibe la realidad, se puede explicar acudiendo a las más punteras hipótesis, como la «teoría sintética» del fisiólogo mexicano Jacobo Grimberg o la «teoría de las estructuras disipativas» de Ilya Prigogine. Todas ellas comparten parecidas

creencias: que el mundo exterior, el que vemos con nuestros ojos es una descripción basada en procesos y operaciones que tienen lugar en nuestro interior, en nuestra mente. Lo que diferencia a unas teorías de otras es el método empleado. La física, la filosofía y la religión cada vez aúnan más sus lazos. Desde investigadores de la talla de David Bohm, Karl Pribram hasta Lovelock y Ferrucci, se han lanzado al aire diversas teorías —comprobadas algunas de ellas— que dicen básicamente que no todo es como nuestros sentidos nos dicen que es, que más allá de las meras apariencias físicas existe otra realidad, que nuestro mundo y nuestra mente se comportan como un auténtico holograma. Si la naturaleza de la realidad fuera holográfica —se preguntaba Pribram— y el cerebro funciona holográficamente, entonces este mundo no es más que una apariencia, un espectáculo de magia y el universo no es más que *maya* (ilusión) como desde siempre vienen diciendo las tradiciones orientales.

Las viejas ideas se vuelven a exponer ahora bajo otro prisma pero con las mismas conclusiones. Cada vez se comparte más la convicción que tuvo Spinoza de que el universo en su conjunto es una unidad y de que «nuestra alma, por cuanto percibe las cosas verdaderamente, es parte del entendimiento divino». En lo más profundo de nosotros mismos sabemos que existen más realidades de las que vemos, más mundos de los que percibimos, que nuestra experiencia se crea y se amplía cada día en la medida que desplegamos nuestras antenas. Cada año estamos dispuestos a admitir acontecimientos que antes nos parecieron inverosímiles. Motivos que hace varios siglos servían para quemar a una persona, sirven ahora para animar diversas tertulias radiofónicas. Sabemos que no podemos estar cerrados a lo que acontece cerca de nosotros, lo veamos o no.

Existen personas, eminentes científicos entre ellas, que ya están hablando seriamente sobre universos multidimensionales y mundos múltiples basados en la mecánica cuántica, algo que hace unos pocos años nadie se atrevía siquiera a imaginar. Teorías que proponen que el Universo se ramifica cada microsegundo en un sinfín de mundos paralelos que representan, cada uno de ellos, una posible combinación de posibles acontecimientos. En definitiva, nos están demostrando que nuestro universo y nuestro mundo no se puede explicar tan sólo acudiendo a la hipótesis de las tres dimensiones.

Se intuye que existen otros órdenes de conciencia en la Tierra, otros sistemas o metasistemas que se incluyen unos a otros. Otros planos de vibración energética invisibles al ojo humano pero tan reales como la página de este libro.

Desde hace unos años nos están repitiendo que para que exista la materia tiene que existir al mismo tiempo la antimateria. Para que se forme un electrón tiene que formarse necesariamente el antielectrón. Uno no puede existir sin el otro y así con todo lo demás. Esto nos lleva a la inevitable conclusión de que al crearse el cosmos se creó el anticosmos. De esta manera existiría un doble negativo del mundo y, lo que es más sorprendente, de cada uno de nosotros. Cuando en las tradiciones se habla del mítico «País de las Hadas» ocurren varios fenómenos que se asocian perfectamente a lo que Lüders y Pauli desarrollaron en su teoría de la «Ley CPT de Simetría» allá por los años cincuenta. Hablaban de tres operaciones para poder transformar la materia en antimateria y viceversa: Paridad, que es invertir sistemáticamente la derecha y la izquierda, como cuando nos miramos a un espejo. Carga, que significa que las cargas se invierten: lo positivo se convierte en negativo y viceversa. Tiempo, el cual se haría reversible. Cuando alguien penetra en el «Mundo de la Gente Menuda» lo percibe todo como si fuera un mundo especular, lo que está a la derecha se encuentra ahora a la izquierda, etc. La imagen no sólo sería simétrica sino que también se ven «dobles» de uno mismo y de otros seres como si se tratase de un negativo fotográfico y por último el tiempo se deforma, se hace más lento para el observador que está dentro de estas coordenadas espacio-temporales, mientras en el exterior el tiempo parece transcurrir con mayor velocidad.

Si damos rienda suelta a nuestra imaginación, podríamos decir que ocurren todos estos fenómenos porque se entra en un mundo paralelo e invertido al nuestro, compuesto de una materia mucho más sutil, incontrolable y peligrosa que, a veces, interactúa con la nuestra. Siguiendo este hilo, se pueden especular con las más descabelladas hipótesis, como por ejemplo que en este preciso momento existe, pongamos por caso, un duende, sentado en su butaca, leyendo un libro sobre el comportamiento de personajes humanos que, según sus leyendas, dicen que habitan en otra dimensión más física y más material que la suya y que tienen unas costumbres verdaderamente extrañas… Aunque lo mejor es que dejemos de especular excesivamente (no sea que acertemos) y veamos lo que nos dicen eminentes sabios sobre el particular.

Mundos internos y externos

Karl Pribram afirma que en cada parte está contenida toda la información, emparejando la investigación cerebral con la física teórica y su aportación es tan contundente que explica las experiencias paranormales como fenómenos que forman parte de la naturaleza, excluyéndolos del campo de lo sobrenatural o misterioso. De ahí que los nuevos físicos y astrofísicos estén cada vez más cerca de las afirmaciones de los antiguos místicos. Pribram afirma que nuestros cerebros construyen matemáticamente la *realidad* tal como la vemos, sólida y experimentable. Somos participantes activos en esa realidad. Somos observadores que, a su vez, somos observados y nuestra observación afecta a lo observado. El cerebro, en definitiva, es un holograma que interpreta un universo holográfico.

El mundo exterior, la realidad tangible, estable, visible y audible que sí se puede medir, pesar y contar —lo que Carlos Castaneda llamaba el «tonal» y David Bohm el «orden explícito»— es lo que diariamente vemos y palpamos, pero todo eso no es más que una ilusión («maya» para los orientales). Pribram se pregunta si no estamos mirando a través de unas lentes que transforman las frecuencias que recibimos en objetos. Lo que realmente percibimos por nuestros ojos, nuestro cerebro lo transforma, lo decodifica y nos hace creer que eso es la realidad (serían nuestras sombras proyectadas en la caverna de Platón) pero detrás de eso que vemos hay algo más: existe un «orden implícito» (en palabras de Bohm) o un «nagualt» (en palabras de Castaneda) que no se puede medir, pesar o contar, ni siquiera con nuestro lenguaje convencional, es un vacío indescriptible en el que todo se contiene. Pribram decía que si no tuviéramos esa lente en nuestra percepción conoceríamos un mundo sin espacio ni tiempo (un mundo donde los «elementales» serían tan visibles y audibles como lo son los seres humanos).

La gran pregunta es formularnos si todo esto es *real*, tanto el mundo exterior como el mundo interior que creamos con nuestra mente. Muchos pensadores ya han admitido que el mundo exterior es una mera construcción de nuestra percepción. Aquello que denominamos el universo objetivo es, en realidad, una convención creada por los seres humanos: nos hemos puesto de acuerdo en determinar qué es una casa, una mesa, una nube, etc., pero es seguro que los mundos objetivos de un perro o de una rata tienen un aspecto distinto a los

nuestros. Con esto queremos decir, que el mundo exterior a nosotros y el que está en nuestro interior no son paralelos, ya que interfieren entre sí de múltiples maneras a través de puertas y ventanas dimensionales.

El barcelonés Eduardo Pons Prades, autor de diversos libros sobre la República española, fue objeto de una abducción por parte de seres de otros mundos. Estuvo durante siete horas a bordo en una nave espacial en 1981. Debido a que sus orígenes ideológicos poco tenían que ver con la creencia en entidades como las que se encontró y sabedor del fuerte componente psíquico que tienen estos fenómenos en la mente humana, aclara que cuando tuvo esta experiencia, nada traumática para él, no estaba inmerso en ninguna crisis de fe y, por consiguiente, «los extraterrestres —y concretamente los tripulantes de la nave *luz del Cosmos*— no se me han presentado bajo forma de vírgenes o santos, como según parece algunos dicen haberlos visto; ni bajo el aspecto de demonios o genios, como al parecer suelen verlos los seguidores de tradiciones esotéricas; ni tampoco en forma de misteriosos iniciados, como dicen vislumbrarlos los estudiosos o seudoestudiosos de lo oculto».

Los extraterrestres «buenos» de Pons Prades —que le dieron también un mensaje para el mundo— iban vestidos con una especie de mono blanco ajustado al cuerpo, calzados con unas botas blancas y un pequeño casco en la cabeza, es decir, en este caso se le manifestaron con el clásico estereotipo. No sabemos si en ello influyó su incredulidad y sus teorías agnósticas en todos estos temas, pero lo que es indudable es que para él todo sucedió realmente tanto en una ámbito interior como exterior a sí mismo. El doctor Allan Hynek, experto en OVNIs, afirmaba que con mucha frecuencia «personas creíbles cuentan historias increíbles».

En este libro pretendemos hacer notar algunas de estas interferencias tanto con mundos paralelos como con mundos de otra dimensión (aunque no precisamente paralelos al nuestro). Todos ellos, con puntos estratégicos de encaje que hacen que de vez en cuando interactúen y se produzcan «milagros» o fenómenos imposibles e inexplicables para nuestra mente racional. El padre Theilard de Chardin ya intuyó esto cuando dijo que todo lo razonable está dentro de nuestro mundo y todo lo divino pertenece al reino del absurdo.

Carlos Castaneda en su libro *Relatos de poder* expone —por boca de Don Juan — que nosotros percibimos el mundo, pero que éste es una ilusión creada por la descripción que nos dan de él al nacer. Después seguimos manteniendo esa ilusión

por medio de la razón y del lenguaje. Nos olvidamos que nuestras palabras tienen poder creativo («sólo existe aquello que tiene nombre») y nos dejamos atrapar por ellas, creyendo que son la realidad. Nuestra experiencia del mundo es siempre un recuerdo de la descripción que se nos ha dado. Esto lo han dicho, con otras palabras, tanto el taoismo, como el budismo, como el Zen. Entre nosotros y la realidad se interpone una auténtica barrera de conceptos, de prejuicios, de miedos, de convencionalismos, que sería necesario romper, para que «cambie la visión del mundo». Por esta razón, a modo de «koan», es necesario que de vez en cuando se produzcan intrusiones de lo fantástico en la cotidianeidad de cada día.

Teorías que apuntan en la misma dirección

El símil de la película de dibujos animados es muy gráfico: vemos las imágenes proyectadas en una tela blanca y pensamos, convencidos, que esa es la única realidad, pero detrás de todo ello existe un proyector y un encargado de manipular ese proyector que se nos escapa a nuestra percepción, pues no pensamos que lo que estamos viendo y oyendo tienen que ver con otra «realidad», en un segundo o tercer plano. Pero incluso sospechando que existe esa otra dimensión o multiuniverso —o como lo queramos llamar— y lográramos acceder a él, comprobaríamos que, además del proyector, hay otro nivel superior de realidad, cual es el de quién ha impresionado esas imágenes en la película y así infinitamente, hasta el punto de que llega un momento que nuestro cerebro no puede concatenar más circunstancias, aparentemente aisladas unas de otras. Creemos que todo ello proviene de otro orden más primordial del universo, que no tiene límites tangibles.

Jacques Vallée, considerado como el número uno de la ufología científica (él es astrofísico), conocido por sus atrevidas hipótesis sobre los OVNIs y sus ocupantes, ha establecido, desde que publicó *Pasaporte a Magonia*, un paralelismo entre ellos y las antiguas tradiciones y descripciones sobre hadas, elfos y demás Gente Menuda, hasta el punto de estar hoy en día convencido (y han pasado más de treinta años) de que unos y otros son manifestaciones de un mismo fenómeno, una inteligencia que manipula nuestra realidad y escapa a nuestra comprensión.

En su última obra, *Confrontations* (1990), asegura que el predominio de la simple hipótesis extraterrestre (HET) tiende a oscurecer la actual naturaleza de los OVNIs y aunque pueda explicar una parte de los casos, lo cierto es que las entidades supraplanetarias pueden venir de un universo paralelo, y que, probablemente, «se encuentra a diez minutos por delante de nosotros». En una entrevista publicada en el año 1994 en una revista española, expone su postura actual ante estos fenómenos:

Creo que el principal obstáculo es comprender que el fenómeno OVNI no es un sistema. Si fuera un sistema, probablemente podríamos entenderlo. Creo que no estamos llegando a ninguna parte porque necesitamos observar el fenómeno como un metasistema,

un sistema que genera sistemas. Para ofrecer una analogía simple, supongamos que fuéramos a estudiar una civilización de la que supiéramos muy poco. Aparecemos por allí una noche y encontramos a personas que salen de ciertos edificios. Les preguntamos qué hacían allí dentro y nos responden: «¡ha sido fantástico!, hemos visto Bambi». Básicamente todos describen la misma cosa. Entonces preguntamos a un grupo que sale de otro edificio parecido y nos contestan: «hemos visto Rambo». Esta información también es consistente, aunque completamente distinta de la que nos ha proporcionado la otra gente. El siguiente paso es entrar en los edificios, pero todo lo que vemos es una pared blanca con filas de asientos ante ella. La explicación obvia es psicológica: a esta gente le gusta reunirse y su conciencia crea mitos partiendo de sus propias fantasías; a algunos les gusta ver Bambi, y a otros Rambo, pero no existe ninguna realidad física. Aunque así desarrollaríamos una teoría lógica, estaríamos completamente equivocados. Algunos piensan eso mismo de los OVNIs: «Salen del inconsciente de la gente en un momento dado. Depende de que quieran ver a la Virgen María, hadas o naves espaciales».

Acaba diciendo que habría que interferir en el fenómeno porque así se le haría reaccionar y comprender por qué se produce. *Si es un sistema de control, probablemente haya en alguna parte un circuito de alimentación*.

Otro investigador, John Keel. contribuye, por su parte, a esta idea general diciendo, en los años ochenta, que todos somos controlados y manipulados por una inteligencia que persigue engañar y confundir al hombre, poniéndole frente a todo tipo de información extravagante y contradictoria. Llama a estas inteligencias «los imitadores del hombre». Con anterioridad, cuando publicó su obra *Our Haunted Planet* (1971) se refería a estas entidades como manipulaciones temporales de energía, acuñando una palabreja que se las trae, «transmogrificación» para describirlas. Podían asumir cualquier forma, desde un lobo a un gato, una casa, una nave o un dios iriscente de proporciones colosales. Podían aparecer cubiertos de harapos o vistiendo lujosas vestiduras y lo peor era su talante burlón, que les llevaba a jugar toda suerte de tretas a los hombres, manipulando sus creencias y temores e incluso incitándolos a guerrear unos contra otros.

Cualquier lector atento a toda esta abundante literatura sobre los fenómenos inexplicables se da cuenta enseguida que detrás de todos ellos existe una extraña intencionalidad que actúa en diversos niveles, en concreto con proyecciones tanto psíquicas como físicas sobre los testigos. Por eso es tan difícil catalogar todas estas experiencias. El británico Hilary Evans habla genéricamente de un «enigma

entidad». Ivan Sanderson no se complicó la vida y los denominó como «los invisibles», creyendo que el hombre estaba influido por diversa clase de seres invisibles que comparten con él el dominio de la Tierra. El escritor Brad Steiger es más explícito al llamarles «los embaucadores».

El exjesuita Salvador Freixedo se vio obligado a escribir un libro para alertarnos sobre ellos bajo el título de *¡Defendámonos de los dioses!* y Javier Sierra, concienzudo investigador de los insólito, afirma que «personalmente no me cabe ninguna duda de que existe una realidad supradimensional (por encima de nuestro espectro físico) que interacciona constantemente con nosotros y que probablemente también lo haga con civilizaciones extraterrestres».

Todos ellos por diversos caminos, mantienen la misma hipótesis de fondo: formamos parte de un extraño Juego, del cual tan sólo vemos destellos o fogonazos intermitentes desde nuestra limitada realidad.

En los últimos años, el sevillano Ignacio Darnaude ha investigado cientos de libros revelados, muchos de los cuales están publicados y son de fácil adquisición, leyendo miles de páginas de textos heterogéneos y confusos, con un denominador común: todos ellos han sido dictados por entidades pertenecientes al más allá, siendo las personas escogidas o elegidas como receptoras, un nutrido conjunto de seres humanos pertenecientes a todos los lugares del mundo y de todas las épocas históricas. Los transmisores de estos mensajes se han identificado sucesivamente con espíritus desencarnados, ángeles, jerarquías cósmicas de toda índole y hasta extraterrestres. Darnaude reconoce que carece todavía de los suficientes elementos para juzgar su verdadera naturaleza o los propósitos de sus comunicaciones, pero al final de su investigación llega a varias conclusiones. Una de ellas es que todo parece obedecer a un «Gran Teatro» orquestado desde otros planos. Dice que *alguien* parece estar maquinando *algo* extremadamente importante mediante el dispositivo revelatorio.

¿Quién tira de los hilos y qué se pretende con esta avalancha de información caída literalmente de los cielos? Se cree que detrás de la estratégica actuación de los «reveladores» se esconde la necesidad de cumplir la llamada Ley de la Elusividad, tal como la enunció Bertrand Mehéust, es decir, no aportar nunca pruebas incontrovertibles sobre la existencia de mundos suprafísicos, crear una barrera de humo que impida rastrear con éxito las huellas dejadas por estos seres. Darnaude también intuye que bajo esta abigarrada fenomenología, y a pesar de la diversidad de los mensajes (oráculos griegos, apariciones sagradas, fallecidos que cuentan sus

experiencias en el más allá y humanoides procedentes de no se sabe qué planeta a nosecuantos años luz de distancia) el substrato causante es siempre el mismo a través de los siglos: energías intencionales enfrascadas en conformar a voluntad las creencias populares. El contacto meticulosamente calculado, casi maquiavélico, pretende intoxicar poco a poco sectores determinados de la población sin perturbar por ello el *status quo* de la sociedad terrestre, ni alterar su proceso de evolución natural. Los que están detrás de las bambalinas, según este autor, parecen ser entidades no materiales cuyos retratos-robots son por el momento confusos, porque son capaces de fabricarse envolturas sobre el terreno, ora de fantasmas, ora de seres de carne y hueso ora de tripulantes galácticos. Lo cierto es que nunca estaremos seguros de su verdadera identidad pues ya hemos aprendido que nunca se presentan ante nuestros sentidos tal y como son, sino bajo ciertos camuflajes admitidos sin grandes problemas por los cánones de nuestra cultura y creencias.

Analizando este sinnúmero de libros y textos revelados, da la impresión de que cada revelador actúa a su aire, desconectado de los demás y esgrimiendo mensajes que se «se dan de tortas» con otras revelaciones. Algunos de estos textos serían:

El Libro de Urantia

La Doctrina Secreta de Madame Blavatski

Etidorpha, de Llevellyn Drury

El Libro de Mormón

Algunas obras de Emmanuel Swedenborg

El libro de las 2000 páginas de los ángeles de Paiporta

La Mística Ciudad de Dios, de Sor María Jesús de Agreda.

Muchos mensajes están firmados y quieren que se sepa a toda costa el nombre del ente emisor. En una pequeña lista de estos personajes habría que incluir a Jesús de Nazaret (también llamado Sananda), Djwhal Khul. El Moyra, Lord Michael, Saint Germain, Kuthumi, Azuba, Monka, Ramatis, Hilarión, Maitreya, Ra, Zodiac, Uriel, Ramtha, Lazaris, Serapis Bey, Asthar Sheran, Ramala, Yogananda, etc.

Akhasa, el archivo de Gaia

El lugar de origen donde posiblemente vienen más revelaciones y donde más contactados «enchufan» sus antenas, sería la que a veces se llama la *memoria del mundo* o archivo akhásico, identificado con un área del astral que lleva la huella de todo cuanto ha ocurrido desde siempre en todos los planos de la existencia. Se dice que determinados médiums son capaces de «leer» este archivo y obtener así información sobre el pasado de la humanidad inaccesible de cualquier otra fuente. Estos registros estarían situados en un lugar adimensional, fuera del tiempo y del espacio, en otra realidad, accesible e inalcanzable a la vez. No se puede considerar propiamente como un lugar, aún siéndolo.

El acceso voluntario y consciente a los archivos memoriales de la naturaleza se puede hacer por el mal denominado «viaje astral». En realidad, es mediante la proyección de la conciencia al plano etérico como un individuo puede sintonizarse con los registros akhásicos de ese plano. Estos archivos son el resultado del trabajo de ciertas jerarquías dévicas de los señores del tiempo (a los que nos hemos referido en la primera parte del libro). Estos devas sólo permiten el acceso a estos registros a ciertos iniciados con un alto grado de evolución, a partir del denominado «segundo grado».

Algunos ocultistas creen que el archivo akhásico tiene utilidad para determinar las vidas pasadas de un individuo y de toda la Humanidad. Se relaciona estrechamente con el «Inconsciente Colectivo» que preconizaba el psicólogo Carl Gustav Jung. Eduard von Hartmann, por su parte, lo denominaba «Inconsciente Universal» y R.M. Bucker «Consciencia Cósmica».

Autores como H.P. Blavatsky, fundadora de la Sociedad Teosófica; Anni Besant y Charles W. Leadbeater, dirigentes de la Sociedad Teosófica; Rudolf Steiner, creador de la Sociedad antroposófica; Max Heindel, impulsor de la Fraternidad Rosacruz de Cristianos Místicos; Alice A. Bailey, creadora de la Escuela Arcana; Mikhaël Aïvanhov, inspirador de la Gran Fraternidad Blanca Universal; W. Scott Eliot, autor del libro *La historia de la Atlántida y de la Lemuria*; Vicente Beltrán Anglada, el investigador español del «segundo grado», autor de la trilogía *Un tratado esotérico sobre los Ángeles*, y otros muchos autores o dirigentes de grupos

ocultistas, han afirmado ser clarividentes y haber mantenido contactos con entidades sobrenaturales, así como haber realizado viajes etéricos o astrales y haber leído en los «archivos akhásicos».

Stewart C. Easton, en su obra *El Hombre y el mundo a la luz de la Antroposofía*, dice de Rudolf Steiner que «desarrolló sus facultades espirituales de tal manera que pudo leer la llamada *Crónica del Akhasa*, un texto oculto en el que se halla escrito, por así decirlo, todo cuando ha acontecido en la Historia del Universo».

Lo inquietante es que la información que han recogido estos autores y las versiones que han dado sobre ciertos temas de especial trascendencia, como el origen del Universo o la génesis del Hombre y su desarrollo espiritual, son diferentes, incluso contradictorias en muchos puntos (como ocurre, asimismo, con los libros revelados). Esto ha dado lugar a más de un dolor de cabeza, aunque es algo que no nos debe extrañar pues las contradicciones y las paradojas son algo constante en estas otras «estancias» o dimensiones, como estamos viendo.

En el año 1886, el viajero y erudito francés Yves Saint d'Alveydre publicó una obra titulada *Misión de la India en Europa*. En este libro se hablaba de una serie de reinos ocultos en el interior de Asia Central, en algún lugar secreto del Himalaya, en el Tibet o, tal vez, en los desiertos del oeste de Mongolia. En estos reinos vivían los «Superiores Desconocidos», verdaderos semi-dioses que guardaban el conocimiento del mundo, ya que tenían acceso directo a los Archivos Akhásicos y velaban por el destino de los hombres, incidiendo ocasionalmente en la trayectoria de nuestra historia.

Todas las actividades de todos los seres animados o inanimados, humanos como sobrenaturales, quedan registradas en el «Archivo Akhásico» (o Luz *Sideral* como lo llamaba Paracelso), tanto sus manifestaciones en el plano físico, como su vida y experiencias en el plazo astral. Los encargados de estos Registros y Archivos son los llamados «Señores de los Registros» o «Devas de los Archivos» (también denominados «Ángeles del Tiempo»). Hay personas que han logrado «contactar» con ellos, abriendo así puertas y ventanas vertiginosas a otras realidades de la experiencia. Profundizar en estas conexiones es otra historia apasionante que se sale del propósito de nuestro libro.

2

Accesos a mundos mágicos

Hay universos que están más lejos de nosotros que la nebulosa más lejana y, sin embargo, más cerca de nosotros que nuestras manos y nuestros pies.

H.G. Wells: El señor Barnstaple entre los hombres-dioses

Hitos en el camino de entrada

n el antiguo arte de invocar a los espíritus, para poder ponerse en contacto con ellos y abrir una puerta a otra dimensión —al mundo astral— había que trazar primeramente un círculo protector en el suelo mientras se recitaban las palabras adecuadas; de esta manera, si se seguía correctamente el ritual, las criaturas del más allá (sobre todo, elementales) aparecerían en nuestro mundo. Esta es una forma como otra cualquiera de abrir puertas interdimensionales o inducidas o escaleras al cielo, con todos los peligros que esto arrastra. Los devas y otras entidades angélicas están repitiendo que ese contacto puede ser más sencillo y natural de lo que pensamos. Que el miedo es una de las barreras que nos limita y que el primer paso consiste en admitir que estas entidades están ahí, a la espera del momento propicio.

No por casualidad se ha buscado desde siempre el contacto con el más allá a través de la «catoptromancia» o magia catóptrica, es decir, utilizando un espejo o una superficie pulida para ver imágenes del «otro lado». Los intentos han sido muchos con resultados variables. Algunos descubrimientos de la física de partículas habla del «efecto túnel», argumento que utiliza Bergier para explicar cómo se realiza el posible paso a través de las puertas inducidas. Consistiría en que en ocasiones ciertas partículas elementales atraviesan barreras que no pueden franquear habitualmente y se cree que esto se debe a la doble naturaleza (de onda y de partícula) de los electrones. Divulgadores científicos como Paul Davies y John Gribbin especulan con este «efecto túnel» para trasladar personas de un lugar a otro del espacio e incluso de una dimensión a otra.

Siguiendo una de las premisas del «Kybalión», lo mismo que pasa a nivel atómico (abajo) ocurre a nivel estelar (arriba). John Wheeler acuñó el término «agujero de gusano» para describir el hipotético conducto que debe unir agujeros negros con los blancos para transferir la materia absorbida por el primero. Si esto se pudiese controlar, serviría como puerta de acceso a otros mundos u otras

realidades paralelas.

Los intentos son muchos y desde muchas perspectivas. La pregunta es: ¿estamos nosotros haciendo avances revolucionarios en este campo o estamos programados para avanzar en esa dirección y a este ritmo? Si, como dice Vallée, nos encontramos ante un sistema de control, es bastante que nos demos cuenta de ello.

En el relato *Itinerarium Cambriae* (Itinerario a través de Gales, del monje Giraldus Cambrensis, 1147-1223) se nos relata en su capítulo «Elidoro y las hadas» cómo al presbítero Elidoro se le aparecieron, a la edad de 12 años, dos hombrecillos de estatura de pigmeo, pero bien proporcionados, que le llevaron con ellos y le mostraron lo que comúnmente llamamos *País de las Hadas, Reino de los Elementales* o *Región de la Gente Menuda*. De su experiencia se pueden entresacar valiosas enseñanzas sobre este mundo paralelo, que, a diferencia de lo que muchos pueden pensar, no está ubicado en un lugar determinado del «más allá» sino, por el contrario, tan próximo a nosotros que comparte los mismos lugares geográficos, si bien es verdad que en una dimensión oculta e invisible para nuestros ojos. Cambrensis nos proporciona diversas observaciones y características que tendría este País:

Al principio del camino se encuentra con un sendero oscuro y subterráneo.

Luego se llega a un hermoso país adornado con ríos y prados, bosque y llanuras, pero con una tonalidad oscura y no alumbrado por el sol.

Los días son nublados —como el crepúsculo del amanecer o atardecer nuestro— y las noches sumamente tenebrosas debido a la ausencia de lunas y estrellas.

Dentro de su estructura social, tienen un rey y una corte.

Las criaturas que lo habitan son pequeñas, de piel clara, con abundante cabellera que les cae sobre sus hombros, como la de las mujeres.

Poseen caballos y lebreles adaptados a sus diminutos tamaños.

No comen ni carne ni pescado, sino un régimen de leche, en manjares condimentado con azafrán, pero nunca con sal (como ya sospechará el lector).

Jamás formulan un juramento, porque nada detestan tanto como las mentiras.

Reprochan la ambición, la deslealtad y la inconstancia de los humanos. No poseen ninguna forma de adoración pública, siendo amantes de la Verdad.

Abunda mucho el oro, metal que aprecian y valoran tanto como los humanos.

El idioma utilizado entre ellos es parecido, por lo menos en su fonética, a la lengua griega. Ejemplo: En su idioma la frase «trae agua» se escribiría así: «ydor ydorum» (en griego ydor significa agua), «trae sal» en su idioma se escribe «halgein ydorum» (en griego hal significa sal).

Una vez enterados de estas características, el lector se puede preguntar, con razón, si es fácil que a un ser humano le esté permitido entrar en el Reino de las Hadas. Acudiendo a ciertas tradiciones, afirman que la mejor manera para adentrarnos en este mundo es que sean ellas o ellos (los espíritus de la naturaleza) los que previamente hayan invitado a hacerlo. También es verdad que éste no es el único medio, existiendo casos de personas humanas que acceden a estas mágicas moradas a veces sin proponérselo, de forma involuntaria y casual, penetrando en su mundo en momentos muy determinados, cuando su «puerta» está abierta a nuestra dimensión, momentos como, por ejemplo, en la noche y el amanecer del día de San Juan. Otros sistemas para acceder a sus mundos son mediante el rapto (del que ya hemos hablado), una maldición, por pisar el césped engañoso, por beber algún líquido, por untarse determinados ungüentos, etc.

No obstante, por si cayéramos en sus peligrosos y difusos límites geográficos —¡ojo con las colinas y los túmulos!— convendría tener presente unas cuantas recomendaciones que pasamos a exponer:

Son seres que viven en un mundo encantado y su relación con nosotros pertenece a la misma categoría. Quien entra allí sufre automáticamente un encantamiento de este tipo, lo cual hace que el tiempo cronológico humano discurra de distinta manera. Un día en su mundo puede transformarse en un mes o en un año a su regreso.

El humano que ha pisado sus regiones, por un extraño mecanismo de la mente, tiende a olvidar poco a poco todo lo ocurrido. Esto explicaría las imprecisiones y a veces contradicciones de los relatos de algunos testigos con los

de otros, razón por la cual caen en el descrédito y en la leyenda. Esta es una característica muy similar a la que ocurre con los abducidos por «humanoides» procedentes de supuestos planetas fuera de nuestro Sistema Solar. Walter Wentz decía que la «mente de una persona que vuelve del País de las Hadas suele estar en blanco, sin guardar ningún recuerdo de lo que allí ha visto y hecho». Aunque sería mejor decir que guarda algunos recuerdos pero distorsionados.

Así como el tiempo se altera y se distorsiona, también ocurre lo mismo con el espacio. La realidad en su mundo no es siempre como la vemos o la sentimos. Aquí nada es estático sino que, por el contrario, todo es dinámico. Los objetos son distintos sin necesidad de desplazarnos, fruto de un encantamiento por el cual creemos estar en un lugar físico distinto, cuando la verdad es que nos encontramos en la misma colina, bosque o cueva el encantamiento o en todo caso en un subterráneo iluminado con fosforescencias verdes.

Otros consejos a tener en cuenta para no vulnerar ninguno de sus tabúes, serían:

No invadir o profanar los lugares escogidos por las hadas para su morada, especialmente sus montículos. No construir casas allí porque son capaces de trasladarlas o llenarlas de ruidos y temblores.

Rechazar todos los ofrecimientos de alimentos y bebidas que nos puedan ofrecer personajes que pertenecen al mundo feérico, así como no participar en sus danzas, ya que esto puede desembocar en una perpetua esclavitud dentro de su mundo.

Si en una colina hay presencia de espinos o de círculos de setas, es clara indicación de que allí pueden morar las hadas.

Ningún humano debe perturbar el baño de las hadas sin correr grandes riesgos (Melusina, alojas…).

No se puede uno llevar nada del País de las Hadas sin permiso: un objeto de oro, un trozo de pan, etc.

No saben contar correctamente, no siendo aconsejable hablar de estos temas delante de ellos.

Conocer su nombre y su edad les hace muy vulnerables.

No se les puede insultar ni provocar ningún mal.

La distorsión del tiempo

En Gales existen unos personajes mágicos llamados *Tylweth Teg* (Familia Rubia) que se caracterizan por tener el pelo muy rubio, con predilección por los niños humanos de cabellos dorados, a los cuales, si pueden, llevan al País de las Hadas. Viven bajo verdes colinas o dentro del agua. Les gusta la música, el baile y el cántico como a cualquier hada. Es relativamente fácil que las doncellas de este pueblo se conviertan en esposas de seres humanos y que vivan con ellos durante algún tiempo. El peligro de visitar a seres de la Familia Rubia en su propio País es que —como nos recuerda Catherine Briggs— el tiempo allí pasa milagrosamente rápido y el huésped descubre que los que para él fueron menos de diez minutos, en la tierra significaron varios cientos de años.

Precisamente este aspecto tan concreto como que el tiempo no transcurre al igual que en la Tierra, es lo que ha hecho pensar a algunos investigadores que estos relatos tienen un aspecto de «verosimilitud». Y esto es así porque en estas historias se encuentra la primera idea de lo que más tarde se dio en llamar «la relatividad del tiempo». ¿Cómo es posible que hubiera tanta coincidencia en todos los relatos de todas las culturas, al señalar que las personas que entran en estos Reinos, Países o Zonas, sufrían una alteración del tiempo? Lo que para ellos había sido tan sólo unos minutos u horas, para el resto del mundo de los humanos habían transcurrido días o años. Si esta referencia hubiera aparecido en un solo relato se podría haber debido a la casualidad, pero el que sea tan abrumador y siempre diciendo lo mismo, hace sospechar que en el fondo se ocultan hechos verídicos aunque transformados por el tiempo y por la imaginación de los copistas o transmisores de estas historias.

Es más, cuando en los relatos se menciona que fulano o mengano ha sido protagonista de alguno de estos episodios, no siempre se vinculan con la presencia de hadas, gnomos, ángeles, demonios o seres del espacio. En bastantes ocasiones, el «missing time» o incluso el tiempo ralentizado, ocurre sencillamente por haber penetrado en un lugar especial que desencadenó en el testigo —o víctima— una pérdida considerable de su tiempo cronológico. Se puede pasar del estado de vigilia al estado de «durmiente» por motivos tan aparentemente futiles como pisar un circulo feérico, presenciar una ceremonia de seres sobrenaturales, comer un

determinado alimento o escuchar el canto de un pájaro especial.

En España tenemos dos ejemplos clásicos y muy conocidos. El del abad San Ero, en el monasterio de Armenteira (Pontevedra) y el del monje Virila, en el monasterio de Leyre (Navarra). Tanto en un caso como en otro, la leyenda dice que se quedaron ensimismados durante siglos escuchando los trinos melodiosos de un pájaro.

Es curioso señalar que el tiempo feérico y el tiempo cronológico humano de un modo u otro se entrelazan. Queremos decir que existe una correspondencia o interrelación entre ambos. Por poner unos ejemplos, dos meses equivalen a 200 años, una hora puede ser un día y una noche de «ausencia», una persona que danza en un círculo con hadas suele ser rescatado por sus compañeros al cabo de un año, etc. Un fenómeno similar ocurre con las estaciones de un mundo y otro. Ya hemos indicado que ciertos momentos del día, del mes o del año son importantes para que se produzcan esta clase de contactos y para que se abran las «puertas» entre los dos o más mundos. Así, el primero de mayo, la noche de San Juan o el Día de todos los Santos, son fechas claves. El mediodía, el crepúsculo, la medianoche y el alba (los cuatros goznes del día) son los momentos propicios para tener esta clase de experiencias.

En nuestro país tenemos muchos más ejemplos de estas *puertas inducidas* que dan acceso al reino desconocido de las hadas. El término «puerta inducida» fue utilizado tanto por H.P. Lovecraft como por Jacques Bergier, al considerar que estas entradas al otro mundo se trataban más bien de un fenómeno provocado, artificial o sobrenatural, donde se producen desapariciones enigmáticas. El magnetismo y la gravitación se ven alteradas, el espacio cambia de manera espectacular, el tiempo no transcurre de la misma manera, se producen visiones de todo tipo… Algunos de estos lugares podrían ser la zona conocida como Turó del Mouro, en el macizo montañoso de Montseny, donde se asegura que existe una de estas entradas, refugio de «xadas» y otros pequeños genios. En el País Vasco en el monte de Amboto, habitáculo predilecto de la diosa Mari y su cohorte de genios. En la cueva Mala, de la isla Formentera, en cuya Punta Roja existe la creencia de que en esta cavidad sólo está permitido adentrarse un máximo de dos veces en su interior. Aquel que entre por tercera vez no regresará.

Hay múltiples casos de puertas que dan acceso a lugares donde se producen estas distorsiones en el tiempo, sobre todo en los cuentos de hadas (el caso de Rip Van Winkle es el más característico). Una tradición de Dinamarca refiere que una

novia paseó por los campos durante las celebraciones de su boda, hasta que se encontró con un montecillo donde vio que «los elfos se divertían». Este detalle es significativo, ya que muchas de estas zonas o puertas encantadas están situadas en una meseta plana y redonda o en un otero. Los «hombrecillos» ofrecieron a la novia una copa de vino y ella se unió al baile. Más tarde, se despidió y volvió a su casa, donde se desarrollaba la fiesta de sus esponsales, pero no encontró a nadie y nadie parecía conocerla. Finalmente, cuando una anciana oyó su relato, exclamó:

—¿De modo que fuiste tú la que desapareció el día de la boda del hermano de mi abuelo, hace cien años?

Al oír aquello, la muchacha cayó al suelo y murió.

Mundos y personas especulares

Los pocos mortales que han dicho o han creído penetrar en el mundo de las hadas describen a éste de muchas formas, en función, sobre todo, de sus propias creencias y de ciertos factores psicológicos. Pero casi siempre se dan unos denominadores comunes que suelen coincidir prácticamente en todos los testigos. También hay un «algo» en estas incursiones, en lo que no se ha profundizado todo lo que se debiera y que nos llama poderosamente la atención: los objetos que se aprecian, sean éstos ríos, árboles, nubes, fuentes… no son muy distintos a los de la Tierra, aunque se les suele ver como si se les percibiera a través de un espejo, característica ésta que también ocurre entre los abducidos del fenómeno OVNI. Sería como entrar en el País de las Maravillas y experimentar lo que debió sentir Alicia en ese mundo especular y paralelo, donde las cosas no son como parecen: el reloj va al revés, ella cambia de tamaño, todo parece obedecer a un comportamiento absurdo, etc. Borges, en su *Bestiario*, nos acercó de una pincelada a los habitantes que están detrás de los espejos confinados allí por el Emperador Amarillo a la espera de salir algún día a la señal oportuna.

Lo más asombroso de toda esta casuística, es el paralelismo que existe entre estas abducciones por parte de presuntos alienígenas y los raptos que hacían las hadas y elfos antaño, recogidos en múltiples relatos folklóricos. Veamos algunas de estas similitudes:

La luz que ilumina la escena del lugar donde es llevado el secuestrado es distinta a la habitual. Antes era una cueva iluminada, ahora es el interior de una nave.

El tiempo no transcurre como en la Tierra. Además se produce un «missing time» o pérdida de tiempo cronológico para el testigo.

Se ven extrañas criaturas, tanto antropomorfas como animaloides.

Se suele producir un encuentro con el «doble» del propio testigo, es decir, con su imagen especular.

Respecto a esto último, estamos en presencia de uno de los flecos posiblemente más inquietantes de la fenomenología referida a los infiltrados de mundos paralelos. Es tal su importancia, no valorada suficientemente hasta el momento, que diversos investigadores como Hilary Evans, Scott Rogo, Josep Guijarro, Pedro Canto… se han empezado a ocupar de él en sus últimos trabajos. Decimos que es inquietante porque existe la sospecha de que no sólo estas entidades quieren crear una raza híbrida (como expone Budd Hopkins en su obra *Intrusos*) sino de que estén en pleno proceso de cambiar o suplantar a gente humana por otros exactamente iguales —una especie de dobles clónicos— (como sugiere Guijarro) para un fin que hasta el momento se desconoce.

La vinculación de los «dobles» con los seres de otros planetas es frecuente en la literatura especializada. Por citar sólo un ejemplo extraído de uno de esos libros revelados a contactados, me referiré al del francés Claude Vorilhon «Rael» y su obra *Los extraterrestres me llevaron a su planeta* (1975). En uno de sus pasajes, Yahvé —así se llama su dios alienígena— le pide la fotografía de un ser querido y Rael le muestra la de su madre. La introduce en una máquina y tocando ciertas teclas «delante del cristal asistí a una nueva fabricación de un ser viviente; después cuando la piel comenzó a cubrir la carne, me di cuenta de lo que estaba a punto de producirse: estaban a punto de fabricar una réplica exacta de mi madre, según la fotografía que les proporcioné…».

Existe un famoso caso español, cuyo protagonista, Miguel Herrero Sierra, se desplazaba con su camión por la carretera de Entrepeñas al desvío de Peñalver, en la provincia de Guadalajara, en el mes de diciembre de 1977. De pronto, en las inmediaciones de Tendilla, fue elevado o «succionado» a través de una potente luz hasta una extraña nave. En su interior estuvo aproximadamente tres horas. Lo condujeron a una sala circular e iluminada. Allí pudo ver atónito a un hombre que era exactamente su «doble», pero se trataba de su negativo, con sus rasgos faciales y corporales invertidos, como si viera su propia imagen reflejada en un espejo. Algo similar le ocurrió a Xavier C. en la zona barcelonesa de Vallgorgina, quien tras 34 horas de desaparición, se presentó ante su familia pensando que tan sólo habían transcurrido unas pocas horas. Cuando fue sometido a hipnosis regresiva, recordó que unos seres de aspecto monstruoso y peludos le llevaron al interior de una gruta en la que fue sometido a todo tipo de pruebas. Habló de un doble especular con estas palabras: «va vestido igual que yo y lleva el pelo largo, no como yo. No puede ser un reflejo mío; yo llevo el pelo corto ahora (…) parece mi hermano gemelo; va vestido igual que yo».

Todo estos datos y muchos más, reafirman la teoría de que esta «gente menuda» vive en un mundo paralelo al nuestro, ubicado en lugares físicos que nosotros frecuentamos pero que no vemos y además que tienen la facultad de hacer «dobles» o réplicas de humanos (*tulpas* lo llamarían los tibetanos) y posiblemente de ellos mismos, razón por la cual en las leyendas aparecen con tanta frecuencia raptos de niños y de jóvenes humanos, dejando en su lugar a uno casi idéntico a él («changeling» o «repuesto») para que el cambio no se notase. Dentro de nuestras leyendas están los casos de los «xaninos», hijos de las xanas asturianas, que dejaban a las madres humanas para que los alimentaran, llevando al niño humano en su lugar. Esta sustitución, a la postre, se notaba, utilizando para ello varios procedimientos para que se produjera la devolución.

El reverendo Robert Kirk en *La Comunidad secreta* (1692) nos aporta algunos datos interesantes, que tal vez sirvan para aclarar en parte este misterio. Explica que algunos de los hombres que poseen la *segunda vista* le han contado haber observado en las reuniones de *los subterráneos* o sidhes a «un hombre por duplicado o su figura en dos lugares distintos», es decir, «que había un habitante superterráneo (todo aquel que vive en la superficie de la tierra, según su glosario) y otro subterráneo, quienes se asemejaban en todo, aunque ellos siempre podían reconocerlos con facilidad gracias a un gesto o seña de carácter privado y así hablar con el hombre que era su vecino o amigo, pasando de largo de la aparición o simulacro de aquel». Kirk dice que llaman a este hombre-reflejo *coimimeadh*: «el que camina con uno», que es en todos los aspectos, idéntico al hombre, como si fuese su gemelo y compañero, estando ligado a él como su sombra, viéndosele y conociéndosele como tal entre los hombres. Este facsímil, eco o retrato viviente acaba finalmente entre los de su propia grey y acompaña a la persona durante mucho tiempo por motivos que sólo él conoce, que pueden ser simplemente para imitar todos sus actos como lo haría un mono bromista.

El tema del «doble» nos recuerda el caso de las bilocaciones, estudiadas en parasicología: el que se pueda estar en dos sitios a la vez. El investigador Pedro Canto menciona que varias personas tuvieron la oportunidad de ver a Rosa Castellví, en 1984, cuando ésta se encontraba en otro lugar. Canto comenta que este doble era capaz de reconocer detalles íntimos de otras personas, a la vez que desconocer aspectos tan importantes como el nombre de su mejor amigo.

Hilary Evans se refiere también a este tema del «doble» o *doppelgänger* del sujeto perceptor, el cual ve una réplica de si mismo y que actúa de forma automática. Se llaman también «dobles astrales» o, según otros autores, los

«fantasmas de los vivos». Evans los diferencia de los experimentos de proyección, que serían cuando una persona proyecta una imagen de sí misma en un lugar lejano, o de las formas de pensamiento, es decir, la posibilidad de crear seres o compañeros con su misma imagen o con otra, que no son físicos, los cuales, no obstante, son lo suficientemente materiales como para que otros los vean ocasionalmente. Una vez creadas, estas entidades actúan de forma autónoma y pueden desarrollar su propio carácter.

Ciertos investigadores como John Mack, Josep Guijarro o Javier Sierra (estos dos últimos creadores del «Proyecto Diana: Delirio Individual de Agresión Nocturna Alienígena», para explicar las consecuencias originadas por los «visitantes de dormitorio») reconocen la imposibilidad de explicar todos estos casos de abducción y de visitantes nocturnos —con toda la parafernalia que ello supone— exclusivamente desde la óptica de una raza extraterrestre que haya llegado a la Tierra a conquistarnos. Se insiste en que más bien parece que estamos en presencia de una «inteligencia», que nos desborda y que permanece hasta el momento oculta detrás del telón, proveniente de otras posibles dimensiones, realizando o exteriorizando una serie de episodios perfectamente calculados en todas las partes del mundo. Estos actos serían tanto de naturaleza física como psíquica, no tan nuevos y originales como podría parecemos, pero, eso sí, continuados en el tiempo.

Con la información que tenemos en nuestras manos, parece sacarse la conclusión de que se dosifican los encuentros y las experiencias con entidades procedentes de otros planos, aunque nos suministran, por diversas vías, todo tipo de información —ambigua, contaminada y falsa en bastantes casos— para que la Humanidad entera o determinados grupos sociales, siga un sendero o comportamiento previamente establecido. También se deduce que no quieren que en ningún momento se pierda de vista a estas otras «realidades», pero eludiéndose siempre, de forma sistemática, la aparición de la prueba definitiva que nos haga «darnos cuenta» de quiénes son ellos.

«No quieras saber demasiado sobre nosotros»

Decíamos, dentro de sus características comunes, que algunas entidades suelen perpetrar secuestros, siendo este un aspecto sumamente interesante por cuanto ahora están de moda las abducciones de las que dicen ser objeto algunas personas que han tenido encuentros con visitantes de otros mundos. Desde que Jacques Vallée se diera cuenta que la respuesta a muchos interrogantes a los fenómenos OVNIs se podría encontrar trazando un paralelo entre los informes sobre OVNIs y los grandes temas de los relatos mágicos tradicionales, no han parado de llegar nuevos datos que confirman esta hipótesis de trabajo.

En el folklore de todo el mundo abundan historias de personas que son raptadas y llevadas al País de las Hadas. Raptan tanto a hombres como mujeres, especialmente a mujeres embarazadas, madres jóvenes y niños pequeños. Dejan a cambio —cuando se trata de niños— un doble o réplica del secuestrado o bien una escoba envuelta en ropa blanca. Esta creencia no sólo se extiende por toda Europa (hay relatos en España, en Irlanda, en Escocia, en Alemania, en Dinamarca…) sino también está enraizada en China y en la costa norteamericana del Pacífico.

La finalidad que perseguirían estos raptos élficos es muy similar a la que se mantiene actualmente por algunos ufólogos: el propósito de tal contacto es genético. Edwin Hartland, a finales del siglo pasado, comentó que el:

«Motivo que se atribuye a las hadas en las historias de los países nórdicos es que quieren preservar y mejorar la raza. Raptan niños humanos con el fin de hacerles crecer entre los elfos y mezclar sus sangres con las propias. Y por eso tratan de obtener leche humana y cuidados de madres humanas para sus propios niños».

Se está refiriendo a las numerosas leyendas que hablan de madres lactantes y de comadronas que son llevadas a este mundo para que den de mamar a sus niños enclenques o para que ayuden a parir a las mujeres sobrenaturales. Pero, al igual que ocurre con las abducciones, la finalidad del rapto no siempre es ésta. A veces estos seres se contentan con haber jugado o bailado un poco con él y luego los elfos

le devuelven a su lugar de origen (los extraterrestres a veces obsequian con un paseo galáctico al raptado, le comentan unas cuantos aspectos del futuro y le devuelven a su casa).

El Premio Nobel W.B. Yeats, escribió en el año I893 un cuento titulado *Regina, Regina Pigmeorum, Veni* (incluido en su obra *El crepúsculo celta*) donde relata una vivencia de la que él fue testigo. Cuenta cómo, acompañado por un amigo y una joven vidente de su familia, se dirigió hasta un recóndito paraje, en el que hallaron una cueva poco profunda, con la idea de encontrar a la «Gente Desmemoriada» y preguntarles algunas cosas a través de la vidente y médium. «Le pedí entonces que llamara a la reina de la gente menuda para que viniera a hablar con nosotros. Yo grité entonces con fuerza los nombres de los grandes duendes» y al poco rato un chorro de luz brillante salía de la gruta. Yeats aprovechó el momento para pedir a la joven vidente que llamara a la reina y apareció una mujer alta y bella en un plano no visible para el escritor. Solicitó a la dama, siempre a través de su vidente, que le permitiera conocer de cerca a los acompañantes de ella. «Los seres salieron entonces de la cueva y se ordenaron, si no recuerdo mal, en cuatro grupos. Los de uno de estos grupos, según la descripción de la chica, llevaban ramas de serbal en la mano y los de otro collares hechos aparentemente de escamas de serpiente, pero no logro acordarme de sus atuendos».

Después, les preguntó algo sobre su forma de existencia y sus moradas, sobre si era verdad que las hadas y los duendes se llevaban a los mortales a sus casas del «otro lado» y por qué ponían otra alma en el lugar de la que habían llevado.

—*«Trocamos los cuerpos» —fue la respuesta.*

Quería conocer muchas cosas más: si había alguno de estos seres que hubiera nacido alguna vez en la vida mortal o si tanto ella y su gente no serían «dramatizaciones de los estados de nuestro ánimo». También preguntó sobre su naturaleza y su sentido en el universo, pero la mujer sobrenatural dio señales de estar perdiendo la paciencia y escribió en la arena el siguiente mensaje:

—*«Ten cuidado y no quieras saber demasiado sobre nosotros».*

La reina de aquel mundo, a pesar de todo, le confirmó a Yeats que era cierto que de tarde en tarde se llevaban hacia su pacífico país algunos mortales: doncellas, caballeros, aldeanos e incluso niños. También le dijeron que las hadas llegan a suplantar por algún tiempo el alma de algún ser viviente, hombre o animal, alojándose en sus cuerpos.

Para Yeats, la Dama Blanca es la Reina Madre, cuya morada está en el promontorio irlandés de Ben Bulben y su acceso está marcado por una mágica piedra. Para otros autores, sería la reina de todos los elfos, considerados éstos como divinidades nocturnas de origen nórdico. Reconocemos que en España no es precisamente ésta la imagen que se conserva de la denominada Dama Blanca. En Cataluña y Baleares, se la emparenta con apariciones fantasmales y, en general, con augurios de muerte.

Ben Bulben y otros accesos a mundos mágicos

Citemos para nuestros lectores más viajeros e intrépidos unos cuantos enclaves mágicos, concretos, situados en lugares geográficos precisos, que en principio son una «puerta» de entrada a mundos desconocidos, según atestiguan diversas tradiciones. Todas ellos tienen un denominador común: abundan las leyendas, hay visiones de extraños seres, existen tradiciones religiosas y se producen avistamientos de luces y de naves extraterrestres.

Uno de estos sitios sería Warminster, en Cornualles, región cargada de mitos ancestrales. Otra es Kempsey, al norte de Nueva Gales del Sur. También la región donde se halla la ciudad de Itaperuna, en la zona septentrional del estado de Río de Janeiro es rica en esta fenomenología. Igualmente en el «núcleo magnético del Canigó» en Francia. El investigador norteamericano Walter Wentz, indicaba algunos enclaves en los que, según él, todavía vivía la Gente Menuda: el valle de Yosemite, en California, y la comarca de Ben Bulben y Rosas Point, en el condado irlandés de Sligo.

Un informante le dijo a Wentz que cuando paseaba cerca de Ben Bulben vio a un miembro del pueblo «este vestía de azul y se tocaba con un sombrero adornado por lo que parecían ser cintas. Cuando se acercó a nosotros, me dijo con voz dulce: Cuanto menos vengáis a esta montaña, mejor amigo. Aquí hay una damisela que quiere robaros». A continuación les dijeron que no disparasen sus armas porque al *Pueblo* le molesta el ruido. Cuando se alejaron de la montaña, lo hicieron sin mirar atrás, como él los había ordenado.

«Un poco al norte de la ciudad de Sligo (en el condado del mismo nombre situado al nordeste de Irlanda) en la vertiente meridional de Ben Bulben, a unos centenares de pies sobre el llano, hay un pequeño cuadrado blanco en la piedra caliza. Ningún mortal ha puesto nunca la mano en él; ninguna oveja ni cabra ha pacido jamás junto a él. No hay en la tierra lugar más inaccesible y, para un espíritu desasosegado, pocos hay más envueltos en el terror».

Esto lo escribió Butler Yeats y se refería a la piedra blanca que da acceso al mítico País de las Hadas. Esta leyenda está relacionada con otras que también hablan de puertas secretas e invisibles, situadas en una dimensión paralela, las cuales darían paso al paraíso o simplemente al interior de la tierra.

Son puertas poco tangibles pero reales, puertas que pueden abrir el acceso al País de las Hadas, a los Infiernos o a los Paraísos Perdidos. En los países sudamericanos son relativamente frecuentes estas referencias a mundos desconocidos (en Argentina, Perú, México, Brasil…) pero no tanto en Europa y menos en España. H.P Lovercraft en algunas de sus novelas, sitúa en la ciudad de Filadelfia el lugar donde las «puertas inducidas» se abren a lo desconocido. Murray Lester en *El otro lado de la tierra* sitúa ese lugar en Newark, la primera ciudad del estado de Nueva Jersey.

En Irlanda del Sur (Eire) se sitúa el purgatorio de San Patricio, situado sobre la *Station Island*, en el Lago Rojo, condado de Dónegar, casi en la frontera con Irlanda del Norte. La leyenda es del siglo XII y refiere que allí se encuentra una gruta por la que se accede, en esta ocasión, al mismísimo purgatorio, la cual servía para realizar algunas ordalías: el que entraba y salía con vida se purificaba de sus pecados.

Allí dentro aseguran que veían a los demonios mostrando los más diversos y horripilantes suplicios.

Las piedras son a menudo señales indicadoras de tesoros ocultos y de entradas a otras mundos. Muchas de ellas tienen propiedades mágicas y otras aparecen grabadas con extrañas inscripciones que tan sólo pueden ser leídas por las personas que estén en el «secreto».

Encuentro en Peña La Mena

En este punto hacemos una elipse y rogamos al lector que retroceda hasta el comienzo de este libro y vuelva a leer «El encuentro» (página 13), pues la narración sobre la que hemos inspirado nuestra introducción no es otra que el curioso suceso que Bruno Díaz, vecino de la localidad cántabra de Carmona (a unos dos kilómetros de peña La Mena) contó al escritor Manuel Llano.

Recordemos que una muchacha huérfana y pobre bajaba de recoger madera para su hogar desde la peña La Mena, cuando se le apareció, como surgida de la nada y envuelta en luz, una anjana, que al ver a la moza con un «coloñu» de leña en la cabeza, con su mano derecha le limpió el sudor con la esclavina de su capa y, tras darle un beso en la frente, se la llevó con ella a su palacio, que se encontraba justo debajo de la peña. Al cabo de unos años, la moza apareció de nuevo en el pueblo, vestida de seda, con muchos collares y sortijas y «güenos cuartos en la faldiquera». Las gentes lógicamente se sorprendieron de su aspecto, pues no parecían haber pasado para ella los años.

La mozuca describió a la anjana con la que se encontró como una dama muy hermosa vestida de blanco y con unas trenzas que «chispeaban como las estrellas cuando alumbran y se esconden y güelven a alumbrar y güelven a esconderse». Le fascinaron, especialmente, las hebillas de los zapatos del hada, ya que «no eran ni de hierru, ni de metal, ni de plata, ni de oru».

Los mozos del pueblo, después de oír su relato, quisieron saber dónde estaba la entrada al maravilloso mundo de las anjanas. La muchacha dijo que al palacio se bajaba por una escalera luminosa de piedra blanca que llegaba hasta el portal y cuya entrada se encontraba en una torca, justo a la vera de un nogal mustio. Sin embargo, por más intentos que hicieron y por más años que transcurrieron, no consiguieron localizarla.

Cuando le pidieron que describiese con más detalle el país de las anjanas, la moza añadió que todo era muy grande y las paredes relucían como el sol. No había día ni noche. Lo que veía desprendía claridad y el aire era templado. Había huertos muy bien arreglados y las hojas de los árboles eran perennes pues nunca se ponían

secas. La fruta siempre estaba madura y de las fuentes manaba un agua que tenía un sabor semejante a la miel.

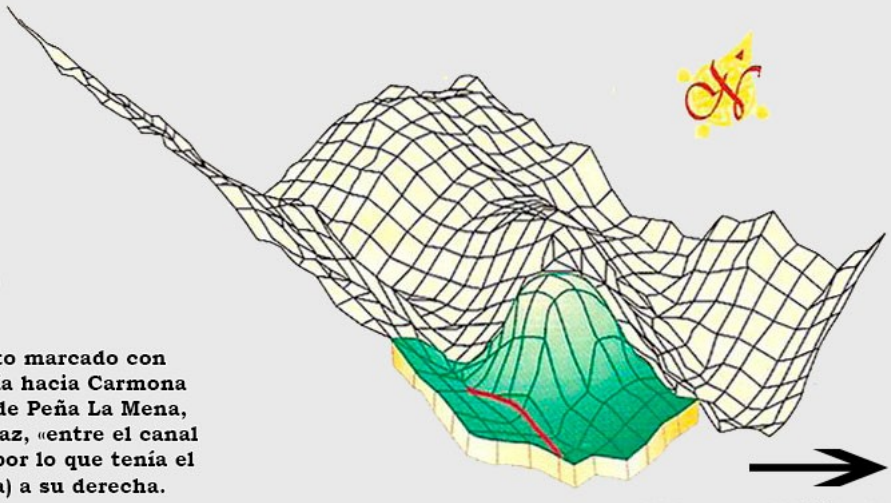
Al cabo de algún tiempo de permanencia en el mundo de las hadas, la muchacha empezó a mostrar signos de tristeza. Echaba de menos las romerías, los cortejos y los bailes. La anjana, que nunca deseaba hacer el mal, la devolvió a su pueblo un día de un mes que llamó «de los pájaros», después de darle un beso en la frente. Lo que para la muchacha habían sido unas semanas, en realidad fueron varios años de permanencia en ese lugar.

Lo increíble de esta historia es que es posible señalar el lugar exacto en que se produjo el suceso. Levantando un plano topográfico en tres dimensiones vemos que la colina de que habla la moza puede ser la propia peña La Mena, y el arroyo no es otro que «la canal» de la narración de Bruno Díaz. Es decir, habría entrado en un paisaje que era el mismo en el que se encontraba pero como si se viese reflejado en un espejo.

Encuentro en Peña La Mena

Vista de Peña La Mena desde el noreste

Peña La Mena es un lugar misterioso, situado unos dos kilómetros al norte de la localidad cántabra de Carmona. Manuel Llano no es el único folklorista que se ha ocupado de ella. García Lomas habla de la existencia de una oquedad llamada «cueva de la anjana», rodeada de leyendas que dicen que es una posible entrada a un mundo mágico. Desgraciadamente la narración de Bruno Díaz no hace referencia a ninguna cueva.

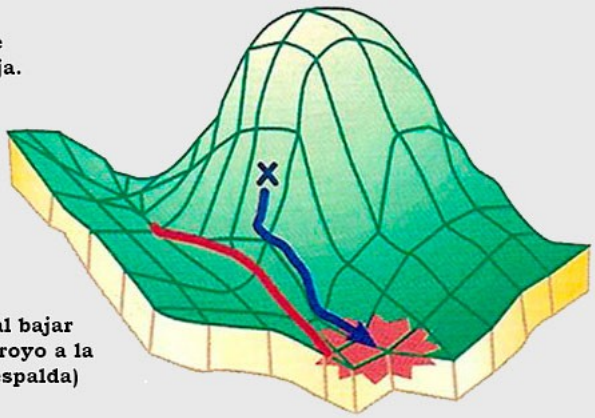


A Carmona 2 kilómetros

1. El encuentro

a) La niña (punto marcado con una x) descendía hacia Carmona (línea azul) desde Peña La Mena, según Bruno Díaz, «entre el canal y la cambera», por lo que tenía el canal (línea roja) a su derecha.

b) La anjana apareció ante la niña en algún punto a lo largo de la línea azul, entrando en su mundo en algún nogal «mustio», situado probablemente en la zona acotada con una estrella roja.



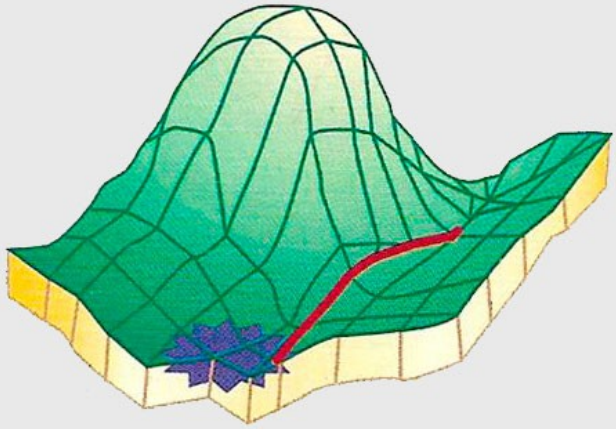
V1 Vista de la niña al bajar de Peña La Mena (arroyo a la derecha, peña a su espalda)

El encuentro de una anjana con una moza montañesa no es algo que se dé todos los días. Uno de estos —y posiblemente el último— se produjo a principios de nuestro siglo cerca de la Peña de la Mena y la protagonista pudo relatar varios detalles de sumo interés para desentrañar algunos de los misterios que rodean a estos seres.

2.- El mundo de las hadas

c) Al regresar años después a Carmona, la mozuca dijo que entró en el «Palacio de la Anjana», o través de unas escaleras maravillosas por las que descendía y describe su mundo como cálido y luminoso.
Su narración inicial habla de un arroyuelo, situado o su derecha a lo larqo de una peña o monte, que se encontraba frente a ella.
No reconoce el lugar en el que se encuentra, pues desde el cielo hasta los árboles todo es distinto.

d) Si invertimos la vista de Peña La Mena en el ordenador, podemos ver con sorpresa que la orografía del terreno «físico» que observa la muchacha nada más entrar en el mundo de las anjanas es increíblemente similar a la del lugar en el que se encontraba, si bien visto como si fuese un espejo. Tal vez la protagonista nunca se movió de sitio, sólo entró, al igual que la Alicia de Lewis Carroll en un mundo especular. La verdad de lo que ocurrrió, desgraciadamente, no podremos saberla nunca...



V2 Vista de la niña al entrar en el País de las Hadas (peña enfrente, arroyo a su derecha)

Aún se conserva una cueva en Carmona, con el nombre de «cueva de las anjanas», abierta en la Peña de Mena, al norte de dicho lugar. E igual denominación tuvo hace unos años la gruta cercana al pueblo de Palacio, en Iguña, hoy llamada «La Covachona». Y, asimismo, en el barrio de San Juan, en Castillo de Siete Villas, como nos recuerda García-Lomas.

Hay otros casos parecidos. El extremeño Roso de Luna habla de una misteriosa cripta que tan sólo se abre durante diez minutos cada diez años, habitáculo de la xana o xanina marítima que vigila el promontorio sagrado del Cabo Vindio (Vindius en lengua celta significa «nevado») que, cuando se dan ciertas circunstancias en la marea equinoccial, deja al descubierto la entrada a un hermosísimo palacio marino. Nos dice Jove y Bravo que esta historia se asemeja mucho a las leyendas gaélicas de los *Tylwith-Teg* —el Pueblo Rubio— que viven en

medio de un lago y cuya morada se abre una sola vez al año en la mañana del primero de mayo.

El misterioso Pico Sacro

Hemos escogido esta localización como muestra de otras posibles, donde confluye una rica tradición en hechos prodigiosos, indicativos de que estamos en presencia de una zona anómala y posible puerta de acceso a otras dimensiones. El Pico Sacro es el legendario monte *Ilicino* de los romanos y se encuentra en el término de Segude, Granxa y Lestedo, a 19 kilómetros de Santiago de Compostela. Es uno de esos lugares de nuestra geografía donde no faltan los relatos, leyendas y tradiciones de todo cuño, que hacen alusión bien a tesoros encantados escondidos en su interior, bien a toda una cohorte de personajes sobrenaturales, masculinos y femeninos, que habitarían sus inmediaciones o en su subsuelo.

Algunos autores lo identifican con el *Mons Sacer* de Justino, lugar donde abundaba el oro, pero nadie se atrevía a excavarlo ya que hundir el hierro en este monte se consideraba un sacrilegio (recordemos que a muchos de los elementales del elemento tierra les horroriza este metal). Es un lugar donde se fraguan numerosas supersticiones como la de las yeguas que, fecundadas por el viento, producían crías muy veloces pero de corta vida.

En el Pico Sacro existe una gran caverna, supuestamente de origen artificial, que recorre sus entrañas y que ha dado origen a todo tipo de fantasías. En medios académicos se cree que la cueva no es más que una antigua mina romana del año 41 d. C.

Se ha dicho que en ella se refugió el apóstol Santiago cuando vino a España a predicar el Evangelio. Cuenta Constantino Cabal que cuando el barón Rosmithal visitó en peregrinación Compostela en el siglo XV, estuvo en el interior de la caverna y le dijeron que a quien entraba en ella se le perdonaban los pecados (algo similar a lo que se cuenta de la cueva del Purgatorio en Irlanda). El barón no llegó a entrar debido a que proliferaban gases tóxicos y uno de sus hombres casi muere asfixiado.

Otra de las numerosas leyendas que corren sobre esta cueva es que en ella habita un enorme y feroz culebrón que custodia un fabuloso tesoro. Para apoderarse del mismo, sin sufrir daño alguno, es necesario recitar algunos conjuros

que neutralizan al monstruo. De este tesoro habla el Padre Feijoo y escribe que:

«Unas personas de Santiago bajaron a la cueva y afirmaron haber encontrado en ella un ídolo de oro que guardaban dos gigantes».

Las leyendas referidas tanto a la Reina Lupa o Loba, (que dicen que vivía en una torre edificada en lo alto del monte Illicino, hoy Pico Sacro), como al cuerpo de Santiago y al dragón, parten todas ellas de la versión que el *Liber Sancti Jacobi*, códice de principios del siglo XII que además proporciona interesantes datos sobre la traslación del Apóstol.

Aparte de tesoros, en el interior del Pico hay damas o «mouras» peligrosas deseosas de ser desencantadas, pero están custodiadas por gigantes y dragones, los cuales hacen una verdadera escabechina a todo aquel mortal que lo intenta y para demostrarlo están los esqueletos de algunos de ellos en la entrada del subterráneo.

Hace años ninguna moza se atrevía a pasar cerca del carballo de las Cambas, pues se formaban unos remolinos de viento que la arrastraban hacia el salón subterráneo del Pico Sacro, donde estaba guarecido un poderoso mouro que la hacía prisionera. Esto se dice que le pasó a una hija de la señora Marica, que fue raptada por un mouro encantado dándole a beber una extraña pócima. Cuando pasaron muchos años volvió y contó todo lo que la había sucedido. Dijo que había vivido como una reina hasta que un día engañó al señor de la cueva, siendo por eso relegada al papel de sirvienta.

Otras tradiciones hablan de dos gigantes mecánicos que se ponen en movimiento cuando alguien intenta abrir las puertas de la cueva, descargando sus mazos sobre el osado y no dejando de él más que la piel. Si por esos azares de la vida se escapara del mazazo, le espera otra sorpresa: unos fieros leones que como guardianes de la puerta acabarán definitivamente con él. Otros aseguran que el Pico Sacro, a pesar de su nombre, es la puerta del infierno.

3

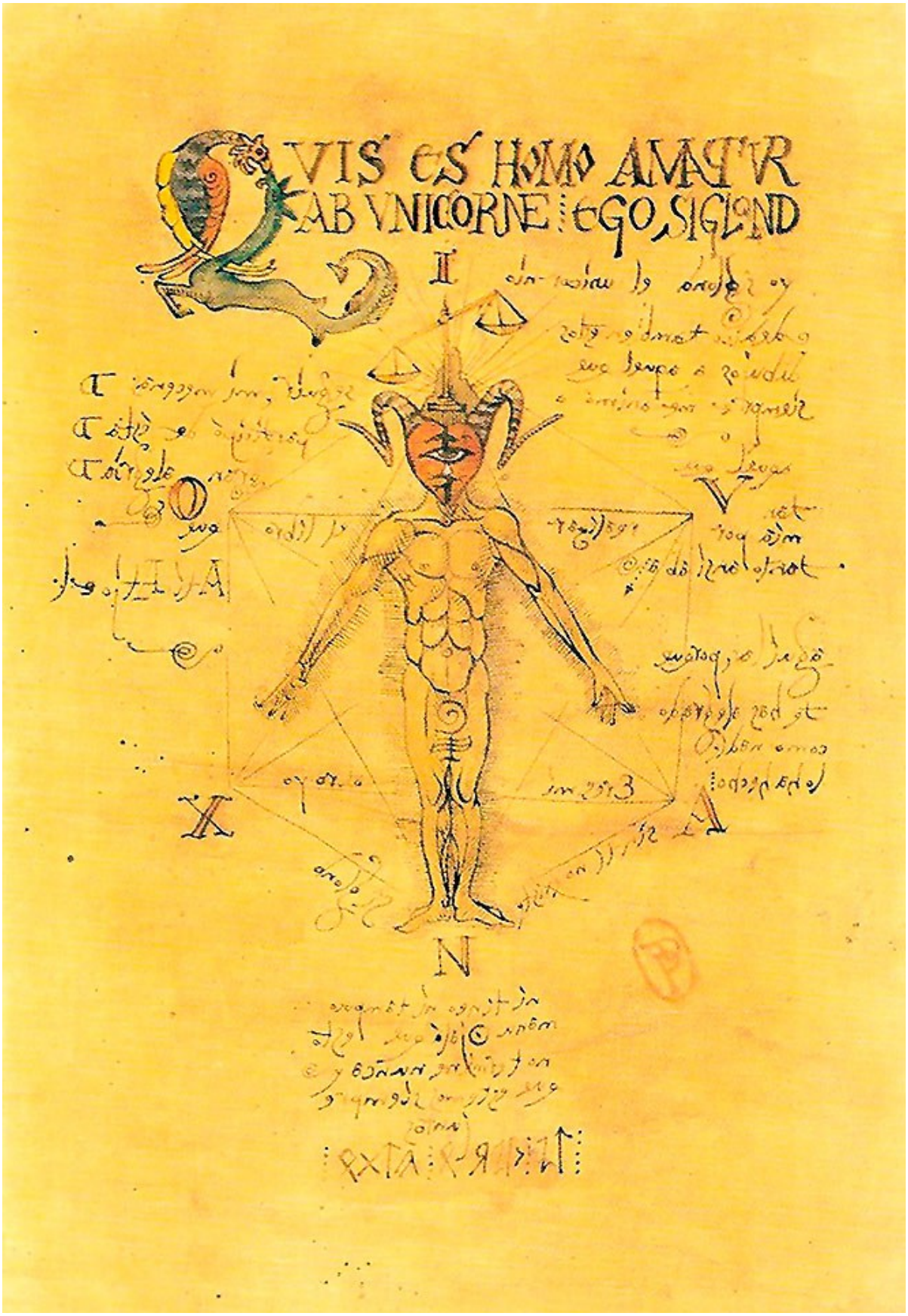
Buscando tesoros encantados

Tesoro encantado es un tesoro rodeado de cantos. Entre otras ilusiones del vulgo, es una que piensa que hay tesoros encantados. Ayudan a este engaño dos argumentos: el uno es el vocablo, que piensa que encantado es conjurado o encomendado a algún espíritu familiar que lo guarde; el otro es que en muchos lugares halla cenizas y carbones debajo de tierra, por donde, en prueba de su tonta credulidad, dice que como no era su dicha toparse con tesoros se le convirtió en carbón y cenizas. A esto diremos que el tesoro que se esconde debajo de tierra en tiempos de guerra o lo que en tiempo de paz esconden los avarientos, se suele guarnecer alrededor de piedras y cantos; luego tanto querrá decir encantado como bien rodeado de cantos.

Alexo Venegas: Agonía del tránsito de la muerte

Algunas localizaciones para buscadores desinteresados

a búsqueda de tesoros encantados es equiparable a la búsqueda de reinos subterráneos o ciudades sumergidas. Se busca más con la fe que con los hechos. El buscador sabe que en algún lugar se encuentra su riqueza —espiritual o material— y la busca afanosamente, sorteando toda clase de peligros, incluso poniendo en juego su vida, que pierde en bastantes ocasiones. El esquema sigue siendo parecido: existe una dato histórico (algún tesoro dejado por los moros u otro pueblo), que más tarde, ante los fracasos obtenidos por varias expediciones, se convierte en mito para acabar siendo objeto de relatos fantásticos y de ciencia ficción, lo que no impide que subyazca una cierta realidad en el trasfondo del asunto.


VIS ES HOMO AMATVR
AB VNICORNE : EGO SIGISMVND
II
V
X
N

Hoy extraños libros mágicos y grimorios perdidos que nos muestran caminos abiertos e inexplorados más allá de nuestra imaginación. Muchos de ellos abren la posibilidad de la obtención de riquezas sin límite y se dice, de algunos de ellos, que no fueron elaborados en nuestro mundo…

Raro era —y aún lo es— el lugar, por remoto que sea, en que no se haya conservado el recuerdo de un fabuloso tesoro enterrado en tal o cual paraje desde el inmemorial «tiempo de los moros», estando ubicados, por lo general, en monasterios, castillos, cuevas e incluso en casas particulares.

El famoso *O Ciprianillo*, nombre con el que popularmente se conoce en Galicia y tierras limítrofes al *Gran Libro de San Cipriano o los tesoros del hechicero*, es uno de los muchos grimorios que permite localizar tesoros encantados y que da a conocer fórmulas, conjuros, rituales y variopintos trucos para evitar los numerosos peligros a los que se ven expuestos gratuitamente los buscadores y viajeros intrépidos de lo desconocido. Algunos de estos peligros están materializados en malvados genios que protegen esas riquezas y en las frecuentes interferencias de demonios y otras entidades maléficas. El libro del *Ciprianillo* catalogaba hasta un total de 174 lugares distintos donde los mouros dejaron escondidos sus tesoros, eso sí, con referencias tan vagas e imprecisas que sólo un auténtico experto podría dar con las localizaciones exactas.

Una de las regiones con mayor abundancia de este tipo de leyendas es Galicia, aunque paradójicamente, no fue el Tribunal de Santiago de Compostela de los más proclives a perseguir estas supersticiones. Casualmente el último gallego que hubo de vérselas con el Santo Oficio de Galicia por delitos de superstición fue el presbítero de Santa María de Gestoso, en el valle y lugar de Cañedo, obispado de Mondoñedo, que utilizaba un extraño libro —seguramente *El Ciprianillo*— para poder sacar tesoros del mar. Los inquisidores ordenaron que los párrocos de la zona convenciesen encarecidamente a sus feligreses de las infructuosas ideas de buscar cualquier tesoro, y menos si éste era encantado, pues en toda la tierra gallega eran legiones quienes a estos menesteres se dedicaban a principios del siglo XIX. Los inquisidores también les exhortaban a entregar los libros, manuscritos o papeles que tuviesen y que tratasen de esa materia.

El Principado de Asturias tenía los mismos problemas, hasta el extremo que una «Gaceta» de principios del siglo XVIII, rivalizando con el *Ciprianillo*, mencionaba nada menos que 241 lugares donde había tesoros en espera de encontrar aguerridos aventureros y felices poseedores, pero la Inquisición no incoó ni un solo proceso en esta materia.

Lo cierto es que dentro de los delitos perseguidos durante los siglos XVII y XVIII, el de los tesoros ocultos no interesó en absoluto a casi ningún Tribunal inquisitorial. Vemos que el de Logroño, que tanto se obsesionó y preocupó por las brujas, tiene escasísimos procesos de este tipo, a pesar de que las creencias en pactos con el demonio en su ámbito jurisdiccional eran tan fuertes como en cualquier otra zona. Bastante más trabajo tuvieron los inquisidores zaragozanos con estos perseguidores de la riqueza duendil y moruna.

En los pueblos de La Bureba (Burgos) desde siempre eran conocidos lugares con fama de albergar tesoros encantados y sus habitantes tradicionalmente se habían dedicado a intentar sacarlos por todos los medios divinos y humanos. Sabedor de estas inclinaciones, Melchor Jiménez de Urbina, vecino de Estella (Navarra), a quien su hermano había dejado, cómo no, un libro mágico en el cual estaban escritos los lugares en que «los moros dexaron escondidos tesoros», se asoció con un religioso mercedario que afirmaba tener tres demonios o «duendes familiares» en otras tantas redomas, aparte de poseer ciertas facultades paranormales capaces de detectar la riqueza enterrada. Los dos se asociaron también con otro fulano poseedor de otros tres diablillos dentro de una caja y juntos se dedicaron a excavar todas las ermitas, iglesias y lugares varios de La Bureba que encontraron al paso. Su fama se extendió por toda la comarca, a pesar de que nunca consiguieron encontrar ni una vulgar moneda. Eso sí, consiguieron ser procesados en el año 1643.

Un buen día apareció en Tormantos (La Rioja) un señor llamado Juan Martínez Delgado, especialista —según él— en toda clase de tesoros encantados. Las primeras autoridades se disputaron su alojamiento y agasajo y él aceptó el del cura. Naturalmente, sólo Juan sabía de la existencia de un inimaginable tesoro en un paraje del pueblo de la Vega de Riotizón, en el término de La Llana. Los vecinos de los pueblos limítrofes se reunieron y acordaron sacarlo entre todos y repartirse equitativamente la riqueza. Dirigidos por el experto, se encaminaron a una cueva y allí Juan se vistió de blanco y comenzó a recitar conjuros en una ininteligible lengua, que dejó a los allí presentes con la boca abierta. Entrando en una especie de éxtasis visionario, declaró que veía el tesoro protegido por una serpiente

monstruosa. Cuando todo estuvo listo, Juan se envolvió el cuerpo en escapularios y cruces y penetró en esa especie de averno burgalés, donde no encontró absolutamente nada. Los vecinos casi le matan allí mismo. Al final sus huesos fueron a parar a una celda del Santo Oficio.

Un caso especial es el de Catalina Salazar, vecina de Ciudad Real, que era famosa por sus habilidades para hallar tesoros. En 1540 afirmó que en Alarcos, en la fuente de la Dulla había un tesoro escondido por los moros y para desencantarlo poseía una cédula morisca en la que estaba descrito todo el ritual preciso para ello. El primer paso fue degollar un gallo negro y recitar simultáneamente determinados conjuros a cual más estrambótico. Afirmaba, sin ningún tipo de pudor, que excavando hallarían un mojón bajo el que se encontraba la estatua de una cabra, y dentro de ella el tesoro, eso sí, guardada por dos fieros diablos. El tesoro al parecer nunca fue encontrado pero en el pueblo nadie tenía dudas de quién era realmente la cabra.

Ciertamente, siempre ha existido personas impacientes que han deseado salir de la miseria lo más pronto posible enriqueciéndose de manera fácil y rápida. Como estamos hablando de épocas en que la lotería y el bingo no estaban en uso, uno de los procedimientos más aventureros y espectaculares para conseguir estos propósitos era hallar un tesoro encantado, guardado por algún genio y a la espera del feliz afortunado que fuese capaz de desencantarlo. Es raro el lugar, tanto en España como fuera de ella, que no haya conservado la tradición de algún que otro tesoro de este tipo. La credulidad en todo esto era total, hasta el extremo que estaba reconocido por las leyes vigentes que todo aquél que descubriese un tesoro —encantado o no— estaba obligado a denunciarlo y a dar una parte del mismo al Rey. La búsqueda de esta clase de tesoros conforma una larga y abultada lista de estrepitosos y decepcionantes fracasos con algún que otro resultado positivo.

En la Comunidad de Castilla-La Mancha hay tradiciones de tesoros ocultos en múltiples localidades, muchas de las cuales han sido recogidas por el historiador Juan Blázquez Miguel. Por ejemplo, cerca del pueblo de Romanones (Guadalajara), en el centro de una planicie, se encuentra un lugar llamado oportunamente «El Tesoro», con una leyenda asociada de hace varios siglos. Cuenta la misma que un indiano regresó con una inmensa fortuna, pero le sorprendió la muerte y alguien cogió sus riquezas y las enterró. Esta persona, al morir, confesó su robo e indicó el lugar donde lo había ocultado, mas, aunque el terreno fue cribado, nada se pudo hallar, permaneciendo aún esas fabulosas riquezas esperando que alguien pueda dar con ellas. Es casi seguro que alguno de

nuestros lectores probará suerte por estos contornos.

Hay un tesoro para cada hombre

Nicolás Roerich, en su obra *Shambhala*, hace mención en uno de sus capítulos a los tesoros ocultos y reproduce una conversación mantenida con un herrero siberiano iniciado en altos secretos, que le confiesa que en la Siberia subterránea hay enterradas muchas riquezas, para luego comentarle lo siguiente, aplicable, creemos, a todos los casos de buscadores de tesoros que existen en el mundo, dándonos una serie de claves para entender el por qué de tantos fracasos en su búsqueda y captura.

—Hay un tesoro enterrado para cada hombre. Sólo que debemos saber cómo tomar estos tesoros. Un traidor no recibe ningún tesoro. Un borracho no sabe cómo acercarse a él. No prestéis atención a los tesoros con malos pensamientos. El tesoro conoce su valor. No oséis hacer daño al tesoro. Los tesoros deben apreciarse. Ellos no son enterrados con una palabra tonta, sino plegarias y conjuros. Y los conjuros inspiran un temor reverente. Y dondequiera que haya sangre en un tesoro, es mejor no aproximarse a él. El mismísimo Satán y con él todos los diablos protegen el oro sangriento.

Y si vuestro corazón ha decidido ir en busca de un tesoro, entonces id con cuidado. Mucho antes de aproximaros a él no habléis en vano, no os mostréis demasiado abiertamente; pensad vuestros pensamientos. Habrá terrores delante de vosotros, pero no debéis temer. Algo aparecerá ante vuestros ojos, pero no miréis. No tropecéis. Pues ir en busca de un tesoro es una gran cosa. Cuando se trate del tesoro, doblad vuestros esfuerzos.

No miréis a vuestro alrededor y, principalmente, no descanséis. Pues cada uno deberá descansar después en la tierra. Y si queréis elevar la voz, entonad plegarias a la Virgen. Recuerda, nunca llevéis compañeros con vosotros cuando vayáis en busca del tesoro. Si vuestra suerte llega y conseguís el tesoro, no habléis con nadie de él. Dejad que la gente piense que la mala fortuna os mantiene callados. Pero permaneced en silencio a causa de la fortuna. De ninguna manera reveléis vuestro tesoro de repente al pueblo, pues el ojo humano es opresivo. Las personas no están habituadas a los tesoros. Estos han yacido durante mucho tiempo en la tierra honesta. Si los reveláis a las personas, volverán a la tierra nuevamente. Y ni vosotros ni nadie más tendrá los tesoros, las gentes han echado a perder muchos tesoros a causa de su mezquindad.

—¿Y dónde está tu tesoro, herrero? ¿Por qué no has cogido tu tesoro?

—Para mí, allí yace un tesoro escondido. Yo sólo sé cuándo ir en su busca.

En España contamos con varios casos, además de los ya vistos, donde se dan estas premisas tan «universales». Uno de estos es el de mosén Ginés, cura de Huélamo, que vivió en el segundo decenio del siglo XVI. En 1530 unos vecinos de la cercana Tragacete, sabedores de sus habilidades y aficiones, acudieron a su casa y le comentaron que por allí andaba un hombre que sabía sacar tesoros ocultos, rogándoles les acompañara y les indicase los exactos lugares donde éstos se encontraban. Consintió de buena gana el mosén, y les llevó a Villar de la Serna, donde era tradición ancestral que había uno oculto bajo una piedra escrita, a su vez también sepultada. Al llegar a este lugar, el buscatesoros sacó un gallo blanco de una especie de morral que llevaba al hombro, le colgó una cédula del cuello, escrita con frases bíblicas, y lo soltó. Al poco tiempo, el ave cantó tres veces, señal inequívoca de que estaban en el buen camino. En ese mismo lugar comenzaron a excavar como locos, sin que nada fuese hallado salvo unos cuantos kilos de tierra y piedras.

Y es que esa gente era inasequible al desaliento, pues con anterioridad ya los vecinos de Tragacete habían estado cribando las cuevas conocidas como La Mena de los Chorros, con idéntico nulo resultado. El hombre, con su gallo, marchó en busca de otros tesoros, pero mosén Ginés, contumaz en su deseo de riquezas, consideró que el fracaso había sido debido a un error de cálculo y al cabo de poco tiempo volvió a cavar en el mismo lugar, sin que sus científicas previsiones diesen resultado.

Por esas fechas, los vecinos de Belmonte y San Clemente (Cuenca) conocieron la existencia de un tesoro escondido en la ermita de Nuestra Señora de Rus, pero al no saber cómo sacarlo recurrieron a un famoso zahorí, Pedro Zapata Torralba. Al llegar a la ermita éste entró en una especie de trance y afirmó ver bajo tierra un arca, sobre la que estaba tumbado un anciano «encantado» con una luenga barba blanca y dos seres negritos a su lado. Acto seguido, encendió siete velas; un sacerdote exorcizó el lugar —como si un lugar sagrado mereciera tales exorcismos— y leyó el Evangelio; los vecinos cavaron el lugar y el resultado era de esperar; hasta la fecha nada ha aparecido.

Cerca de aquí, en Huete, se dieron múltiples casos de este tipo, hasta el extremo que a nivel inquisitorial es quizá el sitio donde más procesos se incoaron por este supersticioso delito, siendo un verdadero muestrario de métodos los allí empleados. A causa de su esplendoroso pasado musulmán, desde siempre hubo el convencimiento de que en su castillo existían estos tesoros. Crédulo hasta el tuétano era fray Pedro de Castejón, que formó casi una sociedad para enriquecerse. Una de las hechiceras le informó que había un tesoro muy valioso, pero para poder sacarlo era preciso desollar un gato negro y poner su pellejo a un perro, con lo que el can iría derecho donde se encontrara el anhelado botín. Este método fue empleado inútilmente en varias ocasiones, y como debieron acabar con todos los gatos negros del pueblo, se determinaron por el sistema de la rabdomancia, consistente en utilizar varillas de granado bendecidas el Domingo de Ramos, las cuales debían inclinarse cuando se detectase el oro… Todos ellos permanecieron pobres de solemnidad hasta el fin de sus vidas.

Un musulmán que Pedro Hernández había encontrado en las cárceles de Vélez de Gomera, le regaló un viejo pergamino capaz de desencantar el más oculto tesoro que existiese. Con varios socios se dirigió al cerro de Alvar Háñez, en el que había una cueva con secular tradición tesorera. Una vez dentro, Pedro sacó una candela de cera virgen de colmenas nuevas fabricada por un fraile de San Benito y trazando un círculo se introdujo en él; encendió la candela y comenzó a leer el pergamino, mientras giraba alrededor del círculo. En determinados puntos, la candela tenía una mayor intensidad de luz y una vez dada una vuelta completa al círculo, donde mayor fue la luz se comenzó la excavación. Tras haber picado un poco apareció una especie de cueva y, sin dudarlo, en ella se introdujo el arriesgado Pedro con unas velas especiales, negras y agujereadas. Salió al poco rato indicando que era preciso abrir otra entrada. Así permanecieron tres días, casi sin comer ni dormir, dominados por el ansia de riqueza, sin descubrir otra cosa que restos de alguna antigua edificación.

Algunos del grupo, que no se resignaban a ser pobres, se trasladaron a Valdemoro, donde la Fuente el Moral tenía fama de tesoros encantados. Se sacrificaron, una vez más, gatos negros, recitaron conjuros y cavaron durante casi una semana, no encontrando sino una pequeña fuente de agua subterránea, que algo es algo.

Existía un pergamino que indicaba que en Gascueña, en la Fuente de la Higuera, había un tesoro morisco. Allí fue Domingo de Cepas en compañía de algunos vecinos e hicieron un sahumerio con hojas de laurel, mejorana y otras

hierbas y desollaron al consabido gato negro, con la esperanza de que la fuente se secara y apareciese el tesoro, lo que afortunadamente no sucedió y los vecinos pudieron seguir beneficiándose de su valiosa agua para el regadío de las cosechas.

La relación de antiguas fuentes de las que o bien manaba agua milagrosa o bien albergaba tesoros en su interior, siempre ha tenido notorias reminiscencias paganizantes. Son lugares de tradicionales asentamientos de seres mitológicos como ninfas y genios de las aguas. Al ser considerados estos personajes como encantados, lógicamente debían guardar o proteger algún tesoro de las mismas características. Además de las fuentes, otros lugares propicios para enterrar diversas riquezas fueron las ermitas y cuanto más alejadas de la población, mucho mejor. Así en la ermita de San Pedro el Viejo (Torrijos) o la ermita de San Jorge en Madrigueras.

No siempre intervienen animales, vivos o muertos, en la búsqueda de lugares encantados. Otras veces es el propio animal quien ostenta esa condición. La isla de Mallorca, en una cueva desconocida por la mayoría de la gente y situada en el término de Puigpunyet, alberga un gran tesoro custodiado en esta ocasión por un «gallo de fuego» (posiblemente la leyenda se está refiriendo a un basilisco) que ataca a quienes intenten apoderarse del mismo. El único día propicio para desencantar tanto al gallo como al tesoro, es en la mañana del día de San Juan, siempre y cuando se encuentre primero la boca de la cueva que por alguna parte estará.

Falsos tesoros y ninfas guardianas

Cuando se habla de estos temas, es difícil encontrar referencias suficientes para ubicar sin lugar a dudas el sitio donde se encuentra el posible tesoro enterrado. Sin embargo, en la provincia de León existe uno de estos lugares.

Una anciana reveló a la hora de morir a los del pueblo leonés de Cármenes, el lugar donde se hallaba escondido el tesoro del denominado «poblado de San Pedro» (unas ruinas que se encuentran en el valle de Gete), lugar donde se habían ocultado los dineros de todo el poblado, a cubierto de toda tentación y sospecha. Se expresó así:

«Sierras Bermejas,

prado del Carnero,

en dos ollas está el tesoro,

una de veneno y otra de oro.

Por la rendija de la Fedóndiga

le entra el aire a la moneda».

Estén atentos al simbolismo dual que supone la elección entre dos alternativas y que veremos con más detalle en el siguiente capítulo.

Efectivamente, allí cerca se halla el prado del Carnero y las Sierras Bermejas o sierras rojas, llamadas así por el color de su roca ferruginosa. En las Sierras Bermejas se aprecia una hendidura por la parte superior de no muy ancha cavidad pero profunda, en la que crecen los espinos y que llaman la grieta de la Fedóndiga.

Los mozos ya han explorado varias veces el lugar y practicado alguna calicata en la base de la sierra. No existe ningún indicio de que se haya encontrado riqueza alguna, pero la leyenda se mantiene a pesar de todo.

Tanto en la provincia de León como en otros lugares, los tesoros ocultos suelen estar en relación con misteriosas piedras repletas de inscripciones, señalizando tan precioso botín. No nos resistimos a contar una anécdota en este sentido. En el alto de la Collada, por donde transcurría el camino que bajaba a La Tercia, a Fontún y Villamanín, el historiador Matías Díez Alonso oyó comentar a su abuelo un hecho que había ocurrido en su época. Le relató que existió una gran piedra con una inscripción que decía:

—«*Dadme la vuelta y veréis lo que debajo hallaréis».*

Subió el pueblo de Gete con palancas y azadones y consiguieron dar vuelta a la gran mole caliza y hallaron otra inscripción que ahora les decía:

—«*Gracias a Dios y alabado que ya estoy del otro lado».*

Todos se quedaron con una misma expresión: la de haber sido burlados por un genial bromista de épocas pretéritas. Los vecinos de Gete, con un escaso sentido del humor, tomaron represalias contra la piedra caliza, que deshicieron en mil pedazos a golpes de maza. La moraleja parece evidente: no es oro todo lo que reluce y no todo aquél que busca, encuentra. Pero no siempre el resultado es el mismo. En el alto del Castiecho se dice que un vecino del pueblo encontró un tesoro bajo una losa esculpida a mazo y buril. ¿Tal vez este vecino reunía las condiciones necesarias para ser merecedor de tal fortuna? Nunca se sabrá.

El asturiano Constantino Cabal relata que aquellos tesoros que la gente asegura que no existen se encuentran, sin embargo, a cada paso y cita, para demostrarlo, una aventura clásica española cual fue el encuentro casual de unos humanos con seres sobrenaturales femeninos en el interior de una cueva en el término municipal de Barchín del Hoyo (Cuenca), que a su vez tomó prestada de los *Avisos* de Barrionuevo publicados en el año 1892.

Relata que en esta cueva penetraron unos niños intrépidos y al poco descubrieron asombrados una serie de patios con columnas, con zócalos y con fuentes. Al llegar a un callejón, todos se dieron media vuelta presos de miedo menos uno que siguió adelante con un hachón en la mano, encontrando en una habitación iluminada a tres mujeres que él creyó, gracias a sus lecturas, que eran ninfas de gran belleza. Estas le mandan avanzar y quieren conocer sus intenciones.

—¿Es que buscas tesoros?

—Ciertamente.

—Pues los encontrarás más adelante y mucho mayores que aquí.

Fiel al consejo dado, siguió avanzando por las galerías subterráneas. Llegó por fin a una puerta, se asomó y vio una multitud de arcones llenos de monedas de oro. Cuando quiso coger unas pocas «se le opuso delante una sierpe redonda como una araña, tan grande como la rueda de un carro, y con las uñas y garras se lo estorbó, hallándose, sin saber cómo, en la misma puerta por donde había entrado…».

Y el cronista Barrionuevo concluye la historia de esta particular manera:

—*Esto es así, como lo cuento.*

Minas de oro y alquitrán

Existe en tierras gallegas una vieja leyenda que tiene multitud de variantes según la comarca, la provincia o la aldea en la que se oiga. En cualquier caso, a juicio de los grandes estudiosos del folklore y la antropología gallega, es sin lugar a dudas, una historia que se pierde en la noche de los tiempos. Nos referimos a la existencia de una viga de oro y otra de alquitrán que se encuentran en aquellas cuevas en las que habitan *encantos* y que se conserva prácticamente en cada castro, si bien cada viga con distinta significación: la del metal precioso concede a quien la descubre todo tipo de riquezas y la de alquitrán producirá un terrible incendio que destruirá la cueva, pereciendo quien la divisa y generando enormes desgracias entre quienes estén en los alrededores. En algunos lugares estas vigas pueden ir acompañadas de una tercera que normalmente está compuesta de alguna sustancia de gran valor, como plata, diamantes, platino, etc.

Bastantes autores estarían inclinados a pensar que detrás de la significación de las dos vigas existe algún tipo de camino iniciático dual que ha de recorrer quien busca lograr la riqueza mediante la localización de un tesoro encantado. En otros casos, el sendero iniciático debe afectar a toda una comunidad humana, exigiendo por ejemplo que todo un pueblo olvide sus enemistades y enfrentamientos y alcancen un grado sincero de amistad y colaboración, consiguiendo como premio la viga de oro, caso que señala Xesús Taboada para Velle (Orense), donde se dice que hay una mina de este tipo en la sierra de Mosteironda.

Seguiremos la versión que nos facilita el escritor y folklorista gallego Vicente Risco, no localizando el relato en ningún lugar concreto, toda vez que las distintas versiones son muy similares en toda Galicia y difieren unas de otras solamente en ligeros detalles que no afectan, en ningún caso, al contenido básico del relato, es decir, hay dos amigos, dos caminos, dos razas de seres subterráneos, dos vigas…

Dos jóvenes charlaban animados en una tasca de su aldea acerca de un «encanto» que vivía al parecer en lo más profundo de una sima que se encontraba en una cueva cercana. En ocasiones, la *fada* salía al exterior y, sobre una roca, peinaba sus cabellos rubios y hermosos con un maravilloso peine de oro.

Desgraciadamente, nadie había conseguido hasta entonces penetrar en la cueva, porque en ella habitaban mouros y otros genios maléficos capaces de hacer terribles cosas con los curiosos que alterasen la placidez de su aislamiento. Por tanto, todo lo que se decía no pasaba, evidentemente, de ser un cuento. Si querían saber lo que allí se ocultaba solamente tenían un medio: ir a la cueva personalmente.

Apareció un amigo común, que enterado del tema de su conversación les dijo que conocía una manera de superar los hechizos que protegían el tesoro y que le había contado su abuela. Según decía la anciana, para superar los obstáculos era necesario mucho valor, pero también, tener un talismán que no era otro que el peine de oro de la fada. Obtenido el peine, aprovechando un descuido del ser sobrenatural, para lo que hacía falta moverse con gran rapidez, era preciso sustituirlo por otro de diferente material. Una vez dentro de la gruta, la posesión del peine de oro les permitiría a los osados aventureros alcanzar el lugar en el que se encontraría una increíble viga de oro que los haría ricos, pero si penetraban en la cueva y no llevaban el peine darían con una viga de alquitrán que los abrasaría vivos.

Después de conocer esta información vital, la pareja de muchachos se dirigió a la entrada de la cueva, la víspera de un día de San Juan, como es habitual en estos casos. Antes habían fabricado un peine de carey y esperaron emboscados a que apareciese el hada. Al amanecer, vieron como ésta salía del interior de la tierra por la entrada de la cueva y se peinaba su bonita cabellera rubia. Los dos amigos se acercaron sigilosamente. Sin embargo, cada uno de ellos tenía un deseo diferente. A uno de los dos, al que llamaremos Xosé, le guiaba la aventura y el conocimiento de nuevas experiencias (el mundo interior). Al otro, al que llamaremos Martín, le fascinaba la riqueza y la fama (el mundo exterior).

Durante un rato observaron la intensa belleza élfica del hada y cómo peinaba sus cabellos que a los rayos del sol de la mañana adquirían un brillo de una hermosura inigualable. En un momento determinado, se le cayó el peine y, antes de que pudiera recogerlo. Xosé, puso en la mano del encanto el peine de carey. La dulce hada se volvió con rapidez y vio a los dos muchachos. No sólo no pareció sorprenderse, sino que además, los invitó a seguirla al interior.

No habían entrado en la cueva, cuando Martín descubrió en el suelo junto a unos matorrales el peine de oro y rápidamente se agachó para cogerlo y lo guardó dentro del bolsillo de su chaqueta. Al poco tiempo, el camino se dividió en dos

senderos. Ambos estaban sumidos en la oscuridad y ninguno de los dos inspiraba mucha confianza. Xoxé tomó el primero, a la derecha y Martín el segundo, a la izquierda, pues el hada le cogió por el brazo y le dirigió por ese sendero. De los dos amigos, Xoxé era el que en principio se mostró más inseguro, ya que a la oscuridad del camino se unía la soledad, en tanto que Martín iba acompañado de la bella dama, quien además de su hermosura sobrehumana vivía allí, lo que le confería una mayor tranquilidad.

Después de caminar por la cueva, ambos llegaron a una salida. Xoxé se encontró rodeado de unos extraños seres de largas barbas blancas y vestidos con hábitos de idéntico color sentados alrededor de una mesa (recuerde el lector el ya mencionado tesoro de la ermita de Nuestra Señora de Rus). Al verle entrar uno de ellos le dijo:

—¡Bienvenido! Fuimos encantados por brujos moros y llevamos siglos en esta triste cueva, siendo la única posibilidad que tenemos para salir de aquí que un humano nos hable del Dios verdadero y nos bautice, pues no somos cristianos a los ojos del cielo. Debido al tiempo que aquí llevamos seguimos unidos a nuestras viejas costumbres, las que nos enseñaron los druidas y no tenemos noticia de cómo es la verdadera religión. Si nos bautizas y explicas el fundamento de tu fe obtendrás riqueza material y espiritual.

Las leyendas de minas de oro y de alquitrán tienen un encanto especial, pues en ellas aparecen unidos casi todos los elementos de la trama del «juego» al que hacemos referencia en este libro. Hay dos amigos, dos caminos, dos vigas, etc. Ocultan una compleja prueba iniciática a la que ocasionalmente son sometidos algunos seres humanos.

Xoxé le escuchó con atención, pero vio con asombro que en el techo había una gigantesca viga de oro, de la que pendía la lámpara que iluminaba la estancia. Al ver su rostro iluminado por la luz, el anciano que había hablado se percató que el joven visitante estaba anonadado ante lo que veía. Por ello para tranquilizarle le comentó:

—Como puedes ver, la viga está cubierta de inscripciones que contienen, en un lenguaje ideado por nuestro padre Ogmios, la totalidad de la historia pasada, presente y futura. Por lo tanto, como verás, podrás ser no solamente rico, sino también sabio.

En tanto Xoxé recibía la explicación del anciano encantado, Martín se encontró súbitamente rodeado de gigantescos moros. Aterrado al principio, luego se calmó, ya que vio cómo aparecían unas bellas jóvenes que le ofrecieron néctar y deliciosas frutas. Las huríes bailaron junto a él y una muchacha, aún más hermosa y completamente desnuda, se encargaba de que su copa estuviese siempre llena de tan extraña y rica bebida.

Al cabo de un rato, embriagado por la bebida y por el espectáculo, vio como se le acercaba uno de los enormes moros que le habló con voz firme y dura:

—Al lado de esta sala, unos seres crueles, de los que estamos separados por un muro, guardan una viga de oro a la que no podemos llegar. Si tú la alcanzas romperás nuestro hechizo y, por otra parte, te harás enormemente rico. Solamente un mortal podrá conseguirlo y tú eres la persona idónea. Si consigues atravesar el horno que ves allí, y llegas a la otra sala, abre los cerrojos de la puerta que separa las dos salas y podremos invadirles.

Martín, loco de ambición por la riqueza que podía lograr, se introdujo en la estrecha galería y gateando avanzó por ella con rapidez. De pronto notó algo, había tropezado con la viga de alquitrán. La antorcha prendió fuego en ella y una tremenda explosión sacudió la cueva y un gran incendio duró varios días extendiéndose por los bosques vecinos.

Durante mucho tiempo después del suceso, nadie en la aldea supo el porqué de la desaparición de Martin. Fue Xosé, ciego después de aquella aventura, quien, poco antes de morir, refirió toda la historia a uno de sus nietos, al que confesó que el pueblo subterráneo y la viga de oro siguen estando en el mismo lugar, pero que el precio que se tiene que pagar por localizar a esos seres o por conseguir la viga es demasiado elevado. A buen entendedor…

Hemos hecho alusión a Vicente Risco, historiador, etnógrafo y escritor gallego. De él se sabe que ha sido un gran conocedor de los mitos y las tradiciones de su tierra: mouros, trasnos, licántropos, procesiones de ánimas, ciudades sumergidas… no le eran indigentes. Precisamente por poseer este bagaje cultural es significativo el señalar una casi desconocida novela suya titulada *La puerta de paja*. Extraña obra donde las haya y casi «revelada». La escribió en el otoño de 1952 y concursó con ella al Premio Nadal sin conseguirlo. Según confesó en una carta dirigida a su amigo Fernández Figueroa «fue escrita en unos 20 días, sin plan, sin asunto, sin saber lo que iba a hacer, sin meditar, poniéndome a escribir lo que saliese… y sin embargo, poco a poco fue tomando coherencia ella sola, hasta acabar de un modo que ya me parece no sólo demasiado racional, sino demasiado real».

Narra una historia intemporal y utópica. Nos llama la atención uno de sus párrafos, haciendo mención de una extraña «puerta», sobre todo a estas alturas del libro y después de saber lo que sabemos. Finamoro o la Gracia advierte al pecador con estas palabras:

«He aquí la Puerta de Paja… Estás, como en tus sueños, ante ella… Una de dos: detrás de esta puerta está Roma o está la Nada. Si está la Nada, todo ha sido delirio y absurdo y nada ha existido, ni el mundo, ni los hombres, ni Nerbia, ni la mitra, ni el poder, ni los honores, ni los placeres, ni los triunfos, ni tú mismo; Baldonio no habrá existido… La Puerta se abrirá en cualquier momento y serán tragados por la Nada.

Pero si detrás de la puerta está Roma… Si hay Dios, existe el mundo, existen los hombres… el placer y el dolor, el bien y el mal, existen el cielo y el infierno, existe la

eternidad… Entonces, este suelo que nos sustenta, es verdadero suelo… O lo uno o lo otro. Ahora, tú mismo, tú solo has de decidirte. Medita y elige».

Nos habla, con otras palabras, del tonal y el nagual, de lo manifestado y de lo invisible, del orden interno y externo, de lo real y lo imposible, del todo y la nada. Si al abrir esa «puerta» está la Nada, tal vez este libro ni siquiera haya sido escrito nunca…

4

Ciudades y reinos perdidos

Pues bien, Hitler y los suyos consideran que la teoría de la Tierra Hueca corresponde exactamente a sus principios y hay quien dice incluso que si yerran algunos blancos las V1 es precisamente porque calculan la trayectoria partiendo de la hipótesis de que la superficie es cóncava y no convexa. A esas alturas, Hitler está convencido de que el Rey del Mundo es él y de que el estado mayor nazi son los Superiores Desconocidos.

Umberto Eco: El péndulo de Foucault

Del mundo hueco y cóncavo

n el año 1818, J. Cleves Symmes (1780-1829), oficial de infantería de Saint Louis (Ohio), dirigió un manifiesto a las principales instituciones académicas de los Estados Unidos, a las Universidades, al Congreso y al Senado de su nación, así como a conocidos y destacados sabios de Europa. En su manifiesto, el capitán Symmes aseguraba poder demostrar que la Tierra, en contra de lo que se creía, estaba hueca.

Symmes, que era un destacado astrónomo aficionado, consideraba que todo lo que existía en el Universo, desde un cabello hasta el tallo de una planta, estaba hueco y, por lo tanto, no había razón alguna para que los planetas no lo estuviesen también. Había nacido «la teoría de la Tierra Hueca», válida en su tiempo, aunque ya por entonces a cualquier persona culta le parecería cuando menos inverosímil.

Personalmente, a Symmes le había llamado la atención la migración de las aves hacia el norte, que él atribuía a dos factores: la existencia de un sol interior que causaba las auroras boreales y la existencia de corrientes de agua cálida próximas a los polos. Para él, tanto el Polo Sur como el Polo Norte estaban huecos y constituían el camino que permitía alcanzar el mundo interior. De hecho no le bastó con imaginar un solo mundo interior sino que ideó cinco esferas, una dentro de otra y abiertas por los polos. Por supuesto, Symmes, sospechaba que todos estos mundos eran habitables.

Cuando murió en 1829, estaba convencido de tener razón y precisamente meses antes de fallecer trataba de viajar hasta San Petersburgo para unirse a una expedición rusa que partía con rumbo al Polo. Además, las observaciones del capitán Weddell en su viaje austral de los años 1822-23, le habían convencido de la existencia de mares cálidos en las proximidades del Polo Sur.

Symmes lo único que hizo fue recoger una creencia bastante más antigua y

generalizada que su hipótesis. Creencia que es la que nos interesa destacar en esta obra, por cuanto se dan detalles sobre extraños lugares inaccesibles y sospechosamente similares a otros.

Sin prescindir de religiones comparadas de antiguas culturas, de la mitología y del folklore sobre civilizaciones o reinos de la infratierra, el mito de la Tierra Hueca se hunde en viejas leyendas y supersticiones —con una tradición al menos de cinco mil años— que nos hablan de una raza de seres del subsuelo que, en una edad indeterminada, construyeron grandes túneles por todo el planeta. Viven bajo los lagos, las montañas y en las cuevas. Hogar de gnomos, enanos, ondinas, elfos, dragones, etc., y como recordará el lector, ésta era una de las cuatro teorías que expusimos sobre el origen de la Gente Menuda.

Incluso todavía hoy cuenta con acérrimos seguidores y hasta se publican libros en su defensa, como el del argentino Guillermo Alfredo Terrera (*Antropología Metafísica*), el cual, basándose en ciertos conocimientos ocultistas, está convencido que en el interior del Polo Norte está ubicada la Thule Hiperbórea y que en el Polo Sur o Antártida se encontraría la apertura hacia la Thule invertida, siempre de acuerdo con la antigua máxima de que *lo que está arriba, también está abajo*. Por su parte, el español Armando Galant ha publicado una extensa obra, titulada *El gran enigma de la Tierra*, para llegar al final a la siguiente conclusión:

«La teoría de la Tierra Hueca viene a explicarlo todo. Desde la causa de las auroras boreales y de los terremotos, al misterio de los OVNIs; desde la presencia de bestias desconocidas sobre la Tierra hasta los milagros de Lourdes y Fátima y la personalidad de Cristo…(sic). Desde el origen de los dioses hasta el origen del hombre… Creo ver claro. Todo está allá abajo: las mitologías, los misterios religiosos, lo que cuentan las leyendas, los simbolismos de los cuentos infantiles, el enigma de los seres que nos visitan y de los humanos que desaparecen…».

Ojalá todo estuviese tan claro como lo presenta Galant y se pudiese encontrar un solo origen a todos estos misterios. Ojalá hubiera una especie de «teoría-panacea» que sirviera para explicar absolutamente todos los hechos inexplicables.

Quien más se ha hecho eco de esta delirante teoría, a falta de científicos serios que la apoyasen, ha sido la literatura fantástica, la cual ha aportado en bastantes ocasiones una serie de intuiciones dignas de tener en cuenta. En las

notables novelas del escritor alemán Johann Hans Jakob Christoffel von Grimmelshausen, sobre el aventurero «Simplicissimus», se describe un mundo interior llamado precisamente «Centrum Terrae» habitado por una raza de *espíritus acuáticos*, mortales y con alma. Estos espíritus se comunican con nuestro mundo a través de los lagos y fueron creados por cuatro poderosas razones. A saber: ofrecer a los espíritus una *ventana* a nuestro mundo, sujetar los mares y los océanos a la Tierra, proporcionar una red de agua dulce mundial y ser la expresión de la voluntad del Creador.

El motivo de citar esta obra reside en que ofrece, casi un siglo antes de la primera teoría sobre la Tierra Hueca, una serie de datos que siempre aparecen en las leyendas y narraciones sobre seres elementales de la naturaleza. Al igual que éstos, los *espíritus acuáticos* de Grimmelshausen, viven unos trescientos años, pero son mortales. Además tienen como misión proteger la Tierra, mantenerla húmeda y cuidarla permanentemente.

También aporta como dato valioso uno que luego aparecerá en todas las teorías de la Tierra Hueca: la distancia que separa al mundo interior de la superficie es de unos mil trescientos a mil quinientos kilómetros.

Muchas apariciones de OVNIs están impregnadas de una mágica atmósfera de ensueño que recuerda poderosamente el folklore y los cuentos de hadas. La realidad espacio-temporal, ya lo hemos comentado, se distorsiona en estas experiencias. Un largo período de nuestro tiempo puede encogerse como una lenteja, y un instante parecer que ha abarcado eones. Existe un ejemplo de esto en un extraño libro revelado. Hacia 1860 un hombre de Cincinnati, Llevellyn Drury, recibe telepáticamente el contenido de 452 páginas que dará lugar al libro *Etidorpha*, que trata de un viaje a mil trescientos metros bajo la superficie, a la Tierra Hueca, realizado por un hombre que es guiado por un humanoide salido de una novela de ciencia ficción. Durante su viaje, el protagonista, que ha sido castigado por divulgar osadamente los secretos de una asociación de alquimistas, llega con su guía a un gran hongo en forma de tazón. Inclinándose hacia él, coge un fruto recubierto por una dura cáscara transparente y lleno de un líquido verde claro. El guía se lo quita inmediatamente, rompe la cáscara y le da la mitad, ordenándole beber. Tras hacerlo, se produce un cambio en su interior. Queda un tanto sorprendido al oír a su compañero enfrascado en una disertación sobre un tema completamente ajeno a lo que había estado hablando anteriormente.

La bebida verde es sin duda familiar a los que han estudiado el caso

ufológico de José Antonio de Silva, que sostuvo haber sido raptado por unas «pequeñas criaturas de barba roja» en un artefacto luminoso, que le hicieron beber un líquido verde. Estuvo fuera cuatro días y medio, pero estaba convencido de que sólo habían pasado, como mucho, uno o dos días. Nuestro héroe, en el viaje por el interior de la Tierra, pasa años expuesto a varios cambios climáticos que casi lo destruyen, mientras sigue su peregrinación. De pronto, se encuentra de rodillas junto al hongo, con el humanoide ante él y el recipiente vacío a su lado. Al preguntar cuánto tiempo ha pasado desde que tomó la bebida, se le informa que ha sido sólo el tiempo que tardó en caer de rodillas, otro paralelismo más con el caso de Silva, donde el tiempo parece alargarse en una ocasión y reducirse en otra. En cualquier caso, el tiempo siempre es un factor que resulta implicado en esta clase de experiencias.

Los defensores de la teoría de la Tierra Hueca afirmaban que nuestro planeta está constituido de varias capas o esferas concéntricas hasta llegar a un sol central que ilumina todo el mundo inferior, con entradas por los polos.

Alejándonos un poco de estas aventuras noveladas, el doctor Halley, famoso por el descubrimiento del cometa que lleva su nombre, suponía que la tierra estaba

formada por tres niveles internos o, incluso, que podían existir otros planetas dentro del nuestro. Además de Halley, otros ilustres pensadores creían firmemente en la posibilidad de la existencia de mundos interiores con sus mares, continentes y habitantes. Entre ellos destacan John Leslie, uno de los primeros descubridores de la fabricación de hielo artificial, el matemático Leonard Euler, creador de la teoría de conjuntos, y más recientemente Marshall Gardner que, todavía en 1920, defendía la existencia de aberturas polares que daban entrada a los mundos interiores. Fue esta última versión de la teoría de la Tierra Hueca la más popular, la misma que se difundió en un libro de notable éxito: *The Hollow Earth* de Raymond Bernard.

En la actualidad es evidente cómo son los Polos y lo que hay en ellos, sin embargo la teoría de la Tierra Hueca agilizó las mentes y el subconsciente de algunos escritores y fue generadora de algunas curiosas y viejas hipótesis sobre la existencia de una humanidad escondida en el interior de su núcleo, posiblemente desde la época del Diluvio (hace unos 12 000 años). Allí estarían ocultos todo tipo de personajes variopintos, desde los supervivientes de la Atlántida, hasta templarios, pasando por extraterrestres y «Superiores Desconocidos». Un mundo «inaccesible», al que era posible llegar después de azarosos viajes.

La realidad es que se ha intentado elaborar una compleja, caótica y sofisticada teoría —la de la Tierra Hueca— basada casi en un arquetipo o axioma que casi nadie ha puesto en duda: la existencia de civilizaciones en las galerías subterráneas de nuestro planeta. Cuando en los mitos se hablaba de intraterrestres o de los señores de la infratierra se referían a seres sobrehumanos (gnomos, elfos, hadas, gigantes, dragones, entidades de luz, etc) que habitaban en ciudades subterráneas, pero nunca en el centro de la Tierra, con su sol y sus estrellas. Hablaban de mundos paralelos, tanto en planos visibles como invisibles, de extrañas razas que en la noche de los tiempos se pelearon y una de ellas quedó relegada y condenada a habitar las oquedades de la Tierra, en las cuevas y en los túmulos. Ciudades que albergan grandes riquezas —hasta bibliotecas— y que se comunicaban con largos túneles subterráneos, que más tarde fueron utilizados por otros seres, incluso humanos, para esconderse y formar allí sus propias ciudades.

La creencia en civilizaciones humanas y no humanas en el interior de grutas y cavernas de la Tierra, ha existido siempre. No es preciso detenerse demasiado en la mitología clásica por la cual sabemos que existía un reino intraterrestre. Cuando Cronos, el Anciano Padre, tuvo hijos, los devoró. Gea, su compañera, la Vieja Tierra, consideró oportuno reemplazar los hijos recién nacidos por piedras, que

fueron sucesivamente devoradas por Cronos. De esta forma, quedaron con vida Zeus, Poseidón y Carón restaurándose el origen de todo. El tiempo (Cronos), devoró el recuerdo de los primeros hombres y posteriormente sus obras (las piedras), con lo que sólo quedó, para quienes nacieron después, el recuerdo de los que recibieron el dominio del mundo, es decir, Zeus, que dirige la Tierra, Poseidón, señor de los Océanos y los Mares y Carón, que recibió los Infiernos. Hubo, pues, tres reinos o áreas de dominio, uno terrestre, otro marítimo y otro subterráneo.

En general, los mitos consideran siempre al mundo subterráneo como un lugar infernal (de *inferos*: inferior), poco apto para la vida del ser humano, aunque rebosante de antiguas razas que aún viven allí. Un lama dijo al polaco Ferdinand Ossendowsky:

«Todas las cavernas subterráneas de América están habitadas por el pueblo antiguo que desapareció bajo la Tierra. Todos estos pueblos y sus espacios subterráneos están gobernados por jefes que reconocen la soberanía del Rey del Mundo. Los habitantes de este reino pertenecen a la raza antediluviana que pobló Lemuria y la Atlántida. Se alumbran con una luz especial capaz de hacer florecer las plantas y gozan de una longevidad increíble, pues no conocen las enfermedades».

Peter Kolosimo se detiene en algunos sorprendentes casos de supuestos encuentros con habitantes del mundo subterráneo y sobre todo destaca la existencia de conexiones entre partes muy alejadas de nuestro planeta, por medio de vías o caminos poco explorados, como la conexión entre el lago Constanza en Austria y el lago Watter en Suecia, lugar misterioso en el que se ven con frecuencia luces extrañas que los campesinos atribuyen al resplandor de las ciudades mágicas construidas por los gnomos, así como la existencia, hoy bien conocida, de auténticos mares interiores situados bajo el subsuelo.

En todos estos casos, el mundo interior no sería sino una prolongación del de la superficie y se puede llegar a él por medio de grutas o cuevas físicas que, en ciertos casos, sirven de entrada o conexión con el «País Borroso» o con razas intraterrestres. En otros casos, la única manera de conectar con ellas es a nivel astral.

Crónicas de Pellucidar: civilizaciones intraterrestres

Algunos novelistas, principalmente del siglo XIX y principios del XX, usaron la teoría entonces «científica» de la Tierra Hueca para generar en la imaginación de los lectores, reinos legendarios ocultos a nuestros ojos, pero a los que teóricamente se podía llegar. Es conocido el mundo subterráneo que encuentran los expedicionarios de la novela de Julio Verne *Viaje al centro de la Tierra*. Igual ocurre con la *ciudad de Paroulet*, habitada por los primeros seres humanos y construida por un antepasado de Noé (*Le cité des premiers hommes*. Maurice Champagne. Paris. 1929) o Protocosmos, reino del subsuelo que está habitado por los megamicros, seres ovíparos y hermafroditas que son del tamaño de niños y de todos los colores menos el blanco y el negro, descritos en una obra publicada en Praga en 1788, por Casanova di Seingalt.

En todo caso, la creación más notable, a nuestro juicio, tanto por su calidad como por la trascendencia que ha tenido luego en las novelas de aventuras «espaciales», son las obras escritas por el creador de Tarzán, Edgar Rice Borroughs (uno de los pioneros de la ciencia ficción y que también escribió novelas sobre el espacio exterior, cuya acción transcurre en Marte o Venus).

Borroughs, creó un submundo fantástico llamado *Pellucidar*, en una serie de libros publicados desde 1914. Para llegar a Pellucidar hay que ir a una abertura en la Tierra situada en el Polo Norte. Borroughs, da una visión cuidada y detallada de su mundo interior, que nos interesa en tanto que la descripción física de la misteriosa Pellucidar, coincide sorprendentemente con los relatos legendarios de aquellos que dicen haber visitado el País de las Hadas y, además, se señalan fenómenos análogos a muchos de los descritos por nosotros en esta obra. El autor desarrolla en este ciclo de seis volúmenes la tesis de una Tierra hueca conteniendo un sol central y donde se encuentra encerrado todo un pequeño universo: poblaciones primitivas, bellas salvajes desnudas, brujos crueles, monstruos prehistóricos… Hay que destacar lo siguiente:

En Pellucidar la percepción del espacio es diferente a la de nuestro mundo, ya que estar en el interior de la Tierra «es como permanecer de pie en el fondo de una copa, cuyos lados se curvan hacia el cielo». Por esta razón, puede verse un árbol a kilómetros y no percibir una montaña cercana.

Igualmente, el tiempo no se puede concebir igual, ya que al contar con un sol interior, que jamás se mueve, impide calcular las horas con claridad, por lo que el tiempo se mide únicamente por «el sueño» o período en el que se duerme. Esto hace que la gente envejezca más lentamente que en la superficie y, por lo tanto, vivan más. El sol, como decíamos, está fijo pues está controlado por las fuerzas de atracción de la Tierra de igual forma en todos sus puntos y circundado por un satélite que al girar con nuestro planeta, proyecta siempre su sombra en el mismo punto, con lo cual hay una zona siempre iluminada y cubierta de claridad y otra (una región que él llama «Comarca de la Sombra Terrible»), donde siempre es de noche.

Existen islas (una de las cuales tiene por nombre Ruva) que, al igual que nuestras islas mágicas, aparecen y desaparecen e incluso son desplazadas por la corriente a puntos diferentes del mar interior.

La vegetación es diferente a la de nuestro mundo y las plantas no suelen perder las hojas, no hay diferencias estacionales aparentes y siempre hace calor.

La fauna, diferente a la de la superficie, cuenta con animales ya extinguidos y con seres extraordinarios como los *mahar*, reptiles telépatas e inteligentes. Toda una extraña fauna que haría feliz al más exigente criptozoólogo.

Todas estas «casualidades» que se aprecian pueden ser debidas al buen conocimiento que tenía Borroughs de los legendarios mitos del folklore céltico que hablaban de visitantes procedentes del extraño y lejano País de la Gente Menuda.

Como curiosidad, comentar que este autor, en el cuarto de sus seis volúmenes dedicados a Pellucidar, intentó hacer partícipe de algunas aventuras en este mundo interior a su hombre-mono Tarzán (*Tarzan at the Earth's care*, 1930), con más pena que gloria.

Los Reinos ocultos del mundo

Si hiciéramos una rápida clasificación de todas aquellas tribus perdidas, reinos o ciudades míticas de las que nos dan parte las tradiciones de los distintos países y ubicadas en zonas muy opuestas de nuestro planeta, tal vez nos sorprenderíamos y tendríamos que hacer una lista más larga de la que algunos lectores se podrían imaginar. Todos estos reinos gozan de unas características comunes como, por citar tan sólo unos ejemplos, que las habitan seres poderosos e inmortales, que disponen de una gran riqueza en oro y plata y que tienen una condición paradisiaca, casi utópica. Por lo general, se les ubica en el interior de la Tierra, es decir, en grandes grutas, cavernas o túneles (nunca en el sentido que lo entiende la teoría de la Tierra Hueca), aunque no siempre es así, encontrando reinos de esta especie en islas remotas o en lugares inaccesibles, pero al aire libre. Debido a estos componentes míticos, estas ciudades están revestidas de un cierto encantamiento que entronca con la tradición folklórica de otras ciudades sacralizadas en la memoria colectiva, en las cuales su descubrimiento por parte de extraños, supone casi siempre la violación de algún tabú y la destrucción del espacio edénico en el que viven sus habitantes (verbigracia, el País de las Hadas para el primer caso, la mítica Sangri-Là en el segundo).

Otras dos características que se podrían señalar es que dentro de su ámbito geográfico interior el tiempo no se computa según las medidas humanas y que se trata de reinos espirituales e invisibles a los ojos humanos. El hecho de que sean espirituales no quiere decir que sean angélicos, virtuosos o muy evolucionados. En algunos de estos reinos, aseguran que tienen sus sedes razas de seres extraterrestres, la Orden Negra, el Gobierno Oculto del Planeta, alguna Logia luciferina o la morada de entidades de baja estatura y poco evolucionadas.

Una de las últimas teorías que han sido divulgadas sobre estos temas y donde se amalgaman aspectos tan diversos como una estirpe mesiánica, razas subterráneas, OVNIs, nazis, sociedades secretas de alto nivel y armas de un gran poder destructivo, nos la suministra el historiador francés Jean Robin en su obra *Operación Orth*. Afirma —y de paso nos advierte— que bajo los Andes hay una civilización intraterrestre que sería la depositada de lo mejor de la inteligencia del planeta. Sería un «Papado Tecnológico Espiritual» que ha dominado técnicas como

la levitación y la desmaterialización de objetos, pudiendo atravesar con sus OVNIs paredes sólidas. Habla de la Orden Negra que habita en estos subterráneos y que dispone de poderes para provocar terremotos y cambios atmosféricos, es decir, armas geofísicas y kamamanásicas. Esta civilización es capaz de fabricar réplicas psíquicas de los platillos volantes. El sistema de túneles atraviesa los Andes y se extiende por todo el mundo (incluido Rennes-le-Château). Afirma que existe una relación entre los avistamientos OVNIs de América del Sur y los centros de investigación nazis de la cordillera de los Andes. Su tecnología material y psíquica está alimentada por el *Cheshkin*, aparato que produce una llama verde con reflejos dorados. Cuando ésta se solidifique significará que un acontecimiento de naturaleza planetaria está a punto de ocurrir: el advenimiento del Gran Monarca o Rey del Mundo, entroncado por línea directa con Jesús de Nazaret…

Lejos de estas divagaciones, entre inquietantes y risibles, lo cierto es que cada vez más se recurre a estos conceptos casi universales para elaborar toda clase de hipótesis. El trasfondo siempre suele ser el mismo; lo que cambia son los nombres y las ubicaciones. Daremos una improvisada lista en la que incluimos reinos y ciudades, preferentemente en Asia y América del Sur, que las distintas leyendas han dado una gran importancia y que son denominados como:

Trapalanda, la Ciudad de los Césares o Thule Patagónica.

El reino del Preste Juan, en Etiopía.

El Gran Paititi, residencia de la Hermandad Blanca, en el Perú.

Reino de Parima.

El Gran Quivic o la Gran Quivira.

la Ciudad de Erks, en Argentina.

Reino de Akakor y Akahim, en Brasil.

Las siete ciudades de Cíbola.

Templo subterráneo de Ibers, en el Roncador, en Brasil.

Ciudad subterránea de Guyana o Parauná. Matto Grosso. Brasil.

Ciudad subterránea en la montaña de Cualiacán, en el valle de Santiago, México.

La ciudad perdida de Buritaca, en Colombia.

Ciudad en las grutas de Loltún, en el Yucatán, México.

Templo de la Luna, en Costa Rica.

Kalapa o morada de los hombres perfectos, en Asia.

El Dorado, en Sudamérica.

Avalon, en Irlanda.

Tir-Nam-Beo y Tir-Nam-Og, la Tierra de los Jóvenes, en Irlanda.

La ciudad subterránea de Kiteje, Reino de la Justicia, situada en Asia Central.

Thule hiperbórea, en el Ártico.

Belovodie o País de las Aguas Blancas, en Rusia.

El reino subterráneo de los Chud, en Rusia.

Hadding Land o Tierra Oculta, en Escandinavia.

La ciudad de la Esmeralda Lunar.

Sambhala o «Ciudad de los hombres de las estrellas», en Asia.

Agartha o la «Inaccesible», en Asia.

La Tierra de Tebú, entre el Seutchuan y el Tibet.

La Tierra de Aryavarsha, donde esperan los hindúes la aparición del futuro salvador, Kalki Avatar.

La Tierra de Sannikov, en el Ártico.

Una incógnita llamada Agartha

Es cierto que muchos de estos nombres designan a la misma ciudad o reino y es verdad que las creencias que existen sobre ellas no siempre son idénticas, aunque sí muy parecidas. También es verdad que en bastantes ocasiones las descripciones de una misma ciudad conducen a confusión, pues diversos autores suministran un tipo de información que a veces se contradice con la que dicen otros autores o tradiciones. El ejemplo más clásico que podemos poner —por ser bastante conocido— es el de Sambhala y Agartha.

a viajero tiene una idea diferente de Agartha. No debemos dejarnos engañar; no hay puertas físicas que conduzcan a Agartha o a Sambhala. Únicamente los verdaderos iniciados, aquellos cuya preparación espiritual es la necesaria, pueden llegar, algún día, a contactar con sus habitantes subterráneos y con los Superiores Desconocidos.

La denominada Agartha o Agarty, sería la sede subterránea del «Rey del Mundo» según Saint-Yves D'Alveydre, que fue el primero que utilizó este término en su libro *Misión de la India en Europa*» (1886). La consideró como el centro oculto de la Sinarquía (opuesto a la Anarquía), situada en algún lugar secreto del Himalaya. Ferdinan Ossendowski consideró que el «Rey del Mundo» dirigía los trabajos de los panditas y gurús de Agartha y en el mismo sentido se pronunciaron otros autores en diversas épocas, como, últimamente Aitor Ondarrieta que, a través de una serie de comunicaciones psíquicas, cree que allí está la Jerarquía Espiritual del Planeta. Sería la ciudad de la Luz donde viven excelsas entidades espirituales.

Así expuestas las cosas, no habría ningún problema a la hora de determinar lo que es Agharta y tener una idea, más o menos clara, de su ubicación, sus habitantes y sus propósitos, pero llegan autores de la categoría de Trevor Ravenscroft, que tiene escrito un importante estudio sobre las raíces esotéricas del nazismo bajo el titulo La Lanza del destino y al hablar de Agartha afirma que este centro, regido por entidades luciferinas, estaría destinado al control de la mente humana, cuyo fin último es pretender que el hombre sea espiritualmente independiente de las jerarquías celestiales, haciendo honor a su fama bíblica: tentar a los hombres para que se erigieran como dioses. Por el contrario, Sambhala —y siempre según este autor— estaría dominado por los espíritus ahrimánicos (de Arhimán, la deidad maléfica del Mazdeismo) y sería, por lo tanto, el lugar donde se celebrarían rituales para controlar los poderes elementales. Luchan por establecer un reino totalmente material en la Tierra, aislado de las realidades espirituales.

En esta misma idea abundaron autores anteriores a él, como René Guenón, que decía que después del cataclismo del Gobi (lugar donde antes había un vergel y ahora hay un desierto) los «hijos de las Inteligencias de Fuera» se instalaron en las cavernas bajo el Himalaya. Se crearon dos centros: el del «camino de la mano

derecha» (o Agartha) y el del «camino de la mano izquierda» (o Sambhala). Esta última sería la ciudad de la violencia y del poder. Incluso en novelas actuales, como la del argentino Abel Posse titulada *Los demonios ocultos*, uno de los protagonistas dice que Sambhala es la ciudad del mal, o sea, un polo opuesto al del bien. Por su parte, el ya citado Aitor Ondarrieta, cree que Sambhala es una ciudad etérica donde mora el Rey del Mundo (¿no habíamos quedado que vivía en Agartha?). Para colmo, el Budismo Mahayana considera que este reino es una tierra maravillosa donde la virtud y la sabiduría crean una comunidad ideal (¿no estábamos ya convencidos de que era la ciudad del poder del mal y de la violencia?). Para liar más la cosa, Guenón dice que Agharta sería la capital de Sambhala y Geoffrey Ashe, equipara Sambhala, la «Tierra de los Hiperbóreos», a el mundo-árbol de los chamanes o *axis mundi*, diciendo que bajo Sambhala existiría un reino subterráneo que se extiende en una amplia zona, llamado Agharta la «inaccesible».

Creemos interesante subrayar que, según diversos autores, (como Juan Parellada) el reino de Agartha, antes de desaparecer del mundo visible, cambió de nombre. Ya no se llama Agartha que significa la «inviolable» y también «la morada de la Paz» (Salem). Cambió tanto de nombre como de ubicación. Pasó de los Himalayas (Asia) a los Andes (América).

En fin, con toda esta inevitable erudición tan sólo hemos querido poner un ejemplo para que se vea lo más claramente posible que nos movemos por terrenos resbaladizos y por coordenadas donde, insistimos, «nada es lo que parece». Todo esto, lógicamente, no por azar sino porque esas mismas *inteligencias* que están detrás del fenómeno, son las encargadas en gran parte de enmarañar, intoxicar o adulterar estos temas con informaciones de todas las clases, colores y procedencias, con un objetivo bastante claro: que el investigador quede desorientado a la primera de cambio.

Tal vez, en el fondo de todo este embrollo o cortina de humo, se encuentren verdades más simples. Tal vez nos pase lo que le ocurrió a Nicolás Roerich cuando, estando en el Tibet, quiso que el Lama le hablara de Sambhala:

—«Pero vosotros, los occidentales, —respondió— no sabéis nada de Sambhala, no deseáis saber nada. Probablemente preguntáis sólo por curiosidad y pronunciáis esta palabra sagrada en vano».

Todas las tradiciones coinciden en afirmar que estos reinos eran —o son— sedes de lugares paradisiacos. El citado René Guenón consideraba que los nombres de *Pardes* y *Paradesha*, con que se designa al paraíso terrenal en la tradición hebrea, son equivalentes a los de Thula, Agartha o Avalon. Partiendo de estas premisas y del hecho de que sí queremos saber algo más, hablaremos someramente de algunos de estos lugares, tanto de la superficie como subterráneos, casi todos localizados en un plano distinto al nuestro, con habitantes invisibles e investidos de un gran poder, designados, según las diversas tradiciones, como los Superiores Desconocidos, los Inmortales, los Señores de la Llama, los Maestros Antiguos, la Gran Logia Blanca, los Hombres Santos, Mahatmas, etc.

Trapalanda: la Ciudad perdida de los Césares

Hemos elegido este reino mítico porque creemos que constituye uno de los ejemplos menos conocidos y más interesantes en la historiografía del que se ha dado en llamar el «imaginario americano». Veremos cómo un acontecimiento histórico se va transformando poco a poco en leyenda y en mito, para reconvertirse luego en una fantástica utopía y finalmente en materia de ficción novelesca (algo similar a lo ocurrido con la teoría de la Tierra Hueca).

Para los que piensen que estas viejas y extrañas historias nunca han aportado nada al conocimiento de los hombres y de los pueblos (salvo unos cuantos quebraderos de cabeza), diremos que ciertamente mucho de lo que se contó de esta ciudad —como de otras— era una pura ficción (siempre existen dos realidades en un mismo fenómeno: la esotérica o interna y la exotérica o externa) pero que incidió claramente en la historia real. El padre Guevara hablaba de Trapalanda como un quimérico territorio «cuyo descubrimiento nunca efectuado, fue polilla que consumió buenos caudales sin ningún fruto». Gracias a que se enviaron varias expediciones a la búsqueda de esta ciudad «de oro macizo» se fueron descubriendo otros lugares más reales y comprobables (se fundaron La Rioja y Jujuy) y se fue definiendo así la historia de las colonizaciones en Argentina. Lo mismo se puede decir con la frenética busca de El Dorado.

Pero empezemos con los orígenes «históricos» de este neblinoso reino.

En 1526, el navegante Sebastian Caboto partió de España en busca de la legendaria Ofir, el país del oro que menciona la Biblia. Un fuerte temporal le arrastró a las costas del sur del Brasil donde recogió a los supervivientes de la expedición de Juan Díaz de Solís. que había sido destruida por los indígenas. Dos supervivientes le contaron a Caboto la existencia, Paraná arriba, de un rey llamado «Blanco», que gobernaba una tierra de oro y riqueza. Este suceso determinó que Caboto resolviese abandonar la búsqueda de la Tierra de Ofir y pidió autorización al rey Carlos I para buscar este mítico reino.

Tres años más tarde, en 1529, catorce soldados al mando de Francisco César, avanzaron hacia el interior enviados por Caboto. No encontraron el reino buscado,

pero sí una «provincia de gran suma y multitud de gente muy rica de oro y plata». Esta ciudad, relacionada con otros reinos míticos del interior de América, pronto recibió el nombre de «Ciudad de los Césares», según cuenta Ruy Díaz de Guzmán, lo que posteriormente confirmaron otros textos que hablan de ella con los nombres de la Sal y Trapalanda. Este país era una especie de «Jauja», donde todo el que llegase podría conseguir riquezas sin esfuerzo.

La aventura posterior de César fue increíble. Al volver a Sancti Spiritu, campamento de Caboto, lo encontró destruido por los indios. Resolvió entonces atravesar el territorio del norte de Argentina para alcanzar Perú, al tiempo que Pizarro se apoderaba del reino inca. La ciudad descubierta por el capitán de Caboto podía haber desaparecido de los textos confundida con los éxitos de la conquista del Tahuantinsuyo, el reino de los Incas, pero no fue así. Por curiosas razones, pasó a estar situada mucho más al sur, en las inmensas soledades de la Patagonia, para terminar fundiéndose tres mitos distintos. Veamos cuáles eran.

El primero, es el de la «Ciudad del Rey Blanco», mítica ciudad perdida de los incas, situada en algún lugar de los confines sureños del reino incaico en la que gobernaba un legendario y todopoderoso Señor, denominado el rey «Blanco», no por su piel, sino porque los indios decían que estaba cubierto de láminas de plata. Con el tiempo, esta ciudad se acabó identificando con la denominada «Ciudad de los Césares Indios», situada en torno a los grados 35 a 45, y tal vez se trate de la verdadera ciudad enigmática a la que nadie pudo llegar.

El segundo mito lo constituyen las leyendas nacidas en torno a náufragos que llegados a las costas de la Patagonia, bien en la costa atlántica, bien en la del Pacífico, se abrieron paso hasta la cordillera andina, para una vez allí, erigir una maravillosa ciudad plena de riquezas y felicidad. Nació así la leyenda de «la Ciudad de los Césares Blancos», que tiene dos variantes claramente definidas; en una, los náufragos se casaron con mujeres indias generando un reino mestizo y en la otra, los náufragos eran numerosos y llegaron con sus mujeres e hijos, creando una nación «blanca» en el interior de los Andes. En esta versión del mito, la ciudad está situada en su emplazamiento más habitual, entre el paralelo 45 y el 47 de latitud Sur. A su vez, la Ciudad de los Césares Blancos tiene una rama menor, la leyenda de los «Césares Osornenses», fundada en medio de un lago por refugiados de la villa de Osorno. Su nacimiento se sitúa en la revuelta araucana (mapuche) de finales del siglo XVI y la destrucción de los puestos avanzados españoles en el sur de Chile. Cuentan que algunos refugiados de Osorno levantaron una ciudad en medio de la laguna de Ranco, imposible de ver desde la orilla, y que con el tiempo

se volvió poderosa e inexpugnable. El cacique Quaiquil informó a Ignacio Pinuer, viajero del siglo XVIII, que:

«Abundó en iguales o parecidos informes, añadiendo que los Césares son hombres corpulentos, blancos y rubios, que usan trajes a la antigua, de paño musgo, ropa blanca de lienzo que tejen sus mujeres, que poseen plata en abundancia y que cuentan con muchas embarcaciones pequeñas para los transportes por la laguna cuando comercian con los indios».

La Ciudad de los Césares es hoy en día patrimonio de la Humanidad. Pertenece a todos los seres humanos, a su imaginario colectivo, pues es propio de todos nosotros recrear lugares maravillosos que funcionan como renacidos Paraísos Terrenales y en donde podemos alejarnos de las penas y amarguras de nuestra dura y triste realidad.

El tercer mito surgió de los escritores de los siglos XVII y XVIII que elaboraron complejas obras sobre reinos utópicos en el sur austral, pues entonces la Patagonia, aún no colonizada y sin explorar, se convirtió en el lugar idóneo para generar repúblicas y reinos donde la forma de gobierno hubiese alcanzado la perfección. Así apareció la leyenda de los «Césares holandeses» de Burgh.

El extraordinario interés que ha despertado siempre la Ciudad de los Césares se debe, principalmente, a que junto a unos hechos puramente imaginarios, se superpusieron otros que eran completamente reales, como era el caso de los naufragios habidos en la zona, siendo el de mayor trascendencia el naufragio de la Armada del Obispo de Plasencia en 1540, cuando una de sus cuatro naves, la capitana, con unos ciento cincuenta tripulantes, naufragó en la costa de la Patagonia. Dice Enrique de Gandía:

«La imaginación de los conquistadores nunca olvidó aquellos náufragos misteriosos. Se les suponía apartados del mundo, casados con indias y formando una ciudad fantástica. Decíase que un tal Capitán Argüello, supuesto capitán de la nao capitana, se había erigido en Patriarca y Emperador de los Césares. Años después, los antiguos conquistadores de la Tierra del Fuego recordaban haber oído, en las remotas latitudes australes, claras referencias a los náufragos del Obispo de Plasencia».

El conquistador de Chile, Pedro de Valdivia, envió a tres de sus hombres a explorar las sierras. A su regreso le dieron información bastante precisa sobre la existencia de una legendaria ciudad perdida fundada por náufragos. Gerónimo de Alderete, Alonso de Tula y el capitán Pedro Sotelo de Narvaez, le aseguraron que existía un reino que «se conoce con el nombre de Lin-Lin (con curiosas resonancias asiáticas), o la Prapananda». Ante esta noticia, Valdivia envió a Francisco de

Villagra a localizar la ciudad y, aunque no la encontró, oyó todo tipo de rumores sobre ella entre las tribus de la región. El mito parecía convertirse en realidad.

Como era típico en el siglo XVI, estando tan en boga la búsqueda de El Dorado, la noticia atrajo la atención de las legiones de desesperados aventureros españoles que infestaban América y buscaban oro a toda costa, pero también atrajo a buscadores de tesoros y de ciudades perdidas hasta bien entrado el siglo XIX y, aunque cueste creerlo, todavía hay quien en el siglo XX ha seguido con ahínco las huellas borrosas de la ciudad perdida de los «Césares», nombre con el que se la conoce desde el siglo XVII y que curiosamente tiene una relación directa con el de su presunto descubridor, el citado Francisco César, pero se usa siempre en plural.

Lo que en principio parecía una historia más de reinos perdidos contada por un desconocido navegante alucinado, al final fue del dominio público en la salvaje frontera de Chile a principios del siglo XVII. Fray Diego de Ocaña en su *Relación del viaje a Chile*, año de 1600, se hace eco de ella, si bien el mito adquirió importancia algo más de medio siglo después, gracias al testimonio de dos rufianes, ambos españoles, buscados por los hombres del Gobernador de la Capitanía General de Chile por desertores, traidores, ladrones y asesinos —no eran precisamente gente muy recomendable— los cuales contaron, hacia 1650, tal vez para librarse de la horca, una historia sorprendente.

Al parecer, los dos habían desertado en el Estrecho de Magallanes y tras ascender los Andes desde su vertiente oriental (hoy Argentina), habían llegado finalmente a los gigantescos bosques de araucarias situados al sur de la actual región de los Lagos, en Chile, justo frente a la isla de Chiloe. Allí habían caído en las manos de las tropas del rey, que sabían de su deserción.

Lo increíble de la historia está en el supuesto descubrimiento que dicen que hicieron cuando alcanzaron las cumbres de los Andes, en el actual límite fronterizo entre Chile y Argentina. Hablaron de una maravillosa ciudad llena de palacios con los tejados de plata, de una riqueza casi lujuriosa y donde sus habitantes, cuya blanca tez les sorprendió, hablaban un correcto español, ya que decían descender de los colonos que Pedro de Sarmiento había dejado en el Estrecho de Magallanes, aislados en el fin del mundo, y de los que se había perdido el rastro. Otro de los aspectos que causó sorpresa fue que habían logrado una sociedad armónica y feliz.

A partir del momento en que el relato de los dos criminales fue conocido, decenas de expediciones ávidos de ambición, dieron crédito a la historia y

partieron en busca de la que ya entonces empezaba a ser conocida como «Ciudad perdida de los Césares». En estas expediciones, por tierras inexploradas —lo estuvieron hasta bien entrado el siglo XIX— y escasamente habitadas, desaparecieron multitud de aventureros solitarios e incluso grupos enteros, víctimas de la desorientación, el hambre, la soledad y los terribles guerreros mapuches —araucanos— y tehuelches.

Varios viajeros que se supone fueron capaces de llegar, dieron una descripción mucho más detallada —y casi creíble— del aspecto externo que presentaba la Ciudad de los Césares.

Una narración del siglo XVIII describe todo tipo de detalles. Dice que en ella las casas eran de piedra labrada primorosamente, con puertas tachonadas de joyas y con muebles de plata y de oro, incluso en las más modestas de las viviendas. Los hombres y mujeres de la Ciudad de los Césares no conocían el dolor ni la enfermedad y los ancianos morían durmiendo. Vivían de la agricultura, roturando los campos con arados de plata y cultivando pimienta, rábanos y todo tipo de hortalizas, que en sus tierras alcanzaban un tamaño gigantesco.

La única entrada estaba protegida por un puente levadizo y la ciudad era tan grandiosa que se necesitaban dos días para atravesarla de un extremo al otro. Finalmente, junto a la ciudad o atravesándola, había un río —de nombre Diamante — en cuyo lecho era fácil encontrar oro y piedras preciosas. En cuanto a sus pobladores, eran al parecer de raza blanca y vestían con sombreros, capas amarillas y chaquetas azules.

Durante siglos se discutió cuál era la posición exacta de la ciudad, sosteniendo la mayor parte de los investigadores que debía encontrarse algo al sur de los cuarenta y cinco grados de latitud. Igual problema que su ubicación lo plantea el nombre correcto de la Ciudad, ya que es también conocida como Trapalanda y, ocasionalmente, como Uttarakuru, Avalon —igual que la isla celta de los muertos— Nueva Jerusalén, Salem, etc.

Finalmente, se impuso la cordura, y después del fracaso de las grandes expediciones del siglo XVII, a finales del siglo siguiente se dio por hecho que la Ciudad de los Césares era un mito fantástico y no real. Aún así, en el año 1783, un peruano de nombre Manuel José de Orejuela, pretendió financiación para encontrar la ciudad, lo que le fue negado por la población diciendo que:

«No hay, como se vocea por tradición, en la parte austral de Chile tales Césares».

De cómo se dispara la imaginación

En torno a esta leyenda aparecieron después curiosas historias que transformaron la presumible existencia de un reino perdido en los Andes o en la Patagonia, en un pretexto para exponer ideas políticas o cualquier otro tipo de mensaje moralista o utópico. El caso más conocido es el de James Burgh que, el año 1764, publicó en Londres una obra de título no precisamente corto: *Una relación de la primera colonización, leyes, forma de gobierno y policía de los Césares: un pueblo del sur de América, en nueve cartas de Mr. Vander Neck, uno de los senadores de la nación a su amigo en Holanda, con notas del editor*.

Según narra Burgh, la República de los Césares se encuentra situada en algún lugar desconocido de los Andes en torno a los 43° o 44° de latitud sur, sin aportar más datos geográficos. Al igual que en la versión tradicional, este reino está rodeado de montañas, pero sólo por tres de sus lados, ya que por el otro, el límite es un río y un lago.

Burgh, a diferencia de lo que ocurre en otras narraciones, sí define la forma de gobierno —una república— y precisa que tiene un origen muy claro y nada misterioso: a principios del siglo XVII, Alphen, un burgués de algún lugar de las Siete Provincias Unidas (Países Bajos), emigró de su tierra acompañado de doscientos huérfanos, en tres barcos —uno naufragó en el Estrecho de Magallanes — y se abrió paso por las montañas hasta alcanzar un lugar aislado del mundo en el que organizar un estado perfecto, lejos de las persecuciones de los «papistas» y de las feroces tropas españolas que asolaban su tierra natal.

El viaje fue preparado con mucho cuidado. Los expedicionarios llevaban con ellos semillas, ganado, animales de granja, herramientas, alimentos para casi dos años, armas, municiones y libros, así como diez casas prefabricadas que les servirían para guarecerse el primer invierno y para almacenar el material. Desde el primer momento. Alphen tenía muy claro lo que había que hacer y todo estaba organizado y reglado. Por ejemplo de las diez casas, él había previsto que dos fuesen para los hombres, cuatro para los niños y las mujeres y para almacenes el resto. Leyendo la narración de Burgh, se nota la obsesión del autor por describir un estado que desea controlarlo todo, típica de los escritores que hablan de una

sociedad utópica y perfecta, que son decenas en el noroeste de Europa en los siglos XVII y XVIII, aunque lo más habitual es que presenten su mundo perfecto en una isla.

La descripción de la República y de Salem, su capital, es todo un ejemplo de lo que los protestantes del norte de Europa entendían que debía ser el Estado modélico. Salem, construida en forma de cuadrado, tiene todas sus calles con una longitud de un kilómetro y medio, atravesada por canales que vienen del río vecino y todas las vías tienen veintisiete metros de ancho, arboladas en su mitad para obtener frescor y sombra. Todas las casas tienen un jardín que las rodea y son idénticas. Existe también un cementerio sembrado de plantas aromáticas, un Museo de Curiosidades Naturales y una importante Biblioteca.

La idea igualitaria de Burgh, se manifiesta todavía más claramente en la descripción del ordenamiento jurídico de la República, ya que todo el mundo ha de trabajar para el Estado según su capacidad, encargándose éste de la enseñanza y del mantenimiento de las viudas y de los huérfanos. Están prohibidos todos los excesos, incluyendo —típico detalle puritano— las manifestaciones exageradas de alegría y de celebración. La ciudadanía se alcanza a los veinticinco años y son necesarios cuarenta para poder ser elegido senador, siendo el cargo vitalicio, salvo prueba de mala conducta. El Senado —de sólo tres miembros— es el órgano que aprueba todas las leyes. Esta prohibida la tortura y la pena de muerte se aplica a todo el que informe a los españoles de la situación de la ciudad. Como se puede suponer, dada la ideología del autor de la obra, el catolicismo está prohibido en la República de los Césares y los españoles no pueden entrar bajo ningún concepto.

El 9 de marzo de 1914, un aventurero y pionero de la aviación chilena, el teniente Alejandro Bello, despegó del aeropuerto Lo Epejo y desapareció en la cordillera de los Andes. En realidad no sufrió ningún daño sino que acabó en un remoto lugar llamado Pacha Pulai que en Quechua significa «mundo viejo». En este extraño lugar el aviador creyó haber descubierto la Ciudad de los Césares.

Estos datos, proceden del escritor Hugo Silva Andueza, que publicó en el año 1945 la novela *Pacha Pulai*, un clásico actual de las letras chilenas y en la que recogía una curiosa visión de la Cuidad de los Césares, supuestamente basada en las notas divulgadas el año 1935 por el periódico «El Mercurio de Antofagasta», sobre una relación enviada desde Nueva York por un misterioso personaje llamado J. Jason Defman.

La descripción de la ciudad reúne la mayor parte de los tópicos al uso, como el oro y la riqueza, pero destaca, sobre todo, el carácter acrónico de la ciudad, como si estuviera fuera del tiempo. Los habitantes llevan barbas blancas, visten ropas de apariencia antigua y el tiempo «parece detenido», por causa del aislamiento al que la ciudad está sometido y que ha borrado todas las huellas del curso de la historia exterior.

Manuel Rojas, autor en 1938 de una novela titulada «La Ciudad de los Césares», toma la versión más habitual, la de los náufragos en las costas de la Patagonia, en este caso trescientos colonos, hombres, mujeres y niños, dirigidos por fray Francisco de la Ribera, comendador de Burgos. Llegados a las costas patagónicas se adentran en el interior para fundar un poblacho insignificante que con el tiempo se convierte en una grandiosa ciudad. Las noticias de su prosperidad atrajeron a aventureros y bandidos que después de vagar por las sierras nunca la encontraban, lo que permitió a sus habitantes prosperar en paz.

Las leyendas de los indios de la isla de Chiloe hablan de una extraña ciudad perdida en los Andes, poblada por «holandeses o españoles» y a la que es imposible llegar, pero de la que se oyen las campanas cuando corre el viento de la cordillera en las noches de Pascua. En estas tradiciones populares el extranjero que alcanza la ciudad no puede salir de ella nunca más, pues la noticia de la existencia de la ciudad supondría su fin. Otros la consideran una Ciudad Encantada situada en una isla al pie de la cordillera de los Andes (como Pinuer). No es dado a ningún viajero descubrirla «aunque la ande pisando, porque la rodea una niebla espesa y la corriente de los ríos que la bañan» refluye para alejar las embarcaciones que se aproximan demasiado a ella. El que llega a la Ciudad de los Césares pierde la memoria y no puede recordar el camino de acceso. No se le permite salir sino es a condición de no revelar a nadie el secreto y de regresar cuanto antes (tradición de Osorno). Otros consideran que todavía sigue encantada y un día al año, el Viernes Santo, se puede ver a la distancia cómo brillan las cúpulas de sus torres y los techos de sus casas (Ricardo Latcham).

Nos encontramos, por tanto, con una serie de relatos, historias, comentarios y narraciones acerca de una ciudad perdida sobre la que vale prácticamente cualquier tipo de especulación, desde decir que los fundadores eran españoles, hasta prohibirles la entrada sólo con la sospecha de que lo sean. De todas formas, hay muchos que piensan —entre ellos, nosotros— que en realidad detrás de las leyendas sobre la Ciudad de los Césares se oculta un mito simbólico semejante al del Paititi, Agartha o Sambhallah, lugares escondidos a los ojos de los humanos,

mundos secretos con mil nombres en los que residen los «Superiores Desconocidos» que rigen, desde sus moradas de luz, el destino del mundo, encaramados en lugares en los que no se puede entrar, aunque pasemos cerca de sus puertas o incluso los hallamos atravesado. Los que consideran que la Ciudad de los Césares es un lugar de este tipo, como el escritor chileno Miguel Serrano, saben perfectamente que aquellos que pasan junto a ella, buscándola de la manera tradicional, nunca la encontrarán, si antes no tienen una cierta preparación espiritual.

Nos hemos extendido sobre la descripción de esta ciudad porque la hemos tomado como modelo para todas las demás que gozan de características similares. Tal como señala el escritor Fernando Ainsa, la transformación paulatina que va sufriendo esta ciudad (primero se la considera real y luego mítica) se produce cuando se hace evidente que es imposible localizarla geográficamente por más expediciones costosas que se envíen. Se da un proceso gradual de cómo la experiencia empírica, desmentida por informaciones contradictorias, cedió a la pura fantasía. Al no poder ser un lugar de la geografía americana, la Ciudad de los Césares se convirtió en una ciudad mítica de la geografía sagrada, un arquetipo más del inconsciente colectivo.

En los años siguientes, todos estos reinos perdidos se vieron como posibles centros de poder. Lugares en los que se podía encontrar una «fuerza» desconocida (llamada «vril» para algunos y «cheshkin» para otros). Magos blancos y negros, videntes, miembros de extrañas sectas, adoradores del demonio, nazis iluminados y toda una legión de personajes entre pintorescos y siniestros, buscaban las ciudades subterráneas de Agartha y Sambhala, llamada también «la doble» —por cuanto dicen las tradiciones que existe una terrestre y otra debajo de la tierra— convirtiéndose Asia Central en el centro de peregrinación de todos ellos, durante la primera mitad del siglo XX. Entre los que buscaban una alianza con el «lado oscuro» de este supuesto poder estaba un teósofo alemán llamado Klaus Haushoffer y que fue uno de los maestros espirituales de Adolf Hitler.

Los expertos en Agartha, Sambhala o Thule sabían, al menos desde principios de siglo, que no era un lugar de nuestro mundo físico y, si lo era, no era accesible en el sentido habitual. El caso de la Ciudad de los Césares está dentro de la misma categoría y la búsqueda de Agartha o de Trapalanda era, y es, una búsqueda espiritual e iniciática: lo que se pretende encontrar no es tanto un lugar físico y tangible como penetrar en una geografía mística propiciatoria de estados de conciencia elevados. Sin una adecuada preparación mística nunca se podrá dar

con la «puerta» de entrada (al igual que ocurre con la ciudad mitológica de Erks, en el cerro Uritorco, Argentina). Según esta idea, Trapalanda es una «fortaleza camuflada por nuestro pensamiento racional», hasta el punto que estando su entrada ante nuestra vista no se es capaz de percibirla. Otros consideran, basándose en ciertas experiencias de testigos accidentales, que la solución está en localizar una «xendra», un pasillo o entrada espacio-temporal, pues Trapalanda se encuentra, como el País de las Hadas o la isla de San Borondón, en nuestro mundo, pero en otro plano o dimensión.

Como decíamos al hablar de los sistemas de camuflaje que utilizan nuestros peculiares «titiriteros», es posible que quienes, por alguna razón, alcanzaron a ver la Ciudad de los Césares viesen justo lo que los «Señores» de la ciudad deseaban; unos oían a sus habitantes hablar en español, otros en holandés, variaban la forma de las casas, el aspecto de los habitantes, el sistema de gobierno o la configuración de las montañas que rodeaban el lugar. Sin embargo, ciertos elementos permanecían inalterables. Así, el viajero o viajeros que decían alcanzar la ciudad, lo hacían en un área en torno a los 44° de latitud sur, justo en la actual frontera entre Chile y Argentina. Siempre hay un lago y un río y la ciudad está en el corazón de las montañas, sus habitantes son blancos, ricos, de aspecto saludable y su sociedad desprende armonía, paz y serenidad (características que son también propias de los reinos prohibidos de Asia Central antes citados). Por último, queda un detalle: hemos dicho que los habitantes, a pesar de no ser indios, visten ropajes de azul y amarillo, que son colores que entre las tribus de la zona identifican a sus dioses locales. Casualidad, ¿no les parece?

5

Mundos acuáticos inaccesibles

Si hubo alguna isla encantada —me dije— hela aquí. Esta es la ignorada de las pocas hadas graciosas que sobreviven a la ruina de la raza. ¿Son suyas esas verdes tumbas? ¿O entregan sus dulces vidas como el hombre? Para morir ¿consumen su vida melancólicamente, ceden a Dios poco a poco su existencia, como esos árboles entregan sombra tras sombra, agotando sus sustancias hasta la disolución?

Edgar Allan Poe: La isla del hada

Cuando las islas juegan al escondite

s posible ver islas que no existen? Cualquier científico diría que sí. Se trata, a primera vista, de simples espejismos marinos. Además, hay otras causas: la aparición y desaparición de islas por cataclismos telúricos o terremotos. Es un hecho conocido que, en ocasiones, la fuerza de la Naturaleza hace aparecer islas donde no las había.

En el siglo XX hay constancia de varios casos como el de una isla que en el año 1963 apareció frente a las costas de Islandia, debido quizás a una erupción volcánica y ahí sigue. Otras han desaparecido después de que se comprobara fehacientemente su existencia, como el caso de una minúscula isla humeante que surgió del mar frente a la isla de Faial, en el archipiélago de las Azores, desapareciendo al poco tiempo para volver a aparecer de nuevo y finalmente sumergirse definitivamente, como si jugase con los atónitos ojos de los habitantes del archipiélago. Más conocido es el caso de la isla de Urania, que debe su nombre al Destructor de la armada de Estados Unidos de ese nombre que, cuando navegaba a doscientas millas al sur de Tokio en el año 1946, se encontró con una isla que literalmente brotó del mar ante las narices de sus tripulantes. Cuando se aproximaron, vieron que tenía unos quince metros de altura y apenas dos kilómetros cuadrados de extensión. Sin embargo, de la misma forma que apareció se hundió en el mar.

Navegantes de todos los tiempos han asegurado —comprometiendo su prestigio— que existen islas que aparecen y desaparecen ante nuestros ojos, siendo descubiertas en bastantes ocasiones. Otras veces se habla de misteriosas tierras engullidas por el mar en terribles cataclismos, como por ejemplo en el mito de la Atlántida o de fenómenos más extraños, como «las islas de los muertos» de la mitología celta —Avalon— y otras que, aunque en ocasiones aparecen ante nuestros ojos, en realidad, no son de este mundo.

En un capítulo anterior hemos hablado del País de las Hadas y de las posibles ubicaciones que éste puede tener, normalmente bajo la tierra e incluso moradas aéreas. En muchos cuentos recopilados por los folkloristas, como Walter Wentz, se habla de islas míticas donde moran estos seres:

«Existe una isla invisible… entre Innismurray y la costa que se extiende frente a Grange, en la que se supone que habita parte de la Buena Gente. Cuando se hace visible sólo es por poco tiempo».

Según otras leyendas, en estas islas del mar de Irlanda, vive el «Pueblo Rubio» (*Tylwith Teg*, en gaélico). En Irlanda y Escocia esta tierra maravillosa llamada *Tir nan Og* era el país de la eterna juventud y estaba habitado por seres sobrehumanos, encontrándose en algún lugar —no físico— del océano Atlántico.

En Gales se habla de una isla encantada llamada *O Brazil* o *Hy Bresail* que, según se decía, aparecía cada siete años en el canal de Irlanda. Es una leyenda que, sorprendentemente, une el mito de las islas mágicas con el de las ciudades sumergidas. Hay quien ha encontrado una sencilla solución, como Albert Hopkins, expuesta en 1921:

«El habitante de la costa tuvo el espejismo de ver un banco de nubes reflejándose sobre el agua; para él eso era el vestigio de una isla. El extraño reflejo que deja la espuma en primavera era la señal de una isla mágica que salía a la superficie cada siete años, y muy profundas bajo el agua estaban sus torres y los castillos. Para los moradores de las antiguas tribus, los barcos de Danaan y Sidh navegaban en forma visible y no imaginaria…».

Existen diversas teorías sobre este curioso hecho. La más aceptada considera que la coincidencia entre *Brazil* y la Atlántida se debe a la presencia de mitos grecolatinos entre los europeos del extremo occidente, lo que a nosotros, sinceramente, nos parece probable, al menos en este supuesto concreto. Los celtas eran un pueblo indoeuropeo cuya lengua no difería demasiado del latín (los lingüistas identifican como pertenecientes a un grupo común a la lenguas denominadas ítalo-célticas).

La mayor parte de las regiones de lengua celta del occidente europeo se latinizaron con gran rapidez durante la ocupación romana y en aquellas áreas

remotas en las cuales las lenguas indígenas pervivieron, como ocurrió en Gales y en Irlanda —que nunca fueron ocupadas por el Imperio Romano— es bastante probable que mitos de la tradición griega y romana se asentaran con firmeza con la llegada del cristianismo a partir del siglo III, sobre todo donde había creencias populares similares, como en este caso. Todos los pueblos del occidente celta, desde Galicia hasta las Hébridas, tenían leyendas sobre misteriosas ciudades sumergidas y sobre islas maravillosas cuya silueta se vislumbraba en el horizonte borroso.

Las islas evanescentes aparecen

y desaparecen como por arte de magia.

Según todos los indicios, están pero no están.

Juegan al escondite de una manera asombrosa,

poniendo a prueba la capacidad de

raciocinio y de sorpresa que puedan

tener los marineros y los capitanes

de barcos que las Kan avistado en

alguna ocasión. Adentrarnos en su

enigma es una de las aventuras náuticas

más desconcertantes.

La otra posición es la sostenida por los atlantistas y esoteristas que consideran que, en realidad, la isla *Brazil*, de supuesto aspecto redondo y recorrida

por un río central, no es más que el recuerdo evanescente de la mítica Atlántida entre los pueblos celtas de Irlanda y Gales. De ahí su semejanza con la isla descrita por Platón en sus obras *Timeo* y *Critias*.

En cuanto a su nombre, es posible que el lector esté sorprendido porque la denominación de la isla, *Brazil*, es fonéticamente idéntica a la del país sudamericano por todos conocido y aunque algunos piensan que la raíz es la misma, en realidad no es así. Brasil debe su nombre a una tintura que los portugueses obtenían en sus costas, en tanto que el nombre gaélico *Bresail*, significaría algo parecido a «Isla Noble», ya que curiosamente, sus dos silabas, «bres» y «ail», denotan admiración y, además, sólo puede verse por los bienaventurados, al menos según la tradición escrita (Angelinus Dalorto, «L'isola Brazil», Génova, 1325).

A partir de la publicación del libro de Angelinus Dalorto y hasta el siglo XVIII, la isla de Brazil apareció en los mapas con cierta frecuencia situada en cualquier punto entre las Azores y Norteamérica variando su posición según el capricho del cartógrafo de turno y, de hecho, Daniel Cohen, antiguo editor de la revista *Science Digest*, la encontró todavía en un mapa de fecha tan reciente como el año 1865. Es habitual en todas las historias de islas encantadas que éstas sean un paraíso o bien justo lo contrario, un lugar siniestro y desolado en el que los navegantes encontraban su perdición eterna, a manos de indescriptibles seres.

Estos hechos han provocado, sin duda, que la mitología de todos los pueblos del mundo haya recogido casos de islas e islotes que aparecen y desaparecen, siendo muy frecuentes en la tradición céltica y nórdica.

La literatura puránica describe a Shambahla, no como un reino subterráneo, sino como una isla situada en medio de un lago de néctar, con su lujuriante follaje y su palacio central. Para alcanzar la isla había que ser transportado por las alas de un ave de oro. Este reino incluso llegó a ser indicado en un mapa del siglo XVII, publicado en Amberes, por las autoridades católicas. Croma de Köros, filólogo húngaro, se pasó cuatro años en un monasterio budista del Tibet investigando esta mítica isla-ciudad y llegó a situarla geográficamente entre los 45° y 50° de latitud norte, más allá del río Syr Daria.

Entre este rosario de islotes encantados, existe una leyenda española relativa a la «Isla de las Siete Ciudades» que fue buscada con interés fanático por decenas de exploradores, navegantes y aventureros hasta el siglo XVII. Cuenta la tradición

que en los años siguientes a la invasión musulmana del 711, en concreto en el año 734, siete obispos dirigidos por el de Oporto y acompañados de varios centenares de feligreses partieron rumbo al Oeste, desde las costas de Lusitania, dispuestos a encontrar un refugio en el que mantener su modo de vida en libertad. Tras navegar días y días, avistaron una tierra maravillosa situada a 46° de latitud norte, en la que se establecieron y fundaron siete ciudades, dirigidas cada una de ellas por un obispo. Pusieron el nombre de Mayda a su nuevo hogar. Construyeron una catedral de piedra por comunidad, edificada con basalto decorado con polvo de conchas y adornos de oro.

Cientos de años después, marineros portugueses arrastrados por las tormentas o perdidos en el mar llegaron a la isla, donde siempre eran tratados cortésmente y colmados de todo tipo de regalos, si bien no les dejaban abandonar el territorio por temor a que la llegada masiva de otros hombres perturbara su paz y sosiego. Unos pocos que consiguieron escapar llevaron al continente noticias de la existencia, más al oeste de las Azores, de esta tierra fantástica en la que era posible tener todo lo que se desease (como dicen que ocurre en el reino de Paititi).

La descripción que existe de la isla, recogida por el norteamericano Vincent Gaddis, en su libro *Horizontes Invisibles*, se la debemos al capitán Antonio Leone, italiano al servicio de Portugal quien, en 1447, llegó a ella y fue tratado con la amabilidad acostumbrada. Según manifestó al volver a Lisboa, los habitantes hablaban una lengua semejante al portugués y se comportaban con educación y simpatía.

Respecto a las medidas de esta isla «imaginaria», la misma tenía unos cuarenta y cinco kilómetros de largo. A pesar de tanta precisión y como es habitual en estos casos (se trate de tesoros encantados o de reinos míticos), todas las expediciones enviadas en su busca fracasaron.

A pesar de todo, la búsqueda de la isla de las Siete Ciudades se mantuvo intermitentemente durante siglos. Cristóbal Colón, que tenía un buen conocimiento del Atlántico oriental, estaba convencido de poder usar esta isla como escala entre las Canarias y Cipango —Japón— donde esperaba llegar, y calculó que la alcanzaría en el mes de Septiembre de 1492, lo que, como es bien sabido, nunca ocurrió. En los años siguientes, en los que el mundo fue testigo de las primeras navegaciones costeras de los europeos en América, la creencia en la existencia de la isla de las Siete Ciudades era indiscutible entre los sabios de la época. El citado Albert Hopkins nos dice:

En agosto de 1498 el ministro —embajador— del duque de Milán le escribió a su superioridad desde Inglaterra para decirle que John Cabot había descubierto dos islas grandes y fértiles —San Juan y Primavista— y que iba a la búsqueda de la isla de las Siete Ciudades. Once meses después el embajador español en Londres informó a Fernando e Isabel sobre los descubrimientos de Cabot y agregó que «el hombre de Bristol estuvo mandando en los siete últimos años dos, tres, y hasta cuatro carabelas por año para tratar de encontrar la isla de Brasil y la de las Siete Ciudades».

La falta de datos claros y definitivos sobre ambas islas hicieron que progresivamente fueran desapareciendo de los mapas, si bien los conquistadores españoles trasladaron el mito a la tierra firme, naciendo una pintoresca creencia según la cual existían siete ciudades misteriosas ocultas en el interior del continente americano que, además, estaban llenas de oro: «las siete Ciudades de Cíbola». Aunque hoy en día resulte extraño, cientos de hombres perdieron su vida o sufrieron espantosas penalidades en su vano intento de localizarlas en la jungla del Brasil, en las montañas peruanas o en los desiertos de Nuevo México.

¿Qué mecanismo tan poderoso actúa en estas ocasiones para que algo imaginario se convierta en real para muchas personas? Lo curioso del fenómeno es que actúa recíprocamente: un fuerte deseo de que algo ocurra o exista se puede convertir en realidad (hay bastante literatura que lo corrobora) y algo tangible y real puede, en un momento dado, esfumarse como el humo.

A la búsqueda de San Borondón

Si bien desde el siglo XV se sabe oficialmente que las Canarias son siete, algunos autores apuntaban obstinadamente la existencia de una octava isla. Según ellos, faltaba la más importante por encontrar: San Borondón.

La isla de San Barandán, San Brandán o San Borondón, como prefieren llamarle los canarios, sería la «octava isla» del archipiélago. El único e insignificante problema para atribuirle definitivamente la consideración de isla canaria es que no existe. Estamos hablando de una isla que a la vez es y no es, existe y no existe, se ve y no se ve, razones todas ellas que hacen difícil el atribuir la soberanía sobre la misma a España o a cualquier otro Estado, lo que no quiere en absoluto decir que no lo hallan intentado, como luego veremos.

Según la leyenda, San Brandán fue un abad irlandés o escocés, que llegó a tener bajo su cargo a tres mil monjes en el siglo VI y fue famoso en las tradiciones por su exploración de los mares de la época, infestados, como todo el mundo creía, de dragones, serpientes y otros bichos monstruosos. Se le considera un valeroso aventurero, movido por una enorme religiosidad, no vacilando en lanzarse al océano en una simple barca, que algunos dicen era simplemente de cuero —como los *fir-bolg*, barcas gaélicas primitivas— acompañado de su fiel discípulo Maclovio (hombre de paz que también llegó a santo). Su destino principal era la búsqueda de una mítica isla que poseía las delicias del Paraíso, si bien tenía el inconveniente de estar habitada por una multitud de infieles, lo que no preocupaba en absoluto a nuestro santo, que tenía una enorme fe en el poder de convicción de la palabra de Dios. Además de en la palabra del Señor, San Brandán debía de tener una gran confianza en su pericia como navegante, puesto que no poseían cartas de navegación, ni brújula —que aún no se había inventado en Occidente— ni la más remota idea del lugar en el que se encontraba la isla. La leyenda decía que estaba en algún lugar del océano Atlántico, lo cual no era que digamos de mucha ayuda ni de una gran precisión.

Si creemos todo lo que de San Borondón se contaba en la Edad Media y en los pubs de Irlanda todavía hoy, los navegantes y los exploradores de los siglos siguientes le hubiesen debido de tener un infinito respeto. Dicen que hizo una barca de cuero con una vela y se lanzó al mar Atlántico en busca de remotas islas, y las encontró.

No obstante, el santo irlandés partió en busca de la misteriosa isla produciéndose durante la navegación un incidente que le haría famoso. Al llegar el día de Navidad —porque además de lo ya dicho, en un verdadero alarde de temeridad o de fe ciega, navegaban por el Mar del Norte en pleno invierno— el santo rogó al Señor que le dejase descubrir una isla en la que celebrar la misa con la debida ceremonia y pompa. Durante algunas horas no vieron más que agua, pero de pronto la barca se elevó y quedó varada en una isla que surgió de repente del océano. Terminados los oficios y, de la misma forma que apareció, la isla se sumergió ante los alucinados ojos de los acompañantes de San Brandán. El milagroso servicio lo había prestado una enorme ballena monstruosa por indicación expresa de Dios.

Después de vagar años enteros por el mar y de muchas peripecias, hicieron «parada y fonda» en una de las denominadas *Islas de la Fortuna* descubriendo la isla que lleva su nombre. En ella, los expedicionarios hallaron en un sepulcro a un gigante muerto. Los dos santos monjes lo resucitaron y tuvieron con él unas interesantes pláticas, ya que el gigante demostró ser sabio, razonable, parlanchín y muy educado. Terminó por ceder ante la brillante elocuencia del abad y accedió a convertirse al cristianismo, siendo bautizado allí mismo con agua del mar.

Conseguido su objetivo, pasados quince días y, justo cuando los monjes se disponían a abandonar la isla, el gigante decidió que se había cansado de vivir, solicitando permiso para volver a morir y así, de paso, poder disfrutar de las maravillas del cielo, a las que podía acceder ahora que se había convertido a la «verdadera» fe. Esta petición era más que razonable y los santos respondieron afirmativamente a la sugerencia del gigante, que en ese mismo momento falleció. A partir de entonces, ningún mortal puede llegar a la isla de San Borondón ni demostrar convincentemente que ha puesto el pie sobre el último resto de la Atlántida habitada antaño por gigantes.

La versión irlandesa de la leyenda dice que San Brandán, abad de Cluainfert,

con los tres mil religiosos citados a su cargo, se entera de que Mernoc ha descubierto el «Jardín de las Delicias» en medio del océano y convence a catorce hermanos de la orden para que le sigan en la búsqueda del Paraíso en un viaje de seis años. Tras una larga travesía, desembarcan en una isla donde un anciano los conduce a un monasterio en el cual veinticuatro ascetas viven en riguroso silencio (la literatura «contactista» ufológica actual, desde Siragusa hasta Misión Rama, está llena de ejemplos donde siempre citan el número de 24 Ancianos, que regirían el Consejo de la Confederación, el cual representa la Unión de todos los Mundos evolucionados de la Galaxia).

A pesar de lo aparentemente fantasioso de la historia de San Borondón, hoy en día se tiene un gran respeto por la exploración y búsqueda de tierras en las que organizar monasterios y lugares de recogimiento que llevó a los monjes de las tierras celtas de Irlanda y Escocia a localizar islas inexploradas en medio del mar y casi nadie discute que, al menos, llegaron hasta Islandia en sus minúsculas y frágiles balsas.

Respecto al mito canario de San Borondón, al parecer tiene su origen en crónicas de navegantes portugueses, mallorquines y genoveses en el siglo XIV. Antes de este siglo no hay referencias escritas sobre la misma. Las primeras versiones escritas de esta época, comentan la existencia de una extraña isla en el océano y se dice que hacia el oeste de La Gomera surgía de vez en cuando una misteriosa superficie terrestre que fue llamada «isla de la Manteca» y que nadie había podido pisar, aun a pesar de verla con claridad. En los siglos XV y XVI se dijo que esa isla tenía que ser la de San Brandán e incluso Cristóbal Colón llegó a creer en su existencia.

Hasta hace muy poco tiempo, los marineros de Canarias decían verla en raras ocasiones al navegar hacia el oeste y algunos barcos lograron aproximarse tanto a sus orillas que han podido recoger su arena, tan dorada y fina que se asemejaba al polvo de oro. En todos los casos, una tempestad, un terremoto o un viento huracanado los aleja bruscamente de las isla (como ocurre en las películas), lo que no ha impedido que cientos de testigos la hayan descrito de la siguiente manera: posee dos grandes montañas con un valle en el centro. En el siglo XVI, la isla aparecía con frecuencia en los mapas marítimos y aunque no descubierta de forma «oficial», formaba ya parte del realismo mágico de los habitantes de la zona.

La obsesión por esta isla fue tal que, estando ya descubierta América, los habitantes de Tenerife siguieron enviando expediciones para localizarla y a pesar

de que en ciertos días se veía perfectamente en el horizonte se tornaba inalcanzable, como el arco iris, que jamás se pone al alcance de los humanos. Los continuos fracasos no impedían que la búsqueda siguiese año tras año por particulares, por corregidores de las islas o por la Corona, con un único motivo: la sospecha de que San Borondón fuese una «puerta» de acceso al Paraíso Terrenal.

Tres actas notariales de los siglos XVI y XVII dan fe de expediciones que llegaron a desembarcar en San Borondón, tal como recoge el escritor Benito Pérez Ruano en su libro *La octava isla*. En una de estas expediciones, un sacerdote de Hierro llegó a la isla con el sano propósito de exorcizarla con cruz en ristre, sin lograrlo. Una expedición del siglo XVIII, partió de Tenerife dirigida por un respetable caballero que iba acompañado por dos frailes, por ser una aventura destinada a un territorio «misterioso» en el que se consideraba de gran importancia su presencia.

En los siglos XV, XVI y XVII. San Borondón alcanzó la poesía, que siempre se aprovecha de los mitos populares y la literatura, al igual que en otros casos ya comentados. Por eso Torcuato Tasso, al encantar al caballero Rinaldo en los mágicos jardines de Armida, coloca a éstos en una isla fantástica canaria.

Respecto a su posible situación, el padre Feijoo, siempre poco dado a creer en supercherías, afirma que la isla se divisa desde Hierro cuando los días son muy claros, pero luego comenta que nadie ha podido desembarcar en ella a pesar de las muchas expediciones enviadas. No obstante, el piloto de una carabela portuguesa juró haber llegado a la isla y encontrado en ella pisadas de hombres «que representaban ser los pies doblados mayores que los nuestros y a proporción la distancia de los pasos».

El fraile Abreu Galindo, tomando datos existentes en su época, que él estimaba muy fiables, llegó a indicar la situación exacta en su *Historia de la conquista de las siete islas de Canarias*, afirmando que se encontraba a 10° y 10´ de longitud por 29° y 30´ de latitud. Del año 1755 data una carta francesa de navegación que sitúa a San Borondón como una isla real a los 29° de latitud Norte y 5° de longitud Oeste de la isla de Hierro.

En 1570, el gobernador español de La Palma, Fernando de Villalobos, envió tres navíos para descubrirla. Lo cuenta Juan Núñez de la Peña en su *Historia de la conquista y antigüedades de Las Canarias*. En este mismo siglo XVI, el ingeniero italiano Torriani visitó el archipiélago canario en nombre de Felipe II con el fin de

levantar planos para sus fortificaciones, y entre ellos incluyó uno de la isla de San Borondón, de manera tan detallada que parecía real.

En 1604 se envió otra expedición, a cargo de Gaspar Pérez de Acosta y el padre Fray Lorenzo Pinedo. En 1721, D. Juan de Mur trató de encontrar la isla con 24 hombres y tres navíos. Tampoco vieron nada.

El investigador italiano Gianni Settino, fundador de la asociación científica de Turín «Clypeus», recoge el avistamiento de una isla no identificada en el Atlántico, cerca de Canarias, con estas palabras:

El año 1882 un mercante británico zarpó de Messina con una carga de frutos secos; 200 millas al sur de las Azores avistó, en aguas enturbiadas por toda clase de vegetales putrefactos, peces muertos y lodo, una isla no registrada en los mapas. A menos de 20 kilómetros de aquella tierra, la nave echó anclas sobre un fondo de 14 metros, donde las cartas náuticas señalaban no menos de 700 metros de profundidad. David Robson, el comandante, expidió a algunos marineros a bordo de una chalupa, a explorar la misteriosa isla. Descubrieron puntas de flecha de sílex, espadas de bronce, lanzas, arcos y una espectral figura momificada, depositada en un sepulcro de piedra, incrustado de lava y conchas marinas.

Pero he aquí que se acercaba una espantosa borrasca. Robson, reacio, hubo de ordenar a sus hombres que volviesen a las chalupas y se alejaran de aquel lugar, contentándose con señalar su posición: 21° 25´ de latitud Norte 28° 40´ de longitud Oeste.

Para Peter Kolosimo este pudo haber sido el último avistamiento de la legendaria *Brazil* de los galeses, pero debido a la posición señalada por el capitán ¿no podría ser San Borondón? Y, si la situación de la isla es la correcta habría entonces un gran número de preguntas sin respuesta: ¿es una isla que se mueve?, ¿todos los demás avistamientos son erróneos?, ¿cada marino se inventa una posición a ver si hay suerte y acierta?, ¿sufrieron el comandante Robson y todos sus marineros una alucinación colectiva?, ¿cambiaron de dimensión?

En cuanto a las tradiciones de las Canarias sobre San Borondón, los isleños de Hierro, La Palma y Gomera, cuentan que, en ocasiones, llegan hasta sus playas semillas y frutos extraños, así como unas piedras de colores. Atribuyen su procedencia de esta octava isla, también llamada la «Inaccesible», «Non trabada» y «Encantada». Algunos investigadores opinan que el hecho de que la corriente del

Labrador traiga hasta las costas canarias frutos y plantas procedentes del continente americano, aviva la imaginación popular. Otros creen que es un simple fenómeno óptico o espejismo producido por la inversión térmica del aire. Pero ¿siempre se puede explicar con estos argumentos la creencia en esta mítica isla?

Según dicen, la isla es más visible en la madrugada del día de San Juan y su ancho lo calculan en 80 leguas. Estos datos fueron recogidos por el navegante norteamericano Samuel Eliot Morison quien escribió en 1948:

«Aún se encuentran hoy en Hierro y Gomera viejos pescadores que aseguran haber visto San Borondón; lo mismo que hay en Galway pescadores de barba blanca firmemente convencidos de haber visto la isla O-Brasil en diversas ocasiones».

Todavía en una fecha tan cercana como 1958 se hicieron tres fotos de esta isla fantasma por D. Manuel Rodríguez Quintero de La Palma que publicó en el periódico *ABC*. Por último, el 26 de abril de 1967, está registrada la última visión de la isla vista desde la vecina Hierro, dándose la noticia en un periódico de Tenerife. Desde entonces, que sepamos, nadie ha vuelto a ver la isla de San Borondón, pero no hay que preocuparse… volverá, porque es posible que «sea una imagen escapada de un mundo del futuro o una isla-laboratorio-sonda del tiempo que aparece de vez en cuando para realizar estudios geoclimáticos y oceanográficos», según palabras de Alejandro Chionetti.

No sólo San Borondón se deja ver ocasionalmente ante los atónitos ojos de los canarios. Existen otras islas fantasmales que, bajo ciertas condiciones, emergen momentáneamente a la superficie, como si encontraran una adecuada área de incursión —al igual que ocurre con algunas entidades— para manifestarse en este mundo. El investigador canario Emiliano Bethencourt, descubridor de las famosas y polémicas pirámides de Güimar, recogió el relato de «papa Juan», un anciano del municipio de Sardina, en el sureste de Gran Canaria, el cual afirma que hace cincuenta años, cuando se dirigía una noche a una parceria en la localidad de Castillo del Romeral, vio cómo salía del mar una isla:

«Era como una gran ciudad, con enormes edificios de colores cambiantes».

Esta es una descripción que coincide igualmente con la suministrada por

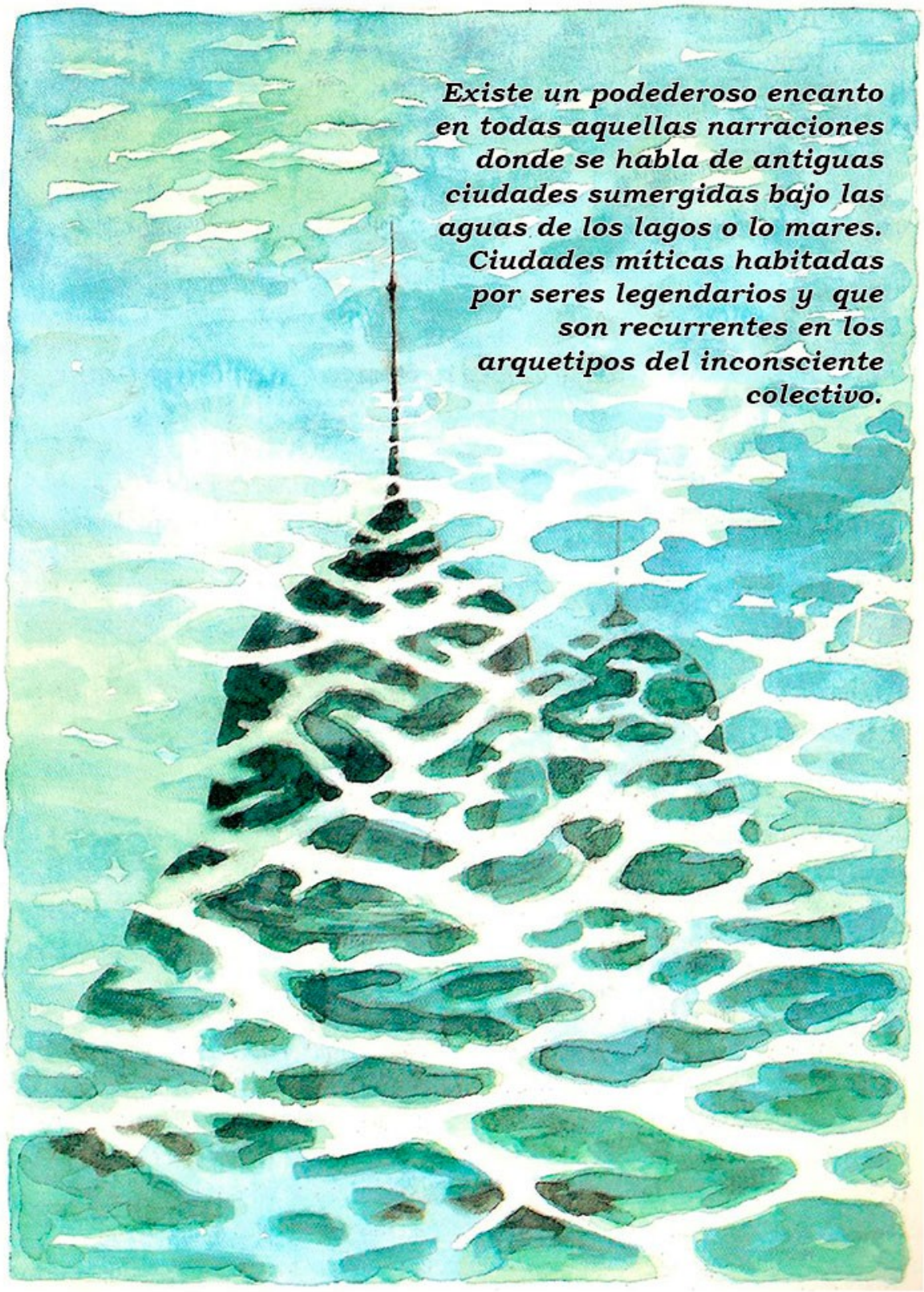
testigos que ven otras islas fantásticas como aquéllos que tienen la oportunidad de ver grandes naves u OVNIs saliendo del mar. ¿Tal vez muchas visiones de ciudades encantadas o extrañas islas luminosas vistas antaño en el océano eran grandes naves procedentes de otros «mundos»? Tan sólo queremos anotar que el fenómeno, tanto en unos casos como en otros, vuelve a ser muy similar. La imaginación y la leyenda hace el resto.

Ciudades «asolagadas» en España

Cuando se habla de ciudades habitadas por razas legendarias como los «Mouros» o los «Gentiles», vinculadas, entre otros aspectos, a un tiempo inmemorial y al paganismo, en sus leyendas se remarca especialmente el carácter de no cristianos de sus pobladores (como ocurre asimismo con ciertos habitantes del País de las Hadas) atribuyéndoles prácticamente una vida de continua depravación e idolatría, consecuencia moral ésta que el cristianismo explotó convenientemente haciéndoles merecedores de todo tipo de castigos, incluida su desaparición de la faz de la tierra (por parte de la Virgen o de Jesucristo) por el único motivo de no brindar la hospitalidad que merecían tan egregios personajes o por mantener obstinadamente una conducta herética.

Generalmente, a los habitantes de estas ciudades sumergidas se les supone de gran tamaño y los gigantes, ya nos lo dice el Libro de Henoch, se identifican con los ángeles caídos (y por extensión con Satán), por lo que el «asolagamiento» de algunas de sus ciudades se atribuye de manera casi irremediable a un severo castigo divino al cometer sus moradores alguna falta muy grave.

Este es el mismo esquema, con pocas variaciones, que siguió a la destrucción de la isla-continente de la Atlántida, de Sodoma y Gomorra o del Diluvio Universal. No está de más recordar que el mito del Diluvio, con todas sus consecuencias, preside algunas tradiciones gallegas como la ubicada en la ciudad de Noia, donde algunos estudiosos —como García Atienza— ven en su toponimia y en sus leyendas una versión española del Noé bíblico y sus descendientes que arribó con su barco por esta villa coruñesa, aunque en esta ocasión fue su nieta Noela quien fundaría esta ciudad de la que toma su nombre. La propia tradición asegura que el Arca se detuvo en el monte Aro, en la sierra de Barbanza, muy cerca de Noia, zona rica en restos megalíticos.



Existe un podederoso encanto en todas aquellas narraciones donde se habla de antiguas ciudades sumergidas bajo las aguas de los lagos o lo mares. Ciudades míticas habitadas por seres legendarios y que son recurrentes en los arquetipos del inconsciente colectivo.

Todas estas circunstancias transmiten, de la mejor manera posible, el recuerdo de un cataclismo natural ocurrido hace muchísimo tiempo (tal vez los 12 000 años que realmente se atribuye al Diluvio), que asoló gran parte de la Tierra, no estando exenta la Península Ibérica, se llamara como se llamara por entonces, dejando constancia de este traumático suceso en muchas de sus tradiciones y toponimias tanto del Noé local de turno (la actual Gijón se llamó antiguamente Noega, tenemos un Noja en Santander, un Navia en Asturias, un Noela en Huelva, un Nojoa en Portugal…) como de los reinos y las ciudades sumergidas.

Históricamente, Galicia fue sede durante casi un milenio de un foco de heterodoxia, lo cual, unido al hecho de que en sus tierras son muy numerosas las «lagoas» que contienen en su interior una ciudad sumergida, la conclusión es fácil de imaginar. Teniendo en cuenta estos dos factores, no nos debe extrañar la existencia de ciertos relatos y fábulas sobre un castigo divino a sus remotos y antiguos moradores, abundando los mismos por las cuatro provincias gallegas. Estas leyendas tienen tres claras connotaciones. Por un lado, se castiga a una raza legendaria de hombres, no gallegos y no cristianos, de conducta aparentemente inmoral; por otro, como lógica moraleja, merecen un castigo desproporcionado a su delito, que suele ser su definitiva desaparición, y, por último, casi siempre hay un justo u hombre bueno que ofrece hospedaje o limosna a Dios, a la Virgen o a Jesús, siendo advertido, en compensación y agradecimiento, de la inminente inundación que va a sobrevenir para que se ponga a salvo con toda su familia y ganado.

Cuando desaparecen de la faz de la tierra, se convierten en ciudades sumergidas o «asolagadas», cuya existencia ocular u óptica se pone de manifiesto en fechas determinadas. Al parecer hay tantas que el irónico Fernando Sánchez Dragó escribió en su «Gárgoris y Habidis»:

«Existen más ciudades asolagadas en Galicia que soleadas en el resto de España».

El profesor Luis Monteagudo confirma en parte esa aseveración cuando afirma que en todos los pueblos del litoral riveirense se conserva la tradición de alguna ciudad sumergida, lugares donde se han encontrado vigas de madera y objetos diversos como piezas de cerámica de gran calidad.

Las míticas ciudades de Lucerna y Antioquía

En la literatura medieval, como la *Crónica de Turpin*, incorporada al *Codex Calistinum* (siglo XII), se menciona una ciudad inundada que ya aparece citada con el nombre de Lucerna. Son muchas las referencias que existen en España sobre una ciudad sumergida en un profundo lago o laguna, cuyo nombre mítico es *Lucerna*.

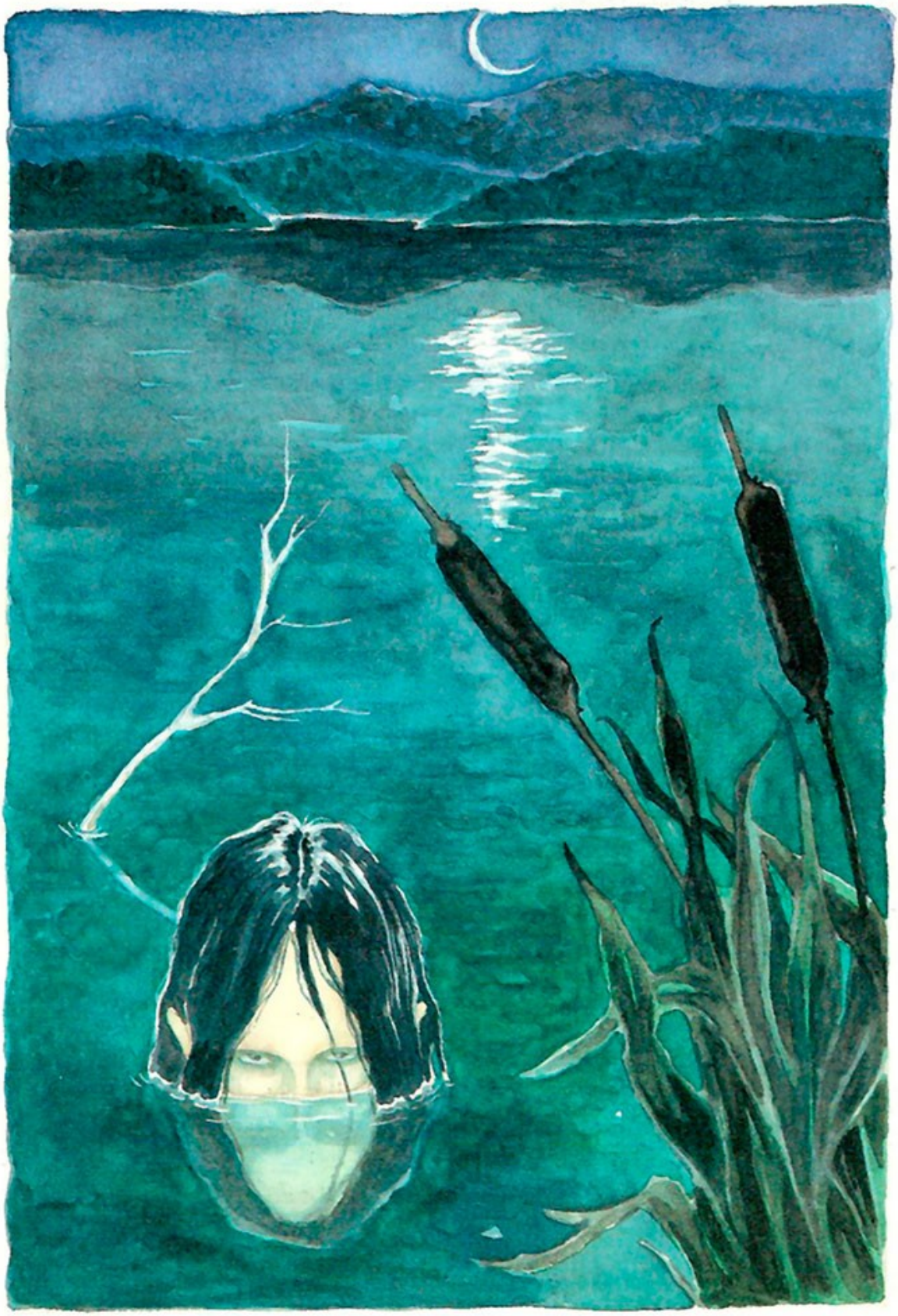
En la *Chronique de Turpin*, cap. III, encontramos por vez primera la mención de este nombre, formando parte del fabuloso catálogo de las ciudades tomadas por Carlomagno a su paso por España. Esta ciudad fue sitiada durante varios años y a la vista de lo infructuoso de su conquista, Carlomagno prometió públicamente edificar tantas iglesias como letras tiene el alfabeto si lograba entrar en ella. Los diplomas de fundación de esas iglesias relatan la citada promesa. Carlomagno logra finalmente destruirla mediante la intercesión de un guerrero celeste —el Apóstol Santiago— milagro que los textos narran de diversas maneras con un único resultado: en el emplazamiento de Lucerna se forma un profundo lago poblado por unos horribles peces negros que aseguran eran las almas paganas de sus habitantes.

Parece claro que el mito de la ciudad sumergida de Lucerna tiene antecedentes franceses (la «Luisierne» de las chansons francesas) y se fue localizando en distintas lagunas españolas por encima del paralelo 42° debido a los peregrinos que recorrían el Camino de Santiago desde el camino francés.

La ciudad de Villaverde de Lucerna, como así coinciden en llamarla todos los informantes de los pueblos cercanos, posee una leyenda que es contada por los habitantes del pueblo zamorano de San Martín de Castaneda, junto al lago de Sanabria, la cual fue tomada por Miguel de Unamuno como base literaria para escribir *San Manuel Bueno, mártir*. La versión más popular de la misma cuenta que antiguamente hubo una gran ciudad a la que llegó Dios Nuestro Señor (o bien Jesucristo, según versiones) vestido como un pordiosero pidiendo limosna. Todos se la negaron sistemáticamente menos unas mujeres que se hallaban cociendo pan en un horno. A éstas las avisó de que salieran pronto de Villaverde y apenas lo hicieron, brotó agua de las entrañas de la tierra, anegando totalmente al pueblo, hundiéndolo en las profundidades que actualmente ocupa el lago de Sanabria.

Otros dicen que las campanas de la mítica Lucerna se pueden escuchar en la mañana de San Juan desde las profundidades de dicho lago por todo aquel que se acerque y se «halle en gracia de Dios».

Todos los años, también al amanecer de ese día, se vislumbra en el fondo del Lago Carucedo, en la provincia de León, el reflejo de Lucerna y en esa noche es cuando dicen que sale la ondina Carissia a buscar un guapo mozo que la pida en amores, aunque la verdad es que ni mozo ni ondina se suelen ver por esos contornos a esas altas horas de la noche.



En nuestro país hay dos ciudades sumergidas que resuenan en bastantes leyendas: Valverde de Lucerna y Antioquía, ambas localizadas indistintamente en Galicia, León o Castilla. Sus mitos no han sido aún apagados por el rumor de las olas y de los años.

Sin salirnos de la provincia de León, encontramos otra ciudad sumergida en el lago de Abajo, en el término municipal de Isoba. En este pueblo asegura la tradición que vivió durante un tiempo María Magdalena (suponemos que de paso hacia Francia que fue el lugar donde murió, probablemente en Aix-en-Provence). El argumento básico sigue sin ser original. En esa época pasó por allí Jesucristo pidiendo limosna y los vecinos del viejo Isoba lo trataron tan mal que se determinó a castigarlos. Subiendo a un cerillo exclamó tendiendo su mano:

Húndase Isoba,

menos la casa del cura

y de la pecadora.

Ni que decir tiene que María Magdalena es la patrona de la nueva Isoba, la visible.

A la mítica ciudad de Antioquía se la ha llamado también Valverde o Lucerna. El historiador Manuel Murguía afirmó haber visto en la laguna de Antela o Lago Beón, en Xinzo de Limia (Orense) con el estiaje, algunas calzadas y cimientos de edificios. Ciertas leyendas colocan en el fondo de esta laguna, hoy desecada, la ciudad de Antioquía, fundada por algún héroe emigrante de la guerra de Troya (Anfíloco o Antíoco) y sumergida a causa de su idolatría, ya que sus habitantes adoraban ni más ni menos que a un mítico gallo (al que siempre encontramos en los relatos sobre la Gente Menuda —cuando canta es el momento de refugiarse en sus habitáculos— y sobre los tesoros encantados). Se dice que

también sus pobladores se negaron a dar limosna y hospedaje a Jesús. Pero otra tradición, menos religiosa, sitúa la antigüedad de su desaparición en el siglo IX a. C. cuando —según Dragó— «una legión de galos capitaneada por Kornterriben llegó al castillo de Sandianes, que a la sazón se llamaba Gémina y desde sus torres avistó Antioquía. Horas después —a la del alba y cuando ya se aprestaban a ponerle cerco— no encontraron más rastro de la ciudad que una apacible laguna». Vicente Risco alude a esta mítica ciudad como una Atlántida más.

En las grandes sequías se podía ver asomar sus torres en el Pozo de Meiga. Se asegura que bajo sus aguas existe un extenso subterráneo, lleno de tesoros, que comunica entre sí a los castillos de Pena y Sandiás.

Groenlandia y el gobierno fantasma de las Hespérides

Los esquimales de Groenlandia (que significa «tierra verde», en alusión al verdor que debió tener hace siglos) sitúan la Morada de los inmortales en un «paraíso subterráneo en donde hace calor y donde abunda el alimento». No sabemos si por esta razón, el alquimista inglés del siglo XVII John Dee (muerto en 1608) afirmaba en su diario (que más tarde se ha llamado «La verdadera relación de Casaubon»), que la Tierra estaba compuesta de varias esferas superpuestas, alineadas a lo largo de otra dimensión. Entre estas esferas habría puntos de comunicación estratégicamente ubicados. De este modo, pensaba él, Groenlandia (gigantesca isla que actualmente pertenece a Dinamarca) se extendería en el infinito sobre otras tierras diferentes a las nuestras. El citado Raymond Bernard, autor de *La Tierra Hueca*, creía que los esquimales eran descendientes de una raza que vivía en la corteza terrestre.

El chileno Miguel Serrano comenta que tanto John Dee, que fue astrónomo y astrólogo de la Reina, como el conquistador español Pedro Sarmiento de Gamboa, autor de *Viaje al estrecho de Magallanes*, (el cual, después de ser apresado por los piratas ingleses, llegó a ser muy amigo de la Reina Isabel de Inglaterra) llegaron a aconsejar a su Graciosa Majestad la conveniencia de invadir y conquistar Groenlandia, ya que aquí se encontraba la entrada al mundo interior de la tierra, lugar donde habían desaparecido, por ejemplo, algunos vikingos de Dinamarca. De este modo, la corona de Inglaterra pasaría a tener el dominio de dos mundos, el de arriba y el de abajo. Dee insistió en varias ocasiones a la reina Isabel para que se diera prisa en tener entre sus manos la puerta de entrada a otros mundos. Ni que decir tiene que pasaron de él y de sus «locas» propuestas, al considerar la poca utilidad de conquistar algo que no existía.

Corriendo el tiempo, algo parecido ocurrió con las enigmáticas islas de las Hespérides, situadas en el mar austral a miles de millas de Groenlandia, aunque ambas guardan ciertos paralelismos.

De forma casual y misteriosa llegó a manos del conocido investigador catalán Antonio Ribera una documentación relativa a la existencia de un perdido archipiélago denominado «Hespérides» o «Hesperiades» y que deben su nombre,

al parecer, a un ballenero escocés, McNall, que las descubrió en torno al año 1850. Ribera contó con un pequeño libro del año 1962 cuyo autor era un tal John Callander (desconocido hasta el momento), que incluye fotografías y mapas. Según esta obra, el archipiélago esta formado por dos islas principales: Gran Hespéride e isla del Lago y por un islote llamado Rap, que, junto a cinco pequeños atolones, suman un conjunto de casi cien kilómetros cuadrados.

En su exhaustiva investigación, Antonio Ribera cuenta en *Las máquinas del cosmos* que actualmente las Hespérides son de «propiedad privada», habiendo pasado de los herederos del ballenero Mac Nall a un «grupo empresarial español» (sic), que es su actual propietario. En los años sesenta, éstos se pusieron en contacto con representantes de la «Asociación Pro Antártida», entidad decana en España en el estudio y la divulgación del continente helado, cuyo presidente era entonces el coronel, ya fallecido, Antonio Baeza Mancebo, para proponerles la realización de una expedición a las islas, con el pretexto de que serían una excelente base para una campaña en la Antártida.

El grupo —dueño y señor de estas islas— para acreditar la autenticidad de este archipiélago (también conocido como islas Dougherty) aporta la existencia de un Acta de Ocupación, una Constitución escrita en esperanto e incluso ¡emisiones filatélicas! por parte de su gobierno fantasma. En los sellos de las Hespérides, el nombre del archipiélago aparece de la siguiente forma: *Dougerthy-Hesperies-Islands*.

Ribera, en una obra posterior, aporta más valiosos datos sobre las Hespérides, como el borrador de la carta del coronel Baeza al ministro de Marina, el almirante Nieto Antunez, en 1965. En su punto seis, se dice textualmente:

«Tenemos el convencimiento, Excmo. Sr. que el asentamiento de España en el archipiélago de las Hespérides solo innúmeros beneficios puede proporcionar. Si España se establece en estas islas, habrá prolongado o aumentado su radio de acción en materia de caza y pesca… podrá establecer, en el conjunto insular dicho, almacenes de víveres, de combustible, de pertrechos, de los productos obtenidos, industrializados o no: se crearían miles de novísimos puestos de trabajo y tantos otros extremos de los que no hacemos mención porque no escapan a la cultura de V.E. y harían, además, interminable este escrito».

(¿No les recuerda nada todo esto?).

Epílogo

ecíamos, al comenzar este libro, que nos enfrentamos a un hecho que supera con mucho todo lo que los hombres somos capaces de imaginar, un juego en el que posiblemente «algo» o «alguien» está desarrollando un programa de largo alcance que, desgraciadamente, no sabemos ni podemos controlar. El fenómeno es mundial y afecta a los seres humanos con independencia de su raza, credo, sexo o condición; se presenta de improviso o acompañado de una espectacular parafernalia, de día o de noche, en la ciudad o en el campo. Estos acontecimientos sobrenaturales se muestran de dos maneras. La primera, en forma de criaturas vivas y da igual que lo haga como bola de fuego, de vampiro, de ser peludo o de enanito verde y es indiferente que les llamemos hadas, duendes, hombres-lobos, fantasmas o extraterrestres. La segunda, aparece en forma de lugar mágico y maravilloso, como una cueva encantada repleta de tesoros, una isla que se vislumbra en las sombras del horizonte, una ciudad sumergida o un reino inaccesible, repleto de palacios y maravillas. Cambia la apariencia, pero el origen casi siempre es el mismo y nuestro «jugador», sabe perfectamente que cuando penetra en nuestro mundo a través de las «áreas de incursión» o «puertas», podrá confundir y engañar a nuestras débiles mentes humanas, haciéndonos ver justamente lo *que él quiere que veamos o lo que nosotros queremos ver*.

Hasta hoy los hombres no hemos sido capaces de dar con la respuesta válida, la razón de nuestra incapacidad es sencilla, hemos cometido el error de dar un tratamiento racional a algo que está fuera de nuestra realidad. Fenómenos idénticos han sido tratados por sociólogos, videntes, parasicólogos o físicos de forma aislada y son muy pocos los que han comprendido que nos enfrentamos, desde siempre, a un proyecto complejo, global y ajeno a nuestro mundo, que nos desborda en cada instante.

John Keel uno de los más brillantes y escépticos escritores norteamericanos y que mejor ha abordado esta compleja trama, escribe:

«Al final, la triste verdad que quizá pueda hacernos libres podría ser muy bien la de que el mundo fantasma tico construido por generaciones de ocultistas, fanáticos religiosos, apasionados de los OVNIs y cazadores de monstruos no existe en la realidad, nada, en absoluto. Simplemente nos han inducido a creer que existe. Pero es obvio que otra cosa distinta, sí existe. Esa otra cosa distinta nos vuelve locos a muchos de nosotros…».

Aunque usted no lo quiera admitir, todo un mundo invisible nos rodea (repleto de formas energéticas de la más variada gama) y no hay que ir a ningún planeta lejano a buscar respuestas o claves para el enigma. Tal vez las artimañas de invisibles titiriteros nos han engañado hasta el punto de que sus acciones parafísicas puedan resultar absurdas o ilógicas, propias de la fantasía, pero eso es precisamente lo que desean, confundirnos una y otra vez, para ocultarse y camuflarse en la magia y en los sueños, generando todo tipo de alucinaciones o proyecciones psíquicas que algunas veces, curiosamente, dejan secuelas externas. Así, sus acciones suelen pasar a formar parte de los mitos y de nuestras creencias religiosas, filosóficas, demoníacas u ocultistas. O, por el contrario, son rechazadas de plano por aquellos que sólo creen en lo que «científicamente» se puede demostrar, hasta que un día, en el mar, en el bosque, conduciendo su automóvil, mirando a los cielos o simplemente en su casa mientras duermen, sean testigos de otras «realidades» que les puedan hacer cambiar de opinión…

Antes de terminar, un consejo: permanezcan en este mundo estructurado en tres dimensiones con sus cinco sentidos siempre alertas y con la capacidad de asombro intacta, no sea que algún día les ocurra lo del monje del relato de Alexandra David-Neel:

«A orillas de un río, un monje tibetano se encontró con un pescador que cocía en una marmita una sopa de pescados. El monje, sin decir palabra, se bebió la marmita de sopa hirviendo. El pescador le reprochó su glotonería. El monje entró en el agua y orinó: salieron los peces que había comido y se fueron nadando».

Apéndice: la sombra de Peter Pan
o cómo emigran algunos seres sobrenaturales

Piedra en la piedra, el hombre, donde estuvo?

Aire en el aire, el hombre, donde estuvo?

Tiempo en el tiempo, el hombre, donde estuvo?

Pablo Neruda: *Canto general* (1950).

reemos que al lector no se le escapará que la gran mayoría de los elementales y dioses que existen en Europa también están representados en España, en su folklore, mitos y tradiciones. Unos, como los duendes, en toda la Península y en los archipiélagos, otros, como los enanos o los busgosos, solamente en algunas regiones o, incluso, en lugares concretos y determinados (una cueva, un lago, una isla, etc).

Este curioso hecho, por el que países separados por cientos e incluso miles de kilómetros tienen en su folklore seres muy parecidos a los de otras latitudes, ha

originado multitud de explicaciones que han atraído, sólo muy recientemente, a los estudiosos de la mitología y las tradiciones populares que buscan siempre las posibles causas con ayuda de disciplinas como la historia y la antropología.

En su libro sobre los elementales europeos, la doctora Nancy Arrowsmith, trata de mostrar cómo son los seres mágicos que habitan en nuestro continente. Aunque comete todo tipo de inexactitudes, fruto del esfuerzo de englobar a toda la Gente Menuda de Europa en una sola obra (aunque de escaso contenido), en realidad es uno de los primeros intentos serios para abordar las más que evidentes semejanzas entre los diferentes grupos de espíritus de la naturaleza de nuestro continente y sus parentescos. En su estudio emplea el término inglés «elfos» para designarlos en su totalidad, denominación correcta en su uso genérico en las islas británicas, pero, a todas luces inexacto en castellano, ya que no es una palabra que se utilice excesivamente en nuestro idioma para referirnos a seres sobrenaturales. No obstante, sería interesante saber si el parecido entre nuestros duendes domésticos y los «lutins» franceses, por ejemplo, es sólo una coincidencia o bien tienen un origen idéntico.

Los pobladores que hoy habitamos Europa tenemos un origen común y con las consabidas excepciones de vascos, fineses, lapones, estonianos, húngaros y turcos, todos los demás tenemos como antepasado a un pueblo que hablaba una lengua de la que descienden nuestros actuales idiomas, los llamados indoeuropeos, pueblo de pastores y ganaderos, que desde su hogar en la actual frontera de Rusia y Ucrania, hace cinco mil años, se extendieron hacia todos los puntos cardinales. De una de las familias principales del tronco común, la latino-céltica, y dentro de ella, de la primera, descienden los idiomas hablados hoy en España (salvo el vasco) y también, en gran medida, nuestras costumbres más ancestrales, ya que nuestra mitología y folklore es principalmente de origen romano y por tanto culturalmente greco-latina.

El resto de nuestros mitos de la naturaleza tienen un origen céltico y, con menor intensidad, germánico. En cualquier caso, es importante indicar que hablar una lengua común es en cierto modo «compartir un pensamiento común».

Evidentemente, en toda Europa las influencias culturales son las mismas, cambiando solamente la mayor incidencia de un grupo u otro. Por ejemplo, la mitología francesa tiene más influencia céltica que España (incluso tiene un idioma céltico: el bretón) y algo más de influencia germánica. Inglaterra tiene poca influencia latina, algo más céltica y masivamente germánica. En Irlanda, la

influencia céltica es la predominante, pasando a un segundo plano la germánico-nórdica y prácticamente ninguna latina.

Comerciantes, guerreros y todo tipo de viajeros han llevado sus tradiciones y formas de vida de un punto a otro de Europa. Así, por ejemplo, es más que probable que el mito de las «lavanderas» (una especie de hadas siniestras que lavan la ropa en noches de luna llena) presente en relatos de Asturias y Cantabria —existente también en los Vosgos y en el occidente francés, así como en Inglaterra— tenga como origen nuestra vecina Francia. Esta es la postura habitual de algunos folkloristas para explicar el hecho de que los seres elementales de toda Europa sean tan parecidos y con tradiciones semejantes.

Podemos perfectamente tomar como ejemplo a los Estados Unidos, cuya tradición «élfica» anglosajona es, lamentablemente, más conocida que la española y adentrarnos después en las sorpresas que el tema de las migraciones de los elementales presenta en relación a nuestro folklore. Cualquier lector de la literatura infantil y juvenil de los Estados Unidos y cualquier buen espectador de cine, sabe que en bastantes ocasiones se habla de seres elementales idénticos a los de Europa y, principalmente, a los del folklore céltico y anglosajón. En los Estados Unidos se encuentran fácilmente cuentos de Brownies, Bogies, Fairies, Dwarfs, etc. La causa para los historiadores, antropólogos e investigadores de las tradiciones es muy sencilla. Al declarar su independencia en 1776, la nación recién nacida contaba en la población de sus trece Estados con aproximadamente cinco millones de habitantes, de origen británico en su práctica totalidad, tanto inglés como escocés y en menor medida irlandés. Había también dinámicas minorías de origen holandés y alemán, pero la cultura dominante entonces —y ahora— era la inglesa.

Durante el siglo siguiente, los Estados Unidos recibieron la friolera de veinte millones de emigrantes procedentes de todos los puntos de Europa, primero de Irlanda y los países escandinavos, luego de Alemania y a finales del siglo XIX y principios del XX, de Italia y el este de Europa (Rusia, Polonia. Bulgaria. Rumania, Hungría, etc). Todos estos emigrantes llegaban acompañados de sus costumbres tradicionales que, como suele ocurrir en estos casos, fueron olvidando poco a poco para adaptarse a las de su país de acogida, siendo habitualmente integrados en su segunda generación dentro del sistema americano y adoptando sus hijos el inglés como lengua habitual.

Por lo tanto, el folklore de los Estados Unidos está cargado de seres mágicos y misteriosos que, en su mayoría, tienen origen europeo, principalmente inglés e

irlandés, pero también alemán, holandés y escandinavo, si bien, una pequeña minoría es de origen indígena, sobre todo en aquellas zonas donde las tribus indias eran predominantes o su huella cultural no se perdió. Otra minoría es africana, principalmente en las regiones más atrasadas del «profundo sur», donde todavía perduran mitos traídos por los esclavos negros.

Frente a la explicación de los antropólogos respecto a la presencia en suelo norteamericano de estas leyendas o mitos, los escritores de temas fantásticos y esotéricos ofrecen una visión distinta y sugerente: las hadas americanas y canadienses llegaron acompañando a los primeros colonos y en el «Mayflower» iban algunos duendes ingleses que se establecieron junto a los padres peregrinos en Masachussetts.

Un norteamericano, Walter Wentz, en su estudio *La fe en las hadas en los países célticos*, nos hace partícipes de la siguiente historia:

Mi abuela Catherine MacInnis solía hablarme de un hombre llamado Laughlin, que ella conoció, que había tenido amores con un hada. Esta veía a Laughlin todas las noches y cuando él empezó a cansarse de ella, comenzó también a temerla. Las cosas empeoraron hasta tal punto que resolvió irse a América para escapar del hada… Laughlin emigró a Cope Bretón, desembarcando en Pictu (Nuera Escocia) y en la primera carta que escribió a los suyos declaró que la misma hada lo perseguía en América.

Otros elfos llegaron con los holandeses y en Canadá fueron acompañando a los primeros colonos de Francia. Los autores holandeses del libro *Los Gnomos* (Rian Poortvliet y Wil Huygen) explican de esta forma la llegada de los gnomos a Norteamérica y hablan de su presencia en Australia por idénticas razones.

Lo que no aclaran estas historias es lo que ocurrió con los elementales que habitaban estas regiones antes de la llegada de los pioneros y de los emigrantes procedentes del viejo continente. ¿Dónde están ahora? ¿Por qué se fueron? Tan sólo se podría explicar este fenómeno respecto a los duendes, que al fin y al cabo siempre se han vinculado a los hombres, pero ¿qué es lo que hace que las hadas canadienses sean idénticas a las *Feés* francesas o a las *Fairies* de Inglaterra? La respuesta a esta pregunta, curiosamente, nos la suministra no un folklorista o un historiador sino un biólogo.

En su sorprendente obra *Imperialismo ecológico*, el doctor Alfred W. Crosby

aportó una original visión al hecho, hoy indiscutible, de que en determinadas naciones y regiones del mundo la población había cambiado de tal modo en los dos últimos siglos que no se parecía en nada a la original de esos territorios. En concreto, la población de origen europeo representa más del 75% del total en Canadá, Estados Unidos, Argentina, Uruguay, Nueva Zelanda, Australia y sur del Brasil. En términos de cultura, desarrollo, estilo de vida y costumbres, estas regiones son relativamente semejantes a Europa, a pesar de encontrarse a miles de kilómetros de distancia, cuando no al otro extremo del mundo. Crosby llama en consecuencia a estas naciones las «Nuevas Europas». Es evidente que la causa de esta denominación fue la emigración masiva de millones de europeos a estas regiones en los decenios pasados, pero ¿por qué a estas naciones y no a otras?, ¿qué es lo que las hizo tan atractivas para los europeos?, ¿fue algo lógico o existió una tendencia instintiva?, ¿por qué desaparecieron los pobladores originarios? y sobre todo ¿por qué han ido retrocediendo la flora y la fauna autóctonas?

Todas estas cuestiones hicieron que el investigador norteamericano profundizara en las causas que han provocado este hecho histórico. La conclusión de su análisis fue tan sorprendente que se ha convertido en una de las teorías más originales e inquietantes de los últimos años: la demostración de la existencia de un proceso continuado en los últimos siglos que produjo la sustitución de los biotopos originarios de estas tierras y su progresiva sustitución por los procedentes de nuestro continente.

Dice Crosby:

Se da una fuerte paradoja (…). Las partes del mundo que más se parecen hoy a Europa, en términos de población y cultura, distan mucho de Europa —de hecho se encuentran separadas de ella por vastos océanos— y aunque su clima es similar al europeo, su flora y su fauna son muy diferentes de las del viejo continente. Las regiones que hoy en día exportan mayor cantidad de productos alimentarios de origen europeo —cereales y carne— que cualquier otro territorio del mundo, no tenían quinientos años atrás, ni rastro de trigo, centeno, bovinos, cerdos, ovejas o cabras.

La resolución de esta paradoja es tan fácil de plantear como difícilmente explicable. Norteamérica, la Sudamérica meridional, Australia y Nueva Zelanda están muy lejos de Europa pero gozan de climas similares al suyo, y la flora y fauna europeas, incluyendo los seres humanos, pueden sobrevivir en estas regiones si la competencia no es demasiado dura. En general, la competencia ha sido bastante blanda. En la pampa, los caballos y bovinos ibéricos hicieron retroceder al guanaco y al ñandú en Norteamérica, las lenguas

indoeuropeas han arrollado a las algonquinas, muscógeas (o Kreek) y otras lenguas amerindias: en las antípodas, el diente de león y el gato doméstico del viejo mundo han ganado terreno frente a «la hierba de los canguros» y a los kiwis. ¿Porqué? Tal vez los europeos hayan triunfado debido a la superioridad de su armamento, en organización y en fanatismo, pero ¿porqué diantres nunca se pone el sol en el imperio del «diente de león»? Tal vez el éxito del imperialismo europeo haya tenido un componente biológico, un factor ecológico.

A todo esto, por nuestra parte, añadiríamos algo más ¿por qué, además de existir en estos territorios estas plantas herbáceas llamadas «dientes de león», hay duendes, trasgos, enanos, gnomos, hadas y demás Gente Menuda de aparente origen europeo?

Modestamente vamos a aventurar una respuesta. Los elementales, como seres que habitan nuestro mundo, aunque sea en un plano distinto al nuestro, ocupan en realidad el mismo espacio geográfico que nosotros y, por tanto, al igual que los humanos, no todos sus grupos y familias viven en todas las partes del mundo. Partiendo de este hecho creemos que existen cuatro razones que facilitan o fuerzan la emigración de grupos de elementales.

Primer grupo: Las migraciones con los humanos

Este desmedido afecto que demuestran algunos duendes domésticos por determinadas familias, les obliga a seguirlas allí a donde vayan (entre otras razones, porque seguramente uno de sus miembros actúa de médium de manera inconsciente). Esta es una de las razones que ha provocado la extensión y difusión de los duendes por zonas de España en principio poco propicias para ellos, al estar exentas de las características de sus hábitats de origen, o sea, de vegetación y frondosidad, pero lo cierto es que evolucionaron y se acomodaron con mucha rapidez a los cambios sufridos. Este fenómeno ha supuesto que en aquellos lugares donde los pobladores europeos sustituyeron paulatinamente a los habitantes originarios, los duendes que se aparecían eran idénticos a los de las naciones de origen de sus pobladores, como ocurre con los *Leprechauns* canadienses (de origen irlandés) o los *Brownies* norteamericanos (de origen escocés). Hoy podemos hablar de duendes, en sus más diversas categorías, repartidos por toda la geografía de Europa, de Norteamérica y Sudamérica, así como de Australia y Nueva Zelanda gracias a la utilización de este singular método.

Cuando los Pufs aparecieron en Córdoba (Argentina), con su aspecto e indumentaria propia de los duendes de Europa, desplazaron a los elementales originarios de esa zona, de la misma forma que los hombres blancos a los indios o que las vacas o los ñandúes. Sin embargo, no sabemos qué ocurrió con los elfos que habitaban aquellas tierras. ¿Dónde se fueron? ¿qué fue de sus almas grupales? Hay todavía muchas preguntas a las que no podemos dar respuesta.

Al igual que los duendes, algunas hadas también practican esta costumbre y ya hemos visto algunos ejemplos. La clase predominante de emigrantes feéricos del Viejo al Nuevo Mundo fueron los duendes tipo *Boggart* y tipo *Goblins*, que siguen a la familia por su propio pie. Principalmente, son las hadas de las Highlands de Escocia (los *Daoine Sidhe*) las que más se animaron a cruzar el Atlántico con sus protegidos, tanto para ir a Norteamérica como a Australia. Las hadas gregarias o agrupadas viven en colinas huecas o en los grandes montículos de tierra llamados túmulos. Por esta razón, las hadas gregarias que acompañaron a emigrantes humanos al Nuevo Mundo escogieron como residencia los accidentes naturales del terreno, semejantes a los túmulos. Igual que en Europa, se retiraban a su interior durante el invierno y volvían a salir en primavera.

Si decidimos buscar casos de este tipo los encontraremos en cualquier punto de las «Nuevas Europas» (empleando la denominación de Alfred W. Crosby), comprobando que existen rutas de migración. Tomaremos como ejemplo un caso recogido en la Argentina y que, en su momento (1985), tuvo cierta repercusión en la prensa del país austral. En la provincia de Córdoba (Argentina), existen todo tipo de historias referentes a extrañas apariciones misteriosas como luces y objetos, principalmente en las sierras y generalmente atribuibles a fenómenos de tipo OVNI. Sin embargo, en relación con el objeto de nuestro estudio, destaca la clara evidencia de la presencia de seres elementales, tan semejantes a los de Europa, que no pueden sino tener un origen común. Actualmente la población de la provincia es mayoritariamente de origen europeo, principalmente español e italiano, con alguna influencia de Alemania y de otros países y la descripción que se ha ofrecido de los pequeños enanitos que aparecen en la zona es muy significativa a la hora de determinar su naturaleza.

Uno de estos seres, denominados Pfus, han sido descritos, por quienes los

han visto, como hombrecillos de pequeña estatura («petisos»), de no más de medio metro, de color amarillento o verde claro, con trajes marrones o verdes, variando el tono y color según los testigos y, en todo caso, cubiertos con gorros como los de los bufones medievales. Cualquier persona aficionada al folklore de su tierra podrá, sin temor a equivocarse, identificar a estos pequeñuelos, ya que su parecido con seres semejantes de Europa no deja lugar a dudas. Si el lector fuese catalán o mallorquín le recordaría a un *follet* y lo mismo ocurrirá si se trata de un suizo, un francés, un belga o un italiano. El parecido es tan grande que es una evidencia de su presencia en el Cono Sur de América.

Respecto a las costumbres ocurre lo mismo, se cuenta que los *Pfus* roban juguetes y objetos en las casas, como hace cualquier duende doméstico, trasgo o follet y, después, los devuelven. También revuelven la casa y desaparecen misteriosamente al llegar el día. No es aventurado suponer que la presencia de *Pfus* en Argentina obedece a que algunos duendes europeos siguieron a las familias de emigrantes, en cuyas casas se habían instalado, hasta América del Sur, y una vez allí, se establecieron en los hogares de los seres humanos a los que voluntariamente se habían asociado.

Entre 1850 y 1914, Argentina fue la segunda nación del mundo en acogida de emigrantes —después de los Estados Unidos— nada menos que seis millones, que la convirtieron en una nación «blanca». Al mismo tiempo que se iba transformando su población, primero por la llegada masiva de emigrantes y segundo, por la extinción por enfermedades o aniquilamiento físico de la población amerindia autóctona, los elementales originarios dejaron paso a nuestros duendes y trasgos, en pequeño número, pero en el suficiente para que el eco del ruido de sus juegos y travesuras hayan llegado a eliminar el débil susurro de la Gente Menuda que desde hacía milenios acompañaban a los cazadores indígenas en la gran llanura, llamada «pampa», y en donde los extranjeros pálidos llegados del otro lado del océano levantaron una ciudad, hoy gigantesca, llamada Buenos Aires.

Segundo grupo: migraciones junto a los humanos pero no con ellos.

Existen ciertos seres que, aunque no son humanos, están relativamente más condicionados que otros por las leyes físicas que rigen nuestra existencia. Sería el caso, en general, de aquellos espíritus de la naturaleza vinculados al elemento tierra, como los duendes, los enanos, los gnomos o los seres del bosque. En todos estos casos, el pueblo de la Gente Menuda no necesita de los humanos, pero, en ocasiones, se desplaza junto a ellos. Sus pautas de migración constituyen una variante del supuesto anterior, ya que siguen a ciertos grupos humanos en sus desplazamientos, pero sin vincularse a ellos en ningún momento, sino solamente para cumplir mejor el destino impuesto por su «alma grupal», como por ejemplo, proteger mejor la naturaleza (caso de los gnomos) o las riquezas de la tierra (como los enanos). Creemos que el mejor ejemplo de cómo emigran este tipo de seres elementales está en nuestro propio país.

El hogar tradicional de los enanos, así como de los gnomos, son las montañas de Escandinavia y de Alemania, desde donde fueron bajando hasta llegar al sur de Europa. Este hecho no es hoy en día discutido por ninguno de los autores que han estudiado su presencia en grutas y cuevas y sus ocasionales contactos con los humanos a lo largo y ancho de nuestro continente. El problema principal es, por tanto, determinar desde cuándo los encontramos en España y cuál es su verdadera presencia en nuestra tierra. Como veremos, el caso de Galicia es una muestra del problema perfectamente extensible a toda la Península Ibérica.

Los denominados *enanos* (no confundirlos con personas con malformaciones genéticas) no son conocidos desde siempre. San Isidoro de Sevilla, tomando la versión de San Agustín —que vivió en el siglo V— decía en el siglo VII, que los dólmenes estuvieron habitados por unos enanos célticos que se llamaban «Dussi» a los que nunca les gustó relacionarse con los hombres. Esta primera descripción parece referirse a seres semejantes a los *Korred* bretones, de los que se dice que habitaban bajo los dólmenes al igual que ocurría con los *follets* de Cataluña y Baleares.

Es posible que en tiempos habitasen en España seres parecidos a estos y tal

vez emparentados con los elementales denominados *enanos*, pero es dudoso que a éstos se les pueda atribuir un origen céltico. De hecho y como anécdota, existe en Gales una simpática asociación contra las estatuas de piedra que representan enanos, los conocidos «enanos de jardín», un adorno frecuente en toda Europa, pues consideran que estos personajillos no son sino una muestra de la invasión cultural germánica, representada en Gales por sus vecinos anglosajones del este y no una tradición propia de su espíritu céltico.

La historia de los enanos en Galicia, al igual que en el resto de España, es compleja y difícil de seguir. Según Jesús Rodríguez López no existen en Galicia más que en la modalidad que él denomina «servidores» o, lo que es lo mismo, duendes. «Entre las supersticiones más notables que trajeron los godos a España —escribe— se destaca la creencia en los enanos».

No podemos imaginar qué siente un miembro de la Gente Menuda al viajar, al desplazarse a lugares lejanos y desconocidos con tu su ajuar a cuestas, qué es lo que le motiva o impulsa. Sólo podemos intuirlo y dejar correr nuestra imaginación para tratar de encontrar una repuesta coherente.

En este sentido habría, y hay, en Galicia, todo tipo de manifestaciones de estos seres en los que el autor gallego no cree, si bien recoge sobre ellos mitos como

los de la transformación en animales y su capacidad para realizar prodigios. No se le escapará al lector que en realidad este autor se refiere en todo momento a duendes, tanto domésticos como familiares, de los que hay gran número en Galicia. Respecto a su origen, Rodríguez López considera que se vinculan a la llegada a España de los visigodos en los siglos V y VI y relaciona su aparición con la creencia en la existencia de tesoros encantados en el interior de los castras, atribuidos a los moros en fuga. Por nuestra parte, estamos en desacuerdo con el estudioso gallego en lo que respecta a les enanos de Galicia, si bien, como más adelante veremos, es posible que su teoría sea válida para otras regiones de España.

Decía el escritor Álvaro Cunqueiro que los enanos gallegos, (que él identificaba con los mouros), eran un residuo suevo. Los godos no ocuparon Galicia hasta finales del siglo VI y además nunca se asentaron en ella en gran número, pues se establecieron masivamente en grupos cerrados sólo en el territorio llamado hace unos años Castilla La Vieja.

La emigración de los enanos (carentes de barba, a diferencia de los gnomos) procedentes originariamente de los países nórdicos, esta localizada cronológicamente, según algunos autores, con la llegada de los godos a España. Ellos trajeron arte, leyes, costumbres, arquitectura, mitos…

Por consiguiente, si seguimos la tesis de Cunqueiro del origen suevo del mito, los enanos llegaron a Galicia procedentes del Rhin el año 409, estableciéndose en las áreas costeras que rodean Tuy, en la actual provincia de Pontevedra, y en torno a Oporto y Braga en el norte de Portugal. Desde estos lugares de asentamiento original se movieron hacia las cuevas y bosques del interior durante los siguientes mil años, si bien su número nunca ha llegado a ser muy alto. De estos enanos unos pequeños grupos —muy pocos— alcanzaron Asturias occidental y el norte de León (conocidas zonas mineras).

Establecido que los enanos gallegos llegan a nuestra tierra en tiempos tan recientes como hace tan sólo mil quinientos años acompañando a los invasores suevos y en muy pequeño número, el origen de los demás es muy similar. Aunque no existe la forma de averiguarlo con exactitud, tal vez un pequeño grupo de elementales acompañó en su larguísima migración a los godos y se estableció en el centro de la Península en torno a la primera mitad del siglo VI. Estos espíritus de la naturaleza serían unos pocos gnomos de los árboles y grupos de enanos de los que una parte se asentó en cuevas y grutas de las montañas de la cordillera central, en un arco que va desde el Guadarrama hasta la Sierra de Francia, área en la que se encuentran referencias de su presencia y la otra en el Moncayo de Soria.

Tercer grupo: migraciones por alteraciones ambientales

Muchos espíritus de la naturaleza están vinculados tan intensamente a una planta, a una flor o a un árbol que dependen totalmente de ella para vivir y para manifestarse entre nosotros. Al desaparecer su entorno original (casi siempre motivado por la acción del hombre) buscan otros habitáculos similares para desarrollar su vida. Manuel Llano decía que, entre las ocupaciones de las anjanas está el cuidado de las plantas y los árboles. La asociación íntima entre flores y hadas ha sido muy estudiada en Inglaterra donde se conoce muy bien a las «flores de las hadas», como la prímula, la campánula, el pensamiento, el serpol, etc.

En lo referente a España, éste es un tema apenas tratado por los investigadores, si bien los folkloristas del siglo pasado y principios de nuestro siglo, se ocuparon de pasada de la íntima relación entre las xanas de Asturias y las anjanas de Cantabria con algunas flores, como el espliego, el tomillo, la manzanilla, el laurel o el romero, cuyos aromas y esencias inundan el aire cuando las hadas aparecen. Todas estas flores se caracterizan por ser propias del Mediterráneo y no de las lluviosas y húmedas tierras del norte y, además, por tener propiedades curativas.

Ciertas tradiciones aseguran que las hadas tienen dos días al año en los cuales se mudan de lugar. El uno de mayo y el uno de noviembre son «Días de Desplazamiento». Según la tradición irlandesa, la Gente Menuda utiliza estos dos días especiales para irse de su hábitat boscoso a otro. Las hadas y los elfos viven seis meses en un bosque y luego se desplazan a otro, situado a veces en el extremo opuesto del mundo. Este desplazamiento lo hacen en una sola noche. Así lo recoge Shakespeare en su otra *Sueño de una noche de verano*:

El globo abarcar podemos

más veloces que la luna en el cielo.

Esta parece ser una de las razones de que tanto su presencia como su protagonismo en los cuentos de hadas, abunden en todas las regiones del mundo. Robert Kirk, por su parte, cree que estos desplazamientos se producen al comienzo de cada uno de los trimestres del año. Serían, por lo tanto, cuatro migraciones masivas al cabo del año. Se mudan a otros lugares, repitiendo esta costumbre —según él— hasta el día del Juicio Final;

«… porque son presa de impaciencia si permanecen en un mismo lugar, encontrando cierto sosiego al vivir sin morada fija y cambiar de habitación. Sus camaleónicos cuerpos se mueven por el aire, como si nadaran en él, aunque a ras del suelo, con todas sus pertenencias y bagajes».

La verdad es que estas leyendas no aclaran el por qué de estos misteriosos desplazamientos geográficos obligatorios (como ocurría, salvando las distancias, con los asentamientos de la cultura maya cada 52 años).

A falta de respuestas lógicas, se puede esgrimir la del deterioro de su entorno ecológico. Aún así, habría bastantes aspectos por explicar, ya que muchos de los espíritus de la naturaleza no emigran. Lo cierto es que esta tradición anglosajona no la hemos encontrado en las leyendas de otras partes del mundo (ni, por supuesto, en España), por lo que sospechamos que esta práctica, de haber existido en algún momento, ya no es habitual entre la Gente Menuda, lo que no impide que, todavía hoy, el cambio de la flora local por una flora extraña y foránea active, asimismo, la sustitución de los elementales vinculados a ella por los de otra.

La unión entre espíritus de la naturaleza y vegetales no se limita solamente a las hadas. Los «hombres del musgo», los elfos de los árboles y la mayor parte de los seres mágicos de los bosques (tentirujos, trentis, busgosos, etc), están completamente unidos a su entorno ecológico hasta el extremo de que si el bosque/hogar desaparece —lo que desgraciadamente ha ocurrido con frecuencia— ellos desaparecen con él, pero si, por el contrario, se extiende, ellos avanzan con él… En estos supuestos, entraría en acción la mencionada teoría de Crosby, pues curiosamente, en todas las «Nuevas Europas», la sustitución de la flora y fauna local por la europea, coincidió también con el cambio de sus dioses y espíritus, por

esta razón hay en Nueva Inglaterra, en Virginia o en Michigan hadas como las de Europa, asociadas a flores como la campánula o el serpol, sin que quede ni rastro de las que debían de existir antes de la llegada de los europeos, con su ganado, sus insectos, sus enfermedades y sus «malas hierbas».

Las flores siempre han sido un lazo de unión entre el mundo de los humanos y el mundo de las hadas.
Algunos sostienen la teoría de que en las «Nuevas Europas» creadas en América se fue desplazando la flora original por la flora importada de la Vieja Europa. Esto pudo motivar cambios de vida de aquellos seres vinculados a ella, tanto a nivel visible como invisible.

Cuarto grupo: migraciones de carácter religioso

Algunos elementales de rango superior se expanden debido al culto que les rinden determinadas civilizaciones, las cuales les consideran dioses protectores del hogar, de los caminos, de los ríos, de los bosques, etc. Junto con su ajuar doméstico se llevaban también su panteón mitológico.

Hoy día se especula por diversos autores (entre ellos Salvador Freixedo) que algunas entidades del astral viven de las energías que desprenden los seres humanos, sobre todo las provocadas por determinados estados anímicos. Se alimentan de ellas y propician su «cultivo» con diversas manifestaciones de poder. Freixedo lo prefiere denominar como el «juego de los dioses».

Los humanos, por su parte, sabedores de lo inefable de su gran poder e influencia, les rinden culto (de cuya palabra deriva el verbo cultivar) para granjearse sus favores y tenerles satisfechos. En la medida que son considerados como dioses y tenidos como tales, estos seres invisibles se fortalecen, crecen y se expanden en proporción directa a su adoración, ayudando o castigando a sus progenitores, según su comportamiento con ellos. Cuando se deja de creer en ellos, sencillamente desaparecen o mutan en otras formas de energía. En las islas Fidji existe la leyenda en que un dios llega a decir: «cuando los hombres no crean en nosotros, entonces moriremos…».

La civilización griega los adoró como «daimones» y la cultura romana como «dioses lares» y «penates», entregándoles ofrendas y dándoles diversos cultos (con sacrificios de animales en algunas ocasiones) en los denominados «lararios». La expansión de las tropas romanas llevó consigo, entre otros aspectos, la difusión de su cultura y la expansión de sus dioses mayores y menores, entre ellos a las *fatae* a las que ya hemos hecho alusión. Tanto ellos como sus predecesores, estaban convencidos de que cada elemento de la naturaleza era habitado y protegido por unos dioses concretos: las ninfas en el elemento agua (y se levantaron muchas aras votivas para manifestar sus deseos de tenerlas satisfechas); los lares y penates, en el elemento doméstico y rural (con su variante maligna, las *larvae*), así como los faunos y sátiros circunscritos a los bosques y cuevas.

A medida que el declive del Imperio Romano era patente, estos seres fueron desapareciendo paulatinamente, siendo sustituidos por otros. Al no ser adorados y «cultivados», estos dioses ya no tenían razón de ser y de existir. No es que se extinguieran o murieran, sino que sencillamente dejaron paso a parientes suyos traídos por la civilización dominante (como la de los godos) o, en algunas ocasiones, fueron matando en función de las épocas históricas y las circunstancias del momento, en seres más acordes con la cultura y creencias de los invasores.

El poeta alemán Henri Heine —gran conocedor del mundo de los elementales— escribió *Los dioses exiliados* obra donde se plantea ciertas preguntas del tipo ¿qué pasó con los dioses griegos y romanos tras la llegada de la religión cristiana? Basándose en leyendas medievales, cuentos, tradiciones y supersticiones, Heine llega a la poética conclusión de que los dioses míticos perdieron su poder y se convirtieron en demonios que durante el día viven escondidos junto con los búhos, entre las ruinas sombrías de su pasado esplendor, vagando por las noches como auténticas almas en pena, metiéndose con los viajeros extraviados. Es decir, sufrieron una degradación de su naturaleza arquetípica original.

Por citar tan sólo un caso representativo de lo que venimos diciendo, está el ejemplo del dios Bes. Cuando los cartagineses invadieron la isla de Ibiza, entre su panteón mitológico figuraba el dios Bes, con características físicas inconfundibles: pequeño, barbilampiño, hosco de aspecto, con cara arrugada, lascivo, etc. al que rindieron culto. El estudioso Mariano Planells equipara al «barruguet», el duende de la isla, con este semidiós cartaginés, según estatuillas y terracotas halladas en Ibiza. Cuando se fueron los invasores, es de suponer que esta entidad se fue transformando en el travieso barruguet de la mitología actual balear, conservando parecidas características físicas y psíquicas.

Si citamos un ejemplo fuera de nuestra geografía, tenemos el caso de los marineros fenicios que llegaron a Bretaña, los cuales llevaban otro tipo de elfos con ellos a los que llamaban «Couretes» o «Carikines». Con el tiempo, según nos dice Nancy Arrowsmith, se casaron con los viejos «Korred» de esta zona francesa hasta que se asimilaron y hoy en día es difícil distinguir entre un antiguo Korred y uno nuevo.

Así actúan y así se difunden y emigran también estos seres sobrenaturales por el mundo, hasta el punto de que en bastantes ocasiones la geografía sagrada y mítica de las tradiciones coincide con la geografía física de los atlas.

Trebol

El amor es la única realidad del mundo, porque es Uno, os enteráis; y las únicas leyes son la paradoja; el humor y el cambio… Abrid los ojos y descubrid que sois mucho más de lo que imagináis. Sois el mundo, sois el universo: ¡Sois vosotros mismos y los demás! Todo eso forma parte del juego maravilloso de Dios. Despertad y recobrad vuestro humor. No os preocupéis; sed felices sencillamente.

Dan Millman: El guerrero pacífico (1980).

Bibliografía

AINSA, Fernando. *Historia, utopía y ficción de la Ciudad de los Césares*. Ed. Alianza Editorial. Madrid. 1992.

ARROWSMITH, Nancy y **G. MOORSE**. *Guía de campo de las hadas y demás elfos*. Ed. Olañeta. Mallorca. 1988.

ASHE, Geoffrey. *Los misterios de la sabiduría antigua*. Ed. Altalena. Madrid. 1977.

BARANDIARAN, José Miguel de. *Diccionario de mitología vasca*. Ed. Txertoa. San Sebastián, 1984

BASOA OJEDA, Máximo. *Aquellos piratas vikingos de Liendo*. Ed. Leyendas e Historias de Liendo. Santander. 1956.

BELTRÁN ANCLADA, Vicente. *Las fuerzas ocultas de la naturaleza*. Madrid. 1979.

BLANCO, José Francisco. *Brujería y otros oficios populares de la magia*. Ed. Ámbito Ediciones, Valladolid. 1992.

BLÁZQUEZ MIGUEL, Juan. *Castilla La Mancha. Magia, superstición y leyenda*. Ed. Everest. León, 1991. — *Hechicería y superstición en Castilla La Mancha*, Junta de Comunidades de Castilla La Mancha. Toledo, 1985.

BRIGGS, Katharine M.. *Hadas, duendes y otras criaturas sobrenaturales: quién es quién en el mundo mágico*. Ed. Olañeta. Mallorca, 1988.

CABAL, Constantino. *La mitología asturiana. Los dioses de la vida. Los dioses de la muerte. El sacerdocio del diablo*. Ed. Instituto de Estudios Asturianos. Oviedo, 1972. — *Mitología Ibérica. Cuentos y Consejas de la vieja España*. Ed. Grupo Editorial Asturiano. Oviedo, 1993.

CARO BAROJA, Julio. *Algunos mitos españoles y otros ensayos*. Ed. Ediciones del Centro. Madrid, 1974. — *Del viejo folklore castellano*. Ed. Ámbito. Valladolid, 1988

CARRE ALVARELLOS, Leandro. *Las leyendas tradicionales gallegas*. Ed. Espasa Calpe. Madrid, 1977.

CARRERAS Y CANDY, Francisco. *Folklore y costumbres de España*, Tomo 1, Editorial Alberto Martín. Barcelona, 1931.

CASTANEDA, Carlos. *Relatos de poder*. Ed. F.C.E. México. 1974.

CIRLOT, Juan-Eduardo. *Diccionario de Símbolos*. Ed. Labor. Barcelona. 1985.

COHEN, Daniel. *Misteriosas desapariciones*. Ed. Alfa Argentina. Buenos Aires. 1977.

CROSBY, Alfred W.. *Imperialismo ecológico*. Ed. Crítica. Barcelona. 1987.

CROWLEY, Vivianne. *La antigua religión en la nueva era*. Ed. Arias Montano. Madrid. 1991.

DÍAZ ALONSO, Matías. *Mitos y Leyendas*. Diario de León. 1978.

ECO, Umberto. *El péndulo de Foucault*, Ed. Bompiani-Lumen, 1989.

EVANS, Hilary. *Visiones, apariciones, visitantes del espacio*. Ed. Kier. Buenos Aires. 1989.

FABER-KAISER, Andreas. *El muñeco humano. Nos fabricaron para utilizarnos*. Ed. Kaydeda Ediciones. 1989.

FEIJOO, Benito. *Teatro crítico universal*. Ed. Taurus Ediciones. Madrid, 1985.

FERNÁNDEZ FLOREZ, Wenceslao. *El bosque animado*.

FERRER CLAPES, Michel. *Cuentos, creencias y tradiciones de Ibiza*. Ed. Gráficas Guasch. 1981.

FRAGUAS Y FRAGUAS, Antonio. *La Galicia insólita. Tradiciones gallegas*. Ed. Edicios do Castro. La Coruña, 1990.

FROUD, Brian. *Hadas*. Ed. Mondadori. Madrid. 1985.

GALANT, Armando. *El gran enigma de la Tierra*. Ed. Swan. San Lorenzo de El Escorial. 1990.

GARCÍA ATIENZA, Juan. *La historia no contada*. Ed. Martínez Roca. Barcelona. 1989.

GARCÍA LOMAS, Adriano. *Mitología y supersticiones en Cantabria*. Ed. Excma. Diputación Provincial de Santander. 1964.

GARRIDO, Carlos. *Mallorca mágica*. Ed. José J. de Olañeta. Palma, 1988.

GONZÁLEZ REBOREDO, José María. *El folklore en los castros gallegos*. Ed. Universidad de Santiago. 1971.

HURTADO, Publio. *Supersticiones extremeñas*. Arsgraphica, S.L. Huelva. 1989.

IBERO, Juan. *El secreto de la xana. Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*. CSIC. Tomo I. Madrid 1944-45.

KIRK, Robert. *La Comunidad Secreta*. Ed. Siruela. Madrid. 1993.

KEEL, John. *El enigma de las extrañas criaturas*. Ed. ATE. Barcelona. 1981.

KOLOSIMO, Peter. *No es terrestre*. Ed. Plaza y Janés. Barcelona. 1978.

LEADBEATER, C.W.. *El más allá de la muerte*. Ed. Casa de Horus. Madrid. 1992. — *Los espíritus de la naturaleza*. Ed. Sirio. Málaga. 1984.

LLANO, Manuel. *Brañaflor*. Ed. Librería Moderna, Santander, 1931. — *Mitos y Leyendas de Cantabria*. Ed. Artes Gráficas Resina. Santander, 1982

LLANO ROZA DE AMPUDIA, Aurelio. *Del folklore asturiano: Mitos supersticiones, costumbres*. Ed. Instituto de Estudios Asturianos. Oviedo, 1977

LLARCH, Joan. *Historia de la Cataluña mágica*. Ed. Plaza % Janés. Barcelona. 1986.

LUNARES, María del Mar. *Mouros, ánimas, demonios. El imaginario popular*

gallego. Editorial Akal, 1990.

MACLEAN, Dorothy. *Comunicación con los Ángeles y los Devas*. Ed. Errepar. Buenos Aires. 1992.

MARTÍN DE BRAGA. *De correctione rusticorum. Sermón contra las supersticiones rurales*. Texto revisado y traducción de Rosario Jove Clols. Ed. El Albir. Barcelona. 1981.

MOOLENBURG, H.C.. *Nuestros ángeles*. Ed. Elfos. Barcelona. 1992.

MÚJICA, Josefina. *Cuentos, estampas y leyendas canarias*. Ed. Ediarca Popular. Las Palmas. 1982.

MURGUÍA, Manuel. *Galicia*. Ed. Xerais. Barcelona. 1981.

PARACELSO. *El libro de las ninfas, los silfos, los pigmeos, las salamandras y demás espíritus*. Ed. Obelisco. Barcelona. 1987.

PASCUAL, Carlos. *Guía sobrenatural de España*. Ed. Al Borak. Madrid. 1976.

PONS PRADES, Eduardo *El mensaje de otros mundos*. Ed. Planeta. Barcelona. 1982.

POSE, Abel. *Los demonios ocultos*. Ed. Plaza & Janés. Barcelona. 1988.

PRIETO LASA, José Ramón. *Las leyendas de los Señores de Vizcaya y la tradición Melusiniana*. Ed. Universidad Complutense de Madrid. 1992.

PROPP, Vladimir. *Las raíces históricas del cuento*. Ed. Fundamentos. Madrid. 1984.

RIBERA, Antonio. *Las máquinas del cosmos*. Ed. Planeta. Madrid. 1983. — *En el túnel del tiempo*. Ed. Planeta, Madrid. 1984.

RISCO, Vicente. *La Puerta de Paja*. Ed. Planeta. Barcelona. 1973. — *Etnografía. Cultura espiritual* (en Historia de Galizia. 1962).

ROBIN, Jean. *Operación Orth. El increíble misterio de Rennes-le-Château*. Ed. Heptada. Madrid. 1990.

RODRÍGUEZ ALMODOVAR, Antonio. *Los cuentos maravillosos españoles*. Ed. Crítica. Barcelona, 1983.

RODRÍGUEZ LÓPEZ, Jesús. *Supersticiones de Galicia y otras preocupaciones vulgares*. Ed. Ediciones Celta. Lugo, 1970.

RODRÍGUEZ-GONZÁLEZ, Eladio. *Dicionario enciclopédico gallego-castellano*. Editorial Galaxia. Vigo, 1961.

ROERICH, Nicolás. *Shambhala*. Ed. Grupo Libro. Madrid. 1992.

ROSO DE LUNA, Mario. *Por la Asturias tenebrosa: El tesoro de los lagos de Somiedo*. Ed. Eyras. Madrid, 1980.

RUA ALLER, Francisco y **RUBIO GAGO, Manuel**. *La piedra celeste. Creencias populares leonesas*. Ed. Diputación Provincial León. 1986.

SÁNCHEZ PÉREZ, José Augusto. *Supersticiones españolas*. Ed. Saeta. Madrid, 1948

SÁNCHEZ CIRUELO, Pedro. *Reprobación de las supersticiones y superchería*. Editorial Glosa. Barcelona, 1977.

SÁNCHEZ DRAGÓ, Fernando. *Gárgoris y Habidis. Una historia mágica de España*. Ed. Planeta, 1992.

SATRÚSTEGUI, José María. *Mitos y creencias*. Ed. Txertoa. San Sebastián, 1983.

SIERRA, Javier. *Técnicas de contacto extraterrestre*. Ed. Heptada. Madrid. 1992.

SCOTT ROGO, D.. *El Universo Encantado*. Ed. Martínez Roca. Barcelona. 1981.

SCHNITZER, Rita. *Hadas y elfos*. Ed. Elfos Ediciones. Barcelona. 1988.

SEIJO ALONSO, Francisco. *Los fantasmas de Alicante, Valencia y Castellón*. Ed. Seijó. Alicante, 1969.

TANSLEY, David. *Mensajeros de la luz*. Ed. Edaf. Madrid. 1979.

TERRERA, Guillermo Alfredo. *Antropología metáfisica*. Ad Kier. Buenos Aires. 1987.

VALLEE, Jacques. *Pasaporte a Magonia*. Ed. Plaza & Janés. Barcelona. 1972.

VIOLANT I SIMORRA, Ramón. *El Pirineo español. Vida, usos, costumbres, creencias y tradiciones de una cultura milenaria que desaparece*. Barcelona. 1986.

WALDO TRINE, Rodolfo. *En armonía con el infinito*. Ed. Humanitas. Barcelona. 1988.

YEATS, W. Butler. *El crepúsculo celta*. Ed. Alfaguara. Madrid. 1985.

CARLOS CANALES TORRES (Madrid, 19 de julio de 1963) es un abogado, escritor, diseñador gráfico, ilustrador e informático especialista en iurismática (gestión automatizada de despachos de abogados).

Nacido en Madrid, sus orígenes familiares se encuentran en la localidad cántabra de Liérganes y en Valladolid.

Licenciado en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid en 1986 y Máster en Gestión Informática de Empresas (1989). Secretario General del Boletín Oficial del Estado entre 1993 y 1998, fue profesor en el Máster en Informática y Derecho de la Universidad Complutense de Madrid entre 1996 y el 2006.

En su faceta como investigador, colaboró durante 13 años en el programa de radio de Onda Cero «*La Rosa de los Vientos* de Juan Antonio Cebrián» en las secciones *Monográficos Zona Cero* y *Tertulia de las 4C*. Desde 2013 es miembro del programa de radio *La escóbula de la brújula*. Asimismo ha sido director de las revistas *Ristre* y *Ristre Napoleónico*, así como consejero de redacción de la revista *LRV*.

Actualmente es el Presidente de Spaniola Way Publishing Co., participa en el proyecto norteamericano de historia Edge & Cleaver, y ha sido galardonado, junto a Miguel del Rey Vicente, con el IX Premio Algaba de Biografía, Autobiografía, Memorias e Investigaciones Históricas, por su obra *Naves Mancas*.

JESÚS CALLEJO CABO (Valderas, 1959) es un investigador y escritor español. Licenciado en Derecho por la Universidad de Valladolid.

Ha desempeñado diversos puestos en el Ministerio de Trabajo y Asuntos

Sociales como funcionario de carrera, estando actualmente en excedencia. Es asesor editorial de la revista *Historia de Iberia Vieja*. Es autor de más de veinte libros. Su especialidad son los temas folclóricos y mitológicos, como la existencia de seres legendarios (hadas, duendes y gnomos), la localización de supuestos lugares de poder, la búsqueda de plantas mágicas o el origen de las fiestas sagradas. Asimismo es colaborador habitual de las principales revistas especializadas del sector: *Año/Cero, Más Allá de la Ciencia, Historia de Iberia Vieja* y *Enigmas del hombre y del universo*. En esta última publica mensualmente su sección «Crónicas Extravagantes». Formó parte del consejo de redacción de la revista mensual *LRV. Los 32 rumbos de La Rosa de los Vientos*. Asimismo fue director de Ediciones Corona Borealis, S.L.U. Desde Marzo de 2013 dirige el programa radiofónico *La escóbula de la brújula*, programa de divulgación histórica, viajes y misterio en el que participan Carlos Canales Torres y Juan Ignacio Cuesta, miembros de las tertulias de las *4C* de *La rosa de los vientos* de Juan Antonio Cebrián.